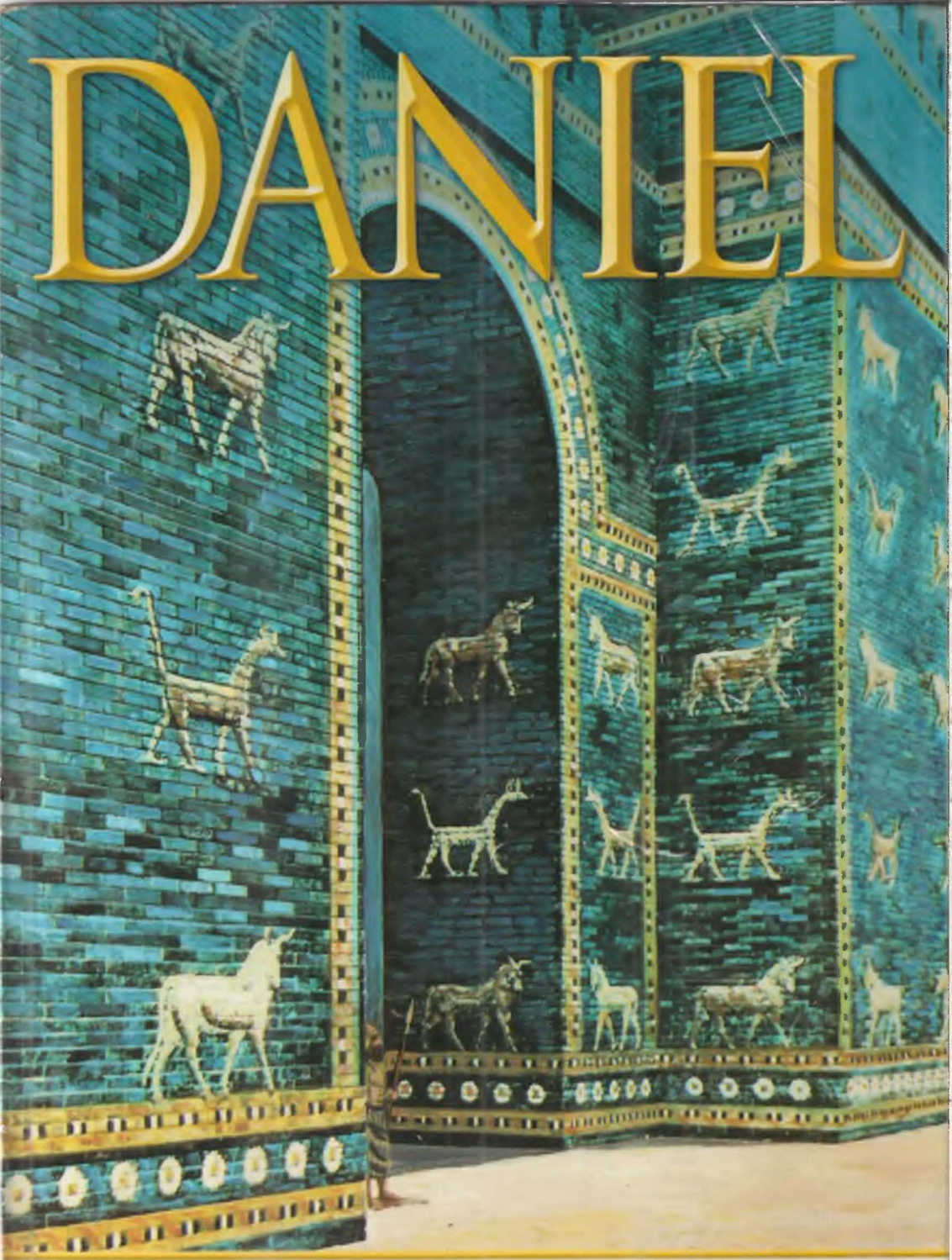
DANIEL



UNA GUÍA PARA EL ESTUDIOSO

WILLIAM H. SHEA

La profecía, la historia y lo que ambas nos enseñan sobre el tiempo del fin.

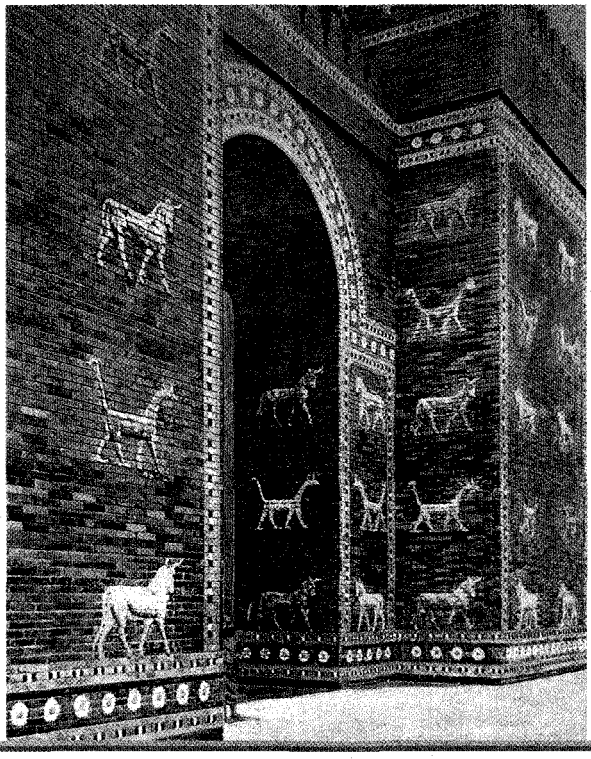
¡Daniel! El mero nombre de este héroe de Dios evoca vívidas imágenes en nuestra mente. Ningún libro del Antiguo Testamento se compara con Daniel y sus sueños sobre imperios mundiales, sus estatuas de oro y otros metales, sus hornos de fuego, su foso de leones, sus cuernos, sus bestias, sus mensajeros angélicos con sus misteriosas profecías de tiempo, y sus predicciones del surgimiento y la caída de gobiernos terrenales a lo largo de la historia.

Un reconocido teólogo nos ayuda a estudiar este antiguo libro y a entender que en las manos de Dios nuestro futuro está seguro.

El Dr. William Shea se desempeñó como profesor de Antiguo Testamento en el Seminario Teológico Adventista del Séptimo Día en la Universidad Andrews. Tiene doctorados en Medicina y Teología. Ha escrito numerosos artículos y opiniones para revistas profesionales y populares. El libro de Daniel es uno de sus temas de interés. Muchos lectores de este tomo recordarán sus dos libros sobre Daniel en la serie de la Biblia Amplificada, y su *Selected Studies on Prophetic Interpretation* [Estudios selectos sobre la interpretación profética].

ISBN 978-987-567-620-6

DANIEL



UNA GUÍA PARA EL ESTUDIOSO

WILLIAM H. SHEA

IMERMERA

ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA
Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste
Buenos Aires, Rep. Argentina

DIGITALIZADO POR
IMERMERA

Título del original: *Daniel,* Pacific Press Publishing Association, Nampa, ID, E.U.A., 2009.

Dirección editorial: Miguel Valdivia (PPPA/GEMA)
Traducción: Raúl Lozano Rivera
Diseño del interior: Aaron Troia
Diseño de la tapa: Dennis Ferree

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Printed in Argentina

Primera edición
MMX – 4,5M

Es propiedad. Copyright de la edición en inglés © 2009 Pacific Press® Publishing Association, Nampa, Idaho, USA. Todos los derechos reservados.
Edición en castellano © 2009 PPPA y GEMA.
© 2009 Asociación Casa Editora Sudamericana.
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-567-620-6

Shea, William H.
Daniel : Una guía para el estudioso / William H. Shea / Dirigido por Miguel A. Valdivia - 1ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2010.
288 p. ; 23 x 15 cm.

Traducido por: Raúl Lozano Rivera

ISBN 978-987-567-620-6

1. Profecías. 2. Antiguo Testamento. I. Miguel A. Valdivia, dir. II. Raúl Lozano Rivera, trad. III. Título.
CDD 224.5

Se terminó de imprimir el 10 de febrero de 2010 en talleres propios (Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total* o *parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

-104343-

Dedico este libro a Karen,
Josie, Ted y Becky

IMERMERA

IMERMERA

ÍNDICE

Prefacio 7

Introducción al libro de Daniel 11

1. Interpretando la historia 17

2. Exiliado *(Daniel 1:1–21)* 32

3. Reyes caídos *(Daniel 4:1–5:31)* 45

4. Persecución real *(Daniel 3:1–30; 6:1–28)* 69

5. Reinos caídos *(Daniel 2:1–49; 7:1–28)* 93

6. Interpretando la profecía 130

7. Cristo como sacrificio *(Daniel 9:1–27)* 142

8. Cristo como sacerdote *(Daniel 8:1–27)* 173

9. Cristo como rey *(Daniel 9:1–27; 7:1–28)* 195

10. Resumen de Daniel 7-9 219

11. El mensaje final —Parte 1 *(Daniel 10:1–12:13)* 228

12. El mensaje final —Parte 2 *(Daniel 10:1–12:13)* 248

13. La relación de Daniel con Dios 277

Lista de obras citadas 286

PREFACIO

Mi interés en un estudio serio y profundo del libro de Daniel comenzó años atrás en una clase titulada, "Introducción al Antiguo Testamento", enseñada por el bien conocido arqueólogo adventista, Dr. Siegfried H. Horn. Esta no fue mi primera introducción a Daniel, sino una introducción a las preguntas serias y críticas acerca del libro.

Una de esas preguntas tenía que ver con la identidad de Darío el Medo, puesta de relieve en el capítulo 6. Después de abordar ese asunto en clase, el Dr. Horn admitió que la respuesta permanecía incompleta y sugirió que alguien debería examinar las tablillas de Darío en las diferentes colecciones de los museos con la intención de identificar al rey mencionado en Daniel 6 a partir de fuentes históricas. Algunos años más tarde, yo acepté ese desafío. Desde entonces, he escrito varios artículos sobre la materia; sin embargo, la identidad de Darío el Medo aún continúa en debate. Todo lo que puedo decir es que he reducido el campo de fuentes históricas en el que puede hallarse la respuesta a esta pregunta. Mi interés en el antecedente histórico de Daniel 6 me llevó a los otros capítulos históricos del libro.

La historia presentada en Daniel es un tipo especial de historia: Una historia teológica en la que los eventos seleccionados son considerados con atención mientras que otros son ignorados. Desde luego, la propia participación personal de Daniel fue uno de los mayores factores en la selección de los eventos a registrar. Hay algo autobiográfico acerca de los capítulos históricos del libro de Daniel. Pero son algo más que la mera narración de lo que le sucedió a Daniel en Babilonia. También revelan la mano de Dios en la historia y en la vida de Daniel. Por lo tanto, podemos estudiar Daniel 6 para averiguar si verdaderamente existió una figura histórica como la de

Darío el Medo. Pero más importante aún, podemos también ver cómo Dios actuó a favor de Daniel durante ese tiempo de la historia babilónica. Encima y por detrás de los registros históricos dados en Daniel se aprecia la amplia perspectiva de la interacción de Dios con la historia humana llevando a cabo sus propios propósitos eternos.

De esta forma, historia y teología se combinan. En Daniel, tenemos una historia religiosa selectiva que revela no solo la historia política de las naciones de aquel tiempo, sino también la interacción de Dios con ellas y con su pueblo que vivía entre aquellas naciones.

Más allá de eso, la historia del libro nos proporciona el contexto y el punto de partida de las profecías que aparecen en él. En Daniel, la historia y la profecía no han de considerarse en ámbitos separados; están entretejidas. Las dos se combinan desde el comienzo de las profecías en el tiempo histórico del profeta mismo y, posteriormente, se extienden al futuro más allá de los días del profeta. En realidad, Daniel vivió bajo las primeras dos naciones halladas en el "bosquejo" profético del libro —Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma. Y el cumplimiento de dichas profecías posteriores a su tiempo ha dado testimonio de la naturaleza inspirada de las profecías que le fueron dadas.

En términos de la materia central que trata, el libro de Daniel se divide en dos secciones casi iguales; la primera mitad constituye mayormente historia y la segunda mitad mayormente profecía. Desde luego, encontramos elementos proféticos en los capítulos históricos y, de la misma manera, hay algunos elementos históricos en los capítulos proféticos. Pero la división general del libro en dos secciones de historia y profecía prácticamente iguales es una distinción tanto exacta como útil.

Comencé mi investigación de las profecías de Daniel observando la cercana conexión entre los capítulos 8 y 9. En la primera parte de la década de 1980, cuando más o menos ya había completado mi estudio inicial, irrumpió la controversia en la Iglesia Adventista del Séptimo Día en relación con estos capítulos proféticos en particular. Como resultado, mi trabajo con el Instituto de Investigaciones Bíblicas de la Asociación General (IIB) me requirió dar atención más detallada a las porciones proféticas de Daniel. Este estudio resultó en un manuscrito inédito, "Daniel y el juicio". Consecuentemente, el IIB publicó ciertos capítulos de este manuscrito en el tomo uno de la serie de la Comisión sobre Daniel y Apocalipsis, bajo el título: *Estudios*

Prefacio

Selectos en Interpretación Profética. Como el título sugiere, esta obra no era un comentario capítulo por capítulo sobre las profecías de Daniel, sino que trataba sobre algunos temas en Daniel.

En contraste, este estudio de Daniel aborda el espectro completo de los capítulos proféticos y los presenta más o menos en orden consecutivo. Esto le permitirá al lector estudiar el texto en una forma más ordenada. No obstante, he decidido tratar con el texto de Daniel de forma que no siga estrictamente el orden original como aparece en el libro mismo. Por ejemplo, al examinar los capítulos 7, 8, y 9, he revertido el orden, tomando el capítulo 9 primero, luego el 8, seguido por el capítulo 7. He procedido así porque creo que el texto se vuelve más significativo si se lo ve de esta manera. He seguido también este orden "inverso" basado en perspectivas que he obtenido del estudio de la estructura literaria de varios pasajes del Antiguo Testamento, especialmente de los Salmos. En los varios capítulos que cubren estas profecías, he provisto justificación adicional para alterar el orden de los capítulos para el propósito de su estudio.

La historia presentada en las porciones tempranas del libro de Daniel fluyen de manera natural en las secciones proféticas. Hay un sentido en el que la profecía es sencillamente historia escrita desde el punto de vista divino antes de que suceda. Algunos elementos de la historia proveen bases para revisar el cumplimiento de las profecías después de que los eventos han ocurrido. Así, no encontraremos una tajante separación entre la historia y la profecía en el libro de Daniel. Los grandes bosquejos proféticos en Daniel comienzan, muy naturalmente, con Babilonia y Medo-Persia: los reinos que existían en el propio tiempo del profeta. Luego prosiguen con el señalamiento de los reinos que iban a venir, Grecia y Roma. Finalmente, llegan hasta nuestro mismo tiempo, y más allá, hasta que el reino de Dios haga su aparición. El reino eterno de Dios es la gran meta de la historia. Es también la gran meta de la profecía, y también debe ser la gran meta de nuestro propio viaje personal y espiritual.

La razón final por la que necesitamos estudiar cuidadosamente los capítulos históricos de Daniel es por las lecciones espirituales que podemos aprender de ellos. En la reacción de Daniel y sus amigos a la cultura pagana de Babilonia podemos encontrar un ejemplo de cómo vivir en la cultura pagana de nuestro propio siglo. Sus vidas pueden proveer un modelo de la forma en que debemos vivir hoy día: honestamente, dedicados a Dios y valientes en la fe.

Por lo tanto, al observar el desarrollo de la historia y la profecía en Daniel, vemos la mano de Dios dirigiendo la historia mediante sus poderosos actos en favor de su pueblo: la nación de Israel en el Antiguo Testamento, y la iglesia en el Nuevo Testamento. Tan ciertamente como el Señor ha dirigido la historia en el pasado, de la misma manera la llevará a su culminación en su glorioso reino. Ese fue el enfoque inspirado de Daniel, y también debe ser el nuestro. Nuestra propia experiencia espiritual con Dios debería tener como meta vivir con él para siempre en el reino que ha prometido establecer al fin del tiempo.

Es mi esperanza que este estudio contribuirá en alguna medida a esa meta.

William H. Shea
Silver Spring, Maryland, EE. UU.

Introducción al libro de Daniel

Este estudio del libro de Daniel comienza con un breve repaso de la biografía personal del autor. Debemos relacionarnos con Daniel el hombre antes de llegar al tema de Daniel el profeta.

Daniel nació en la parte final del siglo séptimo a.C., y vivió sus primeros años en Jerusalén o sus alrededores. Para cuando alcanzó la edad viril, luchas políticas y militares en las grandes naciones de su tiempo alteraron el destino de la pequeña Judá, donde vivía. Desde el tiempo del nacimiento de Daniel hasta el año 605 a.C., Judá estaba nominalmente bajo el control de Egipto. En ese año, una batalla mayor tomó lugar; Egipto fue derrotado, y Babilonia comenzó a ejercer control sobre Judá y Jerusalén. Nabucodonosor II, comandante del ejército babilónico, dirigió sus tropas a las puertas de Jerusalén y demandó el pago de tributo, así como un grupo selecto de cautivos. Daniel se encontraba entre aquellos que fueron escogidos. Él fue seleccionado, junto con los otros, debido a su futuro potencial como siervo civil en Babilonia, tarea que cumplió, después del entrenamiento, por más de sesenta años.

Pero el Señor tenía algo más en mente para Daniel que el simple servicio en la corte de Babilonia. Dios lo llamó a ser profeta y le dio sueños y visiones. Algunos de estos sueños, visiones, y declaraciones proféticas iban dirigidas al pueblo de su tiempo. En tres diferentes ocasiones, Daniel recibió profecías que tuvieron que ver con reyes en la corte real de Babilonia, o iban dirigidas a los mismos. Este tipo de profecía, que tiene que ver con personas y asuntos contemporáneos, a veces recibe el nombre de profecía *clásica.* Daniel habló con voz profética a los reyes de Babilonia tal como Jeremías habló a los reyes en Jerusalén.

En otras ocasiones, Daniel recibió profecías que involucraban un panorama más amplio, relacionado con la historia futura de las naciones. A esta segunda clase de profecía se le llama comúnmente profecía *apocalíptica* por cuanto tiene que ver más específicamente con la revelación del futuro. También se la conoce como profecía de bosquejo, puesto que bosqueja la historia de las naciones por adelantado.

Por lo tanto, en el libro de Daniel, encontramos estos dos tipos de profecías: clásica y apocalíptica. También encontramos otro tipo distinto de narrativa: la historia. Diferentes secciones del libro contienen con claridad estos diferentes tipos de literatura. En general, el libro de Daniel se divide por mitad: la primera mitad es historia y la segunda mitad es profecía. Es en la primera mitad del libro —en el contexto de la historia— que encontramos las profecías clásicas que tienen que ver con las personas y eventos contemporáneos. Las profecías de la segunda mitad del libro son de un carácter más apocalíptico.

Los idiomas utilizados en el libro de Daniel también enfatizan la distinción entre las dos secciones principales. La mayoría de los capítulos históricos fueron escritos en arameo, mientras que la mayoría de los capítulos proféticos se escribieron en hebreo. El hebreo era la lengua nativa de Daniel y el arameo era un idioma relacionado que se usaba en parte para la correspondencia oficial de los imperios neobabilónico y persa. Más que ningún otro libro en la Biblia, Daniel es bilingüe. Esdras también fue escrito tanto en hebreo como arameo, pero solo una pequeña parte de Esdras —los decretos reales— está en arameo.

Esta naturaleza doble de Daniel provee un bosquejo conveniente con el cual estudiar el libro. Algunos comentarios sobre Daniel sostienen que este libro no fue escrito por un solo individuo, Daniel, quien vivió en la Babilonia del siglo sexto a.C., sino más bien por un autor anónimo y desconocido que habría vivido en Judea durante el siglo segundo a.C. La naturaleza de los materiales que se hallan en los capítulos históricos tienen que ver con esta pregunta.

Las profecías de Daniel también han sido interpretadas de formas muy diferentes. Existen tres escuelas principales de pensamiento respecto de la interpretación de las profecías de Daniel. (1) *Preterista.* Este método de interpretación coloca todo el énfasis en el pasado y considera el cumplimiento de porciones de las profecías como eventos del pasado. (2) *Futurista.* Esta

escuela de pensamiento ubica el cumplimiento de Daniel en el futuro. (3) *Historicista.* Esta perspectiva enfatiza el flujo y la continuidad del pasado a través del presente y hacia el futuro aún no cumplido. A veces se le llama la perspectiva histórica continua por cuanto considera la profecía como parte de un progreso continuo desde el pasado hasta el futuro. La introducción a la sección profética del libro de Daniel explora las virtudes y debilidades de cada una de estas escuelas de interpretación. El enfoque de este libro cae en la categoría de la perspectiva historicista.

La experiencia de Daniel abarca más que su presencia histórica. Hay más que decir de Daniel que su experiencia como profeta. También está el tema de su propia experiencia espiritual con Dios. Este aspecto de su experiencia y su libro no debe ser descuidado o rebasado por los otros elementos. El último capítulo de este libro considera el importante elemento de la experiencia espiritual de Daniel como instrumento escogido de Dios.

Por lo tanto, en este volumen ese será el orden de marcha hacia el libro de Daniel: historia, profecía y experiencia espiritual.

UNA NOTA SOBRE EL ORDEN DE ESTUDIO

El lector descubrirá que el orden en el que este estudio toma los diferentes aspectos del libro de Daniel varía en cierto grado del orden estándar y canónico de los capítulos en el libro mismo. Sin embargo, si uno observa con cuidado las fechas de los capítulos bíblicos —cuando se nos dan— aparentemente Daniel tampoco presenta su material en estricto orden cronológico. Por ejemplo, las profecías de Daniel en los capítulos 7 y 8 en realidad le fueron dadas antes de los eventos históricos de los capítulos 5 y 6. Si bien todos los eventos registrados en Daniel son históricos en el sentido de que de verdad ocurrieron, han sido arreglados en cierta forma para cierto propósito. *En cierto grado, este estudio sobre Daniel tiene como intención seguir el orden de pensamiento más bien que el orden de escritura. Por esa razón, el lector encontrará cierta irregularidad en el orden en el cual se presentan los capítulos.*

En la primera parte de este libro —la sección histórica— los capítulos estudiados siguen una especie de orden inverso. Los capítulos 2 y 7 han sido agrupados debido a que tienen que ver con profecías relativas a naciones. Los capítulos 3 y 6 han sido agrupados por cuanto tratan de la persecución de los judíos en el exilio, Daniel y sus tres amigos en particular. Los capítulos 4 y 5 han sido agrupados porque tienen que ver con Nabucodonosor y Bel-

sasar, los reyes de Babilonia. Este tipo de orden inverso a veces es conocido como *quiasmo* (de la letra griega *ji*, que parece una X). El que algo así fuera la intención del autor original resulta evidente por el hecho de que precisamente estos seis capítulos históricos fueron escritos en el idioma arameo.

Cuando llegamos a los capítulos proféticos, el orden no se invierte; más bien, se revierte. Por lo tanto, hemos escogido estudiar los tres principales capítulos proféticos en el corazón del libro de Daniel en orden inverso; comenzando con el capítulo 9, luego avanzando con el capítulo 8, seguido del capítulo 7, y concluyendo esta sección con un resumen de los tres capítulos. La razón para este orden de estudio tiene que ver con el orden de pensamiento, no el orden cronológico o histórico. En cuanto a los eventos a los cuales estas profecías se refieren, el capítulo 9 va en primer lugar por cuanto se enfoca especialmente en el Mesías. El contenido del capítulo 8 avanza mucho más allá de ese punto hasta la era cristiana. Pero es Daniel 7 el que lleva la profecía finalmente hasta el reino de Dios y describe a los santos del Altísimo entrando y tomando posesión de él.

Hay una razón para seguir este orden de pensamiento; no se trata de la selección arbitraria de un comentador moderno que sencillamente desea hacer algo diferente. En el pensamiento europeo occidental moderno, razonamos de causa a efecto. Recogemos nuestros datos y lo sintetizamos en una hipótesis, entonces refinamos esa hipótesis y la tornamos en una teoría. Ese es el proceder del método científico moderno.

Pero los antiguos no eran modernos, ni eran científicos, por lo cual ellos manejaban las cosas de otra manera. Si bien eran suficientemente capaces de manejar las cosas cronológicamente como lo hacemos nosotros, también utilizaban un enfoque que involucraba razonar del efecto a la causa. Los profetas podían representar una escena de tal manera que sus oyentes fueran llevados a pensar, "¿por qué ocurrió esto?" Esta pregunta los llevaba de vuelta a la causa. Un profeta inspirado podía decir "esta tierra será destruida y quedará desierta", haciendo a los oyentes regresar a la pregunta: "¿Por qué será destruida esta tierra?" La respuesta a esa pregunta comúnmente yacía en el hecho de que la gente a quienes el profeta era enviado eran personas rebeldes e impías, que habían quebrantado su pacto con Dios. Para un ejemplo de este enfoque, véase Jeremías capítulos 4 al 7 y Miqueas capítulo 1. La impiedad era la causa y la desolación era el resultado, pero el profeta daba primero el resultado para posteriormente llevar a sus lectores a una

discusión de la causa.

Ese es el orden de pensamiento seguido en estas tres profecías en el corazón de Daniel. Si Daniel presentara estas profecías a una audiencia de hoy, él naturalmente daría primero el capítulo 9, porque ese capítulo trata de los primeros eventos que acontecieron. Luego continuaría con el capítulo 8 porque esta profecía presenta los siguientes eventos en ocurrir. Finalmente, daría el capítulo 7 por cuanto esta profecía presenta el gran clímax de la serie. Solo cuando estas profecías son colocadas en este orden de pensamiento es que el lector moderno aprecia plenamente su gran amplitud y la conexión entre ellas, algo que un oyente o lector antiguo habría captado más naturalmente debido a la forma en que sus procesos de pensamiento habían sido condicionados. Al revertir el orden original de presentación usado por Daniel, hemos intentado develar en su plenitud la belleza de la forma en que estas profecías fueron presentadas originalmente.

La última línea importante de profecía en el libro de Daniel se encuentra en los capítulos 10-12. El capítulo 10 presenta la introducción, o prólogo, a esta profecía, y el capítulo 12 contiene el epílogo, o conclusión. El cuerpo de la profecía en el capítulo 11 es muy específico y sigue un orden histórico y cronológico.

Hay cuatro profecías, o bosquejos apocalípticos importantes en el libro de Daniel. Se encuentran en los capítulos 2, 7, 8, y 11. Los bosquejos proféticos cubren el levantamiento y la caída de las naciones desde los días del profeta hasta el fin del tiempo.

La otra profecía mayor en el libro de Daniel se encuentra al final del capítulo 9. Mientras que los cuatro bosquejos proféticos importantes tratan del levantamiento y caída de naciones, el capítulo 9 tiene que ver más exclusivamente con el pueblo de la ciudad y el país de Daniel: Jerusalén y Judá. Aunque los eventos de esta profecía corren paralelos a los de los otros bosquejos proféticos mayores, se enfocan en una sección particular de aquel mundo no cubierta en las otras profecías: la historia del pueblo judío en Judea hasta la época del Mesías. El hecho de que las cuatro líneas mayores de profecía en este libro cubran el mismo grupo de naciones en la historia se llama recapitulación, o paralelismo. Así como los cuatro Evangelios recorren los mismos eventos desde perspectivas diferentes, así estas cuatro líneas de profecía complementarias recorren el mismo territorio, añadiendo más detalles cada vez. La presentación comienza a escala amplia en el capítulo 2,

con las naciones representadas por los diferentes metales de una imagen. Para cuando llegamos al capítulo 11, vemos a los reyes individuales de cada nación y sus acciones personales. El capítulo 2 inicia con el uso de un telescopio, mientras que el capítulo 11 finaliza con el uso del microscopio.

El capítulo final de nuestro estudio de Daniel concluye con el tema de la relación espiritual. Este elemento no se encuentra tanto en la profecía en sí misma sino en la experiencia del profeta. Creo que este tema es el más apropiado para nuestra propia conclusión.

CAPÍTULO 1

INTERPRETANDO LA HISTORIA

La primera mitad de Daniel, los capítulos 1 al 6, es esencialmente de naturaleza histórica. Estas narraciones históricas incluyen algo de profecía, pero contienen claramente más historia que profecía. La naturaleza histórica de esta porción del libro genera varias preguntas de importancia:

- ¿Cuál es la perspectiva bíblica de la historia?
- ¿Cuál es la perspectiva de Daniel de la historia?
- ¿Aborda el libro la historia neobabilónica o algún periodo posterior?
- ¿Cuál es la actividad de Dios en la historia? ¿Cuál es su relación con ella?

Estas preguntas se reducen a dos principales:

1. ¿Se relaciona Dios con la historia humana o se ha retirado a alguna otra parte de su universo dejando a la Tierra avanzar por sí sola?

2. ¿Con qué periodo de la historia trata el libro de Daniel?

La segunda pregunta implica historicidad más que historia, y el texto del libro mismo nos proporciona una respuesta directa y fácilmente accesible: el libro de Daniel se presenta a sí mismo como un registro de las experiencias de algunas personas que vivieron durante el periodo del reino neobabilónico, durante la parte tardía del siglo séptimo y buena parte del sexto a.C. Sin embargo, más allá de esta sencilla respuesta yace otro asunto: ¿Es el libro de Daniel un registro verdadero de eventos que ocurrieron en el siglo sexto a.C.? ¿O es una obra que fue posteriormente escrita por otro individuo y no

el profeta Daniel con la intención de que sonara como si ocurrió en el siglo sexto a.C.?

Muchos comentaristas contemporáneos del libro de Daniel con frecuencia contestan estas preguntas tomando la posición de que Dios *no* interviene en los asuntos humanos y que el libro en realidad fue escrito en el siglo segundo a.C., no en el sexto, por alguien distinto a Daniel. Por lo tanto, estos comentaristas no esperan que el libro de Daniel sea históricamente exacto o fiel al escenario del siglo sexto a.C. que describe en sus páginas. En un lenguaje muy práctico, es lo que se conoce como "Daniel en el foso de los críticos".

LA PERSPECTIVA BÍBLICA DE LA HISTORIA

¿Se relaciona Dios con la historia humana? Esta es una pregunta filosófica. Implica la perspectiva bíblica de la historia y, en un sentido medular, nos lleva de vuelta a la pregunta de la naturaleza esencial de las Escrituras. ¿Qué es la Biblia? Más específicamente para nuestra discusión del libro de Daniel, ¿qué es el Antiguo Testamento? Es una revelación de la naturaleza, el carácter y el propósito de Dios. Pero es más que eso. Nos proporciona una historia que comienza con la creación en Génesis y termina en Esdras y Nehemías en el periodo persa. Esa historia se extiende a través de los libros de Moisés y Josué, los libros de Jueces, 1 y 2 de Samuel, y los libros de los Reyes, en paralelo con los de las Crónicas. Finalmente, esa historia llega a su fin con los registros de Esdras y Nehemías. Por todo, se extiende por más de dos milenios. Pero hay más historia que simples registros rústicos de lo que sucedió. Hay un enfoque de la historia particular, y ese enfoque está íntimamente relacionado con Dios como el actor central del escenario de esa historia. Es, como cierto teólogo e historiador lo ha descrito, un registro de "los poderosos actos de Dios". El Señor ha estado activo a través de esa historia, relacionándose con los seres humanos, guiándolos y dirigiéndolos, no solo respecto de sus asuntos terrenales sino también en cuanto a cómo obtener su salvación.

Esta misma perspectiva de la historia es evidente también en el libro de Daniel. Aquí, la historia comienza con la primera conquista de Jerusalén por Nabucodonosor. Ese giro de eventos debió haber parecido desastroso a muchos de los judíos que vivían en Jerusalén en ese tiempo. Sin embargo, detrás de todo, Dios estaba obrando sus propios propósitos. El Señor permitió la conquista de Judá y Jerusalén porque la nación estaba bajo el lide-

razgo de Joaquín, un rey perverso y rebelde, y porque la sociedad estaba moralmente corrompida. Aún en la tragedia de la conquista, sin embargo, Dios sacó algo bueno de lo malo. Sus siervos —Daniel y sus amigos— fueron llevados a circunstancias donde pudieron testificar en una forma tal que se extendió más allá de su pequeño círculo familiar en Judá. Se convirtieron en testigos del Dios verdadero entre todos los cortesanos de Babilonia y delante del monarca más poderoso de ese tiempo. Dios entregó a Joaquín en la mano de Nabucodonosor, pero también le dio gracia a Daniel y sus amigos ante ese mismo rey. Así, en los sucesos personales y nacionales de la época, podemos ver la mano de Dios en acción. Y siendo que tenemos la palabra inspirada del profeta Daniel quien observó dichas acciones y a quien le fue dada información del cielo acerca de ellas, podemos ver con toda claridad la intervención de Dios en estas circunstancias humanas.

Vemos también la intervención del Señor en la historia humana en otros aspectos de Daniel. Dios no solo interviene en el curso de la historia entre las naciones, tales como Babilonia y Judá, sino que también él mismo se involucra en la historia personal de los individuos. Vemos la milagrosa intervención de Dios en favor de los amigos de Daniel, especialmente en la historia de la liberación del horno de fuego en el capítulo 3. En el caso de Daniel, la intervención de Dios opera en todo el libro, pero se pone especialmente de relieve con la milagrosa liberación de Daniel de los leones hambrientos en el foso en el capítulo 6. Por lo tanto, Dios opera a nivel de las naciones y los eventos históricos en proporciones épicas, pero también se relaciona con la gente en el plano individual.

La tercera forma en la que el libro de Daniel demuestra la atención de Dios y su participación en la historia de las naciones e individuos es por medio de las profecías dadas ahí. Los cuatro bosquejos proféticos principales del libro, las de los capítulos 2, 7, 8, y 11, proveen un vistazo previo que va desde los tiempos del profeta a través de las edades de la historia que siguen. Dios no solo tiene interés en el curso de la historia de las naciones; él no solo interviene en ocasiones para afectarlo; sino que también conoce el curso que tomará. Los lectores del libro de Daniel pueden descansar confiados en que hay un Dios que nos cuida detrás de las escenas de acción en la historia.

La visión del mundo que se presenta en Daniel y a lo largo de las Escrituras no es muy compatible con el pensamiento filosófico moderno. La

cosmovisión moderna tiene su origen, no tanto en la Biblia, sino en la filosofía de los antiguos griegos. Esta cosmovisión moderna adquirió forma gracias a revoluciones en el pensamiento que ocurrieron particularmente en el siglo 18 d.C., conocido como la Era de la Razón. Comenzando con el modelo físico construido a partir de las matemáticas de Sir Isaac Newton y otros, esta perspectiva estableció que la mente humana era autosuficiente y que no había ninguna necesidad de fuente externa alguna de conocimiento o inspiración, tal como Dios. Esta perspectiva humanística llegó a prevalecer en los círculos intelectuales, dejando poco espacio para el Señor. Por algún tiempo, Dios fue tolerado en la periferia de la experiencia humana. El deísmo era un movimiento que veía a Dios como un fabricante de relojes. Él creó el mundo, el sistema solar, y el universo y entonces le dio cuerda para que pudiera operar por sí solo, de acuerdo con leyes propias que los científicos irían descubriendo.

Bien pronto, sin embargo, a mediados del siglo diecinueve la teoría de la evolución entró a la escena y le arrebató a Dios su rol, de por sí ya muy reducido. Ahora no había ya más necesidad de un individuo que fabricara relojes. El reloj había evolucionado por sí solo. Todo esto llevó a una confrontación directa entre la escuela de pensamiento bíblica y el humanismo racionalista. La Biblia afirma que hay un Dios y que se ha revelado a sí mismo. El humanismo racionalista dice que no hay Dios y que no existe ninguna revelación suya. La Biblia, por lo tanto, se convierte en un elemento central en este debate.

Un aspecto de la Biblia que demuestra que hay un Dios y que se ha revelado a sí mismo es la profecía predictiva. Bien puede ser que una persona muy bien informada pueda adivinar acertadamente el curso de los eventos en el futuro inmediato o cercano. Pero, proponer que alguien, valiéndose solo de recursos humanos naturales, pueda predecir correctamente lo que va a suceder en cinco, seis o siete siglos, como ocurre en el libro de Daniel, supera con creces el campo del conocimiento humano. Tal percepción solo puede provenir de la esfera de lo sobrenatural. En consecuencia, el tema de la profecía predictiva ha jugado una parte significativa en las discusiones entre los que aceptan la perspectiva bíblica y los que la rechazan.

Los que niegan la perspectiva bíblica de Dios y la historia tienen que hallar una explicación humanística para el aspecto predictivo de las profecías dadas en la Biblia. Una forma de anular el contenido predictivo de un libro

profético tal como Daniel es afirmar que sus profecías no se cumplieron, que los eventos predichos no ocurrieron. Capítulos posteriores en este volumen abordarán las evidencias para el cumplimiento de las profecías de Daniel.

Pero hay otra forma de cancelar el elemento predictivo de un libro profético, y es demostrando que el contenido histórico local del libro es inexacto. Por ejemplo, las profecías de Daniel pretenden haber sido dadas en el contexto babilónico del siglo sexto a.C. Si Daniel, supuestamente escribiendo desde la perspectiva de la Babilonia del siglo sexto a.C., no presenta su historia de Babilonia en orden correcto, entonces nadie necesita darle crédito a los detalles proféticos tampoco. En otras palabras, una forma de socavar la exactitud de la sección profética de Daniel es primero socavar la exactitud de su sección histórica. Si la exactitud histórica del libro puede impugnarse, sus profecías no tienen porqué tomarse en serio.

Pero si este argumento tiene validez, entonces lo contrario también debe ser válido. Si podemos demostrar que las secciones históricas de Daniel *son* exactas y confiables, entonces también tenemos que tomar en serio lo que dice en las secciones proféticas. Nos dirigimos, entonces, a ese asunto: la exactitud histórica de Daniel.

LA EXACTITUD HISTÓRICA DE DANIEL

Quienes no aceptan la perspectiva de que Dios está íntimamente involucrado en la historia humana y no dan lugar en su pensamiento a la profecía predictiva, han señalado un número de supuestas imprecisiones históricas en el libro de Daniel como medio para negar el elemento predictivo de las porciones proféticas. Por lo tanto, el problema para aquellos que ven las porciones proféticas de Daniel como eventos predictivos en el lejano futuro es confrontar esas objeciones y demostrar la exactitud histórica del libro. Haremos esto al tomar cinco de las objeciones principales que se han esgrimido contra la exactitud histórica de Daniel. Existe evidencia en cada uno de estos casos para indicar que, lejos de ser imprecisiones históricas en el registro bíblico, en realidad son mal entendidos de los historiadores modernos respecto de lo que el registro verdaderamente dice.

Sin embargo, antes de tomar estas cinco objeciones individuales a la exactitud histórica de Daniel, examinemos las presuposiciones básicas que subyacen a todas ellas.

Los eruditos que estudian el libro de Daniel desde el punto de vista del

humanismo racionalista no pueden dar cabida a la revelación sobrenatural en su entendimiento del libro. Tal perspectiva, por supuesto, excluye la posibilidad de que las profecías de Daniel hayan sido dadas en el siglo sexto a.C., y que hayan predicho eventos subsecuentes con siglos de anticipación. La explicación usual ha sido que el libro de Daniel fue escrito en realidad mucho después, más probablemente en el siglo segundo a.C. Se supone que el autor debió haber sido un individuo anónimo que vivió en Jerusalén en el 165 a.C., durante el tiempo de Antíoco IV Epífanes, un rey de Siria de origen griego. Siendo que Antíoco IV persiguió a los judíos e interrumpió los servicios religiosos en el templo, es por eso que se cree que mucho de la profecía de Daniel se enfoca en aquél y en sus actividades persecutorias. Por lo tanto, estos eruditos argumentan que las supuestas profecías de Daniel son en realidad historia escrita en forma de profecía. Esto es, un escritor del siglo segundo a.C. basó su material en sucesos contemporáneos que estaban ocurriendo en torno suyo, pero los presentó en forma de profecías que simulaban haber sido escritas en el siglo sexto a.C. para predecir estos sucesos.

Y si el escritor de Daniel en realidad vivió en el siglo segundo a.C., naturalmente no habría sido capaz de presentar la historia babilónica del siglo sexto a.C. sin cometer errores. Por lo tanto, de acuerdo con este argumento, las imprecisiones en la historia de Babilonia y el siglo sexto a.C. son prueba de la autoría tardía del libro y de la falta de un elemento predictivo verdadero en las profecías.

Vayamos, entonces, a los cinco ejemplos más destacados que han sido citados como imprecisiones históricas en el libro de Daniel. ¿Cuál es la evidencia? ¿Son estos en verdad errores históricos, o malentendidos de parte de los críticos?

LA FECHA EN DANIEL 1:1

Daniel 1:1 da como fecha del primer sitio de Jerusalén por Nabucodonosor como "el año tercero del reinado de Joacim rey de Judá". Los eruditos críticos argumentan que la fecha correcta es, en realidad, el año *cuarto* de Joacim, o el 605 a.C., cuando se lo correlaciona con los eventos descritos en las propias crónicas de Nabucodonosor.

La secuencia de eventos sería así: Josías, rey de Judá, murió cuando salió a pelear contra el Faraón Necao, en Meguido, en el verano del año 609

a.C., cuando el gobernante egipcio iba en ruta hacia el norte a pelear contra los babilonios (véase 2 Reyes 23:29 RVR 1995). Se puede obtener una fecha exacta de esta campaña de Necao a partir de la *Crónica Babilónica*, que es el registro oficial de los primeros once años del reinado de Nabucodonosor. De regreso del norte de Siria en el otoño de ese mismo año, Necao depuso a Joacaz rey de Judá y lo llevó a Egipto (véase 2 Reyes 23:33-35). En su lugar, fue instalado Joacim como rey (versículo 34).

El punto cronológico importante aquí es que esta transición final, la instalación de Joacim como rey de Judá, tuvo lugar después del Rosh Hashana, o sea el año nuevo judío que inicia en el otoño. De manera que el primer año oficial del reinado de Joacim comenzó en el otoño del 608 a.C. El periodo de tiempo anterior a ese año nuevo otoñal era conocido como el "año ascensional" o año 0. Entonces, el tercer año de Joacim mencionado en Daniel 1:1 comenzó en el otoño del 606 a.C., y se extendió hasta el otoño del 605 a.C. Dentro de ese año, Nabucodonosor peleó la batalla de Carquemis en Siria en la primavera (Jeremías 46:2)*. Llegó a Jerusalén en el verano de ese año antes que comenzara el cuarto año de Joacim en el otoño.

Así, si uno interpreta esta fecha según el principio de interpretación del año ascensional y el calendario judío (de otoño a otoño), la fecha cae correctamente como el año judío de otoño a otoño de 606/605 a.C., el cual es históricamente exacto.

BELSASAR COMO REY DE BABILONIA

Otra crítica de los episodios históricos en el libro de Daniel se centra en torno a la figura de Belsasar en el capítulo 5. Está claro a partir de varias fuentes históricas que el último rey del Imperio Neobabilónico fue Nabonido, no Belsasar. Sin embargo, Daniel 5 presenta a Belsasar como el rey que estaba en el palacio de Babilonia la noche cuando la ciudad cayó en manos de los persas.

El conocimiento acerca de la existencia de Belsasar estuvo perdido desde el tiempo del mundo antiguo hasta el año 1861 d.C. Durante esos años, era desconocido según las fuentes históricas primarias, y se presentaron varias teorías acerca de su identidad, especialmente durante los siglos 18 y 19 d.C. En 1861, se publicó la primera tabla cuneiforme que menciona a Belsasar por nombre. Veinte años después, se publicó la *Crónica de Nabonido*; ésta contaba de una serie de años durante los cuales Belsasar

administraba asuntos gubernamentales en Babilonia mientras su padre Nabonido estaba en Arabia. Finalmente, en 1924, otro texto cuneiforme fue publicado, ahora llamado "Relato en verso sobre Nabonido". Este relato cuenta, entre otras cosas, que cuando Nabonido se fue de Babilonia, "le confió el reino" a su hijo Belsasar. De la misma manera, se ha descubierto en años recientes una serie de tablillas interconectadas que revelan el rol que Belsasar jugó en los eventos políticos y militares de Babilonia en el siglo sexto a.C.

Sobre este punto, los críticos de la historia de Daniel han tenido que batirse en retirada. Uno de ellos escribió con todo candor: "Seguramente, nunca sabremos cómo el autor del libro de Daniel supo de estos eventos". En realidad, es fácil de entender cuando uno toma en consideración la evidencia del libro mismo. La respuesta es que Daniel estaba allí, en el escenario histórico como testigo ocular.

Algunos críticos, tratando aún de rescatar algo de credibilidad de este giro de eventos, han explotado otro aspecto de este problema. Se han dado cuenta de que no hay una tablilla babilónica específica que refiera directamente a Belsasar como rey. Esta observación es correcta hasta cierto punto. Pero, ¿qué debemos entender cuando leemos en el "Relato en verso de Nabonido" que a Belsasar se "le confió el reino"?

Cualquier hebreo que haya salido del ambiente político donde Daniel se hallaba habría estado bien consciente de la práctica de la corregencia. David puso a Salomón sobre el trono junto con él de modo que hubo dos reyes gobernando a Israel por un tiempo. Esto también ocurrió de nuevo en varias ocasiones en la historia de Israel. Daniel, por lo tanto, sencillamente hizo referencia a Belsasar como "rey" porque él ocupaba esa posición y fungía como rey. Daniel estaba históricamente en lo correcto porque sabía quién estaba gobernando en Babilonia mientras Nabonido se hallaba fuera de la capital por diez años.

Hay un detalle pequeño pero importante en Daniel 5 que da evidencias de cuán exacto era el conocimiento de Daniel respecto de Belsasar y su destino. Daniel nos dice quién se encontraba en el palacio en la ciudad esa noche y quién no. Belsasar estaba ahí, pero Nabonido, el rey principal, no estaba. Este detalle es algo que habría conocido solo un testigo de aquellos eventos en el siglo sexto a.C. Un escritor en el siglo segundo a.C. bien podría haber cometido el error de poner a Nabonido, el último rey principal,

en el palacio aquella noche. Pero Daniel no cometió ese error, y la *Crónica de Nabonido* nos dice dónde estaba Nabonido. Él había llevado consigo una división del ejército babilónico al río Tigris para pelear contra Ciro y sus tropas, quienes se aproximaban por el oriente. Belsasar quedó en la ciudad con la otra división para protegerla. El escritor del libro de Daniel sabía que Belsasar estaba en la ciudad la noche que fue conquistada, y no hace mención de Nabonido por la obvia razón de que éste se encontraba en otra parte. Este pequeño y aparentemente insignificante detalle revela cuán preciso fue el registro de Daniel en el caso de Belsasar.

EL REINO MEDO

Durante siglos, los intérpretes ortodoxos del libro de Daniel han visto la secuencia cuádruple de reinos en los capítulos 2 y 7 como una representación de Babilonia, Medo-Persia, Grecia, y Roma. Siendo que el libro de Daniel menciona un rey llamado Darío *el Medo* (ver Dan. 11:1), los eruditos críticos han argumentado que el escritor de Daniel pensó que había un reino medo independiente *después* del reino babilónico. Por lo tanto, consideraban que, con base en la evidencia del libro mismo, la secuencia debería ser reducida a Babilonia, Media, Persia, y Grecia. De esta forma, la serie termina no con Roma, sino con Antíoco Epífanes, quien procedía del periodo griego. Esto, afirman tales críticos, es consistente con lo que escribiría un autor del siglo segundo a.C., pero es un error histórico hablar de un reino medo separado después del periodo babilónico.

Sí hubo un reino medo separado en los siglos noveno, octavo y séptimo a.C. Eso es algo bien sabido y no representa ningún problema. Pero los críticos están en lo cierto en que sería un error histórico insertar un reino medo independiente en esta secuencia *después* del 539 a.C., cuando cayera el reino babilónico. Los medos habían sido conquistados por los persas más temprano en el siglo sexto a.C., y por los siguientes dos siglos fueron un componente integral del Imperio Persa.

¿Acaso el escritor de Daniel cometió tal error e identificó un reino de Media separado? No si partimos de la evidencia que el texto presenta. El carnero en la profecía del capítulo 8 se identifica en el versículo 20: "En cuanto al carnero que viste, que tenía dos cuernos, éstos son los reyes de Media y de Persia". Este carnero simbólico único representaba el reino único de Medo-Persia.

La narración del capítulo 6 sostiene el mismo punto donde la ley dada por Darío se dice que era "conforme a la ley de Media y de Persia, la cual no puede ser abrogada" (vers. 12). Si Media y Persia eran reinos separados en ese momento, la referencia hubiera sido a "la ley de Media y la ley de Persia" en vez de "la ley de Media y de Persia". Un solo código legal gobernaba a este reino doble.

La escritura en la pared en el capítulo 5:28 nos enseña la misma verdad, dado que el reino de Belsasar fue "roto, y dado a los medos y a los persas". No hay base en el libro de Daniel para separar un reino medo individual. La secuencia debe continuar como ha sido interpretada: Babilonia, Medo-Persia, Grecia, y Roma.

DARÍO EL MEDO

La identidad de Darío el Medo aún es asunto de cierta discusión entre los eruditos conservadores que aceptan su existencia histórica. Este caso no es tan claro como el que tiene que ver con Belsasar. Se han mencionado varios candidatos como posibilidades, incluyendo dos reyes persas, dos reyes medos, y dos gobernadores persas. Estos serán discutidos con mayor detalle en el capítulo que trata sobre Daniel 6. Aquí necesitan mencionarse solo dos puntos.

Primero, sabemos que había un corregente en Babilonia durante el primer año de ocupación persa. Las tablillas comerciales cotidianas de Babilonia de aquel tiempo registran los nombres de los reyes y sus títulos, junto con fechas de los años de regencia de cada rey. Partiendo de estos documentos, es claro que Ciro no portaba el título de "Rey de Babilonia" para el primer año de la conquista persa; ninguna de las tablillas escritas en ese entonces le asigna este título.

Segundo, está el asunto de los nombres oficiales de los reyes. En los tiempos antiguos, los reyes comúnmente tenían nombres personales antes de ascender al trono; tras ascender al trono, asumían otro nombre oficial. Esto era muy común en Egipto, y ocasionalmente fue practicado en Israel. Azarías, quien también recibió el nombre de Uzías, es un ejemplo. Esta costumbre rara vez fue utilizada en Mesopotamia, pero quizás fue más común en Persia, según ciertos historiadores modernos. Por lo tanto, Darío, según se lo menciona en Daniel, bien pudo haber sido un nombre oficial, pero necesitamos ser más exactos en la identificación del nombre personal del individuo que pudo haber adoptado ese nombre oficial.

LA FECHA DEL LENGUAJE ARAMEO DE DANIEL

Estudios tempranos argumentan que el lenguaje arameo usado en los capítulos 2-7 de Daniel se parece más al arameo del siglo segundo a.C., que al del siglo sexto a.C. No obstante, cuando esos estudios fueron practicados, solo se conocía un conjunto de textos arameos antiguos —los papiros elefantinos egipcios del siglo quinto a.C. Dado que el arameo de Daniel difiere en cierto grado del lenguaje usado en los papiros elefantinos, se argumentaba que el arameo de Daniel provenía de un periodo posterior.

Una corriente continua de descubrimientos de inscripciones arameas ha venido dando una visión más completa de ese lenguaje y su desarrollo y una mejor base de comparación con el arameo que aparece en Daniel. Las diferencias entre el arameo de Daniel y el hallado en los papiros elefantinos durante cierto tiempo se creyó que representaban un desarrollo cronológico de dicho idioma, pero ahora se sabe que reflejan más bien dialectos regionales. Todos los papiros elefantinos que formaron la base original de comparación provinieron de Egipto y reflejaban un dialecto arameo egipcio. Este dialecto difería de la forma de expresión oral y escrita del arameo en Judá, Siria, Babilonia e Irán. Cada una de estas regiones tenía su propio dialecto regional. Algunos de los rasgos característicos arameos en el libro de Daniel que se creía eran características tardías —tales como la posición del verbo, por ejemplo— ahora se sabe que son características tempranas propias de las regiones orientales, en otras palabras, como el arameo de Babilonia donde vivía Daniel.

Otro hallazgo considerable en esta área proviene del descubrimiento de los rollos del Mar Muerto. Los esenios que trabajaban en el monasterio de Qumram cerca del Mar Muerto del siglo segundo a.C. al siglo primero d.C., escribieron y copiaron numerosos documentos arameos así como textos hebreos. A medida que estos textos han sido publicados, ha quedado más claro que el arameo de Daniel es considerablemente más antiguo que estos documentos del Mar Muerto. Puesto que los eruditos críticos modernos creen que Daniel fue escrito alrededor del mismo tiempo que los rollos del Mar Muerto, resulta complicado para su perspectiva que no haya una correspondencia más cercana en términos del lenguaje. Los rollos del Mar Muerto también han revelado que el arameo de Daniel no es palestino por distribución geográfica. Más bien, se trata de un tipo de arameo oriental, como el que uno esperaría de un residente de Babilonia.

De esta manera, todos los hallazgos más importantes en el estudio del lenguaje arameo que aparece en Daniel tienden a colocar la fecha de ese escrito más temprano que lo que los críticos han creído. Actualmente, el arameo de Daniel sencillamente se lo clasifica como "arameo imperial", lo que quiere decir que encaja bien dentro de las fechas del Imperio persa, del siglo séptimo hasta el siglo cuarto a.C. Ya no es válido el argumento lingüístico contra la fecha temprana del arameo de Daniel.

Por lo tanto, después de examinar las objeciones mayores a la exactitud histórica de Daniel, podemos decir con seguridad que su lenguaje y contenido histórico corroboran el testimonio del libro mismo de que fue escrito en el siglo sexto a.C. Además, el argumento de los críticos de que no podemos confiar en sus declaraciones proféticas debido a sus imprecisiones históricas queda destrozado.

LA ESTRUCTURA LITERARIA DE LOS CAPÍTULOS HISTÓRICOS

Para concluir este capítulo, necesitamos echar una mirada a un elemento más de la primera mitad del libro. Este elemento no tiene que ver con datación o determinación de la historicidad; más bien trata de por qué los capítulos de Daniel están arreglados en el orden en que están.

El lector cuidadoso se dará cuenta de que las narraciones históricas del libro no están arregladas en un estricto orden cronológico. Por ejemplo, los capítulos 5 y 6, que corresponden al periodo persa, preceden a los capítulos 7 y 8, que pertenecen al periodo babilónico temprano. Un orden cronológico requeriría que los capítulos 7 y 8 precedieran a los capítulos 5 y 6. Algún otro principio de organización debió haber sido usado. Como se señaló anteriormente, Daniel se divide —con cierta superposición— en secciones prácticamente iguales de capítulos históricos y proféticos.

Más que eso, sin embargo, los capítulos que fueron escritos en arameo, los capítulos 2 al 7, exhiben un orden literario específico. Estos seis capítulos se colocan aparte en cuanto a estructura literaria: la forma en que están ordenados dentro de su propia sección. Estos capítulos están claramente relacionados entre sí en pares basados en contenido. Los capítulos 2 y 7 forman un par; ambos capítulos son bosquejos proféticos que tienen que ver con el levantamiento y la caída de reinos a lo largo de porciones extensas de la historia humana.

De la misma forma, los capítulos 3 y 6 también son similares en conte-

nido. El capítulo 3 describe la persecución de los tres amigos de Daniel en el horno ardiente; el capítulo 6 describe la propia persecución de Daniel en el foso de los leones. En ambos casos, los siervos de Dios sufrieron pruebas de su fe, y en ambos casos son liberados sobrenaturalmente de sus pruebas.

Esto deja a los capítulos 4 y 5 juntos como un par dentro de la porción aramea e histórica del libro. Estos capítulos también tienen que ver con el mismo asunto: un rey babilónico particular. En el capítulo 4, es Nabucodonosor quien aparece en la mira. En el capítulo 5, es Belsasar. Ambas narraciones comienzan con un escenario local: Nabucodonosor en su palacio y Belsasar en ese mismo palacio. Ambos reyes son todo un caso de presumido egoísmo, y ambos fueron juzgados por el Dios verdadero. En ambos casos, sus juicios vinieron en la forma de profecías que subsecuentemente se cumplieron. Daniel estaba presente para interpretar ambas profecías. Las dos historias tienen finales ligeramente diferentes, pero incluso en eso guardan una relación entre sí. En el capítulo 4, Nabucodonosor cayó en un lapso de locura, pero luego pudo levantarse de nuevo y regresar a su trono. En el capítulo 5, sin embargo, no hay una redención subsecuente para Belsasar. Él y su ciudad cayeron esa noche ante los conquistadores persas.

Por lo tanto, las narraciones de la sección aramea e histórica del libro de Daniel pueden alinearse en pares temáticos bajo el siguiente bosquejo:

A. Daniel 2: profecía sobre el levantamiento y la caída de reinos.
B. Daniel 3: narración acerca de la persecución de los amigos de Daniel.
C. Daniel 4: profecía sobre la caída y el levantamiento del rey Nabucodonosor.
C. Daniel 5: profecía sobre la caída del rey Belsasar.
B. Daniel 6: narración acerca de la persecución de Daniel.
A. Daniel 7: profecía sobre el levantamiento y la caída de reinos.

Tal bosquejo es como una escalera con escalones por ambos lados, en la cual uno asciende en el mismo orden en que desciende los escalones por el otro lado, A: B: C: C: B: A. El nombre técnico para este orden de escritura es *quiasmo*. Esta palabra proviene del nombre de la letra griega *chi*, que se parece a una X. La idea es que el bosquejo procede hacia arriba por una pierna de esta X y luego desciende en el orden inverso por el otro lado. Es

una organización basada en la inversión o en una imagen de espejo. Lo que tenemos aquí en el libro de Daniel es un *quiasmo* relativamente simple basado en enlaces temáticos entre dos historias de naturaleza similar. Una mirada al bosquejo "quiástico" de arriba muestra que los capítulos 2 y 7 están temáticamente enlazados, como están los capítulos 3 y 6, y los capítulos 4 y 5. Esta clase de arreglo es relativamente común en el Antiguo Testamento, especialmente en los salmos, de modo que es evidente que la gente del tiempo de Daniel estaba plenamente consciente de este tipo de escritura.

¿Con qué propósito les servía, y qué valor tiene para nosotros hoy? Servía para varias funciones. Primero, era un recurso para facilitar la memorización. Tener que memorizar el contenido de estos seis capítulos de Daniel sería una tarea difícil. Sin embargo, es mucho más fácil recordar lo que cada capítulo trata una vez que se reconoce este orden inverso.

Segundo, esta clase de organización hace posible que se vean vínculos explicativos entre las narrativas enlazadas. Por ejemplo, muchos comentadores han reconocido que la profecía del capítulo 7 es una explicación adicional y más detallada de la profecía dada en el capítulo 2. Las dos profecías están relacionadas; no se refieren a periodos históricos distintos. La estructura literaria, entonces, se convierte simplemente en otra forma de reforzar ese vínculo.

Tercero, hay una cuestión estética. Es bueno reconocer que la Biblia nos habla de muchas maneras y culturas diferentes. Pero es bueno también darse cuenta de que hay una belleza literaria en estas expresiones. Reconocemos la belleza literaria de algunos salmos. ¿Por qué no reconocer la belleza literaria de algunas porciones bíblicas de prosa, tales como estos capítulos en Daniel? Daniel no es la obra pequeña e insignificante de un editor cualquiera; es la obra, bajo la dirección de Dios, de un artista literario, y necesitamos reconocer esa habilidad.

Finalmente, esta estructura literaria enfatiza la unidad de esta sección de Daniel y de todo el libro. Estas narrativas han sido colocadas juntas precisamente en un orden específico, como los ladrillos que se usan para construir una chimenea. No se puede quitar ninguno de esos ladrillos sin que toda la estructura se derrumbe. Cada uno es vital para el orden y la relación. Los críticos literarios de Daniel han pasado este punto por alto. Han intentado separar el capítulo 7 del resto de los capítulos históricos. Para ellos, la pro-

fecía del capítulo 7 fue escrita alrededor del año 165 a.C., en el tiempo de Antíoco Epífanes, pero los capítulos históricos anteriores fueron escritos antes, dicen ellos, quizás en los siglos cuarto o tercero a.C. Pero estas narraciones, incrustadas como están en la arquitectura literaria, no pueden desmembrarse tan fácilmente. El capítulo 7 va con el capítulo 2; los dos forman un par. Y ese par constituye un marco alrededor de los otros cuatro capítulos que también forman parejas entre sí. De esta manera, los capítulos históricos forman una unidad, un paquete, y el hecho de que también todos fueron escritos en lengua aramea destaca ese punto. Hace un siglo y medio, los estudiosos que critican las fuentes del libro de Daniel lo han estado partiendo en piezas cada vez más pequeñas. Finalmente, una apreciación del arte y estructura literarios del libro ha demostrado cuán erróneo ha sido este enfoque. El libro de Daniel es una unidad literaria y, además, una pieza estéticamente atractiva.

Debido a esta estructura literaria única de la sección histórica de Daniel, estudiaremos estos capítulos según los pares a los que pertenecen.

*La versión Reina-Valera 1960 dice en Jeremías 46:2 que era el cuarto año de Joacim.

CAPÍTULO 2

EXILIADO

Con excepción de una pequeña parte del primer capítulo, todo el libro de Daniel ocurre en Babilonia. Esto es así porque Daniel vivió allí la mayor parte de su vida adulta, y su vida fue bastante larga. La primera fecha en el libro, al comienzo del capítulo 1, es equivalente al año 605 a.C. de nuestro calendario. La última fecha, la fecha que acompaña la última profecía del libro (Dan. 10:1), equivale al año 536 a.C. Esto nos da un periodo de tiempo de casi setenta años que Daniel pasó en Babilonia. Durante la mayoría de este tiempo vivió bajo reyes neobabilónicos, pero sus últimos años los pasó bajo los reyes persas que conquistaron a Babilonia. Daniel probablemente murió después de recibir la última profecía registrada en su libro. De hecho, cuando el ángel Gabriel le dio esa profecía, pareciera haberle indicado a Daniel que pronto moriría.

Daniel estaba probablemente iniciando la vida adulta cuando fue llevado a Babilonia. Algunos han sugerido que tenía alrededor de 18 años de edad, una edad que sentaba bien con la política babilónica para escoger cautivos. Así, de los casi noventa años de vida de Daniel, aproximadamente los primero veinte los pasó en Judá y los últimos setenta en Babilonia. Vivir por tanto tiempo en Babilonia significó que Daniel estuvo muy bien relacionado con la ciudad y la nación, sus gobernantes y procedimientos en la corte. Daniel entró a la corte de Nabucodonosor poco después de su exilio y probablemente sirvió allí por mucho tiempo, dado que Nabucodonosor disfrutó de un extenso gobierno de cuarenta y tres años, y Daniel pareciera haber sostenido cargos importantes en el servicio público, por lo menos durante el periodo de vida de Nabucodonosor. Después de la muerte de Nabucodonosor, sin embargo, Daniel parece haber perdido el favor de los

siguientes gobernantes de Babilonia. No fue sino hasta el último de éstos, Belsasar, que Daniel fue rehabilitado a su lugar original de prominencia, y eso por un breve tiempo. Pero su popularidad continuó incluso en el periodo persa, cuando también logró cierta prominencia, aunque al precio de dificultades considerables.

En tiempos buenos o malos, Daniel era un modelo de fidelidad y perseverancia. También era un modelo en su vida devocional constante y consagrada, si bien esto también representó un precio considerable para sí mismo. Daniel es, por lo tanto, un brillante ejemplo para nosotros de alguien que tuvo valor, lealtad a su Dios, perseverancia y una comunión viva con ese Dios. Dado que varias de sus profecías terminan con el tiempo del fin en el que ahora vivimos, el ejemplo de Daniel en estas áreas es un recordatorio excelente de que también nosotros debemos vivir para Dios a pesar de las circunstancias, buenas o malas, que podamos encontrar.

Como alguien que vivió en Babilonia por muchos años y que también trabajó en el centro del poder, Daniel obviamente la conocía muy bien. Los profetas de Dios pueden referirse al futuro distante en algunas ocasiones, como lo hiciera Daniel. Pero también hablaban a su propio tiempo y pueblo. Para Daniel, eso significó la Babilonia del siglo sexto a.C., y el pueblo de Dios que vivía en exilio allí. Es natural, por lo tanto, que Babilonia y su historia jugarían una parte prominente en las profecías que Dios le daría. Babilonia aparece en no menos de cuatro de las profecías que Dios le dio a Daniel, en los capítulos 2, 4, 5 y 7 del libro. Tener un conocimiento de Babilonia y su historia en los siglos sexto y séptimo a.C. debiera sernos de mucha utilidad, entonces, a fin de entender al profeta en el contexto del tiempo y lugar en los que vivió. Tal entendimiento sirve como un punto de partida para los pasos sucesivos en las profecías que Dios nos ha revelado a través de Daniel.

LOS TIEMPOS DE DANIEL

Una forma de evaluar a Daniel es sugerir que fue un simple peón que quedó atrapado por las circunstancias de la política internacional de su tiempo. Tal evaluación se fundamenta en las condiciones políticas fluctuantes de finales del siglo séptimo a.C.

Era un tiempo de transición. Judá existía en una estrecha franja de tierra entre el Mar Mediterráneo y el desierto oriental. Ese estrecho corredor de

tierra se atravesaba en el camino de conquista tanto de los egipcios al sur como de los poderes mesopotámicos de Asiria y Babilonia al norte. Repetidamente, las poderosas fuerzas militares del norte y del sur cruzaban a través de Palestina. En rápida sucesión, el pequeño reino de Judá cayó bajo el control de tres naciones diferentes al final del siglo séptimo a.C.

Primero, estaba Asiria. Arurbanipal, el último gran rey del Imperio Asirio, murió en el año 626 a.C., dos o tres años antes que naciera Daniel. Con su muerte, ocurrieron cambios mayores en el Cercano Oriente. El Imperio Asirio se rompió en muchos pedazos y por algún tiempo el pueblo de Judá disfrutó de un respiro al debilitarse el control asirio. El rey Josías aprovechó la oportunidad de ese intervalo para comenzar una reforma religiosa en el país (ver 2 Rey. 22:8-23:25). Según indicó el profeta Jeremías, sin embargo, la reforma de Josías no penetró ni duró lo suficiente (ver Jer. 3:10).

En ese vacío de poder, los agresivos faraones de la dinastía vigésima sexta en Egipto pronto se colocaron en posición de tomar el control del Asia Occidental hasta el mismo río Éufrates, donde retuvieron el dominio por una década aproximadamente. Mientras tanto, un nuevo poder surgía en el oriente. Los babilonios, en combinación con los medos de las montañas del norte de Irán, atacaron con éxito los grandes centros poblacionales de Asiria: Nimrod y Nínive. Conquistaron estas ciudades y luego las destruyeron. Al avanzar por el afluente oriental del Éufrates, sus actividades los llevaron a una confrontación con los egipcios en la región superior del río.

Después de una escaramuza inicial en el 611 a.C., los babilonios y los egipcios combatieron en gran batalla en el 605 a.C. Jeremías menciona esta batalla en Jeremías 46:1-12, donde provee una descripción de la derrota desastrosa de los egipcios. También tenemos las palabras de los propios anales reales de Nabucodonosor respecto a estos eventos. Allí, su escriba registró:

> Nabucodonosor, su hijo mayor [de Nabopolasar], el príncipe heredero, reunió [al ejército babilónico] y tomó el control de sus tropas; marchó a Carquemis, la cual está en las orillas del Éufrates, y cruzó el río [para ir] en contra del ejército egipcio, el cual acampaba en Carquemis... pelearon el uno con el otro y el ejército egipcio se retiró delante de él. Nabucodonosor consumó su derrota y los batió hasta hacerlos desaparecer.

Exiliado

Estos decisivos eventos pusieron de cabeza todo el panorama político del antiguo Cercano Oriente. Lo que anteriormente estaba bajo el control egipcio, ahora cayó bajo el control de Babilonia, incluyendo todo el territorio al sur de la frontera con Egipto. Muy naturalmente, eso incluyó al reino de Judá. Los registros reales de Babilonia —los textos de las *Crónicas de Babilonia*— ilustran esta situación. Estos textos, escritos en cuneiforme, que quiere decir escritura con forma de cuña sobre tablillas de arcilla, eran relatos año con año de los eventos mayores durante el reinado del rey. No dan detalles de esta conquista en particular pero afirman en términos generales: "Cuando Nabucodonosor conquistó toda el área del país de Hatti". La designación de "país de Hatti" era un residuo de los días cuando los hititas gobernaban Siria y Palestina. Los hititas habían dejado de existir desde hacía mucho, pero la designación aún permanecía. Incluía todos los reinos desde Siria en el norte hasta Judá en el sur.

Uno puede preguntarse por qué los registros de Nabucodonosor no mencionan específicamente a Jerusalén como una de las ciudades que conquistó. La razón probable fue que Joacim, el rey de Judá durante ese tiempo, pudo ver que resistirse a Nabucodonosor era inútil, por lo cual se rindió. Así, no fue necesario que los babilonios montaran una guerra en toda su dimensión contra la ciudad. Los textos de la *Crónica de Babilonia* mencionan solo aquellas ciudades que se resistieron hasta que las tropas babilónicas las dominaron. Las ciudades que se rindieron antes de ese punto, como Jerusalén, no se mencionan por nombre.

Un observador de la escena histórica en el Cercano Oriente en el 605 a.C. podría haber pensado que todo esto era el resultado de cambios en las lealtades y poder humanos. Pero había más que eso. Daniel indica esta dimensión adicional al mismo principio de su libro. Joaquín se rindió y cayó en manos de Nabucodonosor no solo porque era un rey malo, que lo era, sino porque Dios lo permitió y dirigió los eventos de esta manera. Había un factor invisible involucrado en el curso de estos eventos, y era un factor divino. Daniel 1:2 dice: "El Señor entregó en sus manos a Joacim, rey de Judá". Si bien ésta no era la intención original de Dios para su pueblo, su apostasía —dirigida por el rey Joacim— trajo como consecuencia este triste curso de eventos. Puesto que el pueblo de Dios había renunciado a su fe en Dios y había dejado de participar en su pacto, también habían perdido el derecho a la protección divina de enemigos como Babilonia (véase Deut. 28:1; 30:20).

LA EXPERIENCIA PERSONAL DE DANIEL

Aunque en ese momento Judá no tenía una vigorosa fe en Dios, había algunos que eran fieles a Dios. Daniel y sus amigos se hallaban entre aquellos que retuvieron su fe a pesar de la apostasía general. Esto no previno que fueran llevados al exilio, pero les dio la oportunidad de testificar acerca de su fe durante dicho exilio. De hecho, la fidelidad de estos siervos de Dios inclusive en los momentos más difíciles es uno de los puntos destacados en el libro de Daniel. Entonces, se nos hace la pregunta: ¿Enfrentamos nosotros en nuestras vidas pruebas semejantes o aun menores con una medida semejante de fe? Con un ejemplo de fe y valor tan enérgico como el que Daniel y sus amigos nos han dejado, ¿no deberíamos nosotros ejercitar la misma devoción y confianza en Dios al enfrentar las pruebas que nos sobrevengan?

Imagínese usted mismo en la situación de Daniel. Usted es joven, a punto de dar inicio a la vida adulta. Toda oportunidad pareciera extenderse delante de usted. Pero entonces una curva súbita en el camino de la experiencia aparece ante usted. En vez de echar mano de las oportunidades disponibles en su ciudad o país, ahora usted es arrastrado a una tierra extraña y remota. Además, no se le concede ningún privilegio durante su recorrido y tiene que caminar seiscientos cincuenta kilómetros a través del desierto para poder llegar a su destino. No tiene ninguna garantía de que volverá a ver a su familia u hogar otra vez. De hecho, lo más seguro es que no lo hará. ¿Cuál habría sido su actitud? ¿El desaliento? ¿La depresión? ¿Se habría usted preguntado cómo es que Dios le hizo todo esto? Ahora que ninguno de sus compatriotas lo podría observar, ¿habría usted decidido que bien podría vivir de la forma que le pareciera con tal de llevársela bien en la tierra de sus captores?

Algunas de estas ideas bien pudieron haber pasado por la mente de Daniel y sus amigos, pero no les prestaron más que atención pasajera al reaccionar a sus difíciles circunstancias.

Llevar prisioneros de países cautivados era una política usual que los babilonios y egipcios ejercían. Hombres jóvenes de potencial considerable eran llevados a la capital del imperio para ser entrenados en las prácticas y cultura de los babilonios o egipcios. Esto se hacía con un propósito. El punto era entrenar a estos jóvenes para el servicio futuro al imperio. Cuando el rey o los administradores de los países conquistados salían de la escena de la acción, sus cargos podían ser tomados por individuos de su misma nación

que habían sido entrenados en el pensamiento babilónico o egipcio. De esa forma Babilonia, por ejemplo, podía obtener administradores que tuvieran conocimiento íntimo de las costumbres locales de la gente a quienes ellos gobernarían, pero cuya lealtad suprema había sido cultivada hacia Babilonia mediante la educación recibida.

Cuando Daniel y sus amigos llegaron a Babilonia, iniciaron un extenso programa de estudios. Las diferentes disciplinas que llegaran a dominar les permitirían convertirse en mejores burócratas babilonios, mejores siervos del gobierno. Indudablemente estudiaron la escritura cuneiforme babilónica. Esta incluía aprender un elaborado sistema de signos que se escribían en una tablilla de barro fresco con la punta de un punzón. La escritura cuneiforme nos ha provisto algunos de los ejemplos más antiguos de escritura producidos por la raza humana. Muchas muestras han sobrevivido a través de los siglos y con buena razón: cuando el barro se endurecía, proveía un registro relativamente permanente. Si los registros eran muy importantes, tales como documentos oficiales de un rey, las tablillas cuneiformes utilizadas eran pasadas por el fuego en un horno. Esto las endurecía aún más que si solo se secaban al sol y las hacía más durables, mucho más durables que el papel que utilizamos hoy. Si los registros no eran tan importantes, se los dejaba secar naturalmente y endurecerse más gradualmente. Estas tablillas menos duraderas se rompían con mayor facilidad, que es la razón por la que los arqueólogos que hacen excavaciones en las ruinas del Cercano Oriente con frecuencia encuentran muchos más fragmentos que tablillas enteras. Se requiere de un cuidadoso trabajo en un museo para unir los fragmentos de tablillas.

Aunque el sistema de escritura babilónico era difícil de aprender, el lenguaje en sí probablemente no resultó tan difícil para Daniel y sus amigos. El idioma babilónico pertenece a lo que se conoce como la familia lingüística semítica oriental, mientras que el hebreo pertenece al grupo semítico occidental. Ambas se encuentran en la misma familia lingüística general, y no habría sido muy difícil para Daniel y sus amigos aprender el idioma babilónico. Además, una parte del trabajo en la corte de Babilonia se realizaba en arameo, un lenguaje incluso más cercano al hebreo.

Nabucodonosor mismo no era un babilonio nativo en el sentido étnico y cultural. Él y su padre Nabopolasar antes que él, pertenecían a una de las tribus de los pueblos caldeos que vivían en el sur de Babilonia. Estas tribus

hablaban arameo, por lo tanto, el idioma nativo de Nabucodonosor habría sido el arameo. Fue muy natural, entonces, para Daniel conversar con Nabucodonosor en este idioma; y que varios de los diálogos sostenidos entre estos dos individuos fueran registrados en arameo. Esto provee una explicación parcial respecto del porqué el libro de Daniel fue escrito en dos idiomas: los capítulos 1, 8-12 en hebreo y los capítulos 2-7 en arameo.

Sabemos mucho acerca de las ciencias que se estudiaban y practicaban en Babilonia. Las tablillas duraderas de arcilla que se han descubierto nos han provisto de muchos de los cálculos astronómicos babilónicos y de su sistema de matemáticas. Nuestro moderno sistema matemático esta basado en unidades de diez, el sistema decimal, pero el sistema babilónico estaba basado en unidades de seis, conocido como matemáticas sexagesimales. Algo de este sistema se ha preservado hasta el día de hoy; nos explica por qué hay sesenta segundos en un minuto, sesenta minutos en una hora, y 360 grados en un círculo. El sistema babilónico muestra en Daniel 3 que las medidas de la imagen que Nabucodonosor levantó —sesenta codos de alto y seis codos de ancho— fueron dadas en unidades babilonias sexagesimales típicas.

Uno de los problemas más desagradables que enfrentaron los hebreos en su plan de estudios babilónico era la materia de astrología. El lado científico de esa materia es la astronomía, y ahí no había ningún problema. El lado interpretativo, subjetivo de la astronomía, sin embargo, es la astrología. La cultura babilónica estaba embebida en este tipo de cosas y a los cautivos hebreos probablemente se los introdujo la misma en sus clases.

Aquí encontramos una aguda distinción entre la Biblia y el mundo antiguo. El mundo antiguo era muy devoto al tema de la astrología; las observaciones basadas en los movimientos de los cuerpos celestes eran usadas para predecir eventos humanos y sus consecuencias. La Biblia, sin embargo, está diametralmente opuesta a estas cosas. Dicha oposición está claramente declarada tanto en la legislación mosaica (véase Deut. 18:9-14) como por los profetas (véase Isa. 8:19, 20). En este sentido, por lo tanto, la Biblia se coloca en completa oposición a algunas de las prácticas que se daban en el ambiente que rodeaba a los israelitas. Indudablemente Daniel y sus amigos se habrían opuesto al uso de estos métodos astrológicos en su trabajo para el gobierno de Babilonia. Ellos contaban con una fuente confiable de conocimiento acerca del futuro en la que podían confiar que era mucho más segu-

ra que las prácticas de adivinación de Babilonia. Esa fuente era el verdadero Dios.

No obstante, es una paradoja que Daniel más tarde fue puesto a cargo de los sabios de Babilonia (Dan. 2:48), quienes eran practicantes activos de la astrología. Algunos de los episodios descritos más tarde en su libro demuestran la superioridad del conocimiento recibido del verdadero Dios en oposición a los falsos métodos de los sabios (véase Dan. 2-4).

Si bien estamos de acuerdo con la oposición a los pensamientos y prácticas de la religión babilónica, también necesitamos ser justos con los babilonios en términos de lo que hacían y de lo que no intentaban hacer con estos cautivos. Este asunto brota de los nombres que les fueron asignados a los hebreos. Una vez llegado a la capital, Daniel recibió como nuevo nombre Beltsasar (Dan. 1:7). Este nombre se divide en tres componentes: *Belit*, el título de una diosa; *shar*, el término para denotar "rey"; y el verbo *uzur*, que significa proteger. Entonces, literalmente, el nombre babilónico de Daniel significaba, "Que [la diosa] Belit proteja al rey". El gobernante Belsasar portaba un nombre muy similar, cuya única diferencia era que el título Bel, "señor", se refería a una deidad masculina y no femenina.

Los tres amigos de Daniel recibieron nombres similares que comunicaban cierto significado, y ese significado estaba, en algunos casos, ligado con los dioses babilónicos. Sin embargo, esto no quiere decir que los babilonios estaban tratando de convertir a la fuerza a Daniel y sus amigos a la religión babilónica valiéndose de nombres que contenían un elemento divino. La meta era mucho más pragmática que eso. Sencillamente, los babilonios querían darles a los cautivos nombres que serían fáciles de reconocer por los babilonios con quienes estarían trabajando.

LA PRUEBA

Inmediatamente después de matricularse en la escuela para escribas de Babilonia, Daniel y sus amigos se vieron en problemas. El problema no tenía que ver con la astrología, o con sus nombres babilónicos, o la adoración de ídolos. Tenía que ver con los alimentos. Que los estudiantes se quejen de la comida que se sirve en la escuela no es un fenómeno moderno. Se remonta a mucho tiempo atrás, ¡2.500 años en este caso! Pero esta vez había razones suficientes para fundamentar las quejas: "Y Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que

él bebía; pidió, por tanto, al jefe de los eunucos que no se le obligase a contaminarse" (Dan. 1:8).

Surge la pregunta: ¿Por qué Daniel rehusó comer de los alimentos provistos de la alacena o cocina real? El texto nos da una respuesta clara y directa: "Daniel propuso en su corazón no contaminarse".

¡Hubiera sido interesante escuchar la conversación mientras Daniel trataba de explicarle al funcionario babilónico acerca de la impureza, basada en las leyes alimenticias establecidas en Levítico 11 y Deuteronomio 14! Entre los textos cuneiformes que han sido catalogados y traducidos, hay algunos que enumeran los platillos que se proveían al ejército babilónico. Las provisiones incluían cerdo. Para un israelita, el cerdo era impuro y considerado impropio para la alimentación. Si a las tropas se les daba cerdo, muy probablemente también se les daba a los burócratas en el palacio y a los estudiantes en la escuela para escribas. Por lo tanto, Daniel y sus amigos habrían tenido que enfrentar este asunto de las carnes inmundas que se les servían, las cuales declinaron comer porque las tales los "contaminarían".

Habría otras razones también. Como en el caso del Nuevo Testamento en Corinto, parte de la carne que se proveía en Babilonia pudo haber sido ofrecida a los ídolos (véase 1 Cor. 8). De la misma manera, en ese entonces estaba el asunto de la preparación de la comida. Los carniceros babilonios no habrían preparado la carne de manera que fuera autorizada por la ley judía (véase Lev. 17:10-14). La preparación bien pudo haber incluido altas concentraciones de especias.

La forma más fácil y directa de evitar todos estos problemas era consumir una dieta vegetariana y beber agua solamente. Esto fue lo que Daniel solicitó al oficial. Literalmente, le pidió legumbres para comer, esto es lo que crece de las semillas, o plantas (Dan. 1:12). Daniel se dio cuenta de los problemas con la dieta babilónica, y también pudo ver que la forma más directa de evadirla era evitando el problema por completo en vez de darle la vuelta y comer de la mesa lo que pudieran. Él pidió una dieta vegetariana y la principal bebida no alcohólica disponible: agua.

El funcionario, sin embargo, no estaba dispuesto a poner a Daniel en esa clase de régimen (1:10). Tenía temor de que hubiera resultados adversos sobre los hebreos. Pero Daniel persistió, y al fin se le dio permiso de comer su dieta elegida por un periodo de diez días (1:14). Diez días de los tres años del curso no era un riesgo demasiado grande, pero aun así, el oficial de mala

gana les dio a Daniel y a sus amigos permiso para proceder. El oficial era responsable por el bienestar de los cautivos, y si ellos sufrían debido a la nueva dieta, él sufriría la ira de Nabucodonosor (1:10). Los reyes del mundo antiguo eran conocidos por su tendencia a castigar a los mensajeros que les traían malas noticias.

¿Podría un periodo de solo diez días verdaderamente marcar una diferencia? En la sociedad moderna, hay muchos ejemplos que demuestran que diez días pueden ciertamente producir cambios. Un plan dietético especial anunciado en la televisión norteamericana promete: "Dénos una semana, y le quitaremos el sobrepeso". Más intenso aun era el régimen del Dr. Pritikin, un nutricionista cuya severa dieta baja en grasas iba dirigida a la reducción rápida del colesterol y el peso como parte de un programa de rehabilitación y acondicionamiento para pacientes con serios problemas del corazón. Para participar en dicho programa, uno tenía que pasar una semana en el centro médico de Pritikin. Debe hacerse notar también que un paciente bien puede recuperarse de una cirugía seria y ser dado de alta del hospital en menos de diez días. De hecho, la duración de las estadías en los hospitales se está tornando cada vez más corta. Por lo tanto, la petición de Daniel de diez días como periodo de prueba era razonable, aunque él probablemente hubiera preferido tener más tiempo.

Nuevamente, no era solamente la fuerza ordinaria de las circunstancias humanas lo que abrió esta posibilidad para Daniel y sus amigos. No es que eran mejores nutricionistas o quinestesiólogos ni eran individuos intelectualmente superiores a los otros estudiantes matriculados. Pudieron obtener el favor del funcionario y llevar a cabo su programa porque "puso Dios a Daniel en gracia y en buena voluntad con el jefe de los eunucos" (1:9). Tan inteligente como era, Daniel tenía otro factor que operaba a su favor, y ese factor era el más importante: el favor divino. En esta situación, Dios fue capaz de usar y bendecir a Daniel y sus amigos debido a su fe en él y sus promesas.

De la misma forma, Dios puede usarnos hoy en situaciones similares. Esta parte de la narración pone énfasis en el hecho de que Dios no solo quiere que tengamos mentes alertas espiritualmente, también quiere que tengamos cuerpos saludables. Los dos asuntos están directamente relacionados. "Y al cabo de los diez días pareció el rostro de ellos mejor y más robusto que el de los otros muchachos que comían de la porción de la comida del

rey" (vers. 15). Después de pasar esta prueba de diez días, Daniel y sus amigos pudieron comer la dieta que querían por el resto de los tres años en la escuela. Continuar con esta dieta por esa extensión de tiempo también contribuyó a los excelentes resultados al final del curso.

EL RESULTADO FINAL

Al final del curso de tres años, el examen final para graduarse era oral (1:19, 20). De hecho, su examinador era la persona más importante de todas, más importante que cualquiera de los profesores que tuvieron durante sus estudios. El examinador final no era otro sino el rey mismo. Él quería ver lo que los estudiantes habían cumplido durante su periodo de capacitación y ver si estaban satisfactoriamente calificados para tomar cargos en el gobierno babilónico. Una vez más, Daniel y sus amigos salieron triunfantes: "Y el rey habló con ellos, y no fueron hallados entre todos ellos otros como Daniel, Ananías, Misael y Azarías; así, pues, estuvieron delante del rey" (vers. 19). Valiéndose de la hipérbole, el texto describe a Daniel y sus amigos como diez veces mejores que los otros sabios del reino de Babilonia (vers. 20). Eso no quiere decir que obtuvieron un 100 por ciento en su examen y que los otros sabios sacaron solo un 10 por ciento. Simplemente quiere decir que los hebreos claramente fueron más sobresalientes que los otros estudiantes en el curso y que eran superiores incluso a los sabios profesionales que ya ejercían sus funciones. Un fenómeno literario similar se encuentra en la historia del horno de fuego en Daniel 3. Se le dijo a los siervos de Nabucodonosor que calentaran el horno "siete veces más de lo acostumbrado" (vers. 19). Esto no quiere decir que el horno subió de 500 grados, por ejemplo, a 3.500 grados. Más bien, significa que lo atizaron a un nivel mucho más intenso, independientemente de la temperatura absoluta involucrada.

¿Cuál fue la verdadera razón por la que Daniel y sus amigos tuvieron tan buenos resultados en el examen oral ante el rey? ¿Se debió a que tenían coeficientes intelectuales superiores? ¿Se debió a que tenían un régimen más saludable? Estos elementos pudieron haber ayudado, pero más que eso, tenían la bendición directa de Dios. "A estos cuatro muchachos Dios les dio conocimiento e inteligencia. . ." (vers. 1:17). Sin la bendición de Dios, estos jóvenes no se habrían destacado tanto como lo hicieron. Dios tenía un plan y un propósito para ellos, y quería demostrarlo delante de todos los sabios

de Babilonia, delante de sus condiscípulos, y delante del rey. Dios tiene un plan y una bendición para tu vida también, aunque puede que no sea exactamente en la misma forma en que lo hizo para con estos estudiantes cautivos en Babilonia.

FECHAS

Concluimos nuestro estudio del capítulo 1 con una nota técnica acerca de tres detalles cronológicos relacionados con este capítulo. El primero tiene que ver con la fecha en el primer versículo del capítulo. Dice que Nabucodonosor vino y sitió a Jerusalén en el *tercer* año de Joacim, rey de Judá. Algunos han criticado esta fecha como inexacta, argumentando que el sitio realmente tuvo lugar en el *cuarto* año de Joacim. Esta objeción ha sido tratada más completamente en el primer capítulo de este volumen (véase págs. 22, 23). Basta decir aquí que si uno interpreta esta fecha basado en el principio de contar el año ascensional y el calendario judío (de otoño a otoño), la fecha queda establecida correctamente como históricamente exacta.

El segundo problema cronológico involucrado aquí se enfoca en la extensión de tiempo de los estudios de Daniel y sus amigos —tres años, según Daniel 1:15— y la fecha en la que ocurrieron los eventos de Daniel 2, "en el segundo año del reinado de Nabucodonosor" (2:1). Esta afirmación puede armonizarse fácilmente cuando nos damos cuenta que Daniel 1:5 no necesariamente significa tres años completos de doce meses cada uno. El primero y el último año de este curso de estudios probablemente fueron solo años parciales, tal como el año escolar actual en muchos países nuestros es de nueve o diez meses y no de doce.

Esta explicación implica lo que se conoce como "contabilidad inclusiva", la cual tiene que ver con la forma en que los antiguos hebreos contaban las fracciones. Para los lectores modernos, 50 por ciento es la línea divisoria; cualquier cifra mayor se redondea al número siguiente, y cualquier cifra inferior no es tomada en cuenta. Esa no era la forma en la que los hebreos contaban. Para ellos, cualquier fracción se "incluía" en el número siguiente. Por lo tanto, Jesús pudo haber estado en la tumba tres días incluyendo solo una porción del viernes de tarde, todo el sábado, y una porción durante la mañana del domingo. Según la "contabilidad inclusiva", esto equivale a tres días. Otro ejemplo bíblico de esto lo podemos encontrar en 2 Reyes 18:9-11, donde el sitio de Samaria comenzó en el cuarto año de Ezequías y ter-

minó en su año sexto, lo cual ocurrió "al cabo de tres años" (2 Rey. 18:10). Así, los tres años de estudio de Daniel puede que no sean tres años completos de doce meses cada uno.

El último problema cronológico menor en el capítulo 1 se encuentra en su último versículo, que dice, "Y continuó Daniel hasta el año primero del rey Ciro" (vers. 21). Siendo que éste es el rey Ciro de Persia con quien el libro termina (10:1), ésta es una referencia a la totalidad del ministerio de Daniel y la vida de Daniel en Babilonia. Pero ha sido puesto al final de la primera narración del libro, la cual trata de la llegada de Daniel a Babilonia y sus primeras experiencias allí.

Obviamente, esta mención de Ciro proviene de un momento setenta años después, aproximadamente en el 536 a.C. Se lo registró aquí en el capítulo 1 editorialmente para anticipar lo que sigue en el libro. No tenía la intención de ser un punto en el tiempo como se lee en la declaración del versículo 1. Algunas de las narraciones de Daniel pudieron haber sido escritas con anterioridad y algunas otras pudieron haberse escrito posteriormente, pero la última de ellas y cualquier comentario editorial tal claramente provino del periodo persa, cuando el libro ya estaba terminado.

CAPÍTULO 3

REYES CAÍDOS

Los capítulos 4 y 5 de Daniel tratan el destino de dos reyes del Imperio Neobabilónico: Nabucodonosor, el fundador y primer gran rey de ese imperio (capítulo 4), y Belsasar, el último rey de ese imperio, que no fue tan destacado (capítulo 5). El hecho de que la vida de Daniel pueda abarcar la historia completa del Imperio Neobabilónico muestra realmente cuán breve fue la existencia de éste. Daniel vino a Babilonia como adolescente temprano en el reinado de Nabucodonosor, y aún se hallaba allí como anciano cuando Belsasar murió en el palacio la noche que los persas conquistaron la ciudad.

Daniel no solo vivió en Babilonia durante este extenso periodo de tiempo; también se relacionó con estos dos reyes en un nivel profesional. Dios usó a Daniel para hacerles llegar profecías a estos individuos, profecías acerca de sus reinos y acerca de ellos mismos. Por lo tanto, estos dos capítulos tratan no solo de estos reyes babilonios, sino también de Daniel y cómo les ofreció sus servicios. El papel de Daniel ante ambos reyes fue similar: sirvió como un sabio inspirado que les dio mensajes acerca de sus vidas y los tiempos, provenientes del Dios verdadero.

Nabucodonosor recibió un mensaje de Dios mediante un sueño; Dios le habló a Belsasar a través de la escritura de una mano incorpórea sobre la pared del salón de audiencias del palacio. En ambos casos, los reyes necesitaban de alguien que interpretara el mensaje de Dios, y en ambos casos los sabios de Babilonia fueron incapaces ante la tarea. Daniel tuvo que ser llamado porque los misteriosos mensajes provenían del Dios verdadero a quien él servía. Ambos mensajes eran mensajes de juicio que caían sobre los reyes. Los dos habrían de ser juzgados según al contenido de las profecías

que Daniel interpretara para ellos. Y en ambos casos, todo sucedió tal y como Daniel predijo.

Sin embargo, hay una diferencia significativa entre el destino de estos dos reyes. Nabucodonosor recibió una prolongada sentencia de demencia, pero finalmente se recuperó, se arrepintió, y se tornó en fe al verdadero Dios. Belsasar, por otro lado, recibió su juicio en la misma noche en que le fue dada la profecía. Con su muerte esa noche, el Imperio Neobabilónico pasó a manos de Medo-Persia.

Los temas de estos dos capítulos son similares, aunque se desarrollan de formas diferentes. Tal enlace temático liga estos dos capítulos en el centro de la estructura literaria quiasmática de la sección aramea del libro (capítulos 2-7). En esta estructura, el capítulo 2 está conectado temáticamente con el capítulo 7; el capítulo 3 está conectado temáticamente con el capítulo 6. Y en el centro de esta escalera, el capítulo 4 está conectado con el capítulo 5. Por lo tanto, los capítulos 4 y 5 se consideran un par enlazado en el centro de la estructura quiasmática. Están conectados entre sí por la naturaleza de sus contenidos, y han sido colocados lado a lado para enfatizar con mayor vigor esa conexión. (Para una discusión adicional de la estructura literaria quiasmática de la sección histórica de Daniel, véase el capítulo 1, páginas 28-31.)

EL SUEÑO DE UN GRAN ÁRBOL

La narración en el capítulo 4 es hecha mayormente en primera persona por Nabucodonosor mismo. El rey comienza su relato de esta manera:

> "Nabucodonosor rey, a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra: Paz os sea multiplicada. Conviene que yo declare las señales y milagros que el Dios Altísimo ha hecho conmigo" (4:1, 2).

Después de un breve pasaje poético en el cual el rey alaba a este gran Dios por su dominio y majestad, procede a relatar su experiencia. Las expresiones de alabanza de Nabucodonosor constituyen una excelente lección para nosotros: También nosotros debemos alabar a Dios por las grandes cosas que ha hecho por nosotros. Ésta es una de las lecciones del capítulo 4. Tal como Dios actuó antaño en favor de Nabucodonosor, también puede actuar en favor nuestro hoy. Tal vez la forma en que obre hoy no sea la

misma de cuando actuó en favor de Nabucodonosor, pero la narración en este capítulo nos asegura que Dios es poderoso y que interviene en los asuntos de la vida para el beneficio de sus hijos. Cuando lo hace, y vemos su mano en acción, debemos alabarlo como lo hiciera Nabucodonosor.

Nabucodonosor no puso fecha a este relato de cómo Dios trató con él, pero tenemos algunas indicaciones del marco de tiempo en el cual ocurrieron estos eventos. El rey reporta que se encontraba en su palacio, satisfecho y próspero. Tal descripción se aplicaría más naturalmente a un periodo intermedio de su reinado de 43 años. Durante el primer tercio de su reinado, Nabucodonosor dirigió sus ejércitos en campañas casi constantes. Durante el último tercio salió nuevamente a la guerra con su ejército. Por lo tanto, fue mayormente durante el tercio medio de su largo reinado que estuvo en prosperidad y paz, puesto que sus mayores conquistas militares ya se habían llevado a cabo para entonces.

Una noche durante este periodo próspero y pacífico, el rey estaba durmiendo en el palacio cuando le sobrevino un sueño impresionante. No era un sueño ordinario, y Nabucodonosor sintió que era de vital importancia descubrir lo que significaba. En el caso de su sueño anterior descrito en Daniel 2, Nabucodonosor no pudo recordar el contenido del sueño cuando despertó; esta vez recordó el sueño con claridad. De modo que llamó a sus sabios y adivinos, les contó el sueño y les demandó una interpretación. Nadie se lo pudo explicar al rey (vers. 7, 8).

Finalmente llamaron a Daniel. Los sabios subalternos no pudieron cumplir con la tarea, así que llamaron a su jefe. Nótese que, en un principio, Nabucodonosor se refiere a Daniel por su nombre babilónico Beltsasar. El rey le dijo a Daniel que en su sueño, había visto un gran árbol. El árbol era enorme y fuerte, y se veía de todos los extremos de la Tierra. También proveía sombra para los animales que vivían debajo de él y fruto para las aves que moraban en sus ramas (vers. 10-12).

Sin embargo, la segunda escena del sueño del rey no era tan placentera. Un ángel mensajero descendió del cielo con el decreto de que el árbol fuese cortado, incluyendo sus ramas, hojas y fruto; las aves y los animales a los que había provisto protección serían esparcidos. Pero no todo estaba perdido, por cuanto la cepa del árbol sería atada después que el árbol fuera cortado, y permanecería en el suelo (vers. 13-15).

En este punto del sueño, el ángel hizo una transición en su instrucción

y explicación, trasladándose del símbolo del árbol a la realidad que el árbol representaba. El árbol claramente representaba a un hombre y su destino. El ángel indicó que el hombre así representado viviría entre los animales y las plantas del campo, tal como la cepa del árbol. La mente de tal hombre sería cambiada a la mente de un animal, tal como la de aquellos entre quienes viviría. Todo esto duraría hasta que siete "tiempos", o años, pasaran sobre él (vers. 16, 17). Aparentemente, el castigo sería cesado, si bien el ángel no profetizó directamente la restauración del hombre al final de los siete años.

Si usted hubiera sido uno de los sabios convocados por el rey para explicar este sueño, ¿qué es lo que hubiera significado para usted? Recuerde, usted no tendría la ventaja retrospectiva que tenemos hoy cuando leemos toda la historia.

Hubiera sido claro que el sueño se aplicaba a un individuo, ya que las palabras del ángel establecieron ese hecho. Pero, ¿qué individuo? A nosotros nos parece obvio, al leer la narración hoy día, que Nabucodonosor era el hombre en cuestión. Pero, ¿habría sido esta la explicación natural que se les ocurriera a los sabios que tenían ante sí la tarea de interpretar el sueño? Probablemente no. Más probablemente, hubieran pensado inmediatamente en términos de algún enemigo de Nabucodonosor. Debido al destino del hombre del sueño, su primera inclinación hubiera sido probablemente señalar a aquel rey u oponente que le estaba dando a Nabucodonosor el mayor problema, aplicándole el sueño a ese sujeto.

Si usted hubiera sido uno de los sabios a los que se les ordenó interpretar el sueño, ¡lo último que usted habría deseado hacer era aplicar el sueño a Nabucodonosor! Después de todo, los mensajeros que traían malas noticias al rey fácilmente podían sufrir su ira. Sin embargo, los sabios probablemente no habrían pensado en esta interpretación de todas maneras. Sencillamente no se les habría ocurrido que un rey tan acaudalado, poderoso y famoso pudiera sufrir tal aflicción. En ese entonces, las enfermedades mentales eran consideradas obra de los demonios, ¿y cómo podrían los demonios afligir a un hombre obviamente tan bendecido por los dioses?

Por lo tanto, la interpretación de Daniel era contraria no solo a lo que pensaron los sabios respecto a Nabucodonosor, sino a la teología misma de su sistema de creencias. ¡Un hombre tan bendecido por los dioses no podía ser al mismo tiempo maldecido por ellos! Si las cosas le hubieran estado yendo mal para Nabucodonosor, eso indicaría que los dioses estaban enojados con él. De

ser así, una interpretación tal del reino podría ser válida. Pero no ahora en un momento de paz y prosperidad.

LA INTERPRETACIÓN DE DANIEL

Cuando Daniel recibió la interpretación de este sueño del Dios verdadero, también quedó atónito (vers. 19). Tal como los otros sabios, Daniel estaba asombrado de que un destino tal pudiera ocurrirle a una figura tan prominente y poderosa. En el capítulo 1, Daniel había escrito que Dios había entregado a Joacim de Judá en las manos de Nabucodonosor (1:2). Y si Dios le había dado a Nabucodonosor control sobre el rey de su propio pueblo, ¿con cuánta más razón le entregaría aquellos reyes y reinos que Nabucodonosor había conquistado en otras partes del mundo? En su oración de acción de gracias por haberle dado el sueño y la interpretación en el capítulo 2, Daniel había alabado a Dios porque él "quita reyes, y pone reyes" (2:21). Dada la prominencia que había obtenido Nabucodonosor, ciertamente pareciera que Dios era quien lo había colocado en esa posición tan encumbrada. Claramente, Dios había exaltado a Nabucodonosor y le había dado gran poder. Pero ahora iba a mostrar el otro lado de la moneda. A aquel que él ponía, también podía deponerlo, y Nabucodonosor estaba a punto de ser depuesto. Eso era lo que dejó atónito y asombrado a Daniel respecto de la interpretación del sueño del capítulo 4. Pero a pesar de su sorpresa, siguió adelante y le dijo al rey lo que significaba el sueño.

Como Natán ante David, Daniel cumplió de mala gana su asignación. Con tacto, señaló que el sueño se aplicaba a Nabucodonosor. Pero atenuó la palabra profética con su preocupación por el rey, "Señor mío, el sueño sea para tus enemigos, y su interpretación para los que mal te quieren" (vers. 19). Antes que Dios le diera la interpretación, Daniel probablemente también pensó que el sueño se aplicaba a los enemigos de Nabucodonosor. Ciertamente eso es lo que los otros sabios habían pensado. Sin embargo, una vez que Dios le habló, Daniel no podía hacer nada más que aclarar las cosas y presentar el mensaje de Dios al rey.

Después de describir el enorme árbol, Daniel dijo, "Tú mismo eres, oh rey" (vers. 22). Esta parte del mensaje no era tan difícil porque podía extenderse en alabar la fortaleza y grandeza del rey-árbol. Pero vino la parte más difícil, que se encontraba en el segundo acto del sueño:

> "Te echarán de entre los hombres, y con las bestias del campo

será tu morada, y con hierba del campo te apacentarán como a los bueyes, y con el rocío del cielo serás bañado; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que conozcas que el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres, y que lo da a quien él quiere" (vers. 25).

Daniel no terminó su sermón profético sin ofrecer esperanza. La profecía incluía restauración como su elemento final. Daniel concluyó con una apelación al rey, llamándolo al arrepentimiento:

"Por tanto, oh rey, acepta mi consejo: tus pecados redime con justicia, y tus iniquidades haciendo misericordias para con los oprimidos, pues tal vez será eso una prolongación de tu tranquilidad" (vers. 27).

Daniel no apeló al rey por un arrepentimiento de palabras; demandó acciones que correspondieran a la profundidad y sinceridad de su arrepentimiento. Demandó buenas acciones y restauración. En el nombre de los oprimidos, Daniel desafió a este temible conquistador que había sembrado tanta destrucción por todo el Cercano Oriente. Nabucodonosor había oprimido a otros hasta el límite; ahora tenía la oportunidad de rehacer esos males y corregirlos. Tenía el poder para hacerlo. La pregunta era: ¿Lo haría?

El sueño y el llamado del profeta apeló al arrepentimiento, la confesión y la restauración del rey. Las hazañas militares de Nabucodonosor eran sobresalientes; ¿podría ahora dejar un registro de restauración tras esas conquistas en los anales de la historia? Se necesitaría de un gran hombre, un hombre humilde para hacer eso. Pero si Nabucodonosor no era lo suficientemente humilde para hacerlo, Dios tendría que humillarlo.

LOS RESULTADOS

Los mismos reyes de Judá no se arrepentían de sus indiscreciones, mismas que los estaban llevando en picada hacia el exilio de su pueblo. ¿Podemos, entonces, esperar que un rey pagano como Nabucodonosor se arrepintiera en respuesta a la apelación de un profeta? Piense usted lo que implicaría un arrepentimiento tal.

El rey estaría admitiendo que no debería haber efectuado las conquistas que realizó; que la opresión que había impuesto sobre los varios países del

antiguo Medio Oriente no debió haber sido aplicada; que no debió haber puesto en la cárcel a los prisioneros de guerra; que los exiliados, tal como el profeta que tenía delante de sí, no debieron haber sido traídos a Babilonia y que debieron haber sido devueltos a sus propias tierras. En esencia, el rey estaría diciendo que una gran parte de lo que había logrado como rey, sus más grandes proezas, estaban mal. Se hubiera necesitado ser un hombre verdaderamente humilde para admitir eso, y Nabucodonosor no tenía ni el valor ni la disposición para la tarea. No se postraría en arrepentimiento.

Si bien rechazó someterse a Dios cuando el Señor apeló a él a través de Daniel y la interpretación del sueño, Nabucodonosor recibió tiempo adicional para pensarlo. Dios le dio mucho tiempo. Le dio todo un año. Con todo, Nabucodonosor no cedía ni se arrepentía. Un año después, el rey caminaba sobre el terrado de su palacio. Tal vez hasta estaba pensando acerca del impresionante sueño que había tenido un año antes (vers. 29). Su respuesta de rechazo obstinado a la apelación del profeta se mantenía imperturbable.

Es interesante la forma en la que el rey expresó su rechazo. Lo manifestó mediante una declaración de orgullo jactancioso: "¿No es ésta la gran Babilonia que yo edifiqué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?" (vers. 30).

¿Había algún fundamento real para esta vanagloria? Sí, mucho. Nabucodonosor había engrandecido y embellecido Babilonia en gran escala. Antes de su tiempo, la ciudad consistía mayormente de un área más reducida —"la ciudad interior" o porción central. Nabucodonosor agregó una nueva línea de murallas exteriores. Esto trajo como consecuencia tanto el fortalecimiento de las defensas de la ciudad como el aumento de su tamaño. En el interior de estas murallas exteriores, el rey construyó un nuevo palacio. También construyó la sección occidental de la ciudad al otro lado del río Éufrates. Sabemos que fue el responsable de una buena parte de esta construcción por los miles y miles de ladrillos rotos que sobreviven en las ruinas de la antigua Babilonia y que tienen el nombre de Nabucodonosor inscrito sobre ellos.

Además de la construcción física de la ciudad de Babilonia, Nabucodonosor también transformó la nación en un imperio debido a sus conquistas políticas y militares. Su padre, Nabopolasar, se libró el yugo asirio, permitiendo a las fuerzas babilónicas emprender campañas más abarcantes. Pero

fue su hijo, Nabucodonosor, quien concretó en un imperio las conquistas logradas mediante aquellas campañas.

También hay que considerar la extensión del reinado de Nabucodonosor. La fundación del Imperio Neobabilónico puede fecharse en el año 605 a.C., el año en que Nabucodonosor subió al trono. La caída de este imperio puede fijarse en el 539 a.C., el año cuando el ejército medopersa conquistó Babilonia. Siendo que Nabucodonosor reinó por cuarenta y tres años, su gobierno se extendió aproximadamente sobre dos terceras partes del total del periodo de existencia del Imperio Neobabilónico.

Por lo tanto, Nabucodonosor tenía razones concretas para glorificarse de sus logros en cuanto a la construcción de la ciudad de Babilonia, la construcción de un imperio, y la duración de su gobierno. Hay, sin embargo, otro aspecto de sus logros, un lado más oscuro. Si las prácticas asirias sirven de ejemplo, mucho de la construcción de Babilonia se llevó a cabo por obreros esclavos capturados en las distintas campañas militares. La extensión del imperio de Nabucodonosor reportó un alto costo en vidas humanas tanto de las naciones derrotadas como de sus propios soldados muertos en batalla.

Se ha creído que el reinado de Nabucodonosor fue largo e ininterrumpido. Pero ahora que poseemos los anales de sus primeros once años de reinado, sabemos que en su décimo año se levantó una revuelta contra él en Babilonia. ¡Esta revuelta fue tan seria que incluso en el palacio hubo peleas cuerpo a cuerpo en las que el mismo rey se vio involucrado! Los logros de Nabucodonosor pudieron haber sido impresionantes, pero se consiguieron mediante un alto precio para muchos de sus súbditos, algunos de los cuales no eran completamente pacíficos y del todo receptivos a su gobierno.

A pesar del sufrimiento que se pagó por sus proyectos, Nabucodonosor aún podía ufanarse de su propia grandeza y la magnificencia de sus logros. Pero los observadores celestiales registraron su orgullo y engreimiento. Toda la escena de lo que estos triunfos habían costado en términos de sufrimiento humano estaba abierta delante de Dios, y él no lo aprobaba. Nabucodonosor se estaba autoexaltando a un nivel casi divino, como la figura del rey de Babilonia que representaba al diablo en Isaías 14:12-15.

Ahora, Nabucodonosor estaba a punto de recibir su merecido castigo predicho en el sueño profético del año anterior. Ahora él sería arrojado al suelo y tomaría su lugar con los más bajos entre los bajos, con los animales mismos. Él había tenido un año completo de prueba en el cual debía arrepen-

tirse de lo que había hecho y de su orgullo al respecto, pero no dio ese paso hacia el Dios verdadero. Ahora era el momento de ejecutar su sentencia.

El tipo de locura a la que fue sujeto Nabucodonosor es muy poco común, pero no desconocida en la práctica psiquiátrica moderna. El nombre técnico de esa conducta animal en los seres humanos, parecida a la de un lobo, es licantropía.

En vista de la situación general que existiría en el caso de un rey que estaba incapacitado de esta forma por un periodo extenso de tiempo, uno se pregunta: ¿Cómo hizo Nabucodonosor para mantener el trono a pesar de su locura? Este hubiera sido el momento ideal para que algún usurpador asesinara al demente rey y tomara el trono en su lugar.

La razón probable por la que esto no ocurrió tiene que ver con la perspectiva antigua respecto de la enfermedad mental. Ellos creían que ésta era causada por los demonios, que eran dioses menores malévolos hacia la raza humana. También creían que si se mataba deliberadamente a una persona mientras sufría de demencia, el dios demonio que había causado la enfermedad mental, caería sobre el criminal. Por tanto, nadie se arriesgaría a adquirir una enfermedad mental matando a una persona así afligida. La teología babilónica, o la psicología, probablemente protegió a Nabucodonosor durante el periodo de su incapacidad.

Varias veces el texto expresa el tiempo que duraría la locura, que era de "siete tiempos" (vers. 16, 23, 25). Por un proceso de eliminación, se puede ver que la única unidad de tiempo que encaja en la palabra "tiempos" es "años". Así ha sido entendido desde los tiempos pre cristianos. La versión griega del capítulo 4 del libro de Daniel traduce esta palabra como "años". Así, en el sueño de Nabucodonosor, la palabra "tiempos" significa "años". El rey iba a estar incapacitado y demente durante siete años.

Podríamos considerar este juicio bastante severo, pero tuvo los efectos deseados. Al final del tiempo, cuando Nabucodonosor volvió a su estado normal, también volvió a la conciencia y reconocimiento del verdadero Dios (compare con 2:47; 3:8, 29). El rey reconoció a Dios en su salmo de alabanza al principio del capítulo (vers. 2, 3) y al final del capítulo (vers. 34, 35). Nótese que él glorificó y alabó al Dios de los cielos *primero*, antes de que hablara de la devolución de su reino y la restauración de su cargo y poder (vers. 34-36). Nabucodonosor ahora veía los asuntos divinos y humanos en su correcta prioridad. En toda esta narración, la frase conclusiva

de Nabucodonosor fue: "Y él [Dios] puede humillar a los que andan [como yo] con soberbia" (vers. 37).

Una de las preguntas que hicimos al principio de este capítulo fue: ¿Fue justo Dios al juzgar a Nabucodonosor de esta manera? Ahora podemos ver que la respuesta final a esta pregunta es sí. Sí fue justo de parte de Dios. Aun Nabucodonosor mismo reconoció ese hecho al final de la historia. Cuando andaba entre los animales, probablemente no podía percibir el gran hecho central de Dios en su experiencia personal. Pero cuando fue restaurado a su sano juicio y recordó todo el asunto, ahora sí podía ver la mano de Dios en todo. En esta coyuntura de su vida, Nabucodonosor se convirtió en un creyente del verdadero Dios, en contraste con los dioses falsos del politeísmo a los que había adorado anteriormente.

Daniel, el profeta de Dios, estaba en la escena de la acción para explicar al rey lo que todo eso significaba. Al mismo tiempo, Dios continuó hablándole a Nabucodonosor. Tan severo como el juicio divino sobre Nabucodonosor pueda parecer, en última instancia produjo su conversión al Dios verdadero. Así que no es de sorprender que después del capítulo 4 no oímos nada más acerca de Nabucodonosor en el libro de Daniel. Hay un peregrinaje espiritual en el libro que cuenta la experiencia personal de Daniel, y también está la historia del peregrinaje espiritual de Nabucodonosor. Él recorrió el camino desde ser el más poderoso rey de su tiempo —un gobernante orgulloso y egocéntrico— hasta el punto donde se transformó en un creyente humilde y confiado que alababa al Dios verdadero. Al final del capítulo 4, dejamos a Nabucodonosor regocijándose en la salvación que había llegado a su casa real ese día.

LA LECCIÓN DE NABUCODONOSOR ES PARA NOSOTROS

Si bien no tenemos el poder y la autoridad personal que Nabucodonosor ejerció como gobernante, aun podemos aprender de su experiencia. Tal como él, nosotros probablemente tendemos a pensar mejor de nosotros mismos de lo que debemos. Tal como él, ensalzamos nuestros propios logros, grandes o pequeños. Su frase "¿no es ésta la gran Babilonia que yo edifiqué?" aún resuena en nuestra experiencia hoy día. Esta clase de orgullo y autofelicitación no murió con la caída del Imperio Neobabilónico. Sigue viva hoy en la naturaleza humana y se sigue manifestando de varias formas. Es el fundamento de las religiones modernas del humanismo, el cual sostie-

ne que los seres humanos son tan competentes mental y físicamente que no tenemos necesidad de ayuda de ninguna fuente exterior, inclusive Dios. Pero justo cuando llegamos a este punto en nuestra experiencia, algo viene a molestar esa autoconfianza y nos derriba en los brazos de nuestro Padre celestial, el único que puede satisfacer nuestras necesidades. El problema puede ser individual —una crisis de salud. O puede estar relacionado con la familia —la muerte de un ser querido. Puede ser algo local, una inundación o incendio, o nacional e internacional, una guerra o hambruna. Cualquiera que sea la forma que adopte la crisis, aprendemos que nuestros propios recursos son inadecuados para salir adelante. Nuestra dependencia no puede estar en el yo; tiene que estar colocada en algo mayor que nuestras habilidades. Como Nabucodonosor, tenemos que encontrar finalmente nuestra razón para vivir en algo mayor y externo a nosotros mismos. La filosofía del humanismo y nuestro orgullo humano quedan en bancarrota cuando se trata de las más profundas necesidades de nuestro ser. Encontramos nuestra más elevada posición en la vida cuando nos arrodillamos humildemente al pie de la cruz. Nabucodonosor descubrió eso, y nuestra experiencia nos guía a la misma conclusión.

A veces nos quejamos acerca de estas situaciones de prueba. "¿Por qué a mí?", es un clamor constante cuando la tribulación nos llega. Los reveses que experimentamos en la vida puede que no sean tan directos o tan severos como los que enfrentó Nabucodonosor, pero deberían terminar con los mismos resultados. Debemos ser capaces de ver la mano de Dios que nos dirige a través de la prueba; finalmente debemos ser capaces de ver cómo Dios las ha usado para refinar nuestros caracteres y enseñarnos a confiar en él en los momentos de prueba. Al final de su experiencia, Nabucodonosor no expresó ninguna queja contra Dios por la demencia que le había sobrevenido. No fue tan severa. No duró tanto tiempo. No discutió con Dios; sencillamente se hizo atrás y alabó a Dios por el papel que había jugado en su vida.

Nosotros también deberíamos poder analizar nuestras experiencias pasadas y observar la forma en que Dios nos ha guiado. Debidamente comprendido el pasado, no cambiaríamos nada de lo que la providencia permite que llegue a nuestras vidas, aunque algunos episodios puedan ser duros y dolorosos. Cuando llegamos al punto final a que llegó Nabucodonosor, la severidad de esas experiencias se desvanece y es transformada en alabanza a ese Dios que nos ha guiado, aun en medio del valle de sombra.

EL BANQUETE

Daniel 5 inicia con Belsasar preparando un banquete. Esto puede parecer extraño cuando uno recuerda que en el momento en que Belsasar ordenaba el banquete, ¡una división del ejército persa estaba fuera de las murallas, sitiando a la ciudad! ¿Acaso no era este un momento insensato para celebrar?

Así pareciera al principio, pero a la luz de todas las líneas de defensas detrás de las cuales este banquete ocurriría, podemos apreciar mejor la confianza que Belsasar tenía en sí mismo. Babilonia era defendida por *dos* conjuntos de murallas, la muralla exterior y la muralla interior. Ambas eran, en realidad, murallas dobles. Los dos muros interiores eran de 3,65 metros y 9,14 metros de grosor respectivamente. Los dos muros que componían la muralla exterior tenían 7,30 metros y 8 metros de grosor. Por lo tanto, cualquier enemigo que quisiera introducirse a la ciudad interior, donde estaban ubicados el palacio y el templo principal, tenía casi 26 metros (86 pies) de murallas que atravesar o trepar, y éstas venían en cuatro diferentes secciones, todas ellas bien defendidas. ¡Con razón Belsasar se sentía tan seguro como para realizar un banquete a pesar del ejército que acampaba fuera de la ciudad!

Los invitados a este banquete incluían la clase alta de la sociedad oficial de Babilonia: mil aristócratas o nobles del reino. El rey también invitó a su esposa, sus esposas secundarias, las concubinas del harén real (5:1, 3), y posiblemente a su madre —la reina del versículo 10—, aunque ésta puede ser una referencia a la esposa principal de Belsasar.

El banquete incluía mucha bebida, tanto vino como probablemente cerveza (vers. 2). Los babilonios eran famosos por la cerveza que hacían, y se han encontrado algunas tablillas que describen el proceso que seguían para hacerla. La cerveza es lo que probablemente la Biblia llama "bebida fuerte" y que condena más aun que el vino fermentado. Las estadísticas modernas de crímenes y accidentes automovilísticos demuestran que el alcohol ha tenido que ver en un gran porcentaje de tales situaciones, con resultados desastrosos. El alcohol es una droga que afecta las facultades de juicio en la mente humana y sus patrones superiores de pensamiento moral. Belsasar no fue la excepción a este efecto.

El rey fue más allá del mero hecho de celebrar un banquete en el cual se bebió bastante. Hizo traer los vasos que habían sido tomados del templo de Yahweh, o Jehová, en Jerusalén para utilizarlos como recipientes para beber alcohol (5:3; véase también 2 Rey. 24:12, 13). Posiblemente Belsasar usó

vasos de los templos de otros dioses del Cercano Oriente también. En el uso que les dio a esas vasijas se observa claramente el desprecio a Dios, de cuyo templo provenían.

La acción de Belsasar de beber usando los vasos del templo también involucraba ciertas creencias teológicas. Según la teología babilonia, existen muchos dioses en el cielo. Estos dioses actuaban en la Tierra mediante sus representantes, de modo que cuando ocurría cierto evento en particular en la Tierra, quería decir que la misma acción había ocurrido en el reino de los dioses. Por ejemplo, cuando Babilonia se apuntaba una victoria sobre alguno de sus enemigos, eso indicaba que en el cielo, Marduk, el dios de Babilonia, había derrotado al dios de ese país. Por lo tanto, los eventos terrenales reflejaban lo que ocurría entre los dioses. Así que, para Belsasar, beber de los vasos que provenían del templo de Yahweh era una expresión, para él, de la superioridad de su dios sobre el Dios de los judíos. Desafortunadamente para Belsasar, su teología era falsa; en realidad se estaba involucrando en un acto de blasfemia contra el verdadero Dios.

LA ESCRITURA EN LA PARED

La respuesta divina a este acto de blasfemia por parte de Belsasar y sus nobles fue enviada en forma de una profecía escrita sobre la pared del salón del trono o la cámara de audiencias en la que se celebraba el banquete (vers. 5, 6). Gracias a la pala de los arqueólogos, tenemos una muy buena idea de dónde ocurrió esto. El área del palacio de Babilonia se localizaba cerca del gran pórtico de Ishtar, sobre el lado norte de la ciudad interior. Viniendo del sur por la vía procesional, un viajero podía pasar a través de la puerta y girar a la derecha hacia el Éufrates para entrar al área del palacio. Los edificios del palacio estaban arreglados alrededor de un patio central; el edificio sobre el lado sur era uno en el cual el rey celebraba audiencias, y probablemente fue el edificio en el que Belsasar tuvo su banquete.

El exterior de este edificio estaba cubierto con ornamentos y detalladas figuras enmarcadas en ladrillos esmaltados. Entre las figuras representadas había leones reminiscentes de la primera "bestia" de Daniel 7:4, que representaba a Babilonia. Las paredes del interior del edificio, sin embargo, eran todas de color blanco, de modo que cualquiera que haya sido la tinta con la cual escribiera la mano, las letras se habrían destacado claramente contra ese fondo.

Belsasar, y sin duda sus nobles también, quedaron conmocionados cuando la escritura apareció en la pared. En su terror, se "debilitaron sus lomos", y "el rey palideció" (vers. 6). Todos en el salón estaban asombrados. Naturalmente, todos se preguntaban qué significaba la extraña escritura. Se dio inicio a una búsqueda inmediata de alguien que pudiera leer la misteriosa escritura. Los sabios de Babilonia vinieron, pero no pudieron ofrecer una respuesta (vers. 7-9).

Entonces la reina (vers. 10), probablemente la reina madre de Belsasar, se acordó de los días antiguos, medio siglo antes, cuando Daniel había servido en la corte como sabio superior a los otros sabios de Babilonia. Daniel había sido capaz de descifrar los misterios de los sueños de Nabucodonosor, por lo menos en dos ocasiones, y esto se quedó grabado en la memoria de la reina madre. A petición suya, Daniel fue convocado (vers. 10-13).

La conversación que siguió entre Daniel y Belsasar trató tres puntos principales. Uno, por supuesto, era la interpretación de la escritura en la pared. Como prefacio, sin embargo, Belsasar hizo una oferta a cualquiera que pudiera interpretar la escritura. Propuso que esa persona fuera el tercer gobernante en el reino y darle las prendas y emblemas de ese oficio (vers. 16).

¿Por qué ofrecería Belsasar convertir al individuo que tuviera éxito en el "tercero" en el reino? Sería mucho más natural ofrecer hacerlo el "segundo", o simplemente concederle grandes honores. Pero un ofrecimiento de la "tercera" posición en el reino suena extrañamente específico. ¿Por qué el "tercer" puesto?

Todo queda aclarado cuando entendemos la situación política en Babilonia en ese tiempo. El reinado de Babilonia estaba involucrado en un arreglo inusual justo en ese entonces. El rey oficial era Nabonido, el padre de Belsasar. Pero debido a su extensa ausencia del reino, había hecho a Belsasar corregente. En sus propias palabras, le "había confiado el reino a él [Belsasar]". Por diez años, mientras Nabonido se hallaba fuera en Tayma, Arabia, Belsasar permaneció en Babilonia para administrar el reino.

Ahora, sin embargo, Nabonido había regresado. Pero la situación se había tornado más amenazadora de como estaba cuando se fue a Arabia. Con el asalto de los medos y persas a la frontera oriental del imperio, Babilonia estaba en peligro de derrumbarse. Dos gobernantes eran vitalmente necesarios en ese tiempo: uno en el campo para enfrentar el ataque del enemigo, y el otro en la capital para mantener seguro el control del reino. Nabonido

tomó el papel de comandante en el campo y dirigió una división del ejército de Babilonia al río Tigris para enfrentar a Ciro y sus tropas. Belsasar permaneció en la ciudad con otra división del ejército para proteger la capital. Nabonido fue derrotado en el día decimocuarto de Tishri, y la ciudad de Babilonia cayó ante el ejército persa dos días después. Mediante el uso de cálculos realizados por astrónomos y asiriólogos modernos, el día que cayó Babilonia puede identificarse en términos de nuestro calendario como el 12 de octubre del 539 a.C.

Esto explica el ofrecimiento de Belsasar de la "tercera" posición en el reino a cualquiera que pudiera interpretar la escritura en la pared. Nabonido ocupaba la primera posición como rey titular. Como corregente, Belsasar era el segundo en el reino, y el intérprete exitoso sería elevado a la tercera posición, la de primer ministro, a las órdenes de estos dos reyes.

Posteriormente, los historiadores perdieron el conocimiento de esta situación e, incluso, de la existencia de Belsasar. Solo un habitante de Babilonia en el siglo sexto a.C. podría haber sabido de ese extraño arreglo y usó esa específica, aunque irregular, designación de "el *tercer* señor en el reino" (vers. 16, el énfasis es nuestro). Daniel recibió ese honor porque interpretó la escritura (vers. 29), pero ocupó el cargo solo por pocas horas. Luego el ejercito persa conquistó la ciudad y Belsasar fue asesinado (vers. 30).

La última parte de la entrevista entre Daniel y Belsasar implicaba el conocimiento de Belsasar de la historia reciente de Babilonia. Daniel refirió a Belsasar al caso de Nabucodonosor y los resultados de su orgullo según se lo bosqueja en el capítulo 4. No solo Daniel recordó esta experiencia a Belsasar, sino que temerariamente le declaró que debía haberle prestado atención. Debió haber sido un ejemplo instructivo para Belsasar, pero no se humilló (vers. 18-21).

Si Belsasar hubiera tomado en cuenta la experiencia de Nabucodonosor, nunca hubiera cometido el sacrilegio de beber de los vasos del templo de Yahweh. La experiencia de Nabucodonosor debió haberle enseñado a respetar al Dios verdadero cuyo poder y fuerza podían humillar al más grande gobernante del reino. Pero escogió ignorar esta advertencia. "Tú... no has humillado tu corazón, sabiendo todo esto", dijo Daniel, acusando al rey (vers. 22). Belsasar estaba pecando contra la luz y el conocimiento; no se hallaba en la oscuridad e ignorancia respecto al verdadero Dios (vers. 22-24).

De hecho, Belsasar y su padre, Nabonido, habían escogido deliberadamente adorar otros dioses. Adoraban no solo a Marduk, el dios regular y prominente de Babilonia, sino también a Sin, la diosa de la Luna. Nabonido era un devoto especial de esta diosa. Seleccionó templos de la diosa de la Luna para reconstruir y remanufacturar en Siria como en Babilonia. Incluso construyó un templo para Sin en Arabia.

Resulta interesante ver esta conexión con la diosa de la Luna a la luz de los eventos ocurridos en Babilonia esa noche de octubre que la ciudad fue tomada. El asalto final persa contra Babilonia comenzó en la noche del día decimoquinto de Tishri y fue completado por la mañana del día decimosexto (el día babilónico se extendía de puesta de sol a puesta de sol). En la noche del decimoquinto día de un mes lunar como Tishri, la Luna llena habría estado radiante. Por lo tanto, Babilonia cayó cuando Sin, la diosa de la Luna, estaba en su apogeo. Aunque había sido elevada por Nabonido a una posición de prominencia en el panteón babilónico, la diosa de la luna no tenía poder contra el decreto de Yahweh, el verdadero Dios, quien había predicho la derrota de Babilonia por los medos y persas. Quedó claro que el poder de Dios es soberano sobre todos los elementos de la naturaleza y el hombre. Nada podría desviarlo del cumplimiento de sus propósitos; ciertamente no el poder (¡o debilidad!) de la falsa diosa de la Luna.

Estos eventos ponen de manifiesto otro detalle interesante en términos del calendario. El mes de Tishri era el séptimo mes tanto del calendario judío como del babilónico. La fiesta hebrea del Yom Kippur, el Día de la Expiación, ocurría en el día décimo de Tishri. En otras palabras, el Día de la Expiación judío ocurrió justo cinco días antes de la caída de la ciudad de Babilonia. Cuando Daniel leyó la escritura en la pared, interpretó el significado de la tercera palabra ahí escrita, *tekel*, como queriendo decir: "Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto" (vers. 27). El verbo aquí se encuentra en tiempo pasado: "pesado has sido". ¿Cuando pudo Dios haber emitido semejante juicio contra Babilonia? De todos los días en el calendario judío, el Día de la Expiación era el día del juicio *por excelencia*. Era un día de juicio en el campamento del antiguo Israel, y aún es considerado como un día de juicio en los ritos modernos de la sinagoga. No habría tiempo más apropiado para que Dios pronunciara juicio sobre Babilonia y Belsasar que el Día de la Expiación, el cual precedió a la caída del reino por solo cinco días.

En realidad fueron cuatro palabras las que se escribieron sobre la pared

(vers. 25). Las primeras dos eran la misma pero repetida: *mene*. Esta palabra significaba, según Daniel: "Contó Dios tu reino, y le ha puesto fin" (vers. 26). Es interesante que esta palabra fuera repetida. Esto puede ser significativo en términos de los dos gobernantes Nabonido y Belsasar, quienes gobernaron juntos sobre el mismo trono al mismo tiempo. El uno no sobreviviría al otro para continuar gobernando; el reino de los dos vendría a su fin a la misma vez: Belsasar a través de la muerte, y Nabonido a través de la derrota y el exilio.

Ya hemos visto la tercera palabra escrita en la pared, *tekel*, y su significado. *Uparsin*, la cuarta y última palabra, hablaba del poder que recibiría el reino cuando la dinastía caldea cayera. *Uparsin* se refería a los persas; el Imperio Medopersa se expandiría e incorporaría en sí lo que anteriormente pertenecía a Babilonia. O como Daniel lo había interpretado, "Tu reino ha sido roto, y dado a los medos y a los persas" (vers. 28).

La conquista de Babilonia por el ejército medopersa es descrita por el historiador griego, Herodoto, quien visitó la región un siglo después de los acontecimientos. Los habitantes le contaron que los persas desviaron el río Éufrates y luego marcharon hacia la ciudad por el lecho del río, evitando así el intrincado sistema de murallas de la fortaleza (*The Histories* [Las historias], tomo 1, pp. 189-192). Todo esto ocurrió en *Tishri*, el mes que llamamos octubre. Ese es el mes en el que el río Éufrates está a su nivel más bajo. Por lo tanto, no resulta enteramente claro cuánta agua tuvieron los persas que desviar del río. De cualquier manera, lograron entrar a la ciudad a través del lecho del río.

Aún quedaba el obstáculo de las puertas de la ciudad en los muelles a los lados del río. Probablemente su defensa no era muy pesada, pero los persas con todo tendrían que haberlas abierto a la fuerza. La pregunta es ¿cómo?

La teoría más prevalente es que un grupo de traidores en la ciudad, compuesto de babilonios disgustados con el gobierno de Nabonido, estuvieron dispuestos a abrir las puertas para sus libertadores. Nabonido era un rey impopular, y existen textos, escritos después de la caída de Babilonia, que incluso sugieren que estaba loco. Desde luego, esto bien puede ser propaganda medopersa para asegurar una aceptación rápida entre el populacho. Pero una respuesta de cómo los persas pudieron abrir una brecha en las murallas de la ciudad a lo largo del río es que traidores dentro de la ciudad voluntariamente las abrieron.

Puede sugerirse otra posibilidad, partiendo de Isaías 45:1-3, donde Dios promete ir delante de las tropas de Ciro y entregar a Babilonia en sus manos:

> "Así dice Jehová a su ungido, a Ciro, al cual tomé yo por su mano derecha, para sujetar naciones delante de él y desatar lomos de reyes; para abrir delante de él puertas, y las puertas no se cerrarán: Yo iré delante de ti, y enderezaré los lugares torcidos; quebrantaré puertas de bronce, y cerrojos de hierro haré pedazos; y te daré los tesoros escondidos, y los secretos muy guardados, para que sepas que yo soy Jehová, el Dios de Israel, que te pongo nombre".

Esta singular profecía ha sido una piedra de tropiezo para los intérpretes críticos de la Biblia. Ellos no pueden ver cómo Isaías, quien vivió en el siglo octavo a.C., podría profetizar tan específicamente respecto de estos eventos que no ocurrieron sino hasta el siglo sexto a.C. La profecía incluso llama a Ciro por nombre casi dos siglos antes de que él realizara estos hechos. A fin de ajustar estos hechos con su entendimiento de cómo las Escrituras fueron escritas, algunos intérpretes hipotetizaron un "segundo Isaías" que vivió en el siglo sexto a.C., y que habría conocido de estos eventos y el nombre de Ciro.

Para aquellos que creen que la Escritura es inspirada por Dios, sin embargo, esta profecía sencillamente es una evidencia de su destacada presciencia y de cómo Dios decidió dar este conocimiento a sus siervos los profetas. Con tales evidencias de que Dios habla a través de sus profetas, ¡qué fe deberíamos tener en la Palabra de Dios dicha mediante ellos!

Cuando Dios profetiza eventos que han de ocurrir en la historia humana, puede valerse de una variedad de medios para producirlos. Puede simplemente prever lo que los actores humanos harán en el escenario de la historia, pero en otras ocasiones Dios interviene más directamente. Vemos esa intervención claramente en ciertos lugares en el libro de Daniel, especialmente en los capítulos 3 y 6, los cuales estudiaremos en el siguiente capítulo de esta obra.

En el capítulo 5, la misteriosa escritura que apareció a Belsasar en la pared era un claro ejemplo de la intervención directa y milagrosa de Dios en la experiencia humana. Todos los presentes en la fiesta supieron que esa escritura era sobrenatural en su origen. Ningún artista babilónico pintó esas palabras en la pared; fue, o bien un ángel o Dios mismo. Y si Dios intervino

tan directamente en el palacio de Belsasar, entonces existe la distinta posibilidad de que él o su ángel actuara de manera similar con los cerrojos de las puertas del río hacia la entrada de la ciudad.

Ciertamente Dios envió a su ángel a que abriera milagrosamente las puertas de la prisión para libertar a Pedro (Hechos 12:10). Entonces, quizás no fueron los traidores babilonios quienes abrieron las puertas del río después de todo; quizás fue el mismo ángel que había escrito en la pared del palacio poco antes. Si una acción sobrenatural ocurrió en el palacio, no es difícil concebir que sucediera otra acción sobrenatural poco después y a corta distancia. Tal vez Dios no confió en la mano humana para hacer cumplir su palabra a Isaías respecto de Ciro; quizás él mismo actuó para cumplir su propia palabra, tal como afirmó que lo haría.

LOS RESULTADOS

Los eventos de esa noche histórica terminaron con varios resultados significativos. Belsasar fue depuesto y asesinado (Dan. 5:30). Aunque la profecía de la escritura en la pared tenía amplias implicaciones políticas, antes que nada era una profecía personal para Belsasar. Para él, la profecía significó su propia caída individual. "La misma noche fue muerto Belsasar rey de los caldeos" (vers. 30) al entrar las tropas persas en el indefenso palacio. El historiador griego, Xenofón (*Cyropaedia* VII, V, 24-32), confirma la declaración bíblica. Él no se refiere a Belsasar por nombre, pero relata cómo se estaba celebrando un banquete en el palacio babilónico esa noche y que fue muerto un rey de Babilonia. También narra por qué fue muerto ese rey. En un viaje de cacería, Nabonido, el rey titular de Babilonia, había matado anteriormente al hijo de Gobrias, el general persa que dirigiría las tropas a la ciudad la noche que Babilonia fue conquistada. En venganza por la muerte de su hijo, Gobrias mató al hijo de Nabonido.

Pero más importante que el destino de Belsasar fue el destino de las naciones acaecido esa noche. Las fortunas cambiantes de la historia se alejaron de Babilonia para coronar a Persia como el siguiente gran imperio mundial. Medo-Persia extendería sus fronteras aun más allá de lo que lo hizo Babilonia. La ciudad de Babilonia fue incorporada al Imperio Persa y por algún tiempo sirvió como una de las ciudades capitales de invierno para los reyes persas. Cuando Babilonia finalmente se rebeló contra Jerjes (el Asuero del libro de Ester) en el 482 a.C., éste apagó la revuelta con tal violencia que la

ciudad comenzó a perder importancia desde ese entonces. El primer paso en la caída de Babilonia del poder, sin embargo, ocurrió al momento de la conquista medopersa en el 539 a.C.

El libro de Daniel integra historia y profecía. Las grandes líneas de historia profética que Daniel bosquejó están arraigadas en la historia de su tiempo. El primer poder mundial del cual las profecías en Daniel capítulos 2 y 7 hablaron fue Babilonia, representado por la cabeza de oro en el capítulo 2 (vers. 32, 38) y por el león en el capítulo 7 (vers. 4). Daniel mismo vivió bajo el poder mundial de Babilonia (capítulos 1-5, 7, 8), y continuó viviendo para prestar servicio bajo los potentados persas también (capítulos 6, 9-12). De modo que Daniel mismo vio el cumplimiento de la primera parte de estas grandes profecías que Dios le dio.

Daniel reconoció esta transición de imperios mundiales de forma interesante y sutil en sus palabras a Belsasar esa noche final antes de la caída de Babilonia. El profeta le señaló a Belsasar que el rey había dado "alabanza a dioses de plata y oro, de bronce, de hierro, de madera y de piedra" (vers. 23). Esta secuencia tiene un sonido familiar para el lector de la profecía dada en Daniel 2. Allí, la gran imagen estaba hecha de oro, plata, bronce, hierro, y barro cocido, seguido por una gran piedra (2:31-35). Aparte del hecho de que Daniel sustituyó la "madera" por el "barro cocido", la secuencia es la misma en sus palabras a Belsasar en la noche de la transición del reino de oro de Babilonia al imperio de plata de Medo-Persia. Sin embargo, Daniel hizo una variación interesante aquí en el capítulo 5, porque cuando comenzó a enumerar estos metales, colocó primero la plata antes que el oro. ¿Por qué esta alteración menor aunque significativa? Porque el cumplimiento de la profecía dada en el capítulo 2 en realidad estaba ocurriendo esa noche; la plata estaba sucediendo al oro, y Daniel da a entender esto en su discurso al rey.

LECCIONES DE NATURALEZA PERSONAL

En esta narración pueden hallarse profundas verdades espirituales de naturaleza personal aparte de las lecciones históricas y proféticas presentes. Miramos hacia atrás, a Belsasar, con una visión retrospectiva de 20/20 y decimos, "¡Qué hombre tan insensato! ¿Cómo pudo haber ido contra la palabra del profeta y el ejemplo proporcionado por la experiencia de su abuelo Nabucodonosor?"

Tal vez debamos mirar a Belsasar con un poco más de piedad, no para excusar su blasfemia, sino para tomarla en serio como un ejemplo para nosotros. ¿no será que nosotros también hacemos caso omiso a las palabras de los profetas y los ejemplos obvios de la actividad de Dios en la historia pasada para aferrarnos neciamente a nuestros propios caminos? En nuestras vidas, ¿han caído dichas palabras y acciones en oídos sordos y ojos ciegos? Puede que no seamos culpables de blasfemia e idolatría crasas como lo fue Belsasar, pero nuestros propios caminos perversos pueden igualmente frustrar la gracia de Dios.

Belsasar despreció la misericordia y la gracia de Dios, extendida a la casa real de Babilonia desde el tiempo de Nabucodonosor. La gracia de Dios también les fue extendida a nuestros ancestros, pero ese no es el caso. El caso es si nosotros hemos aceptado la gracia de Dios en nuestro favor y hemos ajustado nuestra vida según ellas, en vez de volvernos a nuestros caminos. Dios quiera que el ejemplo insensato de Belsasar nos evite hoy caer en caminos similares.

Hay lecciones concernientes al juicio en este capítulo. Dios lleva las cuentas de las naciones y los individuos. Babilonia y Belsasar fueron pesados en la balanza del juicio y fueron hallados faltos (vers. 27). En un extremo de la balanza se colocaron la misericordia y la justicia de Dios; en el otro, la rapacidad, violencia y orgullo de Babilonia y Belsasar. La misericordia de Dios sobrepasaba con mucho el orgullo de Belsasar, pero él escogió no aceptar esa misericordia. El juicio no es un tema popular en el mundo moderno. Por lo menos, no los juicios de Dios. Queremos nuestra debida porción de justicia en la corte, pero cuando se trata de enfrentarse a Dios, preferiríamos un Dios que no nos llame a cuentas. Preferiríamos evadir nuestra responsabilidad moral a toda costa si fuera posible. El tema del juicio divino no era más popular en el tiempo de Daniel, Jeremías o Ezequiel de lo que es en nuestros días. Si los profetas del Antiguo Testamento nos enseñan algo, es que en todas las edades una porción significativa del pueblo de Dios ha tratado de evadir su responsabilidad moral y así escapar del juicio de Dios.

Jesús ilustró este mismo elemento en su parábola del hombre rico que derribó sus graneros para construir otros mayores. Este hombre vivía su vida según el principio de la avaricia. Quería establecer más y más empresas. Entonces llegó la fatídica noche: "Necio, esta noche vienen a pedirte tu

alma" (Luc. 12:20). Esa era también la condición de Belsasar. También podría ser la nuestra, pero no necesita ser así.

En el otro extremo, vemos el ejemplo espiritual de Daniel. Permaneció de pie delante del rey confiado en el Dios a quien servía. Había recibido la palabra del Dios viviente, por lo tanto no necesitaba temer a la palabra de ningún rey, sin importar cuán poderoso fuera. Bien fuera distinguido con altos cargos (como lo fue por Nabucodonosor y Belsasar) o echado al foso de los leones (como lo fue por Darío) la fe de Daniel y su confianza en Dios permanecieron sólidas. Poco importaba a Daniel si los babilonios o los persas controlaban el mundo. Tales detalles no alteraban sus hábitos de oración o su integridad personal en lo más mínimo. Independientemente de cómo soplaran los vientos políticos del mundo, Daniel permaneció como la brújula al polo, fiel a su deber y a su Dios. Nuestro ejemplo a seguir en el capítulo 5 no es Belsasar, sino Daniel. Belsasar provee una advertencia de un camino que no debemos seguir; Daniel señala el sendero de la fe y la confianza que nos lleva al reino de Dios.

Por la fe, Daniel reconoció que no importa cuáles ejércitos resultaran triunfantes o cuáles reinos se establecieran en un momento particular, la historia aún seguía bajo el control de Dios. Ultimadamente, la historia avanzaba hacia la meta trazada por Dios. Y la fe de Daniel se hizo realidad al cumplirse el primer paso de las grandes profecías cuando los persas conquistaron a Babilonia.

Nosotros nos encontramos hoy al otro extremo de la línea. En términos del capítulo 2 de Daniel, estamos en la misma base de la estatua, entre los pies y los dedos, en el tiempo del hierro y el barro cocido. Estamos en espera del siguiente y último paso: el establecimiento del reino de la piedra, el reino de Dios. Podemos mirar hacia atrás en la historia y ver que los reinos de las bestias en Daniel 7 se han levantado y se han caído tal como lo predijo Dios. Cuánta más fe y confianza en Dios deberíamos tener hoy día, en que él conoce el futuro y lo ha revelado a sus siervos los profetas.

LECCIONES DE NATURALEZA HISTÓRICA

No solo podemos tener confianza en el futuro profético según nos fue revelado a través de Daniel, sino que podemos tener confianza en la palabra histórica que el libro de Daniel nos comunica también. Los críticos de la Biblia han intentado socavar la exactitud histórica de Daniel y, por lo tanto,

socavar la exactitud profética. Ese intento ha fracasado, y en ningún lugar ha sido más evidente dicho fracaso que en el capítulo 5.

Primero, los críticos negaron que siquiera existió una persona como Belsasar. Pero las tablillas que salieron de las excavaciones en Mesopotamia demostraron su existencia, su posición política, y por qué el libro de Daniel lo evalúa en la forma que lo hace.

Un examen más cuidadoso del ambiente histórico de este capítulo revela cuán preciso y exacto era el conocimiento de la Babilonia del siglo sexto a.C. que el escritor tenía. Podemos hacerle una pregunta bien específica a Daniel: "¿Quién era el rey en el palacio la noche que la ciudad cayó en manos de los persas?" Ese sería un buen punto para atrapar a un escritor posterior en cuanto a los detalles de un conocimiento impreciso. Basados en la información preservada mediante los historiadores clásicos, la respuesta habría sido "Nabonido". Como el último rey oficial conocido de Babilonia, él debería haber sido el monarca para quien Daniel interpretó la escritura.

Pero el escritor de Daniel no colocó erróneamente al bien conocido Nabonido en el palacio aquella noche. Más bien, puso allí al virtualmente desconocido Belsasar. Daniel no hace mención de Nabonido. Si se celebró un banquete en el palacio y Nabonido se encontraba en la ciudad, él ciertamente habría asistido. Sin embargo, Daniel no hace mención de su presencia. ¿Por qué no? ¿Dónde estaba Nabonido? No sabíamos las respuestas a estas preguntas hasta que los arqueólogos excavaron la tablilla que ahora conocemos como la *Crónica de Nabonido*. Esa tablilla nos indica claramente dónde estaba Nabonido y por qué no estaba en la ciudad. Se había llevado a otra división del ejército babilónico al río Tigris, donde peleó contra Ciro y su ejército en una ciudad cercana llamada Opis. Dos días antes que la ciudad de Babilonia cayera, el ejército de Nabonido fue derrotado en el campo de batalla por las tropas persas de Ciro. Nabonido huyó y no regresó a la ciudad de Babilonia hasta después, cuando la ciudad estaba ya en manos persas. Así que Daniel 5 está en lo correcto al ignorar a Nabonido. Él no estaba en Babilonia la noche que ésta cayó.

Cuando Daniel entró a la sala del trono del palacio esa noche, vio al rey. Pero ese rey era Belsasar, no Nabonido. ¿Cómo podría Daniel haber sabido que Belsasar estaba en el palacio esa noche, para proteger la ciudad, pero que Nabonido su padre estaba ausente? ¿Cómo pudo haber conocido estos detalles íntimos acerca del personal presente en el palacio en esa precisa noche?

Solo es posible una respuesta a esta pregunta. Daniel fue un testigo ocular de estos eventos tal como lo narra en su registro. Podemos tener confianza en la exactitud de los eventos históricos descritos en el libro de Daniel, y podemos tener confianza que los eventos futuros que predice también vendrán a acontecerse.

LECCIONES DE NATURALEZA ESTRUCTURAL

La porción de Daniel escrita en arameo cubre los capítulos 2 al 7. En el mismo centro de esta sección, los capítulos 4 y 5 tienen que ver con sujetos similares: el rey. En el capítulo 4, el rey es Nabucodonosor; en el capítulo 5, el rey es Belsasar. Aunque los eventos de estos dos capítulos probablemente ocurrieron separados por más de cuarenta años, Daniel decidió contar estas dos historias lado a lado. De esta manera las colocó deliberadamente.

Aunque estos dos capítulos tratan del mismo tipo de sujeto, el rey lo maneja de forma diferente. Esos dos tratos nos dan un marco para su comparación y contraste que puede influir sobre la dirección de nuestra vida espiritual. Al final, Nabucodonosor nos provee un buen ejemplo; Belsasar nunca nos lo da. El primer rey se convierte de mala gana; el segundo rey rechazó por completo la conversión.

Para enfatizar las similitudes y contrastes en estas dos narraciones históricas, Daniel los ubicó en el centro del marco literario de esta parte del libro. Como el centro de la estructura quiasmática en Daniel capítulos 2 al 7, este arreglo se enfoca en la responsabilidad individual. Un rey finalmente hizo la elección correcta, mientras que el otro rey no. El énfasis está en la responsabilidad individual. Tal como los monarcas de Babilonia tenían una responsabilidad individual hacia Dios, así también cada uno de nosotros tenemos que hacer una elección a favor o en contra de la gracia y el reino de Dios. Aunque el ejemplo de Belsasar puede impulsarnos a demorar y finalmente a rechazar a Dios, la experiencia de Nabucodonosor nos motiva a aceptar a este Dios verdadero y personal y entrar así a su reino.

Pareciera haber cierta distancia entre la estructura literaria y las lecciones personales espirituales, pero la forma en que Daniel escribió y arregló su libro destaca el hecho de que una relación cercana existe en realidad entre las dos.

CAPÍTULO 4

PERSECUCIÓN REAL

Las experiencias particulares destacadas en estos dos capítulos de los exiliados hebreos en Babilonia comienzan con una nota negativa, pero finalizan en ambos casos con una liberación gloriosa y milagrosa. En la primera, la prueba involucra a los tres amigos de Daniel (capítulo 3). La segunda involucra a Daniel mismo (capítulo 6).

La gente con frecuencia se pregunta dónde se encontraba Daniel mientras sus amigos soportaban la prueba en la llanura de Dura. No sabemos la respuesta a esta pregunta porque el texto sencillamente no nos lo dice. La teoría común es que Daniel estaba ausente porque realizaba alguna tarea para el rey. Esta es una sugerencia razonable, pero no sabemos a ciencia cierta por qué Daniel no estaba presente cuando el rey edificó la imagen. Lo que sí sabemos es que Daniel mismo posteriormente enfrentó la misma clase de prueba. No tuvo que sufrir con sus amigos sobre la llanura de Dura, pero no escapó a la persecución. En el capítulo 3, los compañeros de Daniel enfrentan al temible horno, pero en el capítulo 6, Daniel hace frente al foso de los leones.

Estas dos historias contienen un número de elementos comunes. Ambas inician con una experiencia de persecución por parte del rey que estaba en el poder en ese momento: Nabucodonosor en primera instancia, y Darío el medo en la segunda. Ambas historias dan cuenta de la fiel valentía de los cautivos hebreos y su confianza en Dios a pesar de las circunstancias. Ambas nos cuentan cómo los exiliados hebreos fueron arrojados en circunstancias de prueba que tenían la intención de arrebatarles la vida. Ambas historias dan testimonio de una liberación milagrosa. Y en ambos casos el rey involucrado reconoció la fidelidad de los hebreos al Dios verdadero, ilustrado por su liberación.

No solo estos dos capítulos tienen que ver con temas similares, también están colocados en ubicaciones complementarias en la estructura literaria del libro de Daniel. Como hemos podido ver anteriormente, la estructura literaria de la sección histórica de Daniel está cuidadosamente construida para resaltar las semejanzas entre los capítulos que forman pares debido a los temas que tienen en común. En el caso de los capítulos 3 y 6, los temas comunes son la persecución y la victoria final a través de la fidelidad de Dios.

Como ha sido señalado antes, la sección histórica de Daniel (los capítulos 2 al 7) fue escrita en arameo, lo que la aparta del resto del libro. De la misma manera, las narraciones en esa sección quedaron arregladas en un orden quiasmático en el que las narraciones en parejas están ubicadas en coyunturas similares en esa estructura. En el capítulo anterior vimos que los capítulos 4 y 5, los cuales tuvieron que ver con el tema de los reyes caídos, componen las dos narraciones centrales de esta sección histórica. Llegamos ahora a los capítulos 3 y 6, las narraciones intermedias en este arreglo quiasmático. La parte final de este bosquejo quiasmático será objeto de estudio en el siguiente capítulo de este libro, el cual examina los capítulos 2 y 7 en términos de su descripción de los reinos caídos.

LA PRUEBA

Nabucodonosor ordenó que se levantara una gran imagen en el llano de Dura (Dan. 3:1). Ha existido considerable confusión acerca de qué era Dura y dónde estaba exactamente.

Los eruditos solían pensar que Dura era el nombre de una ciudad en algún lugar del reino de Babilonia. Sin embargo, identificar esa ciudad ha sido difícil. Otra sugerencia ha sido que Dura era el nombre de un canal de riego y que la llanura de Dura estaba localizada cerca de ahí. Esta sugerencia tampoco ha funcionado bien, así que se ha desviado la búsqueda en otra dirección.

Recientemente se ha logrado precisar la identificación del lugar de la llanura de Dura. El nombre *Dura* también es el vocablo babilonio para "pared". *Dur* es la palabra para "muralla", y la letra *a* al final de la palabra es el artículo "la" en arameo. Así que traducir esta frase directamente, en vez de dejarla como el nombre de un lugar desconocido, indica que Nabucodonosor levantó su imagen en "el llano de la muralla".

Persecución real

Pero la pregunta permanece: "¿Qué llanura y qué muralla?" Había dos murallas principales alrededor de la ciudad de Babilonia. La muralla interior, de alrededor de kilómetro y medio de cada lado, rodeaba la parte central de la ciudad. El territorio dentro de esta muralla interior era urbano, con muchos edificios y calles junto con el palacio y el templo mayor en la ciudad.

Posteriormente, Nabucodonosor añadió una muralla exterior de varios kilómetros de longitud que se extendía hacia la ribera este del río Éufrates y alrededor de la ciudad. En el tiempo de Nabucodonosor, los ingenieros y constructores babilonios no habían llenado aún con edificios el área entre las murallas interior y exterior, aunque la construcción se estaba llevando a cabo. El área abierta sirvió como una plaza de desfiles para el ejército y un lugar dentro de las murallas de la ciudad donde las tropas podían acampar. Este gran espacio abierto entre las dos murallas bien podría ser llamado "el llano de la muralla", o "la llanura de Dura". Con toda probabilidad, este fue el lugar donde los eventos del capítulo 3 tuvieron lugar.

Dicha ubicación habría facilitado la asistencia de los funcionarios de Babilonia a esta gran asamblea (vers. 3). También habría ubicado la imagen cerca del palacio del rey. No hay razón para suponer que la asamblea se reunió en algún lugar del reino distante de la capital.

Otra consideración es la gran dimensión de la imagen. Sus medidas resultan interesantes desde varios puntos de vista. Daniel afirma que la imagen tenía sesenta codos de altura y seis de anchura (vers. 1). Los babilonios empleaban un sistema matemático sexagesimal basado en el número seis, a diferencia de nuestro sistema métrico decimal basado en el número diez. Así que las medidas que Daniel reporta son típicas de Babilonia. Pero algunos han objetado que una imagen de sesenta codos de alto y solo seis codos de ancho resultaría muy alta para su anchura. Una proporción de 1:10 la haría ver muy enflaquecida.

Es cierto que tales medidas resultarían en una estatua muy alta y delgada. No obstante, los antiguos representaban sus dioses exactamente de esa manera. Las figurillas de Baal que procedían principalmente de Siria y Palestina son excelentes ejemplos. Los brazos, piernas y cuerpos de estas figurillas son largos y delgados. Así que el que Nabucodonosor hiciera una estatua con estas proporciones no habría sido inusual.

Lo que sí fue inusual fue la altura de la imagen. Algunos han objetado

que Nabucodonosor no habría hecho una figura tan alta y que, además, la altura de sesenta codos (aproximadamente treinta metros) es una exageración que raya más bien en la leyenda que en los hechos históricos. Sin embargo, se pueden citar algunos ejemplos de estatuas altas similares en el mundo antiguo. Probablemente la más famosa de éstas fue el Coloso que se hallaba en la isla de Rodas. Con setenta codos, esta estatua superaba en diez codos la altura de la imagen de Nabucodonosor. El Coloso de Memnon en Tebas, al sur de Egipto, consistía de dos representaciones del rey Amenhotep III, una de las cuales aún permanece y asciende a veinte metros de altura. Así que, si bien la imagen de Nabucodonosor habría sido excepcionalmente alta, tales estatuas no eran para nada desconocidas en el mundo antiguo. A manera de comparación moderna, es interesante notar que la figura de la Estatua de la Libertad, excluyendo el pedestal, tiene seis metros más que la imagen de Nabucodonosor.

Otro factor a considerar en términos de la altura de esta imagen es la altura de otra estructura que pudo haber estado en el área. Si Nabucodonosor colocó su imagen en la llanura entre las murallas de la ciudad, y si ésta miraba hacia el este, bien pudo haber estado mirando hacia la antigua ciudad central de Babilonia. En el centro de la ciudad estaba el área del templo de Marduk, la cual contenía la gran torre del templo, o zigurat, de Babilonia. Con unos 100 metros de altura, dicha torre dominaba el paisaje. Su base tenía aproximadamente 100 metros cuadrados y se elevaba en forma piramidal con siete niveles, cada uno cubierto con ladrillos esmaltados de diferente color. El nivel superior consistía de un templo al dios Marduk, además del templo principal localizado al pie del zigurat. Con una estructura así de descomunal tan cerca, la imagen de Nabucodonosor, cuya altura era de "solamente" treinta metros, no habría parecido tan excepcional.

¿QUIÉN O QUÉ REPRESENTABA LA IMAGEN DE NABUCODONOSOR?

Básicamente, hay dos posibilidades. O bien representaba a un dios o representaba a algún ser humano. Si la imagen estaba diseñada para representar a un ser humano, no hay duda que se trataba de Nabucodonosor mismo. Si representaba a un dios, muy probablemente representaba a Marduk, el dios de la ciudad y la nación de Babilonia, y el dios personal de Nabucodonosor.

¿Cuál de estas dos posibilidades es la más probable? Daniel 3 no nos dice precisamente lo que la imagen representaba, pero sí nos dice que la multitud reunida se postró y "adoró" la imagen (vers. 7, 12, 14, 15). Aunque se esperaba que los ciudadanos del reino rindieran homenaje a los reyes de Babilonia, no los adoraban. En Egipto, los reyes eran considerados dioses, pero en Mesopotamia, los reyes solo eran los siervos especiales de los dioses. Solo unos pocos reyes mesopotámicos pretendieron ser divinos, y Nabucodonosor no se encontraba entre ellos. De hecho, la teología babilónica sostenía que era un pecado que el rey se atribuyera divinidad y que aquellos que lo hicieran serían castigados por los dioses. Por lo tanto, es mucho más posible que la imagen tuviera la intención de representar a Marduk, el dios de Babilonia, y no a Nabucodonosor.

¿Por qué mandó Nabucodonosor erigir esta imagen? Nuevamente, Daniel 3 no nos lo dice. Pero resulta sencillo ver una conexión entre los capítulos 2 y 3. En el capítulo 2, el rey soñó con una gran imagen hecha de diferentes metales que representaban los reinos sucesivos que reinarían sobre la Tierra. El significado inmediato de este sueño para Nabucodonosor fue que otro reino seguiría a Babilonia (2:39). ¡Estas no fueron buenas noticias para el rey de Babilonia! Hitler pensaba que el *Tercer Reich* se mantendría por mil años, y Nabucodonosor probablemente tenía en mente un futuro similar para su reino. En Daniel 2:32, 36-39, se representa a Babilonia como la parte de oro de la estatua. Por lo tanto, al hacer una imagen similar a la que había visto en su sueño, pero toda de oro (probablemente láminas de oro que cubrían una estructura de madera en el interior), el rey negó el significado del sueño: la sucesión de reinos que seguirían a Babilonia en el escenario mundial. En el pensamiento de Nabucodonosor, Babilonia iba a permanecer para siempre. Construir una imagen toda de oro representaba ese hecho.

Sin embargo, la edificación de la imagen significaba probablemente más que una simple respuesta del rey al mensaje de su sueño. La *Crónica Babilónica* resulta de utilidad en este punto. Previo al descubrimiento de estas tablillas con los registros oficiales del reinado de Nabucodonosor, los eruditos pensaban que su extenso reinado de cuarenta y tres años fue monolítico y sin amenazas. Pero la *Crónica* nos cuenta una historia diferente. ¡De hecho, había una oposición tan seria a Nabucodonosor que en una ocasión se levantó una revuelta dentro de la ciudad que resultó en un combate mano

a mano en el mismo palacio donde el rey luchaba por su propia vida! El registro de la *Crónica* dice:

> "En el décimo año [595/594 a.C.] el rey de Acad [Babilonia] estaba en su propia tierra; desde el mes de Kislev [diciembre] al mes de Tebet [enero] hubo rebelión en Acad... Con arma en mano, él [el rey] mató a muchos de su propio ejército. Con su propia mano capturó a sus enemigos" (citado en Wiseman, *Crónicas de los reyes caldeos*, p. 73).

Daniel no ofrece una fecha para los eventos registrados en el capítulo 3. Pero resulta tentador conectarlos con la rebelión descrita en la *Crónica Babilónica* y observar en la demanda del rey de que todos los oficiales del reino se postraran ante la imagen como un voto de lealtad requerido en respuesta al problema de deslealtad en sus filas. Si esta especulación es correcta, entonces la *Crónica Babilónica* provee una posible fecha para los eventos descritos en el capítulo 3. Si la rebelión ocurrió en el año 594 a.C., entonces el episodio con la imagen pudo haber acontecido posteriormente en ese año o al inicio del año siguiente como una respuesta a la rebelión.

Continuando con esta hipótesis, es importante notar quiénes estaban presentes en la dedicación de la gran imagen. No todos los ciudadanos de Babilonia fueron convocados a la asamblea. Se trataba de un grupo selecto identificado como "los sátrapas, los magistrados y capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, jueces, y todos los gobernadores de las provincias" (vers. 2, 3). Estos funcionarios del gobierno babilónico fueron "reunidos" (vers. 3) por el rey para que asistieran a la ceremonia de dedicación. Si la convocatoria fue una respuesta a la rebelión que había ocurrido, es fácil darse cuenta porqué el rey habría seleccionado a este grupo. Los funcionarios del gobierno y quienes trabajaban en el palacio eran los más proclives a tramar algún complot contra el rey. Eran potencialmente los más peligrosos para él, y también aquellos cuyo apoyo era más crucial para el rey. Cualquier deslealtad en este grupo arrojaría al monarca y su reino en serias dificultades otra vez.

Para prevenir tal cosa, el rey reunió a estos oficiales y los hizo jurar lealtad a la imagen. Adquirió una forma religiosa. Si uno se postra y adora al dios de Babilonia, también jura servir lealmente a ese dios y a su represen-

tante terrenal, el rey. Por lo tanto, los eventos del capítulo 3 pueden verse como una política preventiva presentada con vestimenta religiosa sobre la llanura de Dura.

La exigencia de adorar la imagen no iba específicamente dirigida a los tres amigos hebreos de Daniel. Ellos sencillamente quedaron atrapados en la situación porque eran funcionarios del gobierno de Babilonia, funciones para las cuales habían sido traídos de Judá a Babilonia como exiliados y para las cuales habían sido nombrados al final del capítulo 2 (véase vers. 49).

Como ellos, nosotros también podemos ser arrastrados por la fuerza de circunstancias sobre las que no tenemos control directo. Viene un momento, sin embargo, cuando aquellos que siguen a Dios tendrán que tomar una posición en favor de lo correcto pase lo que pase. No siempre podemos seguir la corriente de la multitud, no importa cuán tentador esto pueda resultar. Una lección del capítulo 3 es que la fe en el Dios verdadero nos acompañará a través de tales pruebas como sucedió con los tres hebreos que enfrentaron la ira del rey en la llanura de Dura.

LA RESPUESTA

Los heraldos dieron instrucciones a los oficiales reunidos en asamblea de postrarse y adorar la gran imagen cuando los músicos de la orquesta comenzaran a tocar. Y con la excepción de los tres hebreos, eso es exactamente lo que hicieron (vers. 4-7).

No sabemos cuántas personas se reunieron ante la imagen, pero la lista de los funcionarios en el versículo 2 pareciera no dejar a nadie fuera. Quizás había unos dos mil funcionarios. Imagine esa gran multitud de dos mil personas, todas postrándose a un mismo tiempo. Luego, imagine a los tres hebreos solos de pie mientras todos los demás están postrados en el suelo. Sintieron agudamente la presión de otros dos mil funcionarios conformistas, en todo obedientes al decreto del rey. Algunos de estos funcionarios probablemente trabajaban con Sadrac, Mesac y Abednego. Bien pudieron haber sido sus amigos. Podemos imaginar a uno de estos, postrado cerca de los tres hebreos, susurrándoles: "¡Agáchense, agáchense, por su propio bien! ¡No tiene que ser en serio; solo agáchense!"

Pero los hebreos no se agacharon ni se postraron. No fueron arrastrados por la multitud, todos los que se postraron ante la imagen. Hay ocasiones

cuando los cristianos, como estos hombres, deben asumir una posición impopular. Al inicio, los cristianos rehusaron quemar incienso al emperador, y en algunas ocasiones a costo de sus propias vidas. Quemar incienso al emperador era un acto de adoración; postrarse en la llanura de Dura también era un acto de adoración. Los adoradores del Dios verdadero no podían participar de ninguna ceremonia tal.

Sin duda, la presión que los tres hebreos sintieron entre la multitud condescendiente se intensificó cuando fueron llevados delante del rey (vers. 13). Nabucodonosor era el monarca más poderoso del mundo. Podía hacer con ellos lo que quisiera; estaban completamente a su merced. Había una cosa, sin embargo, que él no podía hacer. No podía violar su voluntad y capacidad de elección. Podía intentar persuadirlos. Podía intentar obligarlos. Podía incluso castigarlos. Pero no podía forzarlos a actuar en contra de su voluntad.

Probablemente uno o dos hornos se encontraban cerca de ahí, dando fuerza a la amenaza del monarca. No deberíamos pensar que los hornos fueron construidos especialmente para los hebreos cuando se descubrió que no obedecerían al rey ni adorarían su imagen. Más bien, los hornos habían sido construidos de antemano y estaban preparados para cualquier individuo suficientemente insensato como para resistirse al voto de lealtad del rey. Mientras la música sonaba y los hebreos permanecían de pie, podían ver claramente a la vasta multitud postrándose en el suelo y a los instrumentos de castigo para los que se rehusaran.

Lo más probable es que estos hornos fueran hornos para cocer ladrillos. Los ladrillos se hacían de dos formas en los tiempos antiguos —secándolos al sol y exponiéndolos al fuego en hornos. Los ladrillos horneados eran más fuertes y se usaban especialmente para las superficies exteriores de los edificios. La gran llanura entre las dos murallas de la ciudad era un lugar de constantes proyectos de construcción, y el material principal de construcción no era madera ni cemento, sino barro. La ciudad de Babilonia fue construida con millones de ladrillos de barro. Los hornos usados para cocer estos ladrillos tenían forma de colmena con un hoyo en la parte superior del cono a través del cual se arrojaba el material inflamable; había otra abertura a un lado en forma de túnel. Paletas de ladrillos eran colocadas en esa abertura lateral, y el material con el cual se encendía el horno se dejaba caer desde arriba. Había escalones para subir por el lado del horno hasta la aber-

tura superior. Los hebreos probablemente fueron arrojados al horno a través del orificio superior.

Probablemente los hornos ya estaban encendidos para cuando se inició la ceremonia. Por lo tanto, los hebreos no solo sabían que serían arrojados a uno de esos hornos por resistirse a adorar la imagen, sino que podían verlos encendidos y humeando a la distancia. Pero, a pesar de tener justo en frente su propio destino, se mantuvieron firmes en su rechazo a postrarse (vers. 16-18). ¡El temor a una horrible muerte no pudo inducirlos a ser infieles a Dios!

También resulta interesante que ellos no rompieron filas entre sí respecto a este asunto. No es que dos hayan estado firmes mientras otro se postraba. Ni fueron dos los que cedieron dejando a un tercero solo en su fe en Dios. Los tres estaban unidos en un lazo común de fe y valor, de modo que cuando uno habló al rey, en realidad habló por los tres. Esta es la clase de unidad en la fe que se necesita a medida que la iglesia se acerca a la crisis final. Cuando los cristianos rompan filas y se dividan en su respuesta ante las pruebas, solo están causando más dificultades para sí mismos y para sus correligionarios.

El rey ya estaba furioso, y se iba poniendo progresivamente más enojado. Al escuchar que los tres hebreos había desobedecido su orden, se llenó "con ira y con enojo" (vers. 13). Cuando rechazaron la segunda oportunidad de postrarse ante la imagen, "se demudó el aspecto de su rostro" y se puso mucho más furioso y "lleno de ira" contra Sadrac, Mesac y Abednego (vers. 19). No es nada bueno que el gobernante más poderoso del mundo esté enojado con usted, con sus instrumentos de tortura y aniquilación listos y en espera.

¿Por qué estaba tan enfurecido el rey? Como un asunto de política, los asirios y babilonios no forzaban a los cautivos a convertirse a la adoración de los dioses de los conquistadores. ¿Por qué Nabucodonosor no tuvo más tolerancia para estos hebreos que habían escogido no adorar a su dios?

Aquí hay algo de mayor implicación. Si el escenario sugerido antes es acertado, y los eventos del capítulo 3 son vistos desde la perspectiva de una revuelta reciente en Babilonia, entonces podemos entender por qué el rey estaba tan molesto con estos funcionarios que no querían jurar lealtad. En la mente de Nabucodonosor, estas eran las semillas de otra revuelta. Con razón lo percibió como un asunto delicado y tomó tan seriamente la negativa de los hebreos.

A pesar de todo esto, el rey estaba dispuesto a darles otra oportunidad para adorar la imagen. Estaba dispuesto a que la orquesta tocara otra vez y ver si los hebreos obedecían (vers. 15). Pero estos jóvenes estaban tan decididos a permanecer fieles a Dios que le dijeron al rey que ni se preocupara por hacer tocar otra estrofa de la música. Su decisión estaba cimentada en un cemento más fuerte que el que mantenía unidas las murallas de la ciudad. Ellos lo dijeron así:

> "No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado" (vers. 16-18).

Con esta respuesta estaban indicando que preferían la muerte a la deshonra, pero había más. Claramente señalaron la razón por la cual no podían obedecer. Provenía del "Dios a quien servimos". Ellos servían a Yahweh (Jehová), no a Marduk. Su rechazo de postrarse ante la imagen de Nabucodonosor involucraba más que el rechazo de la orden de un rey. Dos dioses estaban implicados, Marduk y Yahweh. Nabucodonosor servía a Marduk; los tres hebreos servían a Yahweh. La escena en la llanura, por lo tanto, se convirtió en una competencia entre el Dios verdadero y el falso, actuada por sus representantes humanos.

A todas luces, los hebreos llevaban las de perder en esta competencia; pero en realidad, se encontraban en una situación ventajosa. Si morían como consecuencia de su firme confianza en Dios, serían vistos como mártires suficientemente valientes como para morir por su fe. Si, por otro lado, su Dios los liberaba, como ellos mismos expresaron como su segunda opción, entonces su gloria y honor serían mucho más manifiestas. Pero esto no le resta en lo mínimo al valor y la fidelidad que demostraron. Hasta donde ellos sabían, estaban a punto de morir cuando le dijeron al rey que no necesitaban una segunda oportunidad para postrarse ante la imagen. Su respuesta es un destacado testimonio de su fe, confianza y valor.

El ejemplo de los tres hebreos nos despierta una pregunta: ¿Es nuestra confianza y fe en Dios lo suficientemente sólida para que seamos capaces de permanecer en pie ante tal prueba y exhibir el valor espiritual que ellos ma-

nifestaron? ¿Estamos suficientemente afirmados en su Palabra y en nuestra experiencia con él para que nosotros también podamos estar de pie ante algún rey y declarar que bajo ninguna circunstancia deshonraremos al Dios que nos ha amado tanto?

En algún momento futuro puede ser que enfrentemos una prueba tal. En el presente, sin embargo, nuestras vidas son confrontadas con desafíos menores. La forma en que respondemos a estas pruebas nos prepara para las más grandes. Indican cómo responderemos cuando se presenten los asuntos de importancia. La Biblia tiene un principio de vida espiritual que se aplica aquí: "El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel" (Luc. 16:10). Las luchas y dificultades de la vida cotidiana están directamente relacionadas con los grandes desafíos de la vida. Dios nos prepara para hacer frente a estas grandes pruebas en la escuela cotidiana de las pruebas pequeñas. Moisés pasó cuarenta años en el desierto cuidando ovejas, pero fue esa preparación la que lo capacitó para enfrentar al faraón de igual a igual. Asimismo, nosotros podemos desarrollar una preparación espiritual para cualquier desafío que la vida nos depare.

EL RESULTADO

Nabucodonosor no quedó satisfecho con la respuesta de los tres hebreos. El castigo diseñado previamente no era suficiente ante tal insolencia. Ordenó que el horno fuera calentado siete veces más (vers. 19). ¿Cómo pudieron haber logrado tal cosa? Recuerde que se encontraban en Babilonia. Hoy denominamos a esa región Irak. Irak es un país rico en petróleo. La mayor parte de ese petróleo se encuentra bajo el suelo y tiene que ser bombeado por compañías petroleras modernas. Sin embargo, hay lugares donde el petróleo se filtra a la superficie. Estos pozos abiertos de asfalto son utilizados en tiempos modernos, y también eran conocidos y usados en los tiempos antiguos. La mejor forma de hacer que un horno de ladrillos se caliente a tan alta temperatura es vertiendo petróleo a su interior.

La orden del rey de aumentar la temperatura fue obedecida y tuvo tanto éxito que los hombres que cargaron a los tres hebreos atados y subieron con ellos por los peldaños laterales del horno murieron por el calor (vers. 22). Si el horno sobrecalentado mató a quienes arrojaron a los hebreos, puede imaginar lo que le haría a los hebreos, quienes estaban en el interior del horno mismo. Pero no les hizo nada. El rey salió a ver cómo el castigo iba progresan-

do. Probablemente se inclinó a mirar por el túnel al costado del horno. Esperaba ver los cuerpos calcinados de sus tres funcionarios infieles; en su lugar, ¡los vio perfectamente incólumes y sin quemaduras! Los tres varones habían sido firmemente atados cuando fueron arrojados al horno (vers. 23). Ahora, cuando el rey los vio, ¡estaban libres y caminaban entre el fuego! Cuando finalmente salieron del horno, dice el informe, "el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas estaban intactas, y ni siquiera olor de fuego tenían" (vers. 27).

¡Este fue un fuego muy selectivo! Había quemado las cuerdas de las muñecas de los hebreos. Había quemado incluso a los hombres que los habían arrojado al fuego. Pero no tocó los cuerpos de estos tres varones, ni su ropa, ¡ni siquiera un solo cabello de sus cabezas! ¡No había olor a humo en ellos! Era como si nunca hubieran estado en el fuego. Era como si una especie de envoltura protectora no inflamable los rodeara. Así honró Dios la fe y la confianza de sus fieles siervos.

En esa dramática respuesta a la oración podemos ver que servimos a un Dios que responde a las oraciones. Puede que no responda nuestras oraciones de forma tan dramática, pero el hecho de que así lo hizo para Sadrac, Mesac y Abednego nos garantiza que él oirá y responderá nuestras oraciones en la forma en que lo considere mejor.

Nuestras oraciones deben expresar la misma confianza y fe que las oraciones de estos tres hebreos. Ellos no demandaron una respuesta específica de Dios; más bien, reconocieron las posibilidades y dejaron la decisión al Señor. Él puede librarnos y lo hará si él cree que es lo mejor, pero bien puede responder que no. En tales casos, deberíamos estar dispuestos a aceptar esa respuesta y vivir o morir por ella, como Sadrac, Mesac y Abednego estuvieron dispuestos a hacer. Su ejemplo es un ejemplo de fe y valor para nosotros, pero también es un ejemplo de aceptación de la voluntad de Dios.

Según se registra en los Evangelios, los milagros realizados por Jesús tuvieron un propósito adicional al beneficio específico a ciertos individuos. También eran vehículos de enseñanza diseñados para comunicar una lección espiritual. Por ejemplo, Jesús realizó siete milagros en sábado. Dichos milagros no solo bendijeron a quienes estuvieron involucrados, sino que también enseñaron algo acerca del sábado. Enseñaron que Jesús era el Señor del sábado y que el sábado podía usarse para sus propósitos en relación con el saneamiento o la salvación de la humanidad (véase Mat. 12:8). También enseña-

ron que él es el Creador y Recreador (véase Juan 5:9). De la misma manera, el milagro de Dios realizado en favor de los tres hebreos en el horno ardiente tenía un propósito que trascendía su liberación. Mediante este milagro, Nabucodonosor y los cientos o miles de funcionarios babilónicos en la llanura de Dura fueron puestos frente a frente con el verdadero Dios del cielo.

Nabucodonosor entendió la lección y lo dijo. Al mirar hacia el fuego y ver a Sadrac, Mesac y Abednego totalmente ilesos, se dirigió a ellos como "siervos del Dios Altísimo" (vers. 26). El rey incluso decretó que todos los que habitaban en las naciones donde él gobernaba debían honrar al Dios que tan dramáticamente había demostrado su poder para liberar a sus siervos, asegurando así que el evento milagroso fuera conocido a lo largo de todo su imperio (vers. 28, 29).

Pero Dios no dejó al azar el que Nabucodonosor entendiera claramente quién había realizado este milagro. Cuando el rey miró hacia el horno, vio a los tres hebreos caminando ilesos entre las llamas, pero también vio a un cuarto ser en el fuego con ellos. De inmediato reconoció esta figura como divina, un "hijo de los dioses" (vers. 25). Más tarde, identificó a este ser divino con un ángel (vers. 28). No debemos suponer que Nabucodonosor identificó a este cuarto personaje con el Hijo de Dios en el sentido en que los cristianos pensamos ahora. Recuerde que el rey aún se encontraba en su estado pagano e inconverso en ese momento. Eso resulta claro por la forma en que manda a todos sus funcionarios a postrarse ante la imagen de su dios. También resulta claro en su respuesta a Sadrac, Mesac, y Abednego cuando rehusaron postrarse ante la imagen, puesto que servían a otro Dios. Claramente, esta liberación milagrosa causó una profunda impresión en Nabucodonosor y lo hizo reconocer la superioridad del Dios de los hebreos. Pero no estaba convertido al servicio de su Dios en ese momento. Esta experiencia con toda seguridad ayudó a prepararlo para tal conversión, pero esa experiencia no fue completa hasta el fin de sus siete años de locura descritos en Daniel 4. No fue sino hasta entonces que Nabucodonosor vino a aceptar al verdadero Dios, al cual llamó el Dios Altísimo (4:34-37).

Nabucodonosor no vio una clara imagen del Mesías en la cuarta figura que andaba en el fuego. Reconoció a este ser como un "hijo de los dioses" (vers. 25). Esto no es del todo equivalente a "el Hijo de Dios". Un "hijo de los dioses" sencillamente significa un ser del ámbito de los dioses, esto es, un

ser sobrenatural. Su identificación de este ser con un ángel hace recordar referencias a otros ángeles en el libro de Daniel. Dos de ellos son llamados Gabriel y Miguel. Gabriel fue el que le dio algunas profecías a Daniel (9:21, 23). Miguel, el arcángel (o Príncipe de los príncipes celestiales, Dan. 8:11, 25; 10:13; 12:1) fue el que se puso de parte del pueblo de Dios para defenderlo, tanto en los tiempos de Babilonia como en los tiempos persas y al final del tiempo (Dan. 10:13; 12:1). Dada la postura defensora en la cual encontramos a Miguel, habría sido el ángel ideal para proteger y defender a los tres hebreos en el fuego. Desde una perspectiva neotestamentaria, sabemos que Miguel es Cristo (Apoc. 12:7), pero eso no habría sido necesariamente evidente para Nabucodonosor en esta ocasión. Él sencillamente supo que el Dios de los hebreos había enviado a un ser aparentemente divino para rescatarlos. Esa vívida impresión fue adecuada para el momento en que se encontraba Nabucodonosor en su peregrinaje espiritual.

Un contraste interesante se observa aquí cuando uno analiza la escena final de la visión de Daniel 7. Allí Daniel miraba a los atrios celestiales y veía al Anciano de Días, Dios el Padre, que conducía el tribunal celestial. En la conclusión de la escena, uno como "un hijo de hombre... vino hasta el Anciano de días" (7:13) para recibir el reino. Aquí el lenguaje es similar al pronunciamiento de Nabucodonosor en el capítulo 3:25, pero hay un contraste también. En el capítulo 3 vemos a uno como "hijo de los dioses" aquí en la Tierra, un ser que parecía divino y que descendió del cielo a la tierra. En el capítulo 7 vemos a uno como "un hijo de hombre" en el cielo, un ser encarnado que parecía humano que había entrado al cielo, donde recibirá el reino por la eternidad. Miguel es el protector de su pueblo aquí en la tierra, y él será su gran gobernante aquí por toda la eternidad. No es otro sino Jesucristo, quien vendrá otra vez al final como Rey de reyes y Señor de señores para cumplir la predicción de Daniel 7:14 y Apocalipsis 19:16.

EL CONTEXTO PARA DANIEL 6

Los eventos registrados en Daniel 5 y 6 sucedieron dentro de un periodo de tiempo relativamente corto que abarcó la caída de Babilonia y el breve periodo posterior a la conquista por los persas. El capítulo 5 describe el derrumbe del reino desde la perspectiva de Babilonia, lo que estaba ocurriendo dentro de la ciudad y del palacio. El capítulo 6 relata lo que ocurrió inmediatamente después, cuando los persas establecieron su administración

sobre los territorios recién conquistados. Daniel jugó un papel tanto en los eventos finales bajo el último rey babilónico, Belsasar, y en el establecimiento de la nueva administración persa. De hecho, él desempeñó un rol muy prominente en esa transición. Desafortunadamente, fue su prominencia lo que lo metió en dificultades.

En el mundo antiguo, los persas eran conquistadores bastante benévolos. Por ejemplo, comúnmente, aunque no siempre, dejaban en sus cargos a los gobernantes y oficiales oriundos de los territorios conquistados. En lugar de deshacerse de ellos, los adaptaban a sus prácticas. A veces, esto se aplicó incluso a reyes conquistados, a quienes se les permitió gobernar sus reinos bajo la autoridad del Imperio Persa. Otra evidencia de benevolencia persa fue el permitir el regreso de los cautivos a sus patrias. Como dejan claro los libros de Esdras y Nehemías, fue bajo reyes persas que al pueblo de Judá se le dio permiso para regresar a su hogar.

Pero los persas no extendieron un trato preferencial a los reyes de Babilonia. Belsasar fue muerto la noche cuando fue tomado el reino; los persas capturaron a su padre Nabonido y lo exiliaron a la distante Carmania. En realidad, el exilio era probablemente un acto de bondad, pues Nabonido bien pudo haber sido ejecutado.

Con Belsasar y Nabonido fuera de la escena y el reino en manos de los persas, era necesario señalar una nueva persona que dirigiera el gobierno persa de Babilonia. Ciro, el gobernante del imperio, designó a Darío el Medo para esta tarea. Darío iba a regir en Babilonia como un rey vasallo sujeto a Ciro, quien continuaba gobernando el Imperio Persa del cual Babilonia era ahora parte.

En esta coyuntura encontramos una pregunta histórica: ¿Quién era este individuo llamado Darío el Medo en Daniel 6? Según las fuentes históricas de la época, no se conoce a nadie con ese nombre.

Se han hecho una cantidad de sugerencias concernientes a la identidad de este Darío bíblico, pero no se ha llegado a ningún consenso. Quienes aceptan la historicidad de Daniel 6, aceptan la premisa de que "Darío" es el nombre de rey de alguien que fue conocido con un nombre diferente antes de ser nombrado gobernante de Babilonia. Tal solución no sería inusual. La práctica de asumir un nombre monárquico en el momento de la ascensión era bien conocida en el antiguo Medio Oriente. En Egipto, los reyes adquirían todo un conjunto de cinco nombres diferentes cuando ascendían al

trono. En Mesopotamia, dos reyes asirios que conquistaron la ciudad de Babilonia asumieron nombres diferentes cuando ascendieron al trono. Tiglat Pileser III asumió el nombre Pul (ambos nombres se usan en 2 Rey. 15:19, 29), y Salmanasar V fue conocido por el nombre de Ululaia.

En Judá tenemos el claro caso del rey leproso Uzías, quien también era conocido por el nombre de Azarías (2 Rey. 15:1; 2 Crón. 26:1). Probablemente Azarías fue su nombre original y Uzías su nombre de rey. También es posible que Jedidías era el nombre personal de Salomón (2 Sam. 12:25), y éste último su nombre de monarca, o a la inversa. Algunos historiadores de Persia han sugerido que los nombres por los que son conocidos los famosos reyes de Persia —Ciro, Darío, Jerjes— pudieron haber sido nombres de trono y que ellos tenían otros nombres personales antes de convertirse en reyes. Por lo tanto, la sugerencia de que "Darío el Medo" es el nombre de trono usado en el libro de Daniel refleja una práctica común en el mundo antiguo.

Lo que resulta más difícil es la tarea de identificar al individuo que asumió este nombre de trono. No debe confundirse a Darío el Medo con Darío I Histaspes, también conocido como "Darío el Grande", quien reinó sobre Persia del 522 al 486 a.C. Este sujeto provenía de una línea persa, no media, y gobernó posteriormente al Darío de Daniel 6. Las lecturas sugeridas al final de este capítulo discuten en detalle las diferentes sugerencias que se han hecho para identificar la persona histórica que Daniel refiere como "Darío el Medo".

LA TRAMA

Desde la perspectiva del libro de Daniel, es más importante lo que Darío *hace* que *quién* es Darío. Es importante notar que la intención original no fue castigar o perseguir a Daniel. Más bien, los persas lo involucraron de lleno en la reorganización del gobierno de la provincia de Babilonia. Darío hizo nombramientos para dos niveles de servicio político. Se necesitaba nombrar o confirmar a 120 funcionarios de primer nivel, y tres administradores generales. Daniel fue uno de estos tres administradores generales, y Darío pronto decidió convertirlo en el más prominente de los tres (6:1-3). Esto habría sido equivalente a nombrar a Daniel el gobernador en jefe de toda Babilonia.

Naturalmente, sus colegas en el servicio civil reaccionaron negativamente al inminente ascenso de Daniel. Estaban celosos y se propusieron asegurarse

de que no recibiera este elevado cargo. El plan que tramaron se centraba en las prácticas religiosas de Daniel porque sabían que ésta era la única "debilidad" que podían explotar. Era tan meticuloso en todos los asuntos que administraba para el rey que sus colegas celosos sabían que nunca lo atraparían en asuntos de deshonestidad o ineficiencia (vers. 4, 5). Por lo tanto, idearon una trampa religiosa para Daniel. Se acercaron al rey con una propuesta: "Todos los gobernadores del reino, magistrados, sátrapas, príncipes y capitanes han acordado por consejo que promulgues un edicto real y lo confirmes, que cualquiera que en el espacio de treinta días demande petición de cualquier dios u hombre fuera de ti, oh rey, sea echado en el foso de los leones" (vers. 7).

Ahora bien, esta es una petición muy extraña. Uno bien puede preguntarse, "¿qué respecto a los otros dioses de Babilonia?"

A fin de entender la apelación de un decreto tal, hay que entender las problemáticas condiciones religiosas en Babilonia inmediatamente después de la conquista persa. Nabonido, el último rey babilónico, se propuso proteger la ciudad de Babilonia como el último bastión de defensa contra los persas. Procuró lograrlo no solo con tropas y armas, sino también con la ayuda de los dioses. Sus representantes fueron a las principales ciudades de Babilonia, sacaron las imágenes de sus dioses de los templos y las trajeron a Babilonia. La justificación era que, al juntar las imágenes de los dioses en Babilonia, los dioses mismos se verían obligados a defender la ciudad. Nabonido quería tener a los dioses de su parte.

Los persas, por supuesto, tuvieron éxito a pesar de esta estratagema. Pero cuando tomaron el gobierno, se enfrentaron no solo a problemas políticos; también enfrentaron un problema religioso. Con las imágenes de los dioses reunidas en la ciudad capital, los habitantes a lo largo del reino enfrentaban el problema de orar en templos vacíos. Los persas se propusieron corregir esta situación, enviando a los dioses de vuelta a sus respectivas ciudades y templos, pero la logística y los ritos implicados hicieron inevitable que la transferencia tomara bastante tiempo. Dice la *Crónica de Nabonido* que no fue sino hasta el fin del año del calendario babilónico, unos cuatro meses después, que todos los dioses fueron devueltos a sus debidas localidades,

Bajo tales condiciones de confusión, una petición de prohibir las oraciones a cualquier dios excepto al rey mismo resulta fácil de entender. Du-

rante tiempos más normales, una petición tal habría rayado en lo absurdo, pero estos no eran tiempos normales en lo religioso ni en lo político.

Los funcionarios babilónicos que propusieron esta regla en verdad no estaban preocupados por que alguien orara a estos otros dioses. Estaban interesados en un solo Dios, Yahweh, o Jehová, el Dios a quien Daniel oraba. Tomaron ventaja de las circunstancias a fin de tramar un plan que derribara a Daniel. Sabían cuán consistente era Daniel en sus hábitos de oración. Tres veces al día, Daniel oraba a su Dios, con el rostro hacia Jerusalén, donde una vez estuvo el templo (vers. 10). Probablemente Daniel oraba a las horas cuando los sacrificios matutino y vespertino habrían sido ofrecidos en ese templo, de haber estado aún en pie (ver Dan. 9:21).

Daniel no hacía alarde en sus oraciones de una religiosidad superficial, pero tampoco intentaba ocultar estos ejercicios espirituales personales. Sus colegas conocían muy bien sus hábitos. Sabían cuán regular y fiel era en esta práctica. También sabían que era un hombre de tal integridad y fidelidad a su Dios que no interrumpiría su vida de oración por una simple prohibición humana. Daniel tenía fe en su Dios, ¡pero sus colegas tenían fe en Daniel!

Su confianza en la constancia de Daniel es un ejemplo sobresaliente para nosotros de lo que es la devoción fiel. Si nos halláramos en una situación similar a la que se encontraba Daniel, ¿se sentirían otros seguros de que nuestra constancia no cambiaría? La fe vibrante y activa de Daniel hallaba su origen en su momento regular de oración y devoción. No comenzaba a orar solo cuando sobrevenía alguna crisis. Tampoco intentaba lucir su espiritualidad al continuar sus oraciones a pesar del decreto. Aunque sus oraciones pudieron haberse vuelto más fervientes como resultado del decreto del rey, la relación básica de Daniel con Dios ya había sido establecida en los hábitos de su vida. Mucho antes de que la conspiración se formara en contra suya, Daniel había encontrado en la oración un ingrediente vital para su ajetreada vida en Babilonia como funcionario de alto rango. El decreto únicamente destacó los hábitos de toda la vida de este fiel siervo de Dios.

¿POR CUÁNTO TIEMPO HABÍA ESTADO ORANDO DANIEL ASÍ?

Daniel fue deportado a Babilonia en el 605 a.C., cuando tenía aproximadamente dieciocho años de edad. El episodio mencionado ocurrió durante el breve reinado de Darío el Medo, por lo tanto, debió haber sucedido

en el 539 a.C. o el 538 a.C. Si sumamos los años de Daniel en Babilonia, 67 años, a la edad que tenía cuando fue tomado en cautiverio, 18 años, llegamos a una edad de alrededor de 85 años al momento en que este episodio ocurrió. Daniel era un anciano cuando los persas tomaron el poder, pero aún era intelectualmente muy capaz, y su vida de fe aún brillaba con mucho fulgor. Fue el resultado de toda una vida de fe y oración, un hermoso ejemplo de fidelidad.

La fidelidad de Daniel no pasó desapercibida por Dios. En dos ocasiones diferentes, un ángel fue enviado a Daniel y le dirigió estas palabras: "Daniel, varón muy amado" (Dan. 9:23; 10:11; "muy apreciado", NVI). Dios no se había olvidado de su siervo simplemente porque era un anciano. Todo lo contrario, su consideración por Daniel creció aun más a medida que envejecía en la fe y llegaba a conocer mejor a Dios. Esto debería ser un estímulo para aquellos que han envejecido. Los amigos o familiares en esta Tierra pueden olvidar, pero Dios nunca olvida. El caso de Daniel demuestra el interés divino.

El decreto iba a cubrir un espacio de treinta días durante los cuales nadie podía orar a nadie que no fuera Darío (6:7). Los enemigos de Daniel no tuvieron que esperar todo el periodo para ver si Daniel violaría el nuevo mandato. Indudablemente lo atraparon orando en el primero o segundo día. Entonces corrieron al rey y le dijeron acerca de la desobediencia a su decreto por parte de Daniel.

Ahora bien, las leyes de los persas eran irrevocables (vers. 15). Después de promulgado, el decreto no podía ser cambiado para adaptarse a las nuevas circunstancias. Daniel, un individuo favorito del rey, había sido atrapado en la misma ordenanza del rey. Y el rey había sido atrapado en el plan de los funcionarios que tramaban contra Daniel. El rey trató todo un día de lograr algún tipo de arreglo por el cual Daniel pudiera ser liberado y salvado del castigo, pero fue incapaz de hacerlo (vers. 14). Para la puesta del sol, era claro que el rey no podía liberar a Daniel. El profeta de Dios tenía que ser llevado a los leones.

EL RESULTADO

Podemos tener una idea de dónde habría estado ubicado el foso de los leones en la antigua Babilonia. Los famosos jardines colgantes de Babilonia eran considerados una de las siete maravillas del mundo antiguo. La historia

detrás de su origen es que Nabucodonosor se casó con una mujer de la región montañosa de Media. Habiendo descendido a la llanura plana, seca y calurosa de Mesopotamia, la mujer añoraba las bellezas de su tierra natal montañosa. Para aminorar su nostalgia, Nabucodonosor le construyó los renombrados jardines colgantes de Babilonia. Estudios recientes han sugerido que estos jardines estaban localizados en la esquina nororiental del palacio, junto al río Éufrates.

Con toda probabilidad, el zoológico real estaba ubicado junto a los jardines reales. De esta forma, la misma agua que se usaba para irrigar los jardines podía utilizarse para dar de beber a los animales, y los jardines proveerían un hábitat apropiado para algunos de los animales del zoológico. El foso de los leones al cual fue arrojado Daniel probablemente estaba localizado en la esquina nororiental del área del palacio.

Hubo reportes de que el foso de los leones, del cual Daniel fue milagrosamente salvado, había sido localizado y excavado por los arqueólogos poco antes de la Primera Guerra Mundial. Se estaban llevando a cabo excavaciones en Babilonia, y varios peregrinos cristianos regresaron de tal lugar con el informe de que el foso de los leones había sido hallado. La fuente de estos rumores erróneos fue Robert Koldewey, el excavador de Babilonia. Koldewey era un individuo incrédulo e irreverente. También era un bromista. Los peregrinos llegaban haciendo preguntas acerca de cosas como el foso de los leones. Sin vacilar, Koldewey los llevaba a cierta parte de sus excavaciones y decía: "Éste es el sitio exacto donde sucedió".

Los peregrinos volvían a sus hogares felices de haber visto dónde Daniel sufrió y fue liberado. Cuando uno de los asociados de Koldewey discutió con él sobre lo que estaba haciendo con esta gente crédula, Koldewey contestó: "¿Por qué habría de quitarles una de las más grandes experiencias de su viaje?"

Aunque no hemos localizado la escena de la liberación de Daniel de los leones, las tablas de arcilla que los babilonios usaban para guardar sus registros sí vierten luz sobre esta experiencia. De la ciudad de Ur, un poco más al sur, han venido registros que cuentan de las provisiones para alimentar a los leones. Así como los burócratas registraban las mercancías distribuidas a los diferentes funcionarios, también registraban los alimentos que se distribuía a los animales en el zoológico real, incluyendo los leones. Estos textos provienen de tiempo de la dinastía de Ur III o aproximadamente el año

2000 a.C., el tiempo de Abraham. No solo Babilonia tenía leones en el zoológico real en los tiempos de Daniel, a mediados del primer milenio a.C.; los registros muestran que ya los tenían desde el principio del segundo milenio a.C.

Darío estaba disgustado. Aunque no tenía otra opción que arrojar a Daniel al foso de los leones, no quería hacerlo. No quería hacerlo porque había sido engañado por sus propios funcionarios. Más que eso, estaba genuinamente preocupado por Daniel; le tenía un gran afecto y respeto. El rey no pudo dormir esa noche (vers. 18). Darío ya conocía del Dios de Daniel, y tenía alguna noción de que Dios podía actuar en favor de Daniel (vers. 16), pero aún no era un creyente. ¡Pudo haber dormido toda la noche de haber tenido un poco más de fe en el Dios de Daniel!

Dios no abandonó a Daniel en el foso de los leones como tampoco había abandonado a los tres amigos de Daniel en el horno. Como en la ocasión anterior, envió su ángel a acompañar a Daniel y protegerlo. Daniel le dijo al rey a la mañana siguiente, cuando vino a preguntar acerca de la condición del profeta: "Oh rey, vive para siempre. Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen daño, porque ante él fui hallado inocente; y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho nada malo" (vers. 21, 22). Daniel no se atribuyó el crédito por su propia liberación. El profeta reconoció al poderoso ángel de Dios quien había hecho esto por él. En respuesta a sus oraciones, Dios le había concedido a Daniel la protección divina. Puede que Dios no siempre responda a las oraciones de forma tan dramática, pero podemos estar seguros de que escucha cuando oramos hoy tan ciertamente como escuchó las oraciones de Daniel en el foso de los leones.

¿Realiza Dios todavía milagros similares? ¿O es la experiencia de Daniel solo una historia de un tiempo pasado y un lugar distante que tiene muy poco que ver con la vida moderna? De Recife, Brasil, viene esta historia que ilustra cómo Dios aún está activo y puede hacer por los creyentes modernos lo mismo que hizo por Daniel siglos atrás. Un hombre, quien trabajaba en el zoológico de la ciudad de Recife, llegó a establecer contacto con los adventistas del séptimo día, comenzó a estudiar la Biblia, y posteriormente se bautizó. Después de su bautismo, se presentó a trabajar el siguiente lunes de mañana con su flamante fe reflejada en el rostro. "Me ocurrió algo maravilloso este sábado —le contó a sus compañeros de trabajo—. ¡Me bauticé en la Iglesia Adventista del Séptimo Día!"

Uno de los que oyeron su testimonio era particularmente cínico hacia el cristianismo. Le contestó, "Bueno, si tú eres un cristiano tan grande, ¿por qué no saltas a esta jaula de leones? ¿Por qué no ves si Dios te protegerá?"

De inmediato y sin vacilación, ¡este nuevo cristiano bajó a la jaula de los leones! Pues bien, yo no le recomendaría hacer eso; existe algo que se llama presunción, que no es fe. Pero también creo que el Espíritu Santo honró la acción de este hombre como testimonio de su nueva fe.

Cuando el individuo entró a la jaula, el movimiento atrajo la atención de un enorme león que vino a ver lo que estaba pasando. Debemos añadir que los leones en esta jaula no habían sido alimentados en las últimas 24 horas. El enorme león vino hasta el hombre y olfateó sus pantalones. ¡Entonces se dio vuelta y regresó al sitio donde estaba, se echó al suelo y se puso a dormir! Tal vez Dios había enviado a su ángel a liberar no solo a Daniel en los tiempos pasados, sino también a este empleado del zoológico de Recife, Brasil.

¿El resultado? Poco después, siete de sus compañeros de trabajo en el zoológico se bautizaron.

Daniel fue librado de los leones. Pero el efecto fue muy diferente cuando sus enemigos, que habían tramado su desgracia, fueron echados al mismo foso donde Daniel había pasado la noche. Los leones los atacaron inmediatamente (vers. 24), demostrando cuán hambrientos estaban. Daniel dice que una de las razones por las que Dios lo libró fue porque él era inocente (vers. 22). Al conspirar contra Daniel, sus enemigos también estaban tramando contra Dios. Como resultado, fueron hallados culpables y castigados como correspondía. Aquí operó la *ley del talión*, ojo por ojo y diente por diente —no motivada por un deseo de venganza de parte de Daniel, sino por la voluntad de Darío el Medo.

Aunque en ese momento el rey todavía era probablemente un creyente del zoroastrismo (religión pagana antigua) por convicción religiosa, pudo ver la grandeza y el poder del Dios de Daniel en esta maravillosa liberación.

> "Entonces el rey Darío escribió a todos los pueblos, naciones y lenguas que habitan en toda la tierra: Paz os sea multiplicada. De parte mía es puesta esta ordenanza: Que en todo el dominio de mi reino todos teman y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel; porque él es el Dios viviente y permanece por todos los siglos, y su reino no será jamás destruido, y su dominio perdurará hasta el fin.

Él salva y libra, y hace señales y maravillas en el cielo y en la tierra;
él ha librado a Daniel del poder de los leones" (vers. 25-27).

Debido al fiel testimonio de Daniel, el carácter de Dios llegó a ser conocido por todo el reino de Babilonia y de Persia a un grado que nunca se había visto antes. Cuando él se arrodilló a orar a pesar de la prohibición, probablemente Daniel no se imaginaba el efecto tan grande que podría causar un acto aparentemente tan insignificante. Seguramente lo vio solamente como una parte de su ronda normal de actividades cotidianas, sin mayor importancia en sí misma excepto que, mediante ella, se ponía en contacto con su Dios. Con todo, a través de ese acto de oración, en despecho a la ley, el nombre y el carácter del Dios verdadero y viviente vino a ser conocido por todo el reino.

De la misma forma, nuestros pequeños actos de bondad, fe y amor pueden también tener un efecto que llegue hasta la misma eternidad. A través del fiel testimonio de Daniel, Dios nos llama a una vida similar de fe.

DANIEL 3 Y 6 EN RESUMEN

Estos dos capítulos presentan cuadros similares; en ambos, los hebreos son perseguidos por un rey extranjero. En el primer caso, el rey era Nabucodonosor de Babilonia, y en el segundo, Darío el Medo, un rey vasallo de Babilonia bajo Ciro, el emperador persa. Ambos reyes utilizaron a los hebreos en su servicio civil. En ambos casos, estos hebreos fueron fieles en su servicio al rey, y también a su Dios. Fue esta última característica, su fidelidad a Dios, lo que los metió en problemas. Debido a su dedicación a Dios, los tres amigos de Daniel fueron arrojados al horno. Por causa de su dedicación a Dios, Daniel mismo fue arrojado al foso de los leones. En ambos casos se dieron liberaciones milagrosas: del horno y del foso de los leones. Y en ambas instancias el rey quedó convencido de que había ocurrido una intervención divina en favor de los siervos del Dios verdadero. Ambos reyes proclamaron por todo el reino el poder y la majestad del Dios del cielo.

En términos de temas, entonces, estos dos capítulos relacionan eventos que comparten muchas similitudes. Desde luego, estas similitudes fueron manejadas de formas diferentes. Los dos eventos probablemente sucedieron a más de cincuenta años entre sí. La naturaleza y ubicación de la prueba fueron diferentes, el rey que ocupaba el trono era diferente, las liberaciones

ocurrieron en forma diferente, y las palabras escogidas por los monarcas para alabar al Dios de los cielos fueron diferentes.

Sin embargo, los temas dominantes de ambos episodios fueron los mismos. En ambos, los santos de Dios fueron puestos a prueba y fueron liberados de dicha prueba a través de la intervención divina. Por lo tanto, podemos decir que las similitudes entre estos dos eventos son mayores en su alcance, mientras que sus diferencias son asunto de detalles.

La estructura literaria quiasmática que se encuentra en el libro de Daniel, en la cual la forma complementa la función, también enfatiza las similitudes entre los capítulos 3 y 6. En esta obra, ya hemos notado la estructura quiasmática de Daniel y el hecho de que en la sección aramea del libro estos capítulos están arreglados en pares (véase las páginas 28-31). Los capítulos 3 y 6 forman uno de esos pares y describen las persecuciones sufridas por los hebreos en exilio. Daniel intencionalmente arregló sus escritos de esta forma para mostrar la naturaleza interrelacionada de los capítulos y la unidad de su escritura. Los críticos literarios que intentan dividir estas secciones y atribuirlas a diferentes fuentes escritas en tiempos diferentes han ignorado la intención del escritor, quien expresa la unidad de su libro de forma audaz y estética.

CAPÍTULO 5

REINOS CAÍDOS

Los capítulos 2 y 7 de Daniel tienen que ver con el mismo asunto general: profecías concernientes al surgimiento y caída de cuatro grandes poderes mediterráneos. La primera de estas profecías le fue dada a un rey pagano, Nabucodonosor, en un sueño que tuvo durante la noche (Dan. 2:1). La segunda fue dada a Daniel mismo, en sueño, mientras dormía en su cama (Dan. 7:1, 2). Así que, aunque el modo de revelación fue virtualmente el mismo en ambas instancias, el receptor fue completamente diferente. Este contraste explica claramente algunas de las diferencias del contenido entre las dos profecías.

Aún tras una mirada superficial resulta aparente que el sueño dado a Nabucodonosor fue mucho más sencillo que el que le fue dado a Daniel. Nabucodonosor vio solo una gran imagen compuesta de cuatro metales y sus pies compuestos de una mezcla de metal con barro. Luego, una gran piedra dio contra la imagen en los pies, la deshizo y la eliminó. Esta piedra luego creció hasta llenar toda la tierra (Dan. 2).

La interpretación es que los cuatro metales representan cuatro reinos, así que el significado es muy categórico y directo. Cuatro grandes poderes mundiales mediterráneos habrían de ocupar el escenario de la historia, uno después del otro. Entonces, el cuarto poder se mezclaría con otros elementos. Finalmente, el reino de Dios sustituiría a todos los reinos terrenales y, en contraste con ellos, permanecería para siempre.

En Daniel 7, el mensaje se le da directamente al profeta de Dios y, por lo tanto, al pueblo de Dios. El bosquejo de los imperios sigue siendo el mismo, pero incluye más detalles. En esta profecía, cuatro bestias o animales representan cuatro reinos mundiales. Las cuatro bestias de Daniel 7 co-

rresponden a los cuatro metales hallados en la imagen de Daniel 2. Pero hay mucha más oportunidad de dar detalles en la segunda profecía debido a que los animales son seres animados, a diferencia de los metales. Por lo tanto, los reinos que fueron bosquejados con meras generalizaciones en Daniel 2 reciben una explicación más completa en Daniel 7. A medida que el texto progresa de la revelación a un rey pagano a la revelación dada a un profeta de Dios, también progresa de un bosquejo profético más general a uno que contiene más detalles. Este es un patrón que continúa a lo largo del libro de Daniel. Aun más detalles se agregan en los capítulos 8 y 11.

Esta característica del libro de Daniel saca a relucir el tema de la hermenéutica o reglas de interpretación. Existen dos diferentes escuelas de pensamiento respecto a cómo son abordadas las profecías de Daniel.

En un caso, los eruditos críticos promueven la teoría de que el método apropiado ha de iniciar con el capítulo 11 y avanzar en retroceso por los capítulos 8, 7 y 2. De esta manera, Daniel 11 se convierte en la norma para aproximarse a las otras profecías del libro de Daniel. Estos eruditos consideran que la mayor parte de Daniel 11 trata del rey griego, Antíoco Epífanes, quien gobernó el reino seléucida de Antioquía a Siria desde el año 175 a.C. al 164 a.C. aproximadamente. Habiendo determinado que este individuo es el tema principal de las profecías de Daniel 11, los eruditos críticos con esta mentalidad colocan a Antíoco en su estudio regresivo de las otras profecías del libro. Por lo tanto, Antíoco Epífanes se convierte en la figura dominante en las profecías de Daniel.

El otro enfoque comienza con Daniel 2 y avanza progresivamente a través de los bosquejos proféticos sucesivos del libro: capítulos 7, 8, y 11. Este enfoque resulta en una perspectiva muy diferente de las profecías de Daniel. En este enfoque, la sucesión de los reinos mundiales es claramente Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma. Bajo el primer esquema, Antíoco Epífanes se convertía en la figura más destacada de las profecías de Daniel a lo largo del libro. Bajo el segundo esquema, Antíoco Epífanes es reducido a un subtítulo muy modesto bajo el Imperio Griego.

¿Cuál de estos dos enfoques es el correcto?

La progresión que ya hemos notado entre Daniel 2 y 7 favorece el método inherente en el texto bíblico mismo. Siendo que Daniel 2 es la profecía más sencilla y Daniel 7, que añade detalle, es la más compleja, pareciera natural y lógico comenzar con la profecía más sencilla y progresar a través

del libro hacia lo más complejo, agregando los detalles presentados por cada una de las profecías sucesivas.

En cualquier sistema, resulta obvio que el libro contiene cuatro bosquejos proféticos principales, los capítulos 2 y 7 en la porción aramea del libro y los capítulos 8 y 11 en la porción escrita en hebreo. (La profecía del capítulo 9 es de una naturaleza en cierto grado diferente, puesto que se concentra en el futuro del pueblo judío y su Mesías, en vez de mirar a las naciones del mundo en torno suyo.) Estos cuatro bosquejos proféticos principales están conectados como una serie de circuitos eléctricos en paralelo. Los cuatro cubren el mismo terreno, pero progresivamente se van llenando con más y más detalles. Este paralelismo es evidente en el lenguaje usado en las profecías, los símbolos que se hallan en ellas, y la interpretación dada a ellas en el libro mismo.

El capítulo 2, el primero de estos cuatro bosquejos proféticos, tiene la introducción más larga. Narra las circunstancias en las cuales esta profecía fue dada y cómo fue interpretada. En contraste, la profecía en el capítulo 7 tiene una introducción muy corta que consiste de una fecha y la declaración de Daniel de que la profecía vino a él directamente en un sueño. La introducción histórica más larga a la profecía de Daniel 2 sirve como una transición que conecta la historia del libro de Daniel con las profecías que se encuentran en él. En el capítulo 2, en lo que se conoce comúnmente como la sección histórica de Daniel, encontramos una transición significativa de historia a profecía.

EL ESCENARIO

¡No bien había llegado Daniel a Babilonia cuando su vida se vio amenazada! La amenaza surgió de un evento que ocurrió en el segundo año del reinado de Nabucodonosor (2:1), el cual fue el segundo o el tercer año de Daniel en Babilonia (los babilonios no contaban el año en que el nuevo rey llegaba al trono como uno de sus años de regencia). Esta amenaza fue dirigida no solo a Daniel, sino también a sus amigos, Sadrac, Mesac y Abednego y, en realidad, a todo el grupo de sabios en Babilonia. Al pertenecer a este grupo, la vida de Daniel y sus amigos se vio en peligro.

El peligro vino de un sueño que el rey tuvo. Nabucodonosor no entendió el sueño. De hecho, cuando despertó, no pudo siquiera recordar lo que había soñado. Sin embargo, quedó con la impresión de que era algo muy

importante. Entonces pidió que sus sabios lo ayudaran. Los convocó y les ordenó que le dijeran el sueño y su interpretación. Los sabios estaban muy dispuestos a procurar esa interpretación, pero le dijeron al rey que primero debía decirles el contenido del sueño. El rey intentó con todo tipo de sabio que tenía a su disposición. "Hizo llamar el rey a magos, astrólogos, encantadores y caldeos, para que le explicasen sus sueños. Vinieron, pues, y se presentaron delante del rey" (vers. 2).

Los sabios en cada una de estas categorías necesitaban algo con qué trabajar. Los astrólogos usaban las estrellas; los adivinos usaban hígados de ovejas; otros usaban diferentes señales en la naturaleza que les indicaban algo, como el nacimiento de algún animal con deformidad congénita. Nabucodonosor no proveyó ninguna de estas cosas. Él había tenido un sueño, un sueño impresionante, que ahora era incapaz de recordar. Sus sabios debían proveer el sueño y su interpretación.

El rey y sus sabios estaban en desacuerdo. Los sabios decían: "Di el sueño a tus siervos, y te mostraremos la interpretación" (vers. 4). El rey respondió: "Decidme, pues, el sueño y su interpretación" (vers. 6). Desde luego, el rey era el único con el poder y la autoridad para salir de este punto muerto. Los sabios solamente servían en calidad de consejeros. El rey no quedó complacido. Podía darse cuenta que la pretendida capacidad de sus sabios para predecir el futuro era dudosa, en el mejor de los casos, y que andaban dando rodeos para ganar tiempo.

Nuevamente, el rey demandó: "Decidme, pues, el sueño, para que yo sepa que me podéis dar su interpretación" (vers. 9). El calor de la discusión comenzó a ascender, junto con la ira del rey. Nabucodonosor tuvo la última palabra. Pronunció un decreto de muerte sobre todos los sabios de su reino. Si eran tan inútiles como para no poder hacer lo que les estaba pidiendo, algo que supuestamente estaba a su alcance, acabaría con todos ellos (vers. 12, 13).

Daniel y sus tres amigos no estuvieron involucrados en este diálogo, pero sí pertenecían a este grupo de funcionarios de gobierno que habían sido condenados. Cuando la noticia del decreto del rey les llegó a través de Arioc, capitán de la guardia del rey, Daniel fue a ver al rey para solicitar más tiempo a fin de poder presentarle al rey el sueño y su interpretación (vers. 14-16). Nabucodonosor acababa de acusar a los otros sabios de intentar comprar tiempo (vers. 8), así que uno puede imaginarse que la soli-

citud de Daniel no cayó en oídos muy dispuestos a escuchar. Sin embargo, por Daniel no haber tenido parte en las discusiones iniciales, Nabucodonosor le concedió más tiempo. Daniel regresó con la respuesta al siguiente día.

Para lograr esa meta, Daniel tuvo una sesión de oración con sus amigos (vers. 17, 18). ¿Ha ido usted en oración a Dios cuando su vida estaba en juego? Si Daniel no volvía con el contenido del sueño del rey, sería ejecutado junto con sus amigos y todos los sabios de Babilonia. ¡Mucha gente dependía de Daniel cuando éste se arrodilló con sus amigos a orar! Uno apenas puede imaginar el fervor de esa oración.

¡Y Dios contestó! No había abandonado ni olvidado a Daniel y sus amigos. Seguían siendo preciosos a su vista; Dios estaba velando por ellos y protegiéndolos. "Entonces el secreto fue revelado a Daniel en visión de noche" (vers. 19). En este punto de la historia, el texto no revela el contenido del sueño al lector. Eso viene después cuando Daniel lo informa a Nabucodonosor.

Lo que la historia sí cuenta a estas alturas es el canto de gozo que los hebreos entonaron cuando recibieron la respuesta de Dios que los libraría a ellos y a los otros sabios de Babilonia. Su alabanza a Dios viene en la forma de un breve salmo o cántico, una pieza de poesía (vers. 20-23). No solo es un bello poema, sino que también expresa algunos de los conceptos teológicos claves de la historia y la profecía que siguen en el libro de Daniel:

"Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos,
porque suyos son el poder y la sabiduría.
Él muda los tiempos y las edades;
quita reyes, y pone reyes;
da la sabiduría a los sabios,
y la ciencia a los entendidos.
Él revela lo profundo y lo escondido;
conoce lo que está en tinieblas,
y con él mora la luz.
A ti, oh Dios de mis padres, te doy gracias y te alabo,
porque me has dado sabiduría y fuerza,
y ahora me has revelado lo que te pedimos;
pues nos has dado a conocer el asunto del rey".

Según este breve poema, Dios no es un terrateniente ausente. Él está presente y activo en el mundo y toma un papel activo en las naciones. Él puede poner reyes y quitarlos (vers. 21). Para el limitado ojo humano, la historia parece ser un caótico juego de fuerzas y contrafuerzas. Pero Daniel nos asegura que detrás de todo esto se encuentra Dios, observándolo todo e involucrándose para cumplir lo que él crea que es lo mejor. En el presente, puede que no podamos entender todos estos movimientos, pero podemos descansar en la seguridad de las palabras de Daniel que dicen que Dios participa activamente en los asuntos de los hombres y que está dirigiendo todo a su mejor destino.

Además, Dios a veces da a conocer lo que ocurrirá por anticipado en todo este juego, aparentemente aleatorio, de eventos mundiales. Él concede este conocimiento a sus siervos, no a los sabios de Babilonia, sino a profetas como Daniel. Dios escuchó cuando Daniel y sus amigos oraron por conocimiento, y él les dio "sabiduría a los sabios" (vers. 21).

En la actualidad, tal vez Dios no nos hable en sueños y visiones, pero aquellos que son suficientemente sabios para buscarlo recibirán sabiduría adicional acerca del curso que deben proseguir y el curso que seguirá la historia. La luz que mora con Dios es suficientemente poderosa para iluminar inclusive los rincones más oscuros de la historia y el futuro de las naciones (vers. 22). El poema inicia con una declaración de que la sabiduría y el poder pertenecen a Dios (vers. 20); y termina con Dios proveyendo sabiduría y poder a Daniel y sus amigos, revelándoles el sueño del rey (vers. 23).

Cuando Daniel se presentó delante del rey, Nabucodonosor le preguntó lo que les había preguntado a los otros sabios anteriormente: "¿Podrás tú hacerme conocer el sueño que vi, y su interpretación?" (vers. 26). Los sabios habían protestado que la demanda del rey no era razonable, que ningún varón podría llevar a cabo lo que el rey les había solicitado (vers. 10). Daniel estuvo de acuerdo en que ningún ser humano podía decirle al rey lo que había soñado. De hecho, lo hizo más enfático y específico: "El misterio que el rey demanda, ni sabios, ni astrólogos, ni magos ni adivinos lo pueden revelar al rey" (vers. 27). Pero lo que los sabios de Babilonia y sus dioses eran incapaces de hacer, el Dios de Daniel lo podía hacer muy fácilmente. "Pero hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los postreros días. He aquí tu sueño, y las visiones que has tenido en tu cama" (vers. 28). Hay solo un Dios

verdadero en el cielo, en contraste con los varios dioses de Babilonia. Este Dios revela los misterios; no los guarda en secreto. Él reveló el sueño a Daniel para que se lo diera al rey.

EL SUEÑO

Si Daniel se hubiera equivocado en el sueño, le habría costado la vida. Pero él no se equivocó en cuanto al sueño porque lo recibió de Dios, y fue Dios quien se lo había dado a Nabucodonosor en primer lugar. Dios le había hablado al rey en un sueño, y ahora se valía de su siervo Daniel para hacer más claro su mensaje a Nabucodonosor.

Según lo explicó Daniel al rey, el sueño consistía primeramente de un gran objeto, una imagen. La palabra usada para *imagen* es la palabra que comúnmente se usa en el Antiguo Testamento para una imagen o ídolo. Es también la palabra usada en Daniel 3 para la gran imagen que el rey erigió posteriormente sobre la llanura de Dura. Así que el concepto de una imagen no habría resultado desconocido para Nabucodonosor. Normalmente, las imágenes de los dioses con las cuales el rey estaba relacionado estaban cubiertas con un solo tipo de metal, bien sea láminas de oro o plata, o posiblemente bronce fundido. Lo distintivo de la imagen que Nabucodonosor vio en su sueño era que ésta consistía de una serie de metales, no solo uno. La respuesta de Nabucodonosor a esto se puede observar en Daniel 3. Construyó una imagen que correspondiera a la que había visto en su sueño, con una diferencia: Su imagen era toda de oro. Esto expresaba su reacción contra la imagen que había visto en el sueño.

Los metales en la imagen del sueño de Nabucodonosor decrecían en valor pero aumentaban en fuerza. Comenzando con la cabeza de oro, y siguiendo con la plata, el bronce y hasta el hierro en la base, la escala ascendía en fuerza pero decrecía en valor. Los pies de la imagen eran la parte más curiosa: El hierro continuaba, pero mezclado con barro (2:33), obviamente un elección muy pobre de material para intentar mantener las piezas de hierro en su lugar.

Una escena final en la visión introdujo otro elemento: la roca (vers. 34, 35). Era una roca muy inusual en cuanto a que no fue cortada, o labrada, por ninguna mano humana. No había en ella marcas de cincel que los canteros hubieran hecho. No era parte de la imagen. Más bien, golpeó la imagen como un misil balístico impulsado del exterior, lo que causó que la

imagen se rompiera en pedazos. La piedra era más fuerte que todos los metales que habían sido usados en la imagen; incluso que el más fuerte de ellos, el hierro en las piernas. Nada pudo soportar la fuerza de la piedra.

LA INTERPRETACIÓN

Nabucodonosor quedó satisfecho con que Daniel le había contado el sueño correcto, aquel que había tenido previamente y que no podía recordar. En esto, Daniel superó la habilidad de todos los sabios de Babilonia. No atribuyó esto a su propia inteligencia o destreza. Señaló la sabiduría, el poder y el conocimiento del Dios a quien servía. Dios le había revelado el sueño a Daniel (vers. 28, 47). Su confianza de que Daniel le había relatado correctamente el sueño le dio a Nabucodonosor confianza en que Daniel también podría interpretarlo correctamente.

Daniel comenzó su explicación de la imagen partiendo de la parte superior. "A diferencia de lo que usted normalmente esperaría, oh Rey, ésta no es la imagen de un dios. Más bien, es un símbolo que significa algo más. Y usted es parte de él. Su majestad es la cabeza de oro" (véanse vers. 37, 38). Claramente, Daniel no hablaba solamente acerca de Nabucodonosor; se estaba refiriendo al imperio que Nabucodonosor había construido. Esto resulta obvio cuando Daniel llega al segundo metal de la imagen, representando el siguiente imperio mundial. "Después de ti, se levantará otro reino inferior al tuyo; y luego un tercer reino" (vers. 39). Por lo tanto, estamos tratando aquí con reinos, no solo reyes. Con todo, era apropiado identificar al reino neobabilónico con Nabucodonosor. Él fue quien había edificado este imperio militarmente; él fue quien había expandido la ciudad de Babilonia en cuanto a su arquitectura; y él gobernó ese imperio por cuarenta y tres de los sesenta y seis años que existió. La conexión directa de Nabucodonosor con el Imperio Neobabilónico era muy apropiada.

Después de la Babilonia de Nabucodonosor, otro reino se levantaría que resultaría inferior a Babilonia. La historia extrabíblica y los libros de Daniel, Esdras y Nehemías nos dicen que Medo-Persia siguió a Babilonia. En esta obra, ya hemos repasado Daniel 5 y 6, los cuales narran la conquista pérsica de Babilonia y cómo los persas establecieron su gobierno en el antiguo territorio babilónico. Vimos ahí también cómo Daniel se refirió en forma indirecta y simbólica a la transición de Babilonia a Medo-Persia cuando describió "los dioses de plata, oro, bronce, hierro, madera y piedra" (5:23),

presentándolos en un orden inverso al que se halla en el capítulo 2 y colocando la plata antes que el oro en la misma noche que el reino de plata de los persas tomó el poder de manos del reino de oro de Babilonia.

Históricamente, ¿en qué sentido era inferior el reino persa al de Nabucodonosor? Después de todo, los persas conquistaron a Babilonia, y Medo-Persia en realidad vino a incluir más territorio que el que tenía el Imperio Babilónico. Pero la superioridad puede existir en otras áreas aparte de los kilómetros cuadrados.

La cultura de Babilonia era reconocida en todo el mundo antiguo mientras que la de los medos y persas era menospreciada por considerarse rústica y primitiva. Los persas no tuvieron lenguaje escrito hasta el tiempo de su imperio. El persa antiguo fue creado como idioma escrito cuando los reyes persas lo usaron para inscribir en los monumentos. Con mayor frecuencia utilizaron el lenguaje elamita para conservar sus propios registros. Por otro lado, el idioma babilónico escrito ya existía desde el tercer milenio a.C., y esa rica herencia lingüística trajo consigo toda la ciencia, religión y cultura del Imperio Babilónico. Así que Babilonia era superior a Persia de varias maneras, aunque los babilonios no conquistaron tanto territorio como hicieron los persas.

El tercer reino identificado por la imagen estaba simbolizado por el bronce (2:39). Los griegos siguieron a los persas. Aunque ya se habían establecido contactos comerciales y culturales, la gran intrusión del helenismo (el pensamiento y la cultura griega) en el Cercano Oriente vino con las invasiones de Alejandro Magno. No solo derrotó a Darío III, el último rey persa, sino que llegó hasta el valle del río Indo, en la región noroccidental de la India, en sus amplísimas conquistas. Sin embargo, el reino de Alejandro no duró tanto como el de los babilonios o los persas, porque a la muerte de este gran conquistador el reino pronto se dividió en un número de piezas que fueron tomadas por los generales que habían servido bajo su mandato.

Estas piezas del Imperio Griego fueron recogidas por Roma y absorbidas en un imperio. El proceso tomó un siglo y un cuarto, desde el tiempo en que Roma derrotó a la Grecia interior a principios del siglo segundo a.C., hasta que Julio César conquistó Egipto a finales del primer siglo a.C. Para entonces, el Imperio Griego había desaparecido después de haber sido absorbido por el siguiente poder en escena, el reino de hierro de Roma. Con esta conquista, los cuatro símbolos de los metales principales de la imagen

estaban completos. Por lo tanto, en orden histórico, el oro representa a Babilonia; la plata representa a Medo-Persia; el bronce representa a Grecia; y el hierro representa a Roma.

¿Qué es lo que sigue? ¿Son estos todos los grandes poderes mundiales del Mediterráneo que vendrían al estrado de la historia? ¿Habrá otro reino mayor que Roma? La profecía da un giro interesante en este punto porque no hay más metales. Lo que sí hay, sin embargo, es otro elemento de la imagen; el símbolo del barro (vers. 33). El hierro continúa, indicando que lo que sigue después de Roma será semejante a Roma, pero no será tan sólido como Roma. Sería un reino dividido. Estas divisiones están acentuadas por la mezcla del hierro con el barro cocido. Esta no es la forma correcta de construir una estatua sólida. Para construir una estatua fuerte tendría que haberse usado otro metal o debió haberse agregado más hierro a la imagen. Éste no fue el caso. Más bien, el debilitante elemento del barro cocido se agregó al hierro, quitándole así su fuerza.

La mezcla del hierro y el barro representaba las divisiones y desunión que vino al Imperio Romano:

> "Será un reino dividido... Y por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de barro cocido, el reino será en parte fuerte, y en parte frágil. Así como viste el hierro mezclado con barro, se mezclarán por medio de alianzas humanas; pero no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro" (vers. 41-43).

El énfasis aquí está sobre la desunión, un marcado contraste con el hierro que le precedió. El hierro era el metal más fuerte que los mundos antiguo y clásico conocían. De la nación más fuerte y unificada, el territorio que comprendía el Imperio Romano se convertiría en el más débil y dividido. Ese era el destino de Roma según se lo describe en la profecía.

Históricamente, ¿se cumplió la mezcla y la desunión predichas?

Es fácil notar lo que sucedió al Imperio Romano bajo el ataque de las tribus bárbaras. Bajo su impacto, la ciudad de Roma cayó en el año 476 d.C. Desde ese tiempo en adelante, la península italiana cayó bajo el control de los ostrogodos por buena parte de un siglo hasta su derrota final en el año 555 d.C. Los historiadores comúnmente usan el siglo sexto d.C. para marcar la transición de la Roma imperial a la Roma medieval. Cuando Roma

entró en ese siglo, todavía era poderosa en lo político y lo militar; era una ciudad populosa y próspera que aún era bella por su arquitectura y monumentos. Al final del siglo, Roma era una ciudad arruinada y despoblada que no controlaba virtualmente nada. El barro se había introducido al hierro.

Este estado de cosas habría de continuar hasta el fin (vers. 33-35). A pesar de los conquistadores militares del pasado y las alianzas políticas del presente, las naciones de Europa (ya ni decir el resto del Imperio Romano) no se han unido la una con la otra. ¿Acaso el Mercado Común Europeo y la afiliación política de los países europeos negará esta imagen? Ellos pueden, con cierta dificultad, hacer acuerdos sobre ciertos principios políticos, y pueden incluso entrar en acuerdos que faciliten el intercambio comercial, pero se puede esperar que cada uno de estos países retenga el control de sus propiedades culturales, lingüísticas y territoriales. Se pueden unir para ciertos propósitos comunes, pero de acuerdo con la profecía de Daniel, nunca se unirán en un entidad política completa como lo fuera el Imperio Romano.

Es interesante notar cómo un comentador contemporáneo de la profecía percibía los eventos que desgarraban el tejido de la sociedad romana. El padre de la iglesia llamado Jerónimo vivió hacia finales del siglo cuarto y principios del siglo quinto d.C., de modo que pudo observar algo de la desintegración del Imperio Romano. Su comentario sobre Daniel fue escrito en el año 407. Al leer toda la profecía de Daniel 2, Jerónimo vio estos eventos suceder delante de sus mismos ojos. Aunque cuando lo peor estaba por venir, con todo pudo escribir:

> "Más todavía, el cuarto reino, el cual claramente pertenece a los romanos, es el hierro que rompe en pedazos y subyuga todas las cosas. Pero sus pies y dedos tienen parte de hierro y parte de barro, algo que en el presente queda de manifiesto. Porque tal como al principio nada era más fuerte y más implacable que el Imperio Romano, de la misma manera al final de sus días nada es más débil" (*Commentary in Daniel* [Comentario sobre Daniel], comentarios sobre 2:40, columna 504).

Pero éste no es el fin de la visión, puesto que hay una etapa más en la carrera de la imagen: su destrucción y el esparcimiento de sus fragmentos hacia los cuatro vientos. En símbolos, esto se verá cumplido por la gran

piedra que golpea a la imagen en los pies de hierro y barro cocido. Los golpeó, y:

> "Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras del verano, y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Mas la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra" (vers. 35).

En otras palabras, todos los reinos de este mundo a la postre serán destruidos y barridos, y no habrá más reinos humanos que los sucedan. El reino que seguirá será de una naturaleza completamente diferente, representada no por un metal sino por una roca cortada no por manos humanas (vers. 34). Habrá de ser un reino de un orden totalmente diferente a los que le precedieron. Según la interpretación inspirada de Daniel: "Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre" (2:44).

Éste es el hecho central de la conclusión a este sueño-visión: que el Dios de los cielos un día establecerá un reino que nunca será destruido. Nunca será desplazado por otro reino de metal que llegará por el camino de la historia, puesto que la historia misma llegará a su conclusión con ese reino de Dios. Será el gran clímax de la historia. Esta es la meta hacia la cual se está moviendo la historia.

LOS RESULTADOS

Varios resultados ocurrieron tras la recitación de Daniel ante el rey del sueño y su interpretación. Primero, hubo un resultado para Nabucodonosor. Reconoció que este era el mismo sueño que había tenido y que Daniel lo había recordado correctamente. Esto tuvo un tremendo impacto en el rey. Tal como hubiera caído postrado a adorar la imagen que vio en su sueño, se postró a adorar a Daniel quien le trajo el conocimiento del sueño: "Entonces el rey Nabucodonosor se postró sobre su rostro y se humilló ante Daniel, y mandó que le ofreciesen presentes e incienso" (vers. 46). Sin embargo, el rey reconoció que la fuente de la sabiduría de Daniel no provenía meramente de la inteligencia del profeta. Se dio cuenta que provenía

del Dios de Daniel. Su acto de respetuoso reconocimiento de Daniel tomó nota cuidadosa de esta distinción. "Ciertamente" —declaró el rey—, "el Dios vuestro es Dios de dioses, y Señor de los reyes, y el que revela los misterios, pues pudiste revelar este misterio" (vers. 47).

Hasta este punto en su experiencia, Nabucodonosor aún podía ser clasificado como un politeísta, pero se estaba moviendo, bajo la influencia de Daniel y su verdadero Dios, hacia el henoteísmo, la creencia en la superioridad de un dios, sin negar la existencia de otros dioses. Nabucodonosor aún reconocía la existencia de los dioses de Babilonia, pero admitía la superioridad del Dios de Daniel, Jehová. Un conocimiento del verdadero Dios del cielo recién comenzaba a asomarse en la mente del rey. El cuadro no quedó completo ese día, pero Nabucodonosor había dado inicio a un viaje espiritual que no terminaría hasta que llegara finalmente al conocimiento adecuado del verdadero Dios según se describe en Daniel 4.

Para Daniel y sus amigos, el giro dramático de eventos en conexión con el sueño del rey resultó en un ascenso en la escalera de la burocracia babilónica. Nabucodonosor prodigó regalos sobre Daniel y lo hizo gobernante sobre toda la provincia de Babilonia (vers. 48). También colocó a Daniel a cargo de todos los sabios de Babilonia. Esto pareció lo más adecuado, especialmente dado que el éxito de Daniel en la interpretación del sueño les había salvado la vida a todos. Por ser como es la naturaleza humana, probablemente esto no despertó simpatías hacia Daniel. Estos individuos permanecieron en conflicto con Daniel en una cantidad de puntos. Daniel les había hecho quedar mal con su sabiduría superior. Ahora Daniel tenía autoridad sobre ellos, y había emprendido su búsqueda de la sabiduría de una forma completamente diferente de las técnicas usadas por ellos. Daniel no necesitaba analizar hígados de ovejas para detectar anomalías o estudiar las estrellas. Él oraba directamente al verdadero Dios quien le revelaba misterios profundos a sus siervos. Indudablemente, tampoco propició buenas relaciones entre Daniel y los otros sabios cuando Daniel solicitó y obtuvo promociones para sus tres amigos, Sadrac, Mesac y Abednego, como administradores sobre la provincia de Babilonia (vers. 49).

El sueño del rey y su interpretación no solo generaron resultados para Nabucodonosor, Daniel, sus amigos, y los otros sabios de Babilonia. Continúa teniendo implicaciones para nosotros unos 2.500 años más tarde.

¿Cómo afecta nuestras vidas hoy día? Es una destacada evidencia de la

presciencia del Dios verdadero. Nos demuestra de una forma muy real y concreta, mediante los eventos de la historia, que hay un Dios en el cielo y que él tiene cuidado de los asuntos humanos. Podemos ver su mano en la historia, y podemos reconocer su divina presciencia en la profecía. De hecho, podemos verificar la interpretación profética para determinar su exactitud. Podemos analizar los 2.500 años de historia que han transcurrido desde la interpretación de Daniel y ver si estos eventos sucedieron así.

¿Y qué de aquellos que creen que no existe un elemento sobrenatural en las profecías de Daniel, que Daniel sencillamente estaba echando mano de sus propios recursos en un intento de dar al rey una interpretación plausible de su sueño?

Al evaluar tal posibilidad, necesitamos preguntarnos a nosotros mismos: Si no existe ninguna fuente sobrenatural de información acerca del futuro, si Daniel solo se aventuró a adivinar humanamente cuando interpretó el sueño del rey, ¿qué clase de interpretación le habría dado con más probabilidad? ¿Qué escenarios probables se le habrían presentado?

Primero, bien podría haber tratado de ganarse el favor de Nabucodonosor. Habría resultado tentador decirle al rey que la imagen estaba hecha completamente de oro y que representaba a Babilonia, la cual duraría para siempre. Pero Daniel no trajo ese mensaje popular al rey. Más bien, le dijo a Nabucodonosor que su reino iba a ser sucedido por otro. Si Daniel 3 sirve de indicación, ¡tal mensaje no fue popular para el rey! Bajo otras circunstancias, la vida de Daniel podía haber peligrado por darle un mensaje tal al rey.

Segundo, habría sido natural para Daniel, desprovisto de la revelación divina, haber pintado un cuadro de la historia que fuera popular en el mundo antiguo, un cuadro de la historia que fuera cíclico y que continuara sin fin. No habría solo cuatro reinos mundiales seguidos del fin de la historia humana. Más bien, habría cinco reinos, seis, siete, ocho, etc. Dado que los seres humanos han actuado de determinada forma en el pasado, deberán seguir actuando de esa forma en el futuro, llevándolos a una secuencia interminable de reinos.

Daniel no eligió ganarse el favor del rey ni meterse en especulaciones filosóficas de la historia. Daniel escogió, más bien, declarar que habría exactamente cuatro reinos que seguirían uno al otro en sucesión; no uno, dos, o tres, sino cuatro. Y el cuarto no indicaría un fin de la historia humana, sino que se desintegraría y sería seguido por otro periodo de historia marcado

por esta condición dividida. Daniel predijo precisamente cuatro reinos seguidos por divisiones que no se volverían a juntar. ¿Cómo sabía Daniel que habría exactamente cuatro reinos —Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma— seguidos de una condición dividida que representaba el quebrantamiento del Imperio Romano?

¿Cómo supo Daniel esto? Él mismo nos dice: "Pero hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los postreros días" (vers. 28). Su sabiduría está disponible al hombre, a sus siervos los profetas como Daniel. Mediante Daniel, nos ha sido revelada a nosotros. Al considerar la palabra de Daniel de 2.500 años de antigüedad, estamos considerando la palabra del Dios viviente hoy. Este Dios se interesó lo suficiente como para declarar esta verdad a un individuo, Nabucodonosor, y aún se interesa lo suficiente para enunciar esa verdad a cada uno hoy día.

Un punto final respecto de este sueño y su interpretación debería preocuparnos: ¿Dónde, en el curso de la historia bosquejado por este sueño simbólico, nos toca vivir a nosotros? No vivimos en el tiempo de Babilonia y Medo-Persia con Daniel. No vivimos en el tiempo del Imperio Romano. Vivimos en la misma base de la imagen, en los tiempos divididos de los pies y dedos.

¿Qué ocurrió después en el sueño de Nabucodonosor? La piedra golpeó la imagen, desmenuzándola en pedazos que el viento se llevó. La piedra entonces se convirtió en una gran montaña y llenó toda la tierra (vers. 34, 35). Eso significa que el Dios del cielo va a establecer su reino pronto. Podemos prepararnos para entrar a él entregando nuestros corazones al mismo Dios que proveyó sabiduría divina a Daniel. Podemos alabarlo, honrarlo y glorificarlo de la misma forma que hizo Daniel. Cuando lo hagamos, estaremos preparados para entrar en ese mismo reino con Daniel. Allí, con él, podremos arrojar nuestras coronas de salvación ante el Señor y alabarlo por su glorioso amor hacia nosotros.

EL ESCENARIO DE DANIEL 7

Daniel 2 comienza con un extenso repaso histórico de las circunstancias bajo las cuales el sueño-visión de Daniel 2 fue dado primeramente y, después, recuperado e interpretado. Nos habla de la experiencia de Nabucodonosor, Daniel, y los sabios en la corte de Babilonia en el siglo sexto a.C. En

ese sentido, el capítulo 2 brota de la experiencia histórica y nos recita tal experiencia a nosotros. Al menos la mitad del capítulo 2 es una narración histórica; el resto es profecía.

Daniel 7 es diferente. Solo presenta un sencillo escenario histórico (vers. 1). Respecto del ambiente histórico local contemporáneo nos da apenas la fecha (el primer año de Belsasar) y dónde estaba Daniel cuando recibió la visión. Con esa excepción menor, Daniel 7 es completa y directamente profético de principio a fin. Daniel 2 es aproximadamente mitad historia y mitad profecía; Daniel 7 es casi todo profecía. En esto, establece el tono para el resto de Daniel, que es todo profecía.

Cuando comparamos la forma en que la profecía del capítulo 7 fue dada con la del capítulo 2, encontramos tanto similitudes como diferencias. Tanto Nabucodonosor (capítulo 2) como Daniel (capítulo 7) estaban dormidos en su cama cuando recibieron sus respectivas visiones. Por lo tanto, el modo de la revelación en estos dos casos es el mismo. Los receptores, sin embargo, fueron muy diferentes. El sueño de capítulo 2 fue dado inicialmente a un rey pagano para su propio beneficio; el sueño de Daniel 7 fue dado directamente al profeta Daniel para comunicarlo al pueblo de Dios.

Los receptores diferentes también enfatizan los distintos papeles que jugó Daniel en estas dos experiencias. En el capítulo 2, el profeta finalmente recibió de Dios la visión y su interpretación, pero su función fue principalmente la de un sabio inspirado que explicaba el sueño al rey. En el capítulo 7, Daniel recibió el sueño directamente de Dios. *Cronológicamente,* ésta es la primera vez que ocurre algo así en el libro de Daniel. (Recuerde que los capítulos como aparecen en Daniel no están arreglados en orden cronológico.) Así que la visión del capítulo 7 en realidad constituye el llamado formal de Daniel al oficio de profeta, por ser la primera vez que recibe una visión directamente de Dios.

EL SUEÑO

La visión del sueño de Daniel comenzó con una perspectiva del "gran mar" (vers. 2). Los vientos soplaban sobre el mar, y éste se enfureció. Daniel vio cuatro bestias emerger del mar, una después de la otra (vers. 3). Geográficamente, este gran mar puede identificarse con el Mar Mediterráneo porque cada una de las cuatro naciones que Daniel vio representadas eran poderes mundiales mediterráneos, ya sea ubicados en el área del Mar

Mediterráneo o habiendo conquistado territorios aledaños a sus playas.

Las visiones sucesivas del libro de Daniel manifiestan una progresión en el grado de actividad que involucran. En Daniel 2, la gran imagen quedó inmóvil. Aquí en Daniel 7, las bestias que Daniel vio emerger del agua demuestran características diferentes, pero sus acciones no están dirigidas hacia una meta específica. En Daniel 8, las acciones del carnero y el macho cabrío se tornan direccionales. El carnero embiste hacia el poniente, y el macho cabrío embiste hacia el oriente contra el carnero y lo desafía. Sin embargo, esta actividad direccional no está todavía desarrollada en la visión de Daniel 7 y, en la procura de entendimiento, necesitamos confiar más en las características que los animales manifiestan que en las que se observan cuando actúan.

A medida que describe la visión del capítulo 7, Daniel dice que la primera bestia que vio surgir del mar parecía "como león" (vers. 4). Se trataba de un animal que el profeta podía reconocer pero, al mismo tiempo, no era un león completamente normal porque tenía alas. Daniel miró cómo esas alas le fueron arrancadas. Entonces, el león se puso de pie sobre sus patas traseras como un hombre, y le fue dado un corazón de hombre (vers. 4). La interpretación dada por el ángel posteriormente en el capítulo no identifica a esta bestia-nación por nombre.

La segunda bestia que salió de las aguas fue un oso (vers. 5). Este oso estaba en cierta medida desfigurado, por estar levantado más de un lado que del otro. Tenía tres costillas en la boca, representando sus conquistas. El oso es un animal que vive en las montañas, lo que sugiere que el reino representado por este animal provendría de una región montañosa.

La tercera bestia en aparecer fue semejante a un leopardo. Si bien tenía algo de la configuración normal de un leopardo, también tenía características inusuales. En vez de tener una cabeza, tenía cuatro. Como el león, también tenía alas —cuatro de ellas para igualar el número de sus cabezas (vers. 6).

La cuarta bestia que Daniel vio no era como cualquiera de las otras ni nada que hubiera visto anteriormente. Pareciera haber sido una bestia compuesta de varios elementos provenientes de diferentes animales. También pareciera haber sido la más fiera de las cuatro y definitivamente parece ser un poder conquistador y aplastante cuando inicia sus actividades (vers. 7).

Una de las características extrañas de esta cuarta bestia era que tenía diez

cuernos. Al irse desarrollando la visión, Daniel observó mucha actividad entre los cuernos. Primero, un cuerno pequeño, de menor tamaño que los demás, comenzó a crecer entre los diez. Si bien al principio fue pequeño, pronto se hizo más grande que todos los otros. A medida que crecía y se volvía más fuerte, este cuerno pequeño arrancó tres de los otros cuernos (vers. 7, 8). Sus actividades se describen en términos distintivamente religiosos. Decía blasfemias y perseguía a los santos (vers. 25).

Mientras Daniel continuaba mirando, su vista fue dirigida al cielo adonde se le mostró un gran tribunal celestial. El tribunal celestial se reunió y dictó sentencia contra la bestia, el cuerno pequeño y toda la humanidad (vers. 9-12). Después de la ejecución de la sentencia contra la bestia, Daniel vio a Dios establecer su reino eterno. Los santos del Altísimo fueron dirigidos a su reino donde el Hijo del Hombre reinaría para siempre jamás. A través de las edades, los santos de Dios han estado sujetos a la autoridad de los diferentes poderes mundiales a medida que han emergido uno detrás del otro. Pero el destino final de los santos es vivir en el reino eterno bajo el gobierno sabio y benevolente de Dios y su Hijo (vers. 13, 14).

IDENTIFICANDO A LA BESTIA

En su visión, Daniel se dirigió a un ángel que estaba de pie cerca de él y le preguntó el significado de estas cosas (vers. 15, 16). En respuesta, el ángel le dio una breve explicación: "Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra. Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre" (vers. 17, 18). Más allá de las tribulaciones de la historia de esta Tierra yace el reino de Dios, la respuesta final a todos los problemas creados por aquellos reinos terrenales.

Tras algunas preguntas más de Daniel (vers. 19-22), el intérprete angelical prosiguió con una explicación más extensa (vers. 23-27).

Ni en su breve respuesta ni en la explicación más detallada nombró el intérprete angelical alguno de los reinos representados por las cuatro bestias. ¿Cómo, entonces, habremos de identificarlos? Podemos hacerlo al compararlas con las otras profecías de Daniel. Una comparación con Daniel 2 provee el nombre del reino con el cual comienza esta secuencia. Una comparación con Daniel 8 nos proporciona el nombre de otros dos imperios más en la sucesión de los reinos.

¿Son legítimas estas comparaciones? ¿Podemos estar seguros, por ejemplo, que el capítulo 2 y el capítulo 7 describen a los mismos cuatro reinos? Sabemos que la secuencia en el capítulo 2 comienza con Babilonia (2:38, 39) porque Daniel así lo dijo abiertamente a Nabucodonosor. Si el capítulo 7 está describiendo la misma secuencia de reinos, entonces el primer símbolo en ese capítulo también tiene que representar a Babilonia. La pregunta es, entonces: ¿Qué evidencia encontramos para sostener que los capítulos 2 y 7 están tratando con el mismo bosquejo profético?

El primer enlace ocurre en la escala más amplia: la estructura literaria. En la estructura literaria quiasmática de la primera mitad del libro de Daniel, los capítulos 2 y 7 se hallan en lugares correspondientes y paralelos (véase la discusión sobre la estructura literaria de Daniel en las páginas 28-31). Así como un tema común enlaza el capítulo 4 con el capítulo 5, y el capítulo 3 con el capítulo 6, así también el capítulo 2 está ligado con el capítulo 7 en términos de un contexto similar. Esto significa que cubren el mismo terreno y debieran ser vistos como aclaratorios el uno del otro.

El segundo enlace entre estas dos profecías es que ambas contienen el mismo número de elementos de importancia. Daniel 2 muestra a la vista una serie de cuatro reinos representados por cuatro metales; el capítulo 7 representa cuatro reinos bajo el simbolismo de bestias que emergen del mar. El capítulo 2 muestra al cuarto reino dividido por una mezcla de barro con hierro; en el capítulo 7, la división del cuarto reino está representada por los cuernos sobre esa bestia y la actividad que ocurre entre ellos. En el capítulo 2, la serie de cuatro reinos es sucedida por algo completamente diferente, una piedra que representa un reino que dura para siempre; en el capítulo 7, la serie de poderes concluye con el reino eterno de Dios, el cual los santos del Altísimo poseerán para siempre. Por lo tanto, los capítulos 2 y 7 contienen los mismos elementos de importancia aunque son dados en forma diferente. Por el hecho de que estos dos capítulos tienen bosquejos similares, pareciera claro que las dos profecías estén hablando de los mismos reinos, con enriquecimiento añadido en los capítulos posteriores.

Más allá del parecido de un bosquejo general, hay un lenguaje específico en estos dos capítulos que nos dice que están tratando con el mismo número y secuencia de reinos. En Daniel 2, el reino de bronce es específicamente enumerado como el "tercer" reino (2:39), y al reino de hierro se lo llama el "cuarto" reino (2:40). En Daniel 7, la "primera", "segunda" y "cuarta" bes-

tias son identificadas con estos números específicos, y en la interpretación del ángel se dice que "estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra" (vers. 17). Daniel nos da los números, y el ángel nos da la interpretación de esos números. Los números son los mismos que se encuentran en Daniel 2. Siendo que ambas profecías hablan exactamente acerca del mismo número de reinos, es clara la implicación de que se refieren a los mismos poderes.

Como para solidificar esta relación, el cuarto reino en ambas visiones estaba representado por el hierro: las piernas de hierro de la imagen del capítulo 2 y los dientes de hierro de la cuarta bestia en el capítulo 7. De los cuatro animales hallados en el capítulo 7, solo la cuarta bestia contiene hierro, ligándola así directamente con el cuarto reino de Daniel 2.

Una vez que nos enteramos de que estas dos profecías están hablando de los mismos cuatro reinos, es fácil identificar al león, el primer poder representado en la profecía del capítulo 7, como Babilonia, puesto que Daniel específicamente identifica el primer reino en el capítulo 2:38, 39 con ese poder. La secuencia de las tres bestias que siguen en el capítulo 7 debería identificarse, por lo tanto, con los mismos reinos que hemos descrito en la interpretación del capítulo 2: Medo-Persia, Grecia y Roma.

Las bestias del capítulo 7 también pueden identificarse en términos de nombres en Daniel 8. En este caso, la segunda bestia de Daniel 7 es paralela a la primera bestia de Daniel 8, y la tercera bestia de Daniel 7 es paralela a la segunda bestia de Daniel 8. ¿Cómo?

El oso en Daniel 7 estaba alzado de un lado (7:5) mientras que uno de los cuernos del carnero en Daniel 8 era más alto que el otro (8:3). En Daniel 8:20, este carnero puede identificarse con Medo-Persia, y la naturaleza dual de este reino se dice que representa a las dos entidades políticas que lo formaban. El oso del capítulo 7 y el carnero del capítulo 8 representan el mismo poder.

De la misma manera, el macho cabrío en el capítulo 8 con un "cuerno notable entre sus ojos" (vers. 5) se identifica con el imperio de Grecia (vers. 21). Este cuerno fue desarraigado, y cuatro cuernos más surgieron en su lugar (vers. 22). Este simbolismo corresponde con las cuatro cabezas y las cuatro alas sobre el leopardo en el capítulo 7, así que el macho cabrío del capítulo 8 y el leopardo del capítulo 7 representan el mismo poder.

Podemos diagramar lo que hemos aprendido hasta aquí:

Reinos caídos

Reino	Daniel 2	Daniel 7	Daniel 8	Identificación
1	Oro	León	—	Babilonia, 2:38, 39
2	Plata	Oso	Carnero	Medo-Persia, 8:20
3	Bronce	Leopardo	Macho Cabrío	Grecia, 8:21
4	Hierro	Bestia indescriptible	Rey de rostro altivo	Roma

Entonces, aunque los poderes representados en el capítulo 7 no reciben nombres específicos, podemos identificarlos con certeza como Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma mediante conexiones claras con las potencias que sí son nombradas específicamente en los capítulos 2 y 8. Resta identificar sus varias características y cómo encajan en la historia.

EL LEÓN BABILÓNICO

El león tenía alas que le daban la rapidez del vuelo. Esta velocidad quedó demostrada en las primeras conquistas de Babilonia bajo el rey Nabucodonosor. Pero Daniel observó cómo las alas le fueron arrancadas. La situación en Babilonia cambió; declinó su velocidad en el campo de batalla, y las conquistas se hicieron más escasas a medida que el reino se contraía por la debilidad de reyes como Nabonido. Babilonia ya no tenía el corazón del león conquistador; éste se redujo al corazón de un hombre ya sin gusto por la conquista (7:4).

Un león era un símbolo particularmente apto para representar a Babilonia. Los leones estaban representados en las paredes de la puerta de Ishtar de Babilonia y en la muralla exterior de la cámara de audiencias del palacio del rey. Una estatua de un inmenso león estaba en el patio del palacio. En la mitología babilónica, se creía que estos leones cargaban a la diosa Ishtar sobre sus espaldas.

EL OSO PERSA

Ya hemos mencionado la naturaleza doble del reino medopersa según se lo simboliza por el hecho de que el oso, el segundo poder representado en el capítulo 7, estaba alzado de un lado (vers. 5). A lo largo de los siglos noveno, octavo y séptimo a.C., el reino de los medos era una poderosa fuerza en el Cercano Oriente, amenazando constantemente a la potencia predominante de los asirios. Pero en el siglo sexto a.C., el ascendente reino de Persia, bajo Ciro, conquistó a los medos y se fusionó en un imperio combinado medo-

persa. Las tres costillas en el hocico del oso fácilmente pueden representar la conquista de Lidia en Anatolia, o la antigua Turquía, en el 547 a.C., la conquista de Babilonia en el 539 a.C., y la de Egipto en el 525 a.C.; Las primeras dos conquistas las logró Ciro después de haber unificado al ejército medopersa; la campaña contra Egipto fue dirigida por su hijo, Cambises.

EL LEOPARDO GRIEGO

La característica sobresaliente del leopardo eran las alas (vers. 6). Estas alas denotan velocidad, una apta ilustración de la rapidez con la que los griegos conquistaron el Cercano Oriente. Alejandro Magno logró tal cosa en tres cortos años. En comparación, a los asirios les tomó tres años (725-722 a.C.) conquistar a Samaria, y a los babilonios tres años (589-586 a.C.) conquistar a Jerusalén. En el mismo periodo de tiempo Alejandro conquistó todo el antiguo Cercano Oriente, ¡desde Egipto hasta el Valle del río Indo, en la India!

Con todo lo rápida que fue esta conquista, no estaba destinada a durar mucho. Las cuatro cabezas del leopardo (vers. 6) representaban las cuatro divisiones en las que el reino de Alejandro se dividió después de su muerte. Sus generales recogieron las piezas de ese reino y lo dividieron en la Grecia continental, Asia Menor, Siria (incluyendo Babilonia), y Egipto. Esta misma división histórica del reino de Grecia está representada por los cuatro cuernos sobre el macho cabrío en Daniel 8:8, 22.

LA BESTIA ROMANA

El cuarto reino en el capítulo 7 representaba a Roma, la cual aplastaba y devoraba a sus víctimas, y hollaba bajo sus pies lo que quedara (vers. 7). La arqueología nos ha dado un excelente ejemplo de cuán apta es esta descripción de las conquistas romanas. En el lado occidental de Jerusalén solía haber un valle conocido como el Valle de Tiropeón, o Valle de los "Queseros". Ya no existe más hoy día dado que fue llenado con los escombros de la destrucción romana de Jerusalén en el año 70 a.C. La arqueóloga inglesa Kathleen Kenyon hizo un sondeo profundo y estrecho en esta área y ¡descubrió que los escombros tenían unos 21 metros de profundidad! Los romanos prácticamente barrieron el sitio de la antigua ciudad de Jerusalén hasta dejarlo limpio. Los ingenieros romanos eran conocidos por ser muy concienzudos tanto en destruir como en construir. De esta forma, este poder

"devoraba y desmenuzaba" (vers. 7).

Con todo y su fortaleza, el Imperio Romano tampoco habría de durar. En los siglos quinto y sexto d.C., Roma se desmoronaba bajo el asalto de las tribus bárbaras. La capital del imperio se había trasladado al oriente, a Constantinopla, dejando un vacío en el liderazgo en la península itálica. Por un tiempo, los ostrogodos controlaron la región. Pero a mediados del siglo sexto d.C., los ostrogodos fueron derrotados y borrados de la historia. Cuando ocurrió eso, el liderazgo de la ciudad y el territorio de Roma cayó en manos del obispo de Roma. Mucho de su ascenso al poder civil se remonta a este tiempo cuando había un vacío en el liderazgo de la región.

LOS DIEZ CUERNOS Y EL CUERNO PEQUEÑO

Estos desarrollos conectados con la división y el deceso del Imperio Romano están simbolizados en la profecía, primero por los diez cuernos en la cuarta bestia, y luego por el levantamiento del cuerno pequeño. De estos diez cuernos, el ángel intérprete dijo: "Y los diez cuernos significan que de aquel reino [el cuarto] se levantarán diez reyes" (vers. 24). Las palabras para *rey* y *reinos* se utilizan más bien de forma intercambiable tanto en Daniel 7 como en Daniel 2. En Daniel 7:17, donde la NVI traduce cuatro "reinos", la palabra original en realidad es "reyes". El mismo elemento aparece en el capítulo 2, donde Daniel le dice a Nabucodonosor: "Tú, oh *rey*... eres aquella cabeza de oro. Y después de ti se levantará otro *reino* inferior al tuyo (vers. 37-39, el énfasis es nuestro). Por lo tanto, los diez cuernos que brotaban de la cabeza de la bestia romana representan las diferentes piezas en las cuales se desmenuzó el imperio bajo el asalto de las tribus bárbaras que para entonces migraban a Europa y se establecieron en varios lugares. El tiro de gracia de este proceso ocurrió en el año 476 d.C., cuando la misma ciudad de Roma cayó ante los hérulos. Estas tribus paganas, representadas por los diez cuernos de la cuarta bestia, a la postre se convirtieron en las naciones modernas de Europa. Se ha ejercido considerable ingenuidad al tratar de identificar con precisión diez de estas tribus convertidas en naciones. Es probablemente preferible tomar el número diez como un número redondo que pudo haber fluctuado hacia arriba o hacia abajo en cualquier momento histórico, según las fortunas políticas y militares de aquellos diversos poderes.

En la visión de Daniel, él vio cómo tres de estos cuernos fueron arranca-

dos delante del emergente poder del cuerno pequeño (vers. 8). Estas tres tribus pueden ser identificadas con cierto grado de exactitud. Mientras varias tribus europeas luchaban por la supremacía, las guerras peleadas eran tanto políticas como teológicas en naturaleza y, a menudo combinaban disputas con puntos controvertidos de doctrina religiosa. El poder del Estado llegó a usarse a un nivel nunca antes utilizado en el cristianismo para desarraigar a los herejes. Justiniano, el emperador reinante en Constantinopla, se animaba a apoyar al obispo de Roma en estas batallas tanto para su propia ganancia política como para la ganancia de la iglesia centralizada en Roma. En el año 534 d.C., Justiniano envió su ejército y armada contra los vándalos en el norte de África y los derrotó.

Después de esa conquista, Belisario, general de Justiniano, dirigió sus tropas en una invasión de la península itálica para liberar la ciudad de Roma de los ostrogodos. Finalmente, Belisario derrotó a los godos en su capital, Ravenna, en el año 538 d.C., aunque permanecieron en la península itálica e inclusive retomaron un territorio considerable hasta que finalmente fueron barridos en el año 555 d.C. El momento crucial llegó cuando, en el año 538 d.C., la ciudad de Roma quedó libre del control de los bárbaros por primera vez en seis años. El obispo de Roma asumió el liderazgo de la ciudad.

Si hay acuerdo en que dos de los tres cuernos arrancados por el cuerno pequeño (vers. 8) fueron los vándalos (534 d.C.) y los ostrogodos (538/555 d.C.), existe menos acuerdo entre los historiadores acerca de cuál fue el tercer poder arrancado. Algunos historiadores adventistas favorecen a los hérulos, la tribu que conquistó Roma en el año 476 d.C. Los hérulos fueron después derrotados por los ostrogodos, quienes a su vez fueron derrotados por el general romano Belisario. Por lo tanto, los hérulos proveen una posible identificación para el tercer cuerno.

No obstante, la evidencia pareciera estar a favor de los visigodos como el tercer cuerno. Por un tiempo, esta tribu vivió en el sur de Francia. Allí, los visigodos fueron derrotados por Clovis, rey de los francos, alrededor del 508 d.C. Si bien su poder fue mayormente destruido en esa fecha, los sobrevivientes fueron arrojados a España, donde fueron finalmente subyugados por una invasión musulmana en el siglo octavo d.C. Puesto que los visigodos no fueron erradicados por los francos, algunos historiadores bíblicos han creído que no debieran ser identificados como el tercer cuerno arrancado delante del cuerno pequeño en la visión de Daniel. No resulta claro, sin

embargo, que la profecía requiera una erradicación total para cumplir con el simbolismo de ser arrancado.

Entonces se pueden identificar a los tres cuernos arrancados por el cuerno pequeño, como los vándalos, los ostrogodos y los visigodos (o hérulos). Los tres estaban en oposición teológica contra Roma sobre la naturaleza de la divinidad de Cristo. Su desaparición y, por tanto, el retiro de su oposición teológica, dio pie a una distribución más extensa del cristianismo romano ortodoxo. Esto podría ser visto como un acontecimiento positivo para el cristianismo, pero los desarrollos internos dentro de la iglesia tuvieron un impacto negativo sobre la forma de cristianismo que se presentó. El movimiento se descarriló y por eso la profecía señala que esta potencia acaparó el poder religioso en sus propias manos a fin de perseguir a quienes no reconocieran su autoridad (vers. 21, 25).

Los cuatro poderes en forma de bestias del capítulo 7 parecieran estar interesados en la expansión territorial. El cuerno pequeño, por su parte, es claramente un poder religioso y está interesado en asuntos distintivamente religiosos. Los estudiantes de la Biblia por mucho tiempo han identificado este cuerno pequeño como la segunda fase de Roma, siendo la primera fase la bestia terrible del versículo 7. ¿Qué características de este cuerno pequeño proporciona Daniel 7 que llevan a tal interpretación?

CARACTERÍSTICAS DEL CUERNO PEQUEÑO

Primera, el cuerno pequeño brota de la cuarta bestia, entre los diez cuernos. Brota de la bestia romana (vers. 7, 8, 24), y por lo tanto, debe ser la continuación del Imperio Romano de alguna forma.

Segunda, el tiempo de la aparición del cuerno pequeño y los eventos que ocurren en dicho tiempo ayudan a identificarlo. Los diez cuernos de la bestia romana representan las divisiones en las cuales cayó el Imperio Romano. El cuerno pequeño creció de entre estos diez cuernos, por lo cual creció hasta su máximo poder *después* que las tribus bárbaras habían dividido el Imperio Romano en pedazos, esto es, por el siglo quinto o sexto d.C. Ya hemos visto cómo aquellos cuernos, o poderes, fueron arrancados por el poder del emperador romano Justiniano y los francos, con el apoyo del obispo de Roma.

Una tercera característica del poder denominado cuerno pequeño es que habría de hablar grandes cosas o palabras "arrogantes" contra el Altísimo

(vers. 8, 11, 20, 25). Además de adoptar algunos de los títulos que los césares usaban anteriormente, el obispo de Roma asumió títulos religiosos y prerrogativas que pueden describirse como palabras "arrogantes".

¿Cuáles fueron algunos de estos títulos y funciones asumidas por el obispo de Roma?

Adoptó el título, "Vicario del Hijo de Dios", dando a entender que él estaba en lugar del Hijo de Dios para representarlo en esta Tierra. Compare también el título de "santo padre" con los comentarios de Jesús acerca del uso de ese título en un ambiente religioso (véase Mat. 23:9). Nótese también la pretensión de ser capaz de perdonar pecados mediante los ritos de la confesión mientras que los judíos en el tiempo de Jesús consideraron su derecho a perdonar pecados como una blasfemia (véase Mat. 9:2-6).

En un manual de entrenamiento para sacerdotes, *Dignities and Duties of the Priest;* [Dignidades y deberes del sacerdote], se declara que Dios está obligado a descender sobre el altar al momento de la misa ¡independientemente de la condición espiritual del sacerdote que oficia en ese servicio! Por lo tanto, el hombre no está sirviendo a Dios, ¡más bien Dios está bajo el control del hombre! (véase pp. 26, 27). En varios aspectos, las pretensiones teológicas y titulares de este poder religioso han excedido el poder que las Escrituras le otorgan.

Una cuarta característica es que los santos del Altísimo serían entregados al poder del cuerno pequeño y serían oprimidos por él. Así, el cuerno pequeño sería un poder perseguidor (vers. 25). La iglesia romana ha sostenido el principio de su derecho a perseguir a aquellos que niegan su autoridad religiosa. La *New Catholic Encyclopedia* [Nueva Enciclopedia Católica] declara en su artículo sobre "Tortura":

> Bajo la influencia de costumbres y conceptos germánicos, la tortura se usó poco de los siglos IX al XII [hasta mediados del XII], pero con el reavivamiento de la ley romana, se reestableció la práctica en el siglo XII... En 1252, el [Papa] Inocencio IV sancionó la imposición de la tortura por la autoridad civil sobre los herejes, y la tortura llegó a tener un lugar reconocido en el proceder de los tribunales de la inquisición.

Desde una posición fuertemente anticatólica, el historiador del siglo

XIX, W. E. H. Lecky, escribió en *History of the Rise and Influnce of the Spirit of Rationalism in Europe* [Historia del aumento y la influencia del espíritu de racionalismo en Europa]:

> Que la iglesia de Roma haya derramado más sangre inocente que cualquier otra institución que haya existido alguna vez entre la humanidad [hasta el final del siglo XIX], no sería cuestionado por ningún protestante que tenga un conocimiento competente de la historia. Verdaderamente, los memoriales de muchas de sus persecuciones son ahora tan escasos, que es imposible formar un concepto completo de la multitud de sus víctimas, y es bien seguro que ningún poder de la imaginación puede percibir adecuadamente sus sufrimientos. Llorente, quien tenía acceso libre a los archivos de la Inquisición Española, nos asegura que solo por ese tribunal más de 31.000 personas fueron quemadas, y más de 290.000 condenadas a castigos menos severos que la muerte. El número de los que fueron condenados a muerte por su religión en los Países Bajos, nada más durante el reinado de Carlos V, se ha estimado en 50.000 por una gran autoridad, y por lo menos la mitad de ellos perecieron [después] bajo el hijo de ese monarca (tomo 2, pp. 40, 41).

Al otro extremo de la escala están los escritos de Robert Kingdom, quien intentaba minimizar los efectos de la masacre del Día de San Bartolomé en Francia. A pesar de su intento, él admite:

> La masacre no se detuvo con estos asesinatos. Se extendió al populacho de París en general, y turbas fanáticas mataban cientos, probablemente miles de protestantes residentes de la ciudad. La violencia ni siquiera se detuvo en París; al esparcirse por todo el reino las noticias de lo que había ocurrido en la capital, hubo levantamientos populares y masacres de protestantes en cerca de una docena de otras ciudades. Evidentemente su objetivo era extirpar por completo al movimiento protestante, raíz y rama (Kingdom, p. 35).

En cuanto al resultado de esas masacres, Kingdom concluye:

> Las masacres desatadas por el asesinato de Coligny no unificaron

> religiosamente a Francia ni siquiera dieron fin a la violencia entre las comunidades religiosas. El gobierno real procedió a una acción más concertada y calculada, movilizando ejércitos reales para oprimir a las comunidades que quedaban bajo el control de los desafiantes protestantes. Eso solo trasladó el conflicto a otro plano y creó nuevos tipos de mártires para ser conmemorados por Goulart y otros escritores protestantes (*Ibíd.*, p. 50).

Uno también puede pensar en las Cruzadas contra los valdenses de los Valles Piamonte al noroeste de Italia (véase E. Comba, *History of the Waldenses of Italy* [Historia de los valdenses de Italia]) y los albigenses del sur de Francia (véase E. Ladurie, *Montaillou: The Promised Land of Error* [Montaillou: La tierra prometida del error]). Éste es un registro sangriento, pero uno que a veces se excusa, atribuyéndose al poder del Estado.

Una quinta característica del poder llamado cuerno pequeño es que pensaría "en cambiar los tiempos y la ley" (Daniel 7:25). La palabra aramea para "tiempos" es *zimnin*, la forma plural de *z'man*. Cuando se la usa en singular, esta palabra se refiere a un punto en el tiempo, pero como plural se refiere a puntos repetidos en el tiempo. Estos puntos repetidos en el tiempo están conectados en el mismo versículo bíblico con la ley de Dios.

¿Qué ley es ésta?

Dios ha dado varias leyes en el Antiguo Testamento, pero la ley de Dios por excelencia es la ley de los Diez Mandamientos (véase Éxodo 34:28; Deuteronomio 4:13; 10:4). La única provisión relacionada con el tiempo en esta ley especial de Dios se encuentra en el cuarto mandamiento, el cual trata del sábado, el séptimo día (véase Éxodo 20:8-11). Las potencias religiosas terrenales se propusieron alterar ese mandamiento, transfiriendo la obligación del sábado al domingo, aunque no existe mandato bíblico que así lo demande. Pero el precepto divino original permanece inmutable, de modo que este poder terrenal solo "pensará en cambiar" (Daniel 7:25, RV60; "tratará de cambiar", NVI) esta ley y su especificación respecto del tiempo.

Estos poderes terrenales no solo han intentado hacer este cambio, sino que también lo han considerado la marca de su autoridad. La Iglesia de Roma dice que ha recibido el *magisterium*, o autoridad de enseñanza, de parte de Dios y que esto la capacita para hacer la transferencia.

Escuche lo que John A. O'Brien, profesor de Teología de la Universidad

de Notre Dame de la década de 1940 a la de 1960, afirma sobre este punto:

> La Biblia no contiene todas las enseñanzas de la religión cristiana, ni formula todos los deberes de sus miembros. Tomemos, por ejemplo, el asunto de la observancia del domingo, la asistencia a los servicios divinos y la abstención del trabajo servil innecesario en ese día, asunto sobre el cual nuestros vecinos protestantes por muchos años han puesto gran énfasis. Permítanme expresarme en un espíritu amigable con mis queridos lectores no católicos:
>
> Ustedes creen que la Biblia sola es una guía segura en asuntos religiosos. Ustedes también creen que uno de los deberes fundamentales impuestos sobre ustedes por su fe cristiana es el de la observancia del domingo. Pero, ¿dónde habla la Biblia de tal obligación? He leído la Biblia desde el primer versículo del Génesis hasta el último versículo de Apocalipsis, y no he encontrado referencia alguna al deber de santificar el domingo. El día mencionado en la Biblia no es el domingo, primer día de la semana, sino el sábado, el último día de la semana.
>
> Fue la Iglesia Apostólica quien, actuando en virtud de aquella autoridad conferida a ella por Cristo, cambió la observancia al domingo en honor al día en que Cristo se levantó de los muertos, y para dar a entender que ya no estamos bajo la Antigua Ley de los judíos, sino bajo la Nueva Ley de Cristo. Al observar el domingo como ustedes hacen, ¿acaso no es evidente que, en realidad, ustedes están reconociendo la insuficiencia de la Biblia sola como regla de fe y conducta religiosa, y proclamando la necesidad de una autoridad doctrinal divinamente establecida que, en teoría, ustedes niegan? (O'Brien, pp. 138, 139).

Más adelante en su elaboración, O'Brien recalca ese argumento y lo hace aun más explícito:

> El tercer [cuarto, en el pensamiento de la mayoría de los protestantes] mandamiento es: "Acordarte has de santificar el día sábado". Como los primeros dos mandamientos, este también concierne a nuestros deberes para con Dios. Particularmente, el deber de adorar-

lo en un día designado. La palabra "sábado" significa descanso, y el sábado es el séptimo día de la semana.

¿Por qué, entonces, los cristianos observan el domingo en vez del día mencionado en la Biblia?...

La Iglesia recibió de su fundador, Jesucristo, la autoridad de hacer tal cambio. Él solemnemente confirió sobre su Iglesia el poder de legislar, gobernar y administrar... el poder de las llaves. Debe hacerse notar que la Iglesia no cambió la ley divina que obliga a los seres humanos a adorar, sino que sencillamente cambió el día en que tal acto de adoración pública habría de ser ofrecida; por lo tanto, la ley implicada era sencillamente una ley ceremonial.

Pero siendo que el sábado, no el domingo, es especificado en la Biblia, ¿no es curioso que los no católicos que profesan tomar su religión directamente de la Biblia y no de la Iglesia, observan el domingo en vez del sábado? Sí, por supuesto, que esto es inconsistente; pero este cambio se llevó a cabo hace alrededor de quince siglos antes de que naciera el protestantismo, y para entonces esa costumbre era de observancia universal. Ellos han continuado con la costumbre, aunque ésta reposa sobre la autoridad de la Iglesia Católica y no sobre algún texto explícito en la Biblia. Esa observancia queda como un recordatorio de la Madre Iglesia de la que las sectas no católicas se apartaron, como un muchacho que huye de su casa pero aún porta en su cartera de bolsillo la foto de su madre o un rizo de su cabello (O'Brien, págs. 406-408).

Estas pretensiones están en oposición a la simple y sencilla verdad de la Palabra de Dios que afirma que "el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios" (Éxodo 20:10).

Daniel 7:25 dice que el poder religioso identificado por las varias características del cuerno pequeño haría un intento de cambiar un tipo específico de tiempo: Un punto repetido en el tiempo que está conectado con la ley de Dios. Esta predicción se ajusta precisamente con el papel del cuerno pequeño en relación con el sábado de Dios, el séptimo día. Así, esta característica del cuerno pequeño puede agregarse a aquellas otras características enumeradas arriba.

El rasgo final del cuerno pequeño en la profecía se destaca en Daniel 7:25: "Serán entregados [los santos del Altísimo] en su mano hasta tiempo,

y tiempos, y medio tiempo". ¿Qué es un tiempo?

En Daniel 4, según hemos podido ver, un "tiempo" se refiere a un año. Siete "tiempos" habrían de pasar sobre Nabucodonosor hasta que recuperara el juicio (4:16, 23, 25, 32). Los "tiempo, tiempos, y medio tiempo" de Daniel 7:25, entonces, equivalen a tres años y medio proféticos. Cada año está compuesto de 360 días, lo que hace un total de 1.260 días. El principio día por año nos lleva a 1.260 años reales (Véase Eze. 4:6; Núm. 14:34. Una discusión más completa del principio día por año se puede encontrar en los capítulos 6 y 7 de este estudio sobre Daniel). Apocalipsis 12:6, 14 confirma este cálculo. Allí, el versículo 6 se refiere a 1.260 días, los cuales son equivalentes a "tiempo, tiempos, y medio tiempo" en el versículo 14.

La pregunta entonces viene a ser: ¿Dónde en el curso de la historia del cuerno pequeño, o papado, deberíamos colocar estos 1.260 años? ¿A qué periodo corresponden mejor?

Según se hizo notar más arriba, la transición de la Roma imperial a la Roma medieval ocurrió en el siglo sexto d.C. Con esa transición, la Roma imperial se desvaneció y el papado vino al primer plano, ocupando la posición de liderazgo en Roma que el poder político había dejado vacante. El punto específico en el cual el poder papal comenzó a establecerse fue cuando el control ostrogodo de Roma fue retirado en el año 538 d.C. Antes de esa fecha, el obispo de Roma había estado bajo el control de las tribus bárbaras por más de sesenta años. Ahora, libre de esa carga, su autoridad, tanto civil como religiosa, comenzó a crecer hasta que el papado medieval alcanzó su cenit desde el siglo undécimo hasta el siglo decimotercero.

En el 533 d.C, los eventos del 538 d.C. habían sido previstos por un decreto que el emperador Justiniano emitió de Constantinopla que proclamaba al obispo de Roma como cabeza de todas las iglesias. Este decreto surgió de ciertas controversias teológicas y resultó en la confirmación de parte del emperador del Papa Juan II como la cabeza de todas las iglesias. Toda la correspondencia relacionada con este decreto fue codificada como *Corpus Iuris Civilis* (libro 1, título 1, 7). Fue reconfirmado por Justiniano en su *Novella 9* en el 535 d.C. y de nuevo en la *Novella 131* en el 545 d.C. (El texto de estos tres decretos puede encontrarse en L. E. Froom, *Prophetic Faith of Our Fathers* [La fe profética de nuestros padres], tomo 1).

En el 538 d.C., gracias a las tropas del emperador, el obispo de Roma estuvo en posición de asumir la jefatura de la iglesia de hecho, y no solo

en teoría. Otro decreto dado por Justiniano en el 555, el año de la derrota final de los ostrogodos, solidificó la autoridad tanto religiosa como política del papado. Siendo que la liberación militar del papado fue un suceso central en esta serie de eventos, sin la cual los otros decretos jamás hubieran sido efectivos, es apropiado fechar el "tiempo, tiempos, y medio tiempo" (Dan. 7:25) de la autoridad papal con inicio en el año 538 d.C.

El punto final de este periodo está todavía más precisamente definido. Sucedió el 15 de febrero de 1798, cuando el general francés, Berthier, depuso al Papa Pío VI y lo exilió a Francia, donde murió en julio de 1799. No fue sino hasta 1801, cuando Napoleón firmó un pacto con Pío VII, que se dieron las primeras señales de un papado revivido. Por un tiempo parecía como si el papado hubiera recibido una "herida mortal" en 1798, pero a partir de ese nadir en su experiencia, gradualmente se fue levantando a un nuevo estado de prominencia en el mundo (véase Apoc. 13:3).

RESUMEN

Las características del cuerno pequeño dadas en la profecía de Daniel 7 pueden resumirse como sigue:

Primera, el cuerno pequeño sale de la bestia de Roma; por lo tanto, es romano en carácter. Segunda, brota después de la división de Roma, representada por los diez cuernos. Tercera, tres de estos cuernos iban a ser arrancados delante de él. Cuarta, comenzando desde un estado de pequeñez, este poder creció al punto de hablar palabras arrogantes contra el Altísimo, cumplidas en las presuntuosas pretensiones de este poder religioso. Quinta, también sería un poder perseguidor, algo ampliamente atestiguado por las varias Cruzadas e Inquisiciones que condujo. Sexta, también emprendería un ataque contra la ley de Dios, especialmente aquella parte que tiene que ver con un punto repetido en el tiempo, tal como el sábado.

En relación con este último punto, la iglesia pretende que el cambio del sábado al domingo es una marca de su autoridad. La edición de 1957 del *Convert's Catechism of Catholic Doctrine* [El catecismo de la doctrina católica para el convertido] de Peter Geiermann hace esta afirmación:

P. ¿Cuál es el día de reposo?

R. El sábado es el día de reposo.

P. ¿Por qué observamos el domingo en lugar del sábado?

> R. Observamos el domingo en lugar del sábado porque la Iglesia Católica transfirió la solemnidad del sábado al domingo (pág. 50).

El catecismo de Geiermann sencillamente reitera la pretensión hecha en el Concilio de Trento a finales del siglo 16 d.C. en respuesta a las acusaciones de la Reforma Protestante. El Concilio decretó: "La Iglesia de Dios ha considerado apropiado transferir la celebración y observancia del sábado al domingo" (McHugh y Callan, p. 402).

El historiador católico V. J. Kelly también ha esgrimido el mismo argumento:

> Algunos teólogos han sostenido que, de la misma manera que Dios determinó directamente el domingo como el día de adoración en la Nueva Ley, él mismo ha sustituido explícitamente al domingo por el sábado. Pero esta teoría ha sido totalmente abandonada. Ahora es una posición común que Dios sencillamente concedió a su Iglesia el poder de apartar cualquier día, o días, que ella considerare apropiados como días santos. La Iglesia escogió el domingo; el primer día de la semana, y en el curso del tiempo agregó otros días como días santos (Kelly, pág. 2).

Kelly continúa:

> Sin embargo, el hecho de que Cristo, hasta su muerte, y sus discípulos por lo menos por un tiempo después de la ascensión de Cristo, observaron el sábado es evidencia suficiente de que nuestro Señor mismo no sustituyó el día del Señor por el sábado durante su vida sobre la Tierra. Más bien, como la mayoría ha acordado, él simplemente le dio a su Iglesia el poder de determinar los días que deben apartarse para la adoración especial a Dios... Es fácil conjeturar que esta preferencia de Cristo por el primer día de la semana influyó grandemente en los apóstoles y los cristianos primitivos para guardar ese día como santo; y finalmente los condujo a realizar una sustitución completa del sábado por el domingo. No hay evidencia concluyente, sin embargo, de que los apóstoles hicieran este cambio de días por un decreto definido (*Ibíd.*).

Como característica final del poder llamado cuerno pequeño, la profecía le asigna cierto periodo de tiempo —tres y medio "tiempos"— para el ejercicio de su autoridad. Este periodo simbólico de tiempo, interpretado de acuerdo con el principio día por año, se extendió del año 538 d.C., cuando Roma y su obispo fueron librados del dominio de los ostrogodos, al año 1798 d.C., cuando el Papa fue llevado prisionero y exiliado de Roma, terminando temporalmente así su dominio y autoridad.

Por lo tanto, todas estas siete características dadas en la profecía se ajustan a la iglesia romana y a ningún otro poder, identificándola firmemente con el símbolo del cuerno pequeño. A manera de precaución, tenemos que ser cuidadosos de mantener una distinción entre el sistema teológico y el centro administrativo de una iglesia, por un lado, y la consciencia del cristiano individual, por el otro. Solo Dios conoce los motivos de un individuo, y solo él puede leer el corazón humano. Como el gran Juez, él determinará la sinceridad y devoción de cada persona en su gran juicio final. El enfoque de la profecía de Daniel no está en los cristianos individuales, sino en un sistema religioso que se ha torcido, un sistema que ha adoptado principios teológicos no bíblicos arraigados en la filosofía griega. Es este sistema que la profecía identifica y del cual nos llama a separarnos (véase Apoc. 18:1-4). Un cristiano individual puede actuar de buena consciencia dentro de esa comunión pero, una vez que la luz se da a conocer, él o ella debe actuar como corresponde.

La profecía de Daniel 7 no termina con la carrera de ninguna de las cuatro bestias que presenta. Tampoco concluye con las acciones del cuerno pequeño. Con todo y lo oscuro que parece este escenario, Dios tiene una respuesta para toda esta pecaminosa historia humana. Es la respuesta de Dios; no es una concepción humana. La respuesta de Dios yace en el proceso por el cual dirige a su pueblo a su reino: El juicio divino, la venida del Hijo del Hombre y la vindicación de los santos de Dios. Estos temas, descritos en la profecía del capítulo 7, sientan mejor con los temas proféticos que serán discutidos más adelante en este estudio sobre Daniel.

LOS RESULTADOS

Debemos conservar en mente que esta profecía fue escrita por Daniel en el siglo sexto a.C., al momento cuando Dios se la dio. Con la excepción de

Babilonia, ninguno de los reinos señalados estaba en el escenario de la historia mundial como los superpoderes que llegarían a ser. Con todo, la historia subsecuente al tiempo de Daniel ha cumplido la profecía con precisión. Han habido cuatro, solo cuatro, poderes mundiales en el escenario histórico, no dos o tres o cinco o siete, sino cuatro. Cada uno de estos cuatro poderes puede ser identificado, y puede demostrarse que dichos reinos en realidad manifestaron las características representadas en la profecía simbólica. La profecía predice con precisión la marcha progresiva de Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma. Si recorremos los siglos pasados desde nuestro lugar en la historia, podemos trazar el cumplimiento de la profecía de Daniel y ver cómo las especificaciones corresponden exactamente a la procesión de reinos que surgieron y cayeron en la región mediterránea. Después de la sucesión de estos cuatro reinos, el cuerno pequeño, que representaba al papado medieval que se levantó de las ruinas de la Roma imperial, apareció como fue predicho. Éste también llevó a cabo las actividades predichas en la profecía hasta el fin del tiempo a él asignado. Poco después de ese tiempo, según la profecía, Dios habría de realizar su obra de juicio en respuesta a esta procesión de poderes humanos (véase 7:22, 26). La realidad del juicio y el establecimiento del sempiterno reino de Dios es tan cierta como lo ha sido el cumplimiento de las etapas tempranas del panorama histórico de Daniel 7. La procesión de poderes humanos expresada por las bestias y los cuernos prepara el escenario para la acción final y decisiva de Dios en la historia.

Una forma de estudiar la Biblia y entenderla mejor es buscar palabras claves, palabras que aparecen vez tras vez en la narrativa bíblica. En Daniel 7, hay una palabra clave que se repite: la palabra aramea traducida como "dominio". Esta palabra ocurre siete veces en el capítulo 7 (vers. 6, 12, 14, 26, 27). La NVI traduce esta palabra más ampliamente como "autoridad" (vers. 6), "dominio" (vers. 14), "poder" (vers. 26, 27), y "gobernantes" (vers. 27). Esta variedad de equivalentes de traducción debilita el impacto de esta palabra clave. Cuando nos damos cuenta de que la palabra "dominio" se repite vez tras vez en este capítulo, se vuelve evidente que provee una clave para entender este capítulo.

En términos de entidades políticas humanas ordinarias, el dominio o la autoridad pareciera ser más bien transitorio. Babilonia lo tuvo por un tiempo, pero luego lo perdió para entregárselo a Persia. Persia lo tuvo por un

tiempo más, pero lo perdió para dárselo a Grecia. Tan fuerte como al principio parecía Grecia bajo Alejandro Magno, pronto perdió también el dominio. Roma, que parecía un reino eterno, no duró tanto como se esperaba y también perdió su dominio. En el cenit de su existencia en el siglo XII, el papado parecía como si podría mantener un domino eterno, pero también llegó a perderlo.

¿Es esto todo lo que los seres humanos tienen por esperanza? ¿Es el destino eterno de la humanidad estar sujetos a este cambio constante en el ciclo de los gobernantes terrenales, la mayoría de los cuales son egoístas y opresivos?

La respuesta de Dios es: ¡No! Llegará un tiempo cuando él establecerá su reino, y su reino va a ser diferente de cualquier otro que la humanidad ha visto previamente (vers. 27). No solo será diferente en carácter al estar fundamentado en el amor, la justicia y la gracia, sino que también será diferente en términos de tiempo. No será temporario o transitorio como todas las otras entidades terrenales que le han antecedido. Este reino será eterno; su dominio seguirá para siempre. Por lo tanto, hay un contraste en la forma en que la palabra *dominio* se usa en este capítulo. Cuando se la usa para referirse a gobiernos humanos, terrenales, apunta a algo temporario y transitorio. Pero cuando se la usa para referirse al gobierno de Dios, es eterno. El dominio de Dios y su reino durarán para siempre jamás. Esa es una de las preciosas promesas de esta profecía. Y ese reino pronto vendrá, porque casi hemos llegado al final de la línea de la historia trazada en la profecía de este capítulo.

Daniel 7 marca un punto de transición en el libro de Daniel. Señala la transición de la primera sección del libro, mayormente histórica, a la sección completamente profética en la segunda mitad. Es por eso que el capítulo 7 contiene tanto historia como profecía, aunque más profecía que historia. Anticipa la última mitad profética del libro de Daniel. La transición a la profecía apocalíptica comienza en este capítulo sin esperar a la segunda sección del libro.

Pero el capítulo 7 también tiene lazos con la porción histórica de Daniel. Está anclado a esta sección por su lenguaje, por ser el último capítulo escrito en arameo. Está anclado ahí por su ubicación en el libro, integrado a la estructura literaria de esa porción del libro.

Ahora que el estudio de toda la sección histórica del libro de Daniel está

completo, es apropiado otra vez revisar el bosquejo quiasmático de esa sección como un todo:

A. Daniel 2 —Reinos caídos (la gran imagen).
B. Daniel 3 —Persecución real (el horno candente).
C. Daniel 4 —Rey caído (la locura de Nabucodonosor).
C. Daniel 5 —Rey caído (La última noche de Belsasar).
B. Daniel 6 —Persecución real (el foso de los leones).
A. Daniel 7 —Reinos caídos (bestias que se levantan y caen).

En este bosquejo, podemos visualizar que los capítulos 4 y 5, los capítulos 3 y 6, y los capítulos 2 y 7 se conectan con un contenido similar. Es por eso que los hemos discutido en este orden. Por lo tanto, la estructura literaria influye sobre nuestra interpretación y muestra que Daniel 7 es, en verdad, una explicación adicional y más detallada de lo que ya ha sido dicho antes en términos más sencillos en Daniel 2. Daniel 2 y 7 son complementarios en contenido y en ubicación dentro de la estructura literaria.

CAPÍTULO 6

INTERPRETANDO LA PROFECÍA

Entre los intérpretes de las profecías de Daniel, hay un desacuerdo considerable respecto de cómo debe interpretarse la profecía. Existen tres escuelas básicas de pensamiento.

La perspectiva *preterista* quiere colocar el cumplimiento de todas las profecías de Daniel en el pasado, terminando con el siglo segundo antes de Cristo. En este caso, ninguna de las profecías se extendería hasta Roma o más allá.

La perspectiva *futurista* considera que una buena parte de la sección profética aún yace en el futuro. Los intérpretes futuristas comienzan en el pasado, iniciando las profecías de Daniel con la secuencia histórica de Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma. Pero, luego, se saltan por completo la era cristiana y ubican el cumplimiento principal de la mayoría de estas profecías en los últimos siete años de la historia de la Tierra.

La perspectiva *historicista* interpreta la profecía de Daniel como cumpliéndose a lo largo de la historia, extendiéndose desde el pasado a través del presente y hacia el futuro. Debido al flujo de la historia que está implícito en esta perspectiva, a veces recibe el nombre de "perspectiva histórica continua".

Como ejemplo de la manera en que estos diferentes métodos manejan las profecías de Daniel, miremos brevemente a lo que cada una de ellas hace con el símbolo profético del cuerno pequeño de Daniel 7 y 8. Para los preteristas, el cuerno pequeño se refiere al rey seléucida Antíoco Epífanes, quien gobernó Siria desde Antioquía durante el período helenístico de la historia, del 175 al 163 a.C. Fue reconocido por perseguir a los judíos.

Los futuristas también se concentran en una figura central cuando interpretan el símbolo del cuerno pequeño. Pero en vez de Antíoco Epífanes, el

futurista identifica al cuerno pequeño con un anticristo personal que se levantará en Israel al final del tiempo, y que perseguirá al pueblo judío. Sin embargo, según esta perspectiva, la iglesia cristiana habrá sido raptada del mundo y no tendrá que soportar esta persecución.

Los historicistas toman al símbolo del cuerno pequeño registrado en Daniel como un personaje corporativo, no individual. La perspectiva historicista consiste en que el cuerno pequeño significa una institución, la fase religiosa de Roma, esto es, el papado. Esta institución está colocada al final de una serie de naciones bosquejadas por el profeta y, según la especificación de tiempo, sería una figura profética central a través del período medieval.

Obviamente, estas tres escuelas de pensamiento —preterista, futurista e historicista— usan reglas de interpretación completamente diferentes para llegar a conclusiones tan distintas. Echemos una mirada a algunas de las más importantes reglas de interpretación, conocidas técnicamente como hermenéutica, y veamos cuán bien se sostienen al compararlas con el texto bíblico y las reglas que él mismo propone para interpretarse a sí mismo.

Al interpretar las profecías de Daniel, necesitamos hacernos cuatro preguntas básicas:

¿Qué es un símbolo y cuándo funciona?

¿Cuál es el bosquejo básico de las naciones según estas profecías?

¿Cuán prominente debe ser el lugar dado al rol de Antíoco Epífanes en estas profecías?

¿Cómo debería entenderse el tiempo profético en Daniel?

SÍMBOLOS

Las profecías de Daniel contienen numerosos símbolos. De hecho, ésta es una característica prominente de la profecía apocalíptica, tal como la que encontramos en Daniel y Apocalipsis. Los símbolos también son usados en la profecía clásica, como la que se halla en los libros de Isaías, Jeremías, Oseas y otros. (Para una discusión de las diferencias entre la profecía apocalíptica y la clásica, véase la Introducción a esta obra, páginas 11 y 12). Sin embargo, la profecía apocalíptica emplea más símbolos que la profecía clásica. Por eso encontramos tantos símbolos en Daniel: metales, bestias, cuernos, vientos, mares, etc.

Es una tarea relativamente sencilla distinguir qué es literal y qué es

simbólico en los capítulos 2, 7 y 8 de Daniel. El texto mismo hace claras distinciones entre los dos. Daniel nos dice claramente cuándo estaba en visión, y qué es lo que vio en aquellas visiones. Aquí encontramos los elementos simbólicos. Terminada la visión, el profeta también nos hace saber con claridad cuándo está literalmente conversando con un ángel intérprete, y el contenido de esa conversación. Estas divisiones son directas y claras. En Daniel 7, por ejemplo, la visión termina con el versículo 14, y la explicación comienza con el versículo 15. En Daniel 8, la visión también termina en el versículo 14, y la explicación del ángel toma el resto del capítulo. Incluso en Daniel 2, estas divisiones son claras. Si bien Daniel mismo recita el sueño (vers. 31-35), y también da la interpretación (vers. 36-45), la transición entre el sueño simbólico y su explicación es distinta en el segundo capítulo.

En los capítulos 9 y 11, la situación es diferente en cierto grado. En estas dos profecías, ninguna visión simbólica precede a la explicación. Más bien, el contenido de estos dos capítulos —basado en la visión dada en el capítulo 8— es la información profética adicional dada por el ángel Gabriel. Gabriel hace esta conexión clara en Daniel 9:23; y el mismo profeta nota esta relación en Daniel 10:1. Por lo tanto, en los capítulos 2, 7 y 8 tenemos visiones simbólicas seguidas inmediatamente de sus explicaciones, mientras que en el capítulo 9 y 11 tenemos solo explicaciones a la visión simbólica dada en el capítulo 8.

La distinción hecha aquí entre las visiones simbólicas y las interpretaciones literales no debería entenderse como que las visiones son cien por ciento simbólicas, y las explicaciones son cien por ciento literales. Hay cierto grado de sobreposición. Por ejemplo, la visión donde Daniel observa la escena del tribunal celestial (7:9-14) es esencialmente literal, aunque es parte de la visión. Los seres que Daniel ve ahí —Dios el Padre: el "Anciano de días"; Dios el Hijo: "el Hijo del hombre"; y los ángeles— son todos seres literales. No hay necesidad de convertirlos en símbolos. De la misma manera, pueden aparecer ocasionalmente elementos simbólicos en las interpretaciones más literales de una visión. Un ejemplo sería el elemento tiempo que aparece en ambas visiones simbólicas (8:14), y en sus interpretaciones (7:25), pero retiene su valor simbólico. Por lo tanto, deberíamos decir que las visiones son predominantemente simbólicas, y las interpretaciones son predominantemente literales, pero no exclusivamente.

REINOS

Los comentarios acerca de Daniel están de acuerdo generalmente en qué es simbólico y qué es literal en el libro. Porque el mismo autor hace una distinción más o menos clara entre los dos aspectos. Sin embargo, no existe un acuerdo general sobre cómo deberían ser interpretados estos símbolos. Por ejemplo, los intérpretes tienen diferencias de opinión significativas respecto a la identidad de un importante elemento simbólico: la secuencia de las cuatro naciones de los capítulos 2 y 7. Con todo, si no podemos interpretar correctamente tales símbolos proféticos básicos, hay muy poca esperanza de que podamos interpretar correctamente símbolos menores. Si no podemos identificar los reinos involucrados, ¿cómo podemos entender los detalles proféticos dados en relación con esos reinos?

He aquí cómo las diferentes escuelas de interpretación profética han identificado los cuatro reinos bosquejados en Daniel 2 y 7:

Escuela de interpretación	**Oro/León**	**Plata/Oso**	**Bronce/ Leopardo**	**Hierro/bestia indescriptible**
Preterista	Babilonia	Media	Persia	Grecia
Historicista	Babilonia	Medo-Persia	Grecia	Roma
Futurista	Babilonia	Medo-Persia	Grecia	Roma

Hay un acuerdo general de que el primer reino representa a Babilonia. Se dice específicamente que la cabeza de oro de la imagen en el capítulo 2 representa al reino de Babilonia (2:38); y todas las diferentes escuelas de interpretación aceptan esta identificación.

La mayor diferencia está dada por la interpretación de la identidad del segundo reino. Los *preteristas* identifican la plata en la estatua y el oso de la visión de Daniel 7 como el reino de Media; los *historicistas* y *futuristas* ven este símbolo como representación del reino combinado de Medo-Persia. En efecto, esta diferencia con la segunda bestia altera la interpretación del resto de la secuencia. Como lo indica el diagrama, los preteristas concluyen la secuencia de cuatro naciones con Grecia, pero los futuristas e historicistas interpretan que la secuencia termina con Roma. Por lo tanto, tres de los cuatro reinos de la lista reciben identidades diferentes, con el resultado de que sus

características individuales también son identificadas de forma diferente.

Los símbolos bíblicos del segundo reino favorecen la interpretación del reino de Medo-Persia, y no el reino solo de Media. Por ejemplo, en el capítulo 7, el segundo reino está representado por un oso que está alzado de un costado (vers. 5). La naturaleza biforme del oso es importante para la correcta identificación del reino representado, porque ésta establece un paralelo con el símbolo del carnero en el capítulo 8. El oso alzado en un costado del capítulo 7, se ve reflejado en el capítulo 8 por el símbolo de un carnero con dos cuernos, uno de los cuales es más alto —algunas versiones de la Biblia dicen "más largo"— que el otro (vers. 3). El versículo 20 identifica claramente este carnero con el reino dual de Media y Persia. De esta manera, el oso del capítulo 7 también representa el reino combinado de los medos y los persas.

Con esta clara identificación, ¿por qué los intérpretes preteristas dividen estos dos reinos e identifican el segundo reino de la secuencia con Media y el tercero con Persia?

La respuesta es que ellos creen que en el capítulo 5 de Daniel se hace una distinción entre Media y Persia, cuando se identifica al rey mencionado allí como Darío de Media (vers. 31). Esto indica, según ellos, que Daniel estaba pensando en la existencia de un reino medo separado.

Ya hemos mencionado brevemente el problema histórico especial cuando identificamos a Darío el Medo, y hemos citado algunas fuentes de literatura especializada sobre la materia (véase el capítulo 4). Más allá de esto, sin embargo, hay evidencia adicional en Daniel 5 y 6 de que el autor consideró Medo-Persia como un reino individual, combinado. Daniel 5:28 indica que Babilonia iba a ser conquistada contemporáneamente por los medos y los persas, y Daniel 6:8 indica que Darío estaba bajo la ley de los medos y los persas. Estos dos capítulos, que describen eventos contemporáneos a la caída de Babilonia, otorgan evidencia directa, en armonía con Daniel 8:20, de que el escritor sabía que el poder que derrocó a Babilonia fue el reino combinado de los medos y los persas. La evidencia interna del libro de Daniel invalida el intento de los preteristas de dividir el segundo reino de la serie en dos reinos separados, simbolizados por metales y bestias diferentes.

Los preteristas han interpretado incorrectamente este símbolo importante, y por lo tanto toda la serie completa de reinos. Los historicistas y futuristas han interpretado correctamente la secuencia de reinos como Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma.

EL CUERNO PEQUEÑO

El cuerno pequeño es otro símbolo de vital importancia en Daniel 7 y 8. Se lo describe como "pequeño" solo en su origen; porque creció rápidamente y pronto se hizo grande. Las tres escuelas de interpretación profética —preterista, futurista e historicista— concuerdan en que este cuerno es un símbolo, pero están en desacuerdo acerca de lo que representa. La escuela preterista sostiene que el cuerno pequeño debe ser identificado con Antíoco Epífanes (175-163 a.C.), un rey griego nacido en Antioquía que reinó sobre Siria y Judea. Desde la Reforma, los intérpretes historicistas han identificado este símbolo con el papado: el poder religioso que emerge supremo luego de la caída del Imperio Romano. Los intérpretes futuristas ven al cuerno pequeño como representando a un individuo que se levantará en Israel, y que perseguirá a los judíos en los días finales. Por lo tanto, para los futuristas hay una brecha en la profecía desde la Roma imperial hasta estos eventos futuros del fin, un período intermedio que no está cubierto por ningún elemento presente en la profecía.

Puesto que Antíoco Epífanes ha jugado un papel tan importante en la historia de la interpretación del cuerno pequeño, necesitamos examinar su carrera histórica a la luz de esta profecía. ¿Cuán bien se ajusta Antíoco Epífanes a los detalles proféticos?

Puesto que el cuerno pequeño emerge de la cuarta bestia (Daniel 7:7, 8), es claro que su interpretación simbólica depende de la identidad que le demos a la cuarta bestia. Esta es, en realidad, la motivación de los preteristas: reducir la serie y hacerla terminar con Grecia, y no Roma. Dado que Antíoco Epífanes emergió del desplome del reino de Alejandro Magno, los preteristas pueden identificar al cuerno pequeño con Antíoco Epífanes si identifican al cuarto reino con Grecia. Pero como vimos arriba, los preteristas yerran cuando identifican la cuarta bestia con Grecia. La cuarta bestia es Roma, no Grecia. Y puesto que los preteristas han cometido un error en la interpretación de la cuarta bestia de la serie, también se han equivocado en la identificación del cuerno pequeño. ¡Claramente, el rey griego Antíoco Epífanes no puede surgir de Roma!

Hay otra prueba de que la identificación con Antíoco es errónea: En Daniel 8, vemos una progresión en el poder de los reinos representados. El carnero (Medo-Persia) se engrandecía (vers. 4). Luego vino el macho cabrío (Grecia), quien se engrandeció sobremanera (vers. 8); seguido del cuerno

pequeño, cuyo engrandecimiento llegó hasta el ejército del cielo (vers. 9, 10, 11). Tal progresión solo es posible si el cuerno pequeño es visto como Roma, no como Antíoco. El poder de Roma era mayor que el de Grecia. Pero si identificamos al cuerno pequeño con Antíoco, la progresión no se ajusta a esta interpretación, porque el poder de Antíoco fue mucho menor que el de Alejandro Magno, representado por el primer gran cuerno del macho cabrío (vers. 5, 21).

El versículo 9 afirma que el cuerno pequeño extendió sus conquistas "al sur, y al oriente, y hacia la tierra gloriosa". Estos puntos cardinales se ajustan perfectamente a la conquista y asentamiento de Roma en las cuatro regiones principales que heredó del Imperio Griego: Macedonia y Pérgamo, hacia el este, en 168 y 133 a.C.; la "tierra gloriosa" de Judea, en 60 a.C.; y Egipto, hacia el sur, en 33 a.C.

Por otra parte, Antíoco hizo muy poco en estas tres direcciones. Tuvo algunos éxitos hacia el sur, en 169 a.C., cuando conquistó la mitad oriental del delta de Egipto. Pero cuando regresó al año siguiente, el embajador romano trazó una línea en la arena y lo amenazó si no daba marcha atrás. Antíoco se dio media vuelta y regresó a Siria sin arrojar siquiera una flecha, lo que muestra dónde se encontraba el verdadero poder de ese tiempo.

Antíoco Epífanes tuvo cierto éxito inicial en su campaña oriental, pero murió durante la expedición. Con la "tierra gloriosa" de Judea le fue aun peor: No solo no la pudo conquistar, sino que él fue el culpable de perderla. Irritados por las persecuciones de Antíoco, ¡los judíos se levantaron y liberaron a Judea de Siria! Por lo tanto, Roma satisface esta especificación de la profecía mucho mejor de lo que lo hace Antíoco Epífanes.

Un punto final respecto a la identificación del cuerno pequeño tiene que ver con el tiempo profético en el libro de Daniel. Ninguno de los períodos de tiempo profético en Daniel —los 2.300 días (8:14), los tres tiempos y medio (7:25; 12:7), los 1.290 días (12:11), o los 1.335 días (12:12)— encajan con Antíoco Epífanes. El libro de I de Macabeos dice que la profanación del templo por Antíoco en Jerusalén duró exactamente tres años. Aun si se hicieran los cálculos en años literales, no simbólicos, es obvio que todos los períodos de tiempo profético en Daniel exceden a los tres años.

Los comentadores preteristas son conscientes de esta dificultad, y han emprendido la tarea de resolverla: literalizan los 2.300 días, en 2.300 "tardes y mañanas", y los dividen por la mitad, para llegar así a los 1.150 días.

Sin embargo, esto no resuelve el problema, porque tres años luni-solares completos equivalen a 1.092 días (354 + 354 + 384).

Por tanto, debemos rechazar la interpretación que considera a Antíoco Epífanes como el cumplimiento del símbolo del cuerno pequeño. En el capítulo 7, el cuerno pequeño representa la fase religiosa de Roma, que surgió después de las divisiones de la Roma imperial (vers. 7, 8; compárese con el vers. 24). Y en el capítulo 8, el cuerno pequeño representa inicialmente la fase imperial de Roma, que vino a escena después de la división de Grecia (vers. 9, 23). Estas identificaciones encajan mucho mejor con los hechos históricos que la interpretación de Antíoco Epífanes como el cuerno pequeño.

TIEMPO PROFÉTICO

¿Cómo debemos entender los períodos de tiempo en las profecías de Daniel? Cuando la profecía habla de "2.300 tardes y mañanas" (8:14) o "1.290 días" (12:11), ¿deberíamos entender que se trata de días literales o de un tiempo simbólico?

Una de las claves yace en el punto anterior, cuando identificamos al cuerno pequeño con Roma. Si esta identificación es correcta, entonces el tiempo profético asociado con la actividad del cuerno pequeño también debe ajustarse con el período cubierto por Roma. La Roma imperial duró varios siglos; y la Roma papal la sucedió durante la Edad Media. Tomados en términos literales, los períodos proféticos de Daniel no se extenderían siquiera a una pequeña porción de esa historia. Esta correlación indica que los períodos proféticos deberían entenderse como tiempo simbólico en armonía con sus contextos.

Los comentadores preteristas y futuristas, sin embargo, sostienen que estos períodos de tiempo deben tomarse como tiempo literal, con la excepción de algunas referencias en Daniel 9. Los preteristas, por supuesto, colocan ese tiempo literal en el pasado, mientras que los futuristas lo colocan en el futuro. Por otro lado, los historicistas entienden estos períodos como un tiempo simbólico, ya cumplido, que representan la mayor parte del contenido de las profecías.

¿Qué evidencia existe de que estos tiempos proféticos deben entenderse simbólicamente? Y si así deben interpretarse, ¿qué reglas de interpretación deben seguirse?

La primera característica que señala la naturaleza simbólica de estos períodos de tiempo es su contexto simbólico. Por ejemplo, las 2.300 tardes y mañanas se hallan en la visión de Daniel 8 en un escenario que contiene otros símbolos: un carnero, un macho cabrío, cuatro cuernos, y un cuerno pequeño.

En Daniel 7:21, el profeta dice: "Y veía yo que este cuerno [el cuerno pequeño] hacía guerra contra los santos, y los vencía". Esta terminología es claramente simbólica. El versículo 25 indica por cuánto tiempo ["tiempo, tiempos, y medio tiempo"] continuaría esta persecución del pueblo de Dios. Puesto que todo el contexto de lo dicho respecto de este poder perseguidor es simbólico, sería lógico que los períodos de tiempo dados fueran, de la misma forma, simbólicos.

El hecho de que estos períodos de tiempo profético deban entenderse simbólicamente, también está indicado por la naturaleza simbólica de las unidades en las cuales son dados. Daniel 8:14 usa "tardes y mañanas", que no es una unidad normal de expresión de tiempo en el Antiguo Testamento. De la misma forma, el "tiempo, tiempos, y medio tiempo" de Daniel 7:25; 12:7 no es la palabra para "años". Estos tiempos tienen que interpretarse como años, según Daniel 4:16, 23, 25, 32, y Apocalipsis 12:6, 14; 13:5. Nuevamente, en Daniel 9 la unidad de tiempo es "semanas" o "sietes" (vers. 24-27), aun cuando, tal como lo muestra el contenido de la profecía, éstas no son semanas normales de siete días de veinticuatro horas.

Otro punto para destacar es que los períodos de tiempo están expresados en cantidades que solo pueden interpretarse simbólicamente. Por ejemplo, un hebreo no datería normalmente un evento ubicado en el futuro con la expresión "2.300 días". Él diría "seis años y cuatro meses". Tampoco fecharía algo con "setenta semanas". Más bien, diría "un año y cuatro meses y medio". Los 1.260 días, los 1.290 días y los 1.335 días habrían sido más comúnmente expresados como tres años y medio, tres años y siete meses, y tres años y ocho meses y medio.

Todas estas consideraciones indican que no estamos tratando con tiempo literal en las porciones proféticas de Daniel, sino con tiempo simbólico.

Si esto es así, ¿con qué criterio debemos evaluar estos símbolos en términos de tiempo histórico real? Esto trae a la palestra la regla del día por año en la profecía. Se encuentra primeramente en Números 14:34 y Ezequiel 4:6, dos profecías clásicas, no apocalípticas. Números 14:34 establece una

regla para usarse como base para el juicio futuro de Israel. Los cuarenta días utilizados por los espías que volvieron con un informe pesimista luego de explorar la tierra, proveyó una escala para los cuarenta años durante los cuales los israelitas andarían en el desierto.

En Ezequiel 4:6, el profeta, basado en la regla de día por año, simbolizó los años de la iniquidad de Israel y Judá acostándose sobre su costado una determinada cantidad de días. Esos días correspondían a los años que Israel y Judá vivirían en iniquidad. Por lo tanto, Ezequiel, quien profetizó en el mismo tiempo de Daniel, conocía y utilizó esta regla concerniente al tiempo profético.

Dentro del libro de Daniel también existe evidencia de que esta regla de día por año debe utilizarse en sus profecías de tiempo. En Daniel 9:24 al 27 se refiere a un período profético de setenta semanas. A causa de todos los eventos que iban a ocurrir dentro de estas setenta semanas, es claro que tenían que entenderse simbólicamente. Dentro de estas setenta semanas, Judá habría de regresar a su propia tierra y reconstruir Jerusalén y el templo. Entonces, en algún momento posterior dentro de ese período de tiempo, el Mesías vendría y ministraría al pueblo, pero sería cortado, o matado. Obviamente, todo esto no podría cumplirse en un año y medio literal. Estas "semanas" tienen que ser simbólicas.

La prueba pragmática de la historia demuestra que la unidad simbólica de una semana es equivalente a siete años literales, un día por un año. Valiéndonos de este criterio, los eventos de esta profecía encajan perfectamente. El período iba a comenzar con "la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén" (vers. 25), y finalizaría con el Mesías que confirmaría el pacto con muchos (véase vers. 27). Jerusalén iba a ser restaurada al final de los siete "sietes" o semanas (vers. 25), y el Mesías habría de venir sesenta y dos "sietes" después (vers. 26). Si usamos la regla de un día por un año y comenzamos las setenta semanas (o 490 años) en el 457 a.C., cuando Artajerjes decretó el edicto que resultó en la reconstrucción de Jerusalén, todas las fechas predichas caen en su lugar con el período de tiempo que termina en el 34 d.C. En el capítulo siguiente, vamos a examinar los detalles de esta profecía cumplida con precisión en la historia.

Aunque tanto preteristas como futuristas creen que los períodos de tiempo profético de Daniel son literales y no simbólicos, implícitamente reconocen la validez de la regla del día por año cuando se trata de las seten-

ta semanas de Daniel 9. Ellos no usan las fechas precisas dadas arriba (457 a.C. y 34 d.C.), pero tampoco procuran hacer encajar la profecía en setenta semanas literales, o aproximadamente un año y medio. Los futuristas fechan a menudo el comienzo del período alrededor del 444 a.C., y lo finalizan la semana sesenta y nueve, con una fecha para la crucifixión de Cristo en el año 33 o 34 d.C. Los preteristas comienzan con frecuencia las setenta semanas en el 593 a.C., y la llevan hasta el tiempo de Antíoco Epífanes, cerca de 165 a.C. Pero, a pesar de tales variaciones, tanto futuristas como preteristas conciben las setenta semanas de Daniel 9 como un período de tiempo que se extiende mucho más allá de "setenta semanas" literales, por lo cual implícitamente admiten que la regla del día por año tiene valor al menos para este período de tiempo profético.

Al principio de este capítulo, dijimos que el capítulo 11 tenía información profética adicional dada por el ángel Gabriel, basado en la visión anterior del capítulo 8. Daniel 8 provee los símbolos, y Daniel 11 provee su interpretación literal. Este hecho nos da otra razón más para considerar los períodos de tiempo profético de Daniel como simbólicos.

Por ejemplo, en el capítulo 8, el profeta observa entidades simbólicas (reinos); pero en el capítulo 11, éstas son presentadas como personas literales (reyes individuales). En el capítulo 8, Daniel describe acciones simbólicas (el derrumbamiento de estrellas, etc.); en el capítulo 11, tenemos acciones literales (batallas reconocibles). Y en el capítulo 8, Daniel recibe un período de tiempo simbólico (tardes-mañanas); en el capítulo 11, encontramos tiempo literal (años).

Por ejemplo, en el capítulo 11, los versículos 6, 8, y 13 hablan de "años". En cada caso, estos años calculan (aunque sin especificar un número particular) algunas actividades de los reyes griegos en Egipto (los ptolomeos), o en Siria (los seléucidas). Estos reyes griegos pertenecen al período de tiempo cubierto por los cuatro cuernos que surgieron de la cabeza del macho cabrío (8:22). Ese mismo período de tiempo del macho cabrío y sus cuatro cuernos es cubierto también por una porción de las 2.300 tardes-mañanas (8:14). Por lo tanto, cuando utilizamos Daniel 11 para interpretar Daniel 8, descubrimos que las tardes-mañanas en el capítulo 8 corresponden a años literales e históricos en el capítulo 11. Es claro, entonces, que las 2.300 tardes-mañanas del capítulo 8 tienen que ser simbólicas. Si fuera un tiempo literal, se extendería apenas por poco menos de seis años y medio; tiempo ni siquiera suficiente para abarcar las actividades presentadas por su contrapar-

te en el capítulo 11. Así que el mismo libro de Daniel enseña el principio de día por año.

RESUMEN

El libro de Daniel contiene un tipo de profecía especial con gran cantidad de símbolos. En Daniel, los símbolos se encuentran mayormente registrados en las visiones, mientras que sus equivalentes literales e históricos se hallan mayormente en las interpretaciones dadas por el ángel. Las distinciones entre los símbolos y la interpretación son bastante nítidas en los capítulos 2, 7, y 8. Pero en el capítulo 9 y 11, no hay visión simbólica. Más bien, estos capítulos apuntan en retrospectiva a la visión simbólica del capítulo 8, y proveen interpretaciones de ciertos aspectos de dicha visión.

El bosquejo de los poderes mundiales sucesivos de los capítulos 2, 7, 8 y 11, es fundamental para las porciones proféticas de Daniel. Es necesario interpretar los reinos presentados por los símbolos en estos capítulos. Valiéndome de las correlaciones dentro del mismo libro de Daniel, afirmo que la secuencia debe ser identificada como Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma. El cuerno pequeño de Daniel 7 y 8 sigue al cuarto de estos reinos, indicando que surge como una nueva fase de Roma, una fase religiosa. Así, la posición tomada en este libro es que el cuerno pequeño representa al papado, no a Antíoco Epífanes. Los eventos registrados en la historia confirman esta identificación.

Varias de las profecías de Daniel incluyen períodos de tiempo, esto crea la pregunta de si estos deberían entenderse literal o simbólicamente. El contexto, las unidades de medición de tiempo, y las mismas cantidades utilizadas indican que estos períodos de tiempo profético deben entenderse simbólicamente, y que significan extensos períodos de tiempo histórico real. Números 14:34, Ezequiel 4:6, Daniel 9:24-27, y Daniel 8:14 comparados con Daniel 11:6, 8, 13, demuestran que la regla para la interpretación del tiempo profético en las profecías apocalípticas debe ser el principio de día por año.

Estos son los principios básicos de interpretación que aplicaremos a las profecías del libro de Daniel. A medida que surja la necesidad, y en el contexto de profecías específicas, presentaremos otros principios de interpretación.

CAPÍTULO 7

CRISTO COMO SACRIFICIO

La profecía de Daniel 9 empieza con una de las oraciones más largas registradas en la Biblia. Es hermosa, porque no es egoísta. Daniel no ora por sí mismo, sino por su pueblo. Él intercede ante Dios por el remanente de Judá, que aún está viviendo exiliado en Babilonia.

Cuando oraba, Daniel tenía el rollo del profeta Jeremías en mente, especialmente la porción registrada en el capítulo 25. Allí, Daniel leyó en la profecía de Jeremías que el exilio de Babilonia sería de setenta años (véase Jer. 25: 10-14; Dan. 9: 1-3). Daniel sabía que esos setenta años estaban por terminar.

Nabucodonosor, rey de Babilonia, había sitiado Jerusalén tres veces: primero en 605 a.C., luego en 597, y finalmente desde 589 al 586. En cada ocasión tomó gente cautiva y la llevó a Babilonia. Daniel fue llevado cautivo en ocasión del primer sitio; y cuando Babilonia cayó ante los persas, el profeta ya había vivido en Babilonia cerca de setenta años. No es de extrañarse que sus oraciones tomaran un dejo de urgencia, cuando veía que el tiempo predicho estaba por terminar.

En respuesta a la oración de Daniel, el ángel Gabriel fue enviado para reafirmarle al profeta que la respuesta de Dios era ¡sí! "Tu pueblo va a ir a casa, a su propia tierra. Sí, ellos van a reconstruir la ciudad de Jerusalén y su templo", fue la promesa del ángel.

Pero la respuesta de Dios a Daniel fue mas allá del futuro inmediato: "Dios está diciéndote algo más —continuó Gabriel—. Él quiere decirte qué es lo que le va a pasar a tu pueblo mucho tiempo después de la restauración. Él quiere hablarte acerca del Mesías: cuándo vendrá, qué va a hacer y qué pasará con él. Dios quiere decirte cómo responderá tu pueblo al Mesías que vendrá, y qué le pasará como resultado".

Todo esto hizo saber Dios a su profeta, y esa revelación es el contenido de la profecía del capítulo 9.

UNA ORACIÓN POR ENTENDIMIENTO

Daniel ubica la fecha de su oración en el primer año de Darío, a quien identifica por su descendencia, su afiliación étnica y su cargo político (9:1). Luego, el profeta repite el dato acerca de la desolación de Jerusalén (vers. 2).

¿Qué debemos entender con esto? Que siempre la oración intercesora está ligada a situaciones específicas y concretas de la vida del pueblo de Dios. No es algo vago e inconexo a los eventos reales que están ocurriendo en nuestra experiencia diaria. Como Daniel, nosotros necesitamos orar acerca de cosas que nos conciernen profundamente. La conquista de Babilonia por los medos y los persas produjo grandes cambios en las vidas de aquellos pueblos y de sus gobernantes. Ese fue el primer año bajo el nuevo gobierno, y Daniel, a la vez que oraba, estaba anticipando ansiosamente los eventos venideros.

Daniel sabía, por la profecía de Jeremías 25:10-14, que el cautiverio de los judíos en Babilonia iba a durar setenta años. Él también sabía que ese período estaba por terminar; el profeta había vivido en Babilonia cerca de setenta años. Él había llegado en el 605 a.C., y ya estaba transcurriendo el año 538. Daniel oraba con su Biblia abierta (vers. 2), mientras pensaba acerca de estas cosas. Este es un ejemplo que nosotros haríamos bien en seguir. Encontramos preciosas promesas en la Palabra de Dios; y deberíamos presentarlas a Dios en oración, suplicando por su cumplimiento en nuestras vidas y en la iglesia.

Daniel empezó su oración dirigiéndose a Dios como "grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos" (vers. 4). Esta introducción dice mucho acerca de lo que Daniel entendía de Dios y de las experiencias que había tenido con él durante su vida. En nuestras oraciones deberíamos también expresar nuestros sentimientos acerca de Dios, basados en las experiencias que hemos tenido con él. La descripción hecha por Daniel de Dios "grande y digno de ser temido" expresa la trascendencia de Dios. Su naturaleza da lugar a un temor reverente y a una captación profunda de su santidad y tremendo poder. Esto es a lo que la Biblia se refiere con "temer" a Dios.

La referencia de Daniel a Dios como alguien que guarda y mantiene su

pacto, enfatiza el hecho de que el Señor es fiel en cumplir sus promesas. Tan ciertamente como lo hiciera el antiguo Israel, nosotros hemos entrado también en un pacto con él. Ese pacto impone ciertas obligaciones, tanto de parte de Dios como de nosotros, pero ninguna de las partes cumple los deberes por obligación solamente. Como Daniel lo señala, el amor es el motivo que origina el pacto, y, a la vez, también lo mantiene. El pacto está basado en amor: El amor de Dios por nosotros, y nuestro amor por él. La palabra hebrea usada para expresar esa idea de pacto es *chesed.* Es una palabra rica en significados; difícil de traducir adecuadamente. Contiene la idea de fidelidad: Dios siempre va a cumplir su parte del pacto. Pero también conlleva la idea del profundo amor del cual brota esa fidelidad. La Biblia inglesa la traduce algunas veces como "amorosa bondad". Eso nos recuerda que podemos aproximarnos a Dios en oración, confiando en que él nos oirá y nos responderá, porque nos ama.

La idea de la amorosa bondad de Dios es particularmente asombrosa en el contexto de la oración de Daniel. Después de cerca de setenta años de exilio en un país extraño, la pregunta natural sería: "¿Dónde estás, Señor?" ¿Estaba Dios realmente obrando a través de todas las calamidades que los habían sobrecogido? La inclinación natural sería sentir que Dios había abandonado a su pueblo. Pero Daniel dice algo diferente: "Dios —oraba él—, tú no nos has abandonado; más bien, nosotros te hemos abandonado a ti". Esa percepción es tan válida ahora como lo era en los tiempos de Daniel.

En su oración, Daniel va directo al corazón del problema. Los versículos 5 y 6 repiten una idea central varias veces: "Hemos pecado. Tú nos diste buenas leyes —Daniel dice—, pero nosotros las violamos. Tú nos enviaste a tus siervos, pero nosotros no los escuchamos". Daniel tuvo el libro de uno de esos profetas delante de él. El pueblo rehusó oír a Jeremías; si ellos le hubieran prestado atención, podrían haber salvado sus vidas, la ciudad y su nación.

Hoy nos maravillamos de cuán necios fueron de no escuchar a Dios a través de sus profetas. Pero, ¿no actuamos nosotros del mismo modo? ¿Cuán cuidadosamente oímos la voz de Dios a través de sus siervos modernos y su Palabra escrita? Si nosotros hubiéramos vivido en los tiempos de Jeremías, ¿lo hubiéramos escuchado más de lo que lo hicieron las personas de Jerusalén?

Daniel reafirma la perspectiva de Dios como inmutablemente justa:

"Tuya es, Señor, la justicia" (vers. 7). La gente no es justa, pero Dios sí lo es. Aun cuando las personas insistan en su injusticia, él continuará siendo justo. Él nunca cambia. Hoy nosotros tenemos que tratar con el mismo Dios inmutable, siempre justo. Entonces, como Daniel, tenemos que servirle en justicia. Debemos pedirle el regalo de su justicia a través de su Hijo, Jesucristo.

De acuerdo con el versículo 7, el resultado de la injusticia de la gente fue claramente evidente. Habían sido esparcidos en el exilio a través de diversas naciones del mundo antiguo. Peor todavía, los habitantes de esas tierras paganas sabían por qué el pueblo de Dios había sido esparcido. Los hebreos y su Dios se habían convertido en sinónimo de vergüenza en el mundo antiguo.

Nuestras faltas y pecados también tienen repercusiones en nosotros y en nuestra relación con Dios. Tenemos que enfrentar esa realidad. Pero hay un remedio. Daniel nos muestra la solución. Necesitamos rendir a Dios nuestros caprichos y los tristes resultados que producen. Él es el gran Restaurador. Él puede perdonarnos y volvernos a nuestro estado original. Tal como Dios puede restaurar el santuario, puede restaurar nuestra vida en justicia si estamos dispuestos a permitir que lo haga.

En la antigüedad, las personas se identificaban directamente con sus antepasados. Eso es lo que Daniel está hablando en el versículo 8: "Oh Jehová, nuestra es la confusión de rostro, de nuestros reyes, de nuestros príncipes y de nuestros padres; porque contra ti pecamos". Daniel sintió la necesidad de un perdón que cubriera sus pecados y los de su pueblo, que limpiara la vergüenza del pasado y restaurara el favor de Dios. Por eso, él confiaba nuevamente en el carácter piadoso y perdonador de Dios (vers. 9). Él admite libremente que ni él ni su pueblo ni sus antepasados merecían compasión. Pero confiaba en un Dios que nos perdona aun cuando no merecemos ser perdonados.

En los versículos 10 y 11, Daniel una vez más repasa la lista de pecados, resumiéndolos: "Todo Israel traspasó tu ley" (vers. 11). Esto se parece al resumen de Pablo de la condición humana: "No hay justo, ni aun uno" (Rom. 3:10).

El próximo elemento en la oración de Daniel (vers. 11 y 12) es el reconocimiento de una razón más específica acerca de por qué vino el exilio sobre el pueblo de Judá. Su falta de fe los había expuesto a recibir la maldi-

ción contenida en la ley de Moisés para quienes no obedecieran. Estas leyes se encuentran específicamente en los capítulos 26 al 33 de Deuteronomio. Moisés señaló que el pueblo iba a ser bendecido si obedecían esas leyes, pero que las maldiciones caerían sobre ellos como resultado de la desobediencia. Esto es el resultado del principio de que la desobediencia tiene consecuencias. Pero también es una función del juicio de Dios contra el pecado. Daniel vio el inexorable resultado de esos principios en el destino del pueblo de Judá, que sufrió el cautiverio en tierras extranjeras.

Hoy, nosotros también recibimos las consecuencias de nuestra desobediencia. Por ejemplo, en la mayoría de los casos, el cáncer de pulmón es resultado de fumar. Al fumar, se corre el riesgo de contraer cáncer, porque se está introduciendo una sustancia cancerígena en los bronquios. Los efectos que se producen en el reino espiritual son similares. En otros casos —como el de Job— no podemos establecer una causa directa de las calamidades que caen sobre nosotros. Pero en toda situación sabemos que un Dios amante y perdonador espera que regresemos a él, arrepentidos.

Estaba claro para Daniel cuál era la causa espiritual del exilio. Era la desobediencia del pueblo. En su oración intercesora, Daniel busca el perdón. Como su intercesor, Daniel nuevamente recurre a los poderosos actos divinos como la base para su apelación (vers. 15, 16). Él reflexiona en la experiencia del éxodo de Egipto, cuando Dios sacó a su pueblo con mano poderosa. Cuando se realizaba un pacto en la antigüedad, siempre se empezaba con una introducción que narraba la historia de relaciones pasadas entre las dos partes del pacto. Siguiendo esta estructura, Daniel le recuerda a Dios esos eventos. Él admite que esos actos tan misericordiosos realizados por Dios en el pasado deberían haber motivado a la gente a amarlo y obedecerlo. El profeta admite su ingratitud y su falta de fe a la luz del gran amor de Dios hacia ellos y sus padres.

Al considerar cuán amante y misericordiosamente Dios ha guiado nuestra vida personal, debemos sentirnos motivados a servirlo y amarlo. Necesitamos expresar en nuestras oraciones el reconocimiento por todo lo que él ha hecho por nosotros, y admitir cuán frecuentemente hemos fallado en corresponder a ese amor.

La última suplica de Daniel hacia Dios está basada en el honor de su nombre (vers. 17-19). Al perdonar al indigno pueblo de Judá, Dios podría hacer que su nombre fuera honrado entre todas las naciones del mundo. Las

personas de cualquier lugar se darían cuenta de cuán grande y piadoso es él.

El honor de Dios corre riesgo en el mundo de nuestros días, tanto como en los tiempos de Daniel. Nosotros jugamos una parte en la gran controversia, y tenemos la obligación de alabar y glorificar a nuestro Padre celestial. Es difícil evitar las oraciones egoístas, pero necesitamos tener una visión amplia y orar no solo por nosotros y por nuestras familias sino por el honor de Dios. Jesús dijo esto en su Sermón del Monte: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. 5:16). Nuestras vidas debieran ser vividas en forma tal que el nombre de Dios sea alabado.

El lenguaje con el cual Daniel cierra su oración indica el fervor de sus sentimientos. Sus palabras respiran la intensidad de su deseo: "Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo" (vers. 19). Demasiado a menudo nuestras oraciones son ofrecidas en una forma apática, con mucha repetición y frases trilladas. Como la oración de Daniel, nuestras oraciones deben respirar un interés intenso por los otros. La oración de Daniel no fue repetitiva. Fue una oración de intensa emoción. Si nosotros oramos de una forma similar, podremos recibir más respuestas a nuestras oraciones, porque Dios se apiadará de nosotros al ver nuestra sinceridad.

La respuesta inicial de Dios a la ferviente oración de Daniel fue enviar a Gabriel. Gabriel trajo la respuesta de Dios al profeta, y esa respuesta se relaciona con la profecía relatada en el capítulo 8, que discutiremos en los capítulos siguientes.

Podemos ver en la oración de Daniel algo de lo que el profeta pensó acerca de Dios. Pero, ¿qué pensó Dios acerca de Daniel? Podemos darnos una idea en las primeras palabras de Gabriel: "Tu eres muy amado" (vers. 23), le dijo a Daniel, dirigiéndose respetuosa y afectivamente.

Daniel era un guerrero veterano de Dios. Para ese entonces, tenía cerca de noventa años de edad. Uno puede pensar que alguien a esa edad ya no sería útil para Dios. Pero, al contrario, Daniel era aún "muy estimado". Esto debería alentar a quienes ya están en edad avanzada. Dios todavía toma en cuenta a los ancianos y cuida de ellos. El Señor los guarda en alta estima. ¡Nosotros somos grandemente amados por el Dios del universo!

GABRIEL ES ENVIADO A RESPONDER LA ORACIÓN DE DANIEL

En respuesta a la ferviente oración de Daniel acerca de la cautividad de sus compatriotas y de la desolación de su ciudad y su santuario, Dios envió al ángel Gabriel para darle a Daniel una respuesta (9:21). Esta respuesta está contenida en los versículos 24 al 27. Básicamente, Gabriel le asegura a Daniel que su oración por la liberación de su pueblo va a ser respondida. Los hebreos regresarían a su tierra. Ellos reconstruirían su templo y la ciudad.

Pero Gabriel prosiguió a decirle a Daniel mucho más acerca del futuro de su pueblo, más allá de esos acontecimientos iniciales. La profecía mira los eventos más allá con un enfoque especial: el Mesías. Los versículos 25 y 26 mencionan específicamente al Mesías, y el versículo 27 describe actividades mesiánicas adicionales. La profecía de Gabriel (24-27) gira básicamente en torno de dos polos: Un polo es el pueblo, la ciudad, y el santuario; el otro es el Mesías. Y una parte considerable de la historia es la resolución de la relación entre los dos.

Sin embargo, un tercer elemento se entromete en la historia, cubriendo de nubes tormentosas el cielo de este cuadro. Este tercer elemento es conocido como el desolador (vers. 27). El desolador trae desolación a la ciudad de Jerusalén y a su templo. Sabemos que históricamente esto fue cumplido por el poder de la Roma imperial, las fuerzas que conquistaron y destruyeron Jerusalén en 70 d.C. Así, a pesar de los puntos brillantes de esta profecía —la restauración del pueblo y la venida del Mesías—, todo termina con una nota sombría de otra destrucción.

LA RESPUESTA PRELIMINAR—DANIEL 9:24

Para los lectores modernos, la profecía empieza en una forma algo inusual. Empieza con un resumen o conclusión (vers. 24). Luego continúa dando los detalles que apoyan esa conclusión (vers. 25-27). El pensamiento moderno, influido por el método científico, primero recoge la información o los detalles y luego genera una conclusión. Gabriel lo hizo al revés, porque el pueblo en los tiempos de Daniel comúnmente razonaba de los efectos a la causa. Daniel y otros libros del Antiguo Testamento contienen otros ejemplos de este enfoque.

La frase inicial del versículo 24 especifica el elemento temporal involucrado y el foco especial de ese elemento temporal: la gente. "Setenta semanas ['sietes'] están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad".

En la nota de pie de página, la Nueva Versión Internacional rinde "sietes" en vez de "semanas". Aunque la palabra para designar "semana", *shabua*, está basada en el vocablo *sheba*, raíz etimológica de "siete", tiene vocales diferentes, de manera que no hay confusión entre las dos. Tampoco deberíamos añadir la palabra "años" (semanas de años) aquí, como en la Versión Revisada Estándar (la RSV, por sus siglas en inglés), porque esa palabra no está en el texto original. La palabra usada aquí simplemente debe ser traducida como "semanas" y nada más.

Obviamente, el uso de la palabra "semanas" trae consigo la clara idea de que aquí se trata de tiempo simbólico. Ningún comentarista afirma que los eventos predichos podrían ocurrir en un año y medio. Eso era apenas tiempo suficiente para construir el altar del templo, mucho menos para el resto del templo y la ciudad (véase Esd. 3). Claramente estamos tratando con tiempo simbólico. Setenta semanas de siete días equivale a 490 días. Si cada día vale un año de tiempo normal (véase Núm. 14:34; Eze. 4:6), esta profecía se extiende por casi cinco siglos. ¡Sin duda una profecía de largo alcance!

Todos los comentaristas están de acuerdo básicamente que en Daniel 9 debe emplearse el principio día por año, porque es imposible comprimir todos los eventos predichos dentro de setenta semanas literales, aproximadamente un año y medio. Este problema se vuelve aún más agudo en el tiempo de las profecías de Daniel 7, 8, 11 y 12. Los argumentos para la aplicación de este principio se pueden extraer de pasajes del Antiguo Testamento que están fuera de Daniel. Pero una comparación de la unidad de tiempo simbólico "tardes y mañanas" de Daniel 8:14 con "años" literales de Daniel 11:6, 8, 18, indica que los días deben ser interpretados como años. Esta conexión está sostenida por el hecho de que Daniel 11 es la más directa y cercana explicación de la profecía simbólica de Daniel 8. (Al final de este capítulo se sugiere lectura especializada sobre el principio de "día por año". Véase también el capítulo 6 para una mayor discusión acerca de este tema.)

El lapso de tiempo de esta profecía era muy largo, sin embargo su enfoque geográfico era estrecho. Está enfocado especialmente sobre "tu pueblo y tu santa ciudad" (Dan. 9:24); esto es, Jerusalén y el pueblo de Judá. Este es un enfoque diferente a otras líneas proféticas de importancia en el libro de Daniel. Las profecías de Daniel 2, 7, 8 y 11 bosquejan el levantamiento y la caída de las naciones desde que aparecen en escena hasta que desaparecen. Pero en Daniel 9 no vemos la marcha progresiva hacia Babilonia, Medo

Persia, Grecia y Roma; algunas de esas naciones formaban parte del trasfondo histórico en el cual se resolvió el destino de Judea. Daniel 9 se enfoca más específicamente en el pueblo de Dios.

El verbo en la frase "setenta 'semanas' están determinadas para tu pueblo" (vers. 24) significa literalmente "ser cortado". Ese significado forma una conexión definida con la profecía de Daniel 8. Esa conexión se discute más adelante, al final del capítulo.

La frase inicial de esta profecía prosigue con una serie de seis eventos o acciones, que se cumplirán al final de las setenta semanas específicamente asignadas al pueblo judío. No se dice precisamente cuándo se van a cumplir cada uno de esos eventos; eso tendrá que esperar todavía a la parte más detallada del texto. Recuerde, esto es solamente el resumen inicial, al que los versículos subsecuentes le darán más forma.

Estas seis acciones vienen en tres pares. El primer par está dirigido especialmente al pueblo de Judá, y describe qué es lo que ellos van a lograr en este marco de setenta semanas. El segundo par describe las acciones que Dios va a tomar sobre sí como su propia responsabilidad. El último par señala el resultado que va a fluir de la combinación de las acciones previas.

Las dos acciones que están bajo la responsabilidad del pueblo de Dios son "terminar la prevaricación y poner fin al pecado" (vers. 24). En el lenguaje hebreo, hay muchas palabras para referirse al pecado; cada una tiene su propio significado. El significado de "prevaricación" (en la frase "terminar la prevaricación") es pecado como rebelión contra Dios. La segunda frase, "poner fin al pecado", usa la palabra común para pecado, que significa errar el blanco, la meta o el ideal de Dios. Así, Gabriel carga al pueblo judío con la responsabilidad de desechar el pecado para revelar una sociedad justa. Como el antiguo Israel en el desierto, ellos tenían que purificar el campamento a fin de crear las condiciones adecuadas para la llegada del Mesías.

La responsabilidad de Dios, según se refleja en la segunda parte de las acciones del versículo 24, era "expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable". La expiación era un factor central en el sistema de sacrificios del santuario hebreo (véase Levítico 4 y 16). Pero la expiación mencionada va mas allá de lo que ese sistema pudiera lograr. Como señala el libro de Hebreos, había un problema con el sistema antiguo. El problema era que la expiación señalada era temporaria. El pecado se perdonaba con un sacrifi-

cio; pero si era cometido otro pecado, entonces se necesitaba otro sacrificio. El sistema marchó ronda tras ronda (ver Hebreos 7:11; 10:14). Pero lo que Daniel 9:24 esperaba con ansias era una gran expiación final. Eso nos fue provisto por la muerte de Jesucristo en la cruz. Puesto que ese sacrificio que todo lo abarca tuvo lugar una vez para todas las personas, ya no son necesarias más rondas continuas de sacrificios (véase Hebreos 7:27; 9:12, 25; 10:10, 12, 14).

Esto marca la transición de una justicia temporaria y transitoria a una permanente y eterna. Y esa es exactamente la siguiente acción referida en Daniel 9:24: "traer la justicia perdurable". La justicia que fluye de la muerte de Cristo continúa hasta hoy, unos 2.000 años después, y continuará fluyendo por la eternidad.

Los últimos dos eventos del versículo 24 son el resultado de las primeras cuatro acciones. La primera era "sellar la visión y la profecía". La palabra "profecía", en realidad debió haberse traducido como "profeta". Vendría un tiempo en el cual tanto la visión como el profeta serían sellados. Esto está en el contexto de lo que le pasaría al pueblo de Judá. Esta profecía se vio dramáticamente cumplida con el apedreamiento de Esteban (véase Hech. 7). Se puede preguntar con toda razón qué hay en el martirio de Esteban que lo haga más especial que los otros. Varias características lo denotan como algo específicamente importante en un sentido espiritual.

Primero, está el escenario del discurso de Esteban. Él dio su defensa delante del Sanedrín, el cuerpo religioso más elevado del pueblo y los representantes religiosos de la nación (véase Hech. 6:12). Segundo, está la naturaleza del discurso de Esteban. Para el lector moderno es bastante largo y no muy interesante, porque avanza a través de mucha historia. Empieza con Abraham (7:2) y sigue con Isaac, Jacob (vers. 8) y José (vers. 9), para explicar cómo los israelitas llegaron a Egipto. Luego narra la historia de la liberación del pueblo bajo Moisés (vers. 20-36), la rebelión bajo Aarón en el Sinaí (vers. 40), el momento cuando Josué introduce al pueblo en Canaán (vers. 45). Luego Esteban menciona a David (vers. 45) y a Salomón (vers. 47), que construyó el templo. En ese punto, Esteban corta su discurso para acusar a los dirigentes religiosos de resistir al Espíritu Santo y a los profetas, y crucificar al Justo, el Mesías.

¿Por qué un discurso tan largo?

Cuando Dios hizo un pacto con su pueblo en el Antiguo Testamento,

hubo un prólogo histórico que enseña cuán misericordioso Dios había sido con su pueblo. Eso sirvió para motivarlos a obedecerlo por amor.

Cuando los profetas del Antiguo Testamento presentaban los mensajes de Dios al pueblo, comúnmente empezaban con el pacto de Dios: un prólogo histórico que mostraba cuán bondadoso había sido Dios con su pueblo y cuán desagradecidos habían sido ellos para con él. Hay un término técnico para este tipo de discurso profético: demanda por el pacto *(covenant lawsuit)*, un proceso legal basado en el pacto, en el cual los profetas servían como los abogados de la corte celestial. Un buen ejemplo de este tipo de discurso se encuentra en Miqueas 6. Esteban estaba dando un discurso de "demanda basada en el pacto" muy inspirado ante los líderes religiosos del Sanedrín.

Pero a ellos no les gustó. Como resultado, lo arrastraron fuera de la ciudad y lo apedrearon (vers. 58). Justo antes de que esto pasara, Esteban, que estaba "lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios" (vers. 55). Y dio testimonio de lo que vio ante el grupo ahí reunido.

Cuando una persona mira al cielo y ve a Dios sentado en su trono y a Jesús a su diestra, esa persona está en visión. Las personas que tienen visiones son, por definición, profetas. En ese momento, técnicamente hablando, Esteban era un profeta. Pero su audiencia no oyó ni aceptó su visión; ellos lo rechazaron y lo apedrearon, sellando sus labios con la muerte. Cuando Esteban murió, *la última voz profética había hablado a Israel como el pueblo elegido por Dios.*

Desde luego, hay otros profetas en el Nuevo Testamento después de Esteban: Pablo y Juan, y otros más. Pero los profetas posteriores a Esteban profetizaron para la iglesia cristiana, no para Israel. Un profundo cambio había ocurrido desde la profecía dirigida al pueblo de Israel a la dirigida a la iglesia. "La visión y el profeta" habían sido sellados para "tu pueblo y tu santa ciudad" (Dan. 9:24).

La segunda mitad del último par de eventos del versículo 24 trata el asunto del ungimiento del "Santo de los santos". Desde el tiempo de la iglesia primitiva ha habido dos opiniones centrales acerca de esta acción. Una escuela de pensamiento lo ve como una referencia a la unción del Mesías. Sin embargo, hay un problema con esta interpretación, puesto que la frase no se aplica normalmente a personas. Generalmente es usada para referirse

al Santuario. Puede ser usada para el Lugar Santo, el Lugar Santísimo, o el Santuario entero. También puede ligarse a los vasos en el Santuario. En cualquier caso, es una frase del Santuario y debería ser vista como tal en ese versículo (25), por lo tanto no perdemos nada aplicando esta frase en el versículo 24 al Santuario.

La pregunta es, entonces, ¿a qué santuario se refiere este ungimiento?

El tabernáculo en el desierto tenía mucho tiempo en desuso, y el primer templo yacía en ruinas en el tiempo de Daniel. El segundo templo, que estaba próximo a reconstruirse, tampoco es un buen candidato, porque en Daniel 9:26 dice de este: "Y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario". Esta profecía contiene una predicción de la destrucción del segundo templo. Por lo tanto, por un proceso de eliminación, nos quedamos solo con un santuario bíblico: el Santuario celestial.

En los tiempos antiguos, los santuarios eran ungidos como parte de la ceremonia que daba inicio a su ministerio. Un buen ejemplo de esto se encuentra en Éxodo 40, donde el tabernáculo y todo lo que estaba dentro iba a ser ungido con aceite para iniciar su ministerio. Paralelamente con esta acción, el ungimiento del Santuario celestial debió haber ocurrido cuando Cristo lo inaugurara como nuestro Gran Sacerdote. La señal terrenal del ungimiento celestial fue la venida del Espíritu Santo en el día del Pentecostés.

Este evento final de la lista de seis mencionada en el versículo 24 es el único lugar de la profecía del capítulo 9 donde la tierra y el cielo están conectados. El resto de la profecía concierne eventos en la tierra. Este enlace es, por lo tanto, muy precioso, porque nos muestra que el cielo y la tierra están muy cercanos.

EL PUNTO DE INICIO PARA LA PROFECÍA DE LAS SETENTA SEMANAS

El versículo 25 empieza la parte detallada de esta profecía. Señala dos puntos significativos en el marco del tiempo profético: el punto de inicio y el tiempo cuando el Mesías vendría.

La profecía identifica el punto de partida con la salida del decreto o palabra que llevaría a la reconstrucción de la ciudad de Jerusalén. Menciona específicamente a Jerusalén, así que reedificar solo el templo no completaría esta especificación. Generalmente, la historia antigua está llena de huecos, porque se ha perdido un gran número de documentos originales. Aquí, sin

embargo, el problema no es la falta de documentos originales, sino todo lo contrario. Cuatro diferentes decretos en Esdras y Nehemías relatan en una forma u otra la reconstrucción de Jerusalén. El problema es clasificarlos y ver cuál cumple mejor la especificación de la profecía.

CUATRO DECRETOS

El libro de Esdras empieza con un decreto de Ciro (1:2-4), emitido en 538 a.C., que daba permiso a los judíos para regresar a la tierra de Judá. Este los autorizaba a reconstruir el templo y les permitía llevar asistencia financiera con ellos. Sin embargo, un templo no es una ciudad, así que ese no es el decreto deseado.

Los judíos que regresaron erigieron el altar en el atrio del templo, antes de que la oposición de los samaritanos evitara que llevaran a cabo el resto de la reconstrucción planificada. No fue sino hasta el 520 a.C. que se reanudó la obra, cuando Darío I emitió un segundo decreto para la reconstrucción del templo (véase Esd. 6:1-12). El templo fue terminado y dedicado cuatro años después, en el 516 a.C. (véase vers. 15-18). Ninguno de estos decretos impactó a las ruinas de la ciudad de Jerusalén. Se necesitaron decretos adicionales para completar su reconstrucción.

El siguiente decreto fue dado a Esdras personalmente (véase Esd. 7:12-26). Esdras tuvo plena autoridad para instalar oficinas públicas y usar fondos del tesoro real, y aun enseñar la ley de Dios a los no judíos. Este decreto no menciona específicamente la reconstrucción de Jerusalén, pero es obvio que Esdras sintió que la autoridad se le había dado para eso, puesto que a su regreso a Judá en el verano del 457 a.C., prontamente congregó a la gente y comenzó a trabajar en la reconstrucción.

A causa de que el libro de Esdras no sigue un estricto orden cronológico en el relato de estos eventos, todo resulta un poco confuso. El decreto en el cual Esdras se basa para empezar a reconstruir Jerusalén está en el capítulo 7. ¡Pero la historia de lo que hizo está en el capítulo 4! Esdras 4 contiene lo que puede ser llamado un paréntesis temático. Los primeros 23 versículos se alejan de la secuencia cronológica, a fin de tratar las varias oposiciones que los judíos encontraron cuando reconstruyeron el templo y la ciudad. Los versículos 1 al 5 narran la oposición en el tiempo de Ciro. El versículo 6 relata la oposición en el tiempo de Jerjes, y los versículos 7 al 23 describen la oposición que el mismo Esdras experimentó en el tiempo

de Artajerjes. Luego, la narrativa retrocede al tiempo de Darío en el versículo 24, y narra la historia del éxito de los judíos. La Nueva Versión Internacional (NVI) hace un buen trabajo en esta porción del capítulo, separando los versículos 23 y 24 en un párrafo aparte, mostrando que pertenecen a un tiempo diferente.

En Esdras 4, la historia de la oposición que Esdras enfrentó en el proyecto de la reconstrucción está dada en forma de carta. El encabezado de la carta dice: "Al Rey Artajerjes: Tus siervos del otro lado del río te saludan" (vers. 11). Los hombres del otro lado del Éufrates eran los gobernadores del occidente del Imperio Persa. Entonces, tenemos aquí tanto el nombre del destinatario como el de los escritores (los gobernadores del occidente), así que no hay duda acerca de la identidad del receptor de la carta. A pesar del hecho de que Esdras no relata los eventos en estricto orden cronológico, la carta está dirigida definidamente al mismo rey Artajerjes que había autorizado a Esdras que regresara a Jerusalén.

¿Que informan los gobernadores del occidente? Según indica el informe, el rey debía saber que "los judíos que subieron de ti a nosotros vinieron a Jerusalén; y edifican la ciudad rebelde y mala, y levantan los muros y reparan los fundamentos" (vers. 12). Dos hechos importantes emergen aquí. Primero, hubo claramente otro regreso de los judíos a Jerusalén en el reinado de Artajerjes, después del regreso principal en tiempos de Ciro. Segundo, éste era el segundo grupo de judíos que regresaba, liderados por Esdras, quien proveía el estímulo para empezar la restauración de la ciudad. En el capítulo 7 se narra que Esdras dirigió a este nuevo grupo que regresaba a Judá después de recibir el decreto de autorización por parte de Artajerjes; y la lista de aquellos que estaban con él está en el capítulo 8.

Desafortunadamente, el proyecto de construcción de los judíos fue detenido una vez más. Esta vez no fueron los samaritanos los que se opusieron a sus esfuerzos; fueron los gobernadores del occidente. Ellos amenazaron al rey con la pérdida de los impuestos si él dejaba que la ciudad de Jerusalén fuera construida. Este argumento era lo suficientemente persuasivo para que Artajerjes les dijera a los gobernadores que detuvieran la construcción hasta que él diera una orden posterior. Los gobernadores estaban muy felices de obedecer (véase Esd. 4:13-23).

Este triste estado de cosas continuó durante trece años, hasta que Nehemías, el copero judío del rey Artajerjes, intervino con el rey. El rey cedió y

envió a Nehemías como el gobernador de Judá, con el permiso y la responsabilidad de reconstruir la ciudad (véase Nehemías 1 y 2). Mucho del resto del libro de Nehemías retoma la historia de cómo dirigió la reconstrucción de las murallas de la ciudad, la oposición que recibió, y la celebración cuando terminó la tarea. Una vez que las murallas estuvieron en su lugar, los edificios dentro de la ciudad podrían ser construidos sin prisa y bajo una mejor protección.

Así, el decreto de Darío I llevó a completar el trabajo en el templo empezado bajo el decreto de Ciro. Asimismo, cuando Nehemías terminó las murallas de la ciudad bajo el decreto de Artajerjes, completó la primera fase de la obra comenzada por Esdras. La carta que Artajerjes le dio a Nehemías ayudó al cumplimiento de la obra comenzada bajo el decreto que el mismo rey había dado anteriormente a Esdras. Así que si buscamos el decreto que autorizó la reconstrucción de la ciudad de Jerusalén, debemos buscarlo en el decreto de Artajerjes dado a Esdras (véase Esd. 7:12-26). La carta de autorización dada a Nehemías solamente sirvió para complementar el decreto dado a Esdras, facilitando el trabajo que tenía que realizarse.

Así, el decreto que Artajerjes le había dado a Esdras es el que más se ajusta a la especificación de la profecía de Daniel 9:25. Este fue el decreto inicial que se expidió para reconstruir la ciudad de Jerusalén.

LA FECHA DEL DECRETO

Dos preguntas más acerca de este decreto: ¿Cuándo fue dado?, y ¿con qué calendario debe ser entendido?

A causa de que la profecía de las setenta semanas de Daniel 9:24 al 27 empieza con la emisión del decreto de Artajerjes registrado en Esdras 7, la fecha de ese decreto se torna importante. La fecha del decreto está ligada al año setenta de Artajerjes. Esdras 7:8 nos dice que Esdras "llegó a Jerusalén en el mes quinto del año séptimo del rey". Bajo condición de marcha forzada, el ejército de Babilonia pudo cubrir los 644 kilómetros de Babilonia a Jerusalén en un mes. Esdras tenía consigo un gran grupo de personas que se movían lentamente, y por eso le tomó cinco meses para cubrir la misma distancia.

Afortunadamente, las fechas del reino de Artajerjes son bien conocidas e históricamente seguras. Están basadas en varias fuentes. Primero, los historiadores griegos, tales como Herodoto, preservaron algunas de estas fechas en términos de su propio sistema de calendarización de las olimpia-

das. Segundo, el astrónomo Ptolomeo, quien vivió en Alejandría, Egipto, en el segundo siglo después de Cristo, proveyó una tabla que correlacionaba los años de reinado de ciertos gobernantes del mundo antiguo con los eclipses astronómicos. Esta lista es llamada el Canon de Ptolomeo, y retrocede hasta el siglo octavo antes de Cristo. Algunos de esos eclipses ocurrieron durante el reinado de Artajerjes y ayudan a determinar las fechas. Más recientemente los descubrimientos arqueológicos han ayudado a refinar el sistema provisto por los historiadores griegos y el astrónomo Ptolomeo.

Tercero, las fechas de reinados en las tablillas comerciales de Babilonia han sido compiladas a partir de textos cuneiformes; éstas se extienden desde el siglo séptimo a.C. hasta el primer siglo después de Cristo. Las fechas del reinado de Artajerjes pueden ser ubicadas en estas tablillas. Finalmente, una serie de papiros que han sido encontrados en Egipto traen dos conjuntos de fechas: una usada en el calendario egipcio y otra en el calendario persa-babilónico. Estos papiros son cartas y documentos de negocios escritos en arameo por judíos que servían en el ejército persa en la isla Elefantina en el Nilo, donde ellos mantenían una fortaleza persa en la frontera sudoriental. Puesto que los calendarios egipcio y persa-babilónico operan en modos diferentes, esas dobles fechas son una forma de comprobarse unas con otras y ayudar a determinar los años de gobierno de los reyes durante los cuales fueron escritos. Algunos de esos documentos provienen del tiempo del reinado de Artajerjes y son de ayuda para confirmar las fechas de su reinado.

Así, hay cuatro líneas principales de evidencia que nos guían en el establecimiento de las fechas para el reinado de Artajerjes: (1) los historiadores griegos, (2) El Canon de Ptolomeo, (3) las tablillas comerciales de Babilonia, y (4) el papiro Elefantino de Egipto. Estas cuatro líneas de evidencias apuntan a la misma conclusión cronológica: Jerjes murió en 465 a.C., y Artajerjes subió al trono en la última parte del mismo año. Bajo el sistema de contabilidad de años de los reinados persa y babilónico, el resto del año en el cual un rey muere es considerado como el año cero del rey que lo sucedió. Este era llamado "año ascensional". El primer año oficial del nuevo rey se iniciaba en la primavera, cuando comenzaba el siguiente año. De acuerdo con estos cálculos, el séptimo año de Artajerjes se inició en la primavera de 458 a.C., y terminó en la primavera de 457 a.C. De esta manera, según el calendario persa, Esdras pudo haber comenzado su viaje desde Babilonia en la primavera de 458 a.C., y arribó a Jerusalén en el verano del mismo año.

Los judíos, sin embargo, consideraban que el año nuevo comenzaba en el otoño, de acuerdo con el calendario civil, según el cual ellos guardaban registros de los reinados de sus reyes y los de otras naciones. (Los judíos también usaban un calendario religioso que empezaba en una fecha diferente, muy parecido a nuestro año fiscal moderno, que a menudo se inicia en julio, mientras que el año calendario regular empieza en enero.) De esta manera, según el calendario civil judío, el séptimo año de Artajerjes se habría iniciado en el otoño de 458 a.C., y terminado en el otoño de 457 a.C. Según estos cálculos, Esdras habría iniciado su viaje a Jerusalén en la primavera de 457 a.C., llegando allí en el verano del mismo año. Ya que Esdras usó el calendario judío, no el calendario persa, deberíamos aplicar su fecha, 457 a.C., al decreto que Artajerjes hizo respecto a la reconstrucción de Jerusalén, en vez de 458 a.C., como los persas lo habrían considerado. Esta fecha, 457 a.C., nos da un punto de partida para la profecía de las setenta semanas dada en Daniel 9:24.

En resumen, así es como llegamos a la fecha inicial para las setenta semanas de Daniel, que se iniciaría con el decreto de reconstruir Jerusalén:

- De los cuatro decretos mencionados en Esdras y Nehemías respecto al regreso de los judíos a Jerusalén, el tercero, el que Artajerjes le dio a Esdras, es el que cumple de manera más cercana la especificación en la profecía de Daniel.
- Esdras 7:8 vincula este decreto al séptimo año de Artajerjes.
- Partiendo de una variedad de documentos antiguos, nosotros podemos fechar el séptimo año de Artajerjes al año que coincide con el que nosotros conocemos como 458 y 457 a.C.
- Entonces, aplicamos el calendario judío a esa fecha y descubrimos que el viaje de Esdras ocurrió en 457 a.C. Este proceso nos da la fecha de 457 a.C. para el comienzo de las setenta semanas proféticas de Daniel 9.

LAS PRIMERAS 69 SEMANAS Y EL UNGIMIENTO DEL MESÍAS

La profecía de Daniel divide las setenta semanas en diferentes porciones. El primer período cubre sesenta y nueve semanas (siete semanas más sesenta y dos semanas), tiempo en el cual el Mesías, "el Ungido" (Dan. 9:24, 25), habría de venir. El sustantivo *mesías* viene del verbo que significa "ungir". De este modo, literalmente, un Mesías era un ungido. Gabriel dijo a Da-

niel: "Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos" (vers. 25). Sesenta y nueve semanas son 483 días (7 por 69 es igual a 483). De acuerdo con el principio de "año por día", que vimos anteriormente, cada uno de esos días se puede entender como un año literal de nuestro tiempo actual. Si comenzamos los 483 días en 457 a.C., con el inicio de las setenta semanas, nos vamos al 27 d.C. (no hay año cero para calcular las fechas de antes y después de Cristo). En ese momento vendría "el Mesías príncipe".

¿Qué significa eso de que el Mesías, el Ungido, iba a venir?¿Qué evento hemos de buscar en 27 d.C.? ¿El nacimiento del Mesías? ¿Su muerte? ¿Algo más?

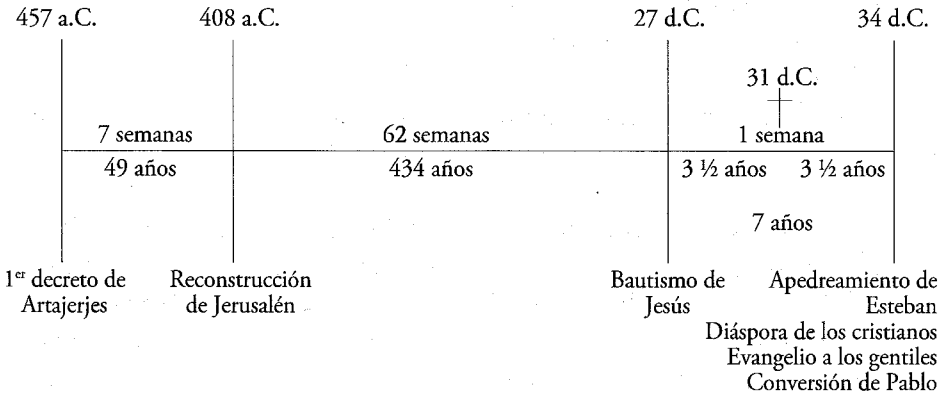
¿Cuándo llegó Jesús de Nazaret a ser el Mesías? Ya que *Mesías* significa "el Ungido", Jesús se convirtió en el Mesías, hablando técnicamente, cuando fue ungido. ¿Cuándo fue esto? A él no le echaron aceite sobre la cabeza como a los reyes y sacerdotes de Jerusalén durante el Antiguo Testamento. Pero, ¿hubo alguna ocasión específica cuando él fue ungido e inició formalmente su ministerio público? Sí. Esto ocurrió cuando fue bautizado por Juan en el río Jordán, y ungido por el Espíritu Santo (véase Mat. 3:13-17). Dios el Padre estuvo presente en esa ocasión, y lo selló con su propia declaración: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia" (vers. 17).

Lucas nos dice que Juan el Bautista inició su ministerio en el año 15 de Tiberio César (véase Luc. 3:1). Augusto, padre adoptivo de Tiberio, murió en 14 a.C. Si agregamos quince años a esta fecha, llegamos al 29 d.C., no al 27 d.C., dos años tarde para la profecía de Daniel. Pero aquí hay un factor adicional. Dos años antes de la muerte de Augusto, el Senado de Roma votó que Tiberio fuera co-gobernador de las provincias con su padre Augusto. Tal disposición es llamada corregencia, y es similar a aquella situación cuando el rey David puso a Salomón en el trono con él antes de su muerte (véase 1 Reyes 1).

Judea estaba entre las provincias que llegaron a estar bajo el dominio de Tiberio con Augusto en 12 d.C. Por lo tanto, los eventos que involucraban a Jesús de Nazaret como el Mesías, además de que ocurrieron en la provincia romana de Judea, pueden ser razonablemente fechados de acuerdo con la disposición por la que Tiberio comenzó a gobernar con su padre en 12

d.C. Añadiendo los quince años del reinado de Tiberio, señalados por Lucas a esta fecha, nos vamos al año 27 d.C. para la inauguración pública del Mesías, como la profecía de Daniel lo anticipó.

De este modo, los detalles proféticos, como los hemos visto hasta ahora (discutiremos las siete semanas, o cuarenta y nueve años, más adelante en este capítulo), se pueden ilustrar con la siguiente tabla:



EL FIN DE LAS SETENTA SEMANAS

Hemos establecido 457 a.C. como la fecha de inicio de las setenta semanas de Daniel. Hemos visto que las sesenta y nueve semanas, o 483 años, terminaron en 27 d.C., con el bautismo de Jesús. La siguiente pregunta es: ¿Cuándo terminaron las setenta semanas y qué evento señaló esta terminación?

Setenta semanas proféticas equivalen a 490 días proféticos o años literales. Una simple suma nos dice que si añadimos 490 años a 457 a.C. alcanzamos el año 34 d.C. ¿Qué pasó en 34 d.C. que marcó la conclusión de las setenta semanas? Esta fecha es muy tardía para la crucifixión y resurrección de Jesús, que tuvieron lugar tres o cuatro años antes. Tienen que ser considerados otros eventos.

El apedreamiento de Esteban, descrito en Hechos 7, es un evento que ha atraído considerable atención como indicador del fin de las setenta semanas, tanto por su importancia teológica como por su tiempo. La narración no registra una fecha específica de la muerte de Esteban, pero evidencias indirectas la sitúan en 34 d.C. ¿Cómo llegamos a esta conclusión?

Cristo como sacrificio

La fecha estimada para el martirio de Esteban está basada en la carrera del apóstol Pablo. Pablo todavía no era converso en el momento de la muerte de Esteban, porque él estuvo presente y sostuvo los mantos de los que lo apedrearon (véase Hech. 7:58). Poco tiempo después, Saulo fue a Damasco para perseguir a los cristianos. Durante el camino, se convirtió de Saulo el fariseo a Pablo el apóstol cristiano (véase Hech. 9:1-9). Si la conversión de Pablo pudiera ser fechada, el apedreamiento de Esteban puede ser situado dentro de límites más estrechos.

En Gálatas 1, Pablo nos da algunos detalles biográficos de su carrera como apóstol, refiriéndose especialmente a sus visitas a Jerusalén. Él solo hizo visitas cortas e infrecuentes a Jerusalén, y nos proporciona cierta información cronológica acerca de ellas. Pablo dice que su primera visita ocurrió tres años después de su conversión (véase vers. 18); la segunda ocurrió catorce años después de la primera (véase Gál. 2:1). Entonces, cerca de su segunda visita a Jerusalén, Pablo partió hacia su segundo viaje misionero, que lo llevó a Corinto (véase Hech. 18). Mientras estaba en Corinto, Pablo compareció ante el procónsul Galión (véase vers. 12). Entonces, Pablo pudo haber estado ante Galión 17 años después de su conversión (14 años entre su segunda y su primera visita a Jerusalén, sumados a los 3 años entre su primera visita a Jerusalén y su conversión). Gracias a una inscripción encontrada en Corinto, sabemos que el primer año de proconsulado de Galión ocurrió en 51 d.C. Si los 17 años de las dos visitas de Pablo a Jerusalén se restan a la fecha en que Pablo compareció ante Galión, entonces su conversión y el apedreamiento de Esteban pueden ser fechados en el 34 d.C. Esta fecha, 34 d.C., es la que los eruditos del Nuevo Testamento favorecen comúnmente para la muerte de Esteban y la conversión de Pablo. No podemos ser tan precisos como para determinar el mes o el día, pero ésta es una estimación cercana del año.

De este modo, esta obra toma la posición de que las setenta semanas de Daniel llegaron a su fin en 34 d.C. con el apedreamiento de Esteban y la conversión de Pablo. Ya hemos discutido la importancia teológica de la muerte de Esteban en el contexto de la última frase de Daniel 9:24 (véase arriba). Allí dijimos que hubo cuatro áreas de importancia teológica relacionadas con el martirio de Esteban: (1) El grupo a quien Esteban dio su discurso final, el Sanedrín, el más importante cuerpo religioso en esa tierra; (2) la forma de su discurso: un discurso de juicio como los que daban los pro-

fetas del Antiguo Testamento; (3) el carácter profético de su experiencia al momento de su muerte cuando el miró en visión hacia el cielo; y (4) el hecho de que la conversión de Pablo tuviera sus raíces en la muerte de Esteban, de modo que Pablo, el apóstol a los gentiles, tomara el lugar de Esteban, el poderoso predicador de Israel. Por estas razones, la muerte de Esteban al final de las setenta semanas puede ser considerada como un punto muy importante en la transición de la era de Israel como nación elegida por Dios a la era de la iglesia.

LAS SIETE SEMANAS

Daniel 9:25 prosigue diciendo: "Se volverá a edificar la plaza y el muro [de Jerusalén] en tiempos angustiosos". No podemos fechar específicamente la finalización de esta fase de la reconstrucción de Jerusalén basados en la historia, pero está claro en los libros de Esdras y Nehemías que esta reconstrucción fue en un tiempo difícil. Cuando Esdras regresó, empezó a reconstruir la ciudad, pero los gobernantes persas del occidente pronto intervinieron y consiguieron parar el trabajo (véase Esd. 4:7-24). Cuando Nehemías reinició el proyecto, sus oponentes quisieron asesinarlo. Él resistió sus esfuerzos y rechazó interrumpir su trabajo en la ciudad (véase Neh. 4). De este modo, la reconstrucción de Jerusalén ciertamente fue en un tiempo problemático.

La profecía pareciera apuntar a un evento que marca la culminación de la primera fase de la reconstrucción en 408 a.C., al final de las primeras siete semanas, o cuarenta y nueve años (véase Dan. 9:25). No podemos determinar específicamente qué evento pudo corresponder a esta parte de la profecía. La razón por la que no podamos identificar este evento específicamente es que no poseemos ningún documento histórico que tenga que ver con el asunto. Los registros históricos del Antiguo Testamento terminan por 420 a.C., así que ellos no llegan al 408 a.C. Ni Josefo, 1 y 2 de Macabeos, inscripciones, o los papiros tratan directamente con los eventos de ese tiempo. Aquí tenemos que ser cuidadosos de no abusar de un argumento fundamentado en el silencio. La carencia de documentación de un período en particular no es una evidencia negativa contra la realidad histórica de cierto acontecimiento. Tampoco es una evidencia positiva de que ocurrieron otros eventos. Es simplemente neutral, y en este punto nos coloca frente a un vacío histórico. La profecía debe ser juzgada e interpretada de acuerdo a la documentación histórica, no sobre un vacío de información.

Tenemos evidencias abundantes en lo que respecta al 457 a.C. y 27 d.C., y tenemos buenas evidencias indirectas acerca del 34 d.C. Nuestra falta de evidencias directas relativas al 408 a.C., no niegan estos otros puntos; y ciertamente éste fue un período de problemas, tal como la profecía lo predijo. Futuros descubrimientos pueden llenar este vacío, pero hasta el momento debemos contentarnos con las evidencias actualmente disponibles.

LA MUERTE DEL UNGIDO

Daniel 9:26 empieza diciendo: "Y después de las sesenta y dos 'semanas' se quitará la vida al Mesías". Estas sesenta y dos semanas, mencionadas primeramente en el versículo 25, siguen a las primeras siete semanas y comprenden el segundo intervalo del tiempo profético dentro de las setenta semanas. Así, las sesenta y dos semanas concluyen con el fin de la semana sesenta y nueve de la profecía de las setenta semanas.

Pero el versículo 26 dice "*después* de sesenta y dos 'semanas'" (énfasis añadido), llevándonos así ligeramente más allá del fin de la semana sesenta y nueve. En otras palabras, el Ungido no es quitado justo en el punto en el que las sesenta y dos semanas acaban, sino ligeramente más allá de ese punto. El uso específico de la palabra hebrea "después" enfatiza esto.

¿Dónde nos encontramos si estamos justo más allá del fin de la semana sesenta y nueve? La respuesta es muy evidente: Estamos en la septuagésima semana. El versículo 26 no especifica exactamente cuándo en la semana el Ungido sería quitado. Ese detalle viene en el versículo 27.

Como vimos anteriormente, las sesenta y nueve semanas terminan en el 27 d.C., cuando el Mesías apareció para iniciar oficialmente su ministerio público. Cierto tiempo después del comienzo de ese ministerio, él habría de ser "quitado". La traducción del verbo "quitar" es usada aquí como una frase idiomática hebrea que significa "ser matado". Ser quitado quiere decir ser quitado de la tierra de los vivientes, es decir, morir (véase Génesis 9:11). Pero el verbo aquí está en forma pasiva, dando a entender que el Ungido no va a morir por su propia voluntad; alguien le provocará la muerte. El Mesías va a *ser* quitado, va a *ser* matado. Esta estipulación de la profecía se cumplió cuando los líderes religiosos de Judea conspiraron con las autoridades del gobierno romano para crucificar a Jesús de Nazaret como un criminal común (véase Mat. 27:1, 2).

En el Antiguo Testamento, tenemos dos líneas de profecías mesiánicas

que trazan el destino del Mesías. Un tipo habla de su reino glorioso (véase Zac. 9:9). El otro describe al Mesías que va a sufrir e incluso a morir (véase Isa. 53:7-9). ¿Cómo haremos para entender la secuencia relativa de estos dos tipos de profecías?

Muchos judíos del tiempo de Jesús esperaban que la profecía de un Mesías victorioso y gobernante se cumpliera primero y en sus días. Ese Mesías arrojaría el detestable yugo romano de los hombros de los judíos. En la experiencia de Jesús de Nazaret, no obstante, estas profecías se desarrollaron en una secuencia diferente. Primero la cruz, luego la corona. Primero su sufrimiento, muerte y resurrección, luego el establecimiento de su futuro reino de gloria en su segundo advenimiento. Uno lo miramos en retrospectiva, el otro aún lo esperamos. Daniel 9, con su precisa secuencia cronológica, es un significativo eslabón que ayuda a establecer el verdadero orden bíblico de las obras del Mesías.

EL MESÍAS RECHAZADO

La siguiente frase de esta profecía en el versículo 26 es corta, pero difícil. La versión Reina-Valera 1995 traduce: "Y nada ya le quedará". Esta es una buena traducción, porque la frase en el lenguaje original tiene que ver con posesión. Literalmente, las palabras hebreas significan "No habrá [x] para él". Nótese que falta el objeto directo en esta frase, como ha sido indicado por la x en la traducción de arriba. El objeto indirecto, *para él*, está presente y se refiere claramente al Mesías, el Ungido. Pero, ¿qué es lo que no habrá para él? Algunas versiones utilizan "nada": "Nada le quedará". Eso podría ser una figura profética de la pobreza del Mesías. Ciertamente Jesús de Nazaret tuvo pocas posesiones materiales, si acaso algunas, más allá de las ropas que vistió. Él mismo dijo: "Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza" (Mat. 8:20).

Bien puede sugerirse, sin embargo, que hay algo más importante para Dios y su Mesías que las simples posesiones materiales. Las personas tienen una mayor importancia para Dios que sus posesiones. De hecho, la siguiente frase de la profecía en Daniel 9:26 coloca el énfasis en la gente: "El pueblo de un príncipe que ha de venir". De este modo, parece que la palabra faltante se suple mejor por la palabra *personas*, que la palabra *cosa*. Así, podemos traducir esta frase: "No habrá personas para él"; o más libremente: "Nadie será para él".

Esta es una descripción de rechazo, no de pobreza. Y este rechazo toma lugar en una época particular, en el tiempo cuando él fue cortado. No se trata de un rechazo general que flota libremente en el tiempo; es un rechazo específico ocurrido en el momento de su muerte. Este rechazo se cumplió en la experiencia de Jesús de Nazaret. Cuando Jesús fue a la cruz, lo hizo porque los líderes religiosos y la marea de la opinión pública se habían tornado en su contra. El voluble populacho se había alejado del entusiasmo que mostró en favor de Jesús anteriormente, durante la semana final de su ministerio (véase Mat. 21:1-11). Ahora, con igual entusiasmo, esa misma gente pedía que lo crucificaran (véase Mat. 27:20-26). Los mismos discípulos, que estuvieron de pie cerca de la cruz, no entendieron qué era todo eso. Aun después de la cruz, ellos murmuraron: "Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel" (Luc. 24:21). Al tiempo de la muerte de Jesús, "nadie fue para él".

MÁS DESTRUCCIÓN

La siguiente frase de la profecía de Daniel 9:26 cambia el enfoque del Mesías al pueblo judío, y describe qué les iba a suceder. "El pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario". ¡El versículo 26 se inicia con una profecía de la reconstrucción de Jerusalén y termina con una profecía de su destrucción! Entre estos dos extremos históricos yace la carrera del Mesías. Después de que su carrera se terminó, en otro punto posterior no especificado, la ciudad iba a volver a convertirse en ruinas, como las que Nabucodonosor dejó atrás cuando conquistó Jerusalén en 586 a.C.

Los romanos completaron esta destrucción de la ciudad cuando conquistaron y destruyeron a Jerusalén en 70 d.C. Quienes visiten la ciudad hoy día, aún pueden ver los resultados de la destrucción babilónica de 586 a.C., en el jardín arqueológico sobre la cuesta oriental del Monte Ofel. Esos mismos turistas pueden ver los efectos de la destrucción romana del año 70 d.C. en las excavaciones arqueológicas de la muralla del sur del complejo del templo y en el museo arqueológico conocido como la Casa Burnt. Estos restos dan evidencia vívida de la destrucción profetizada por Daniel. Esto también puede verse en el Arco de Tito en Roma, donde el botín traído de Judea, incluyendo un candelabro del Santuario, o Menora, es representado en un relieve esculpido en piedra.

¿Quiénes son el "pueblo de un príncipe [o "gobernante," Hebreo: *nagid*]" que realizó esta destrucción? Los romanos claramente destruyeron Jerusalén en el 70 d.C., así que se puede sugerir que este versículo se refiere al pueblo romano, o su ejército, y el "gobernador" debe referirse a cualquier general romano que dirigió el ejército contra Jerusalén, o el César quien ordenó el ataque. Esta generalización, sin embargo, no toma en cuenta algo del lenguaje específico usado aquí.

La palabra usada en el texto para "príncipe" o "gobernante", es *nagid*, la misma palabra usada en el versículo 25 para "el Ungido, el gobernador", de la misma manera como conocemos al Mesías, el Príncipe. Note el siguiente patrón de uso de la palabra en esta profecía:

Versículo 25	Mesías	*nagid*
Versículo 26a	Mesías	—
Versículo 26	—	*nagid*

En el versículo 25, la designación, "Mesías *nagid*", forma un par de palabras, "el Ungido, el gobernador", así que las dos palabras están unidas de una manera técnica. El versículo 26, primera parte, rompe el par de palabras y usa solo la primera. La segunda parte del versículo 26 usa la segunda palabra. Este patrón sugiere que estas tres referencias apuntan al mismo Mesías Príncipe, designado por la primera ocurrencia de este conjunto de palabras en el versículo 25. Si es así, entonces "el pueblo de un príncipe que ha de venir" se refiere al pueblo del Mesías. Son ellos quienes se dirigen a destruir Jerusalén y el Santuario. El Mesías fue una figura judía, y de ese modo, su pueblo debería ser el pueblo judío de ese tiempo. Este mismo punto es enfatizado aquí por el uso de la palabra "pueblo" en lugar del término militar más correcto, "hueste" o "ejército".

Si esta interpretación es correcta, ¿en qué sentido el pueblo del Mesías Príncipe judío destruiría la ciudad y el santuario en 70 d.C.?

El ejército romano fue ciertamente el agente físico que realizó la destrucción literal de Jerusalén. Pero, ¿por qué la destruyeron? Ellos la destruyeron porque Judea se había rebelado contra Roma. Si Judea no se hubiera rebelado, el ejército romano nunca hubiera llegado y Jerusalén se habría preservado. Aquí estamos tratando con causas y eventos resultantes. La causa de la destrucción de Jerusalén fue la rebelión de los judíos; el evento que resul-

tó de la rebelión fue la destrucción de la ciudad y su templo. En ese sentido, puede decirse que el pueblo del Mesías Príncipe, dio pie o provocó la destrucción de Jerusalén en 70 d.C.

La frase final del versículo 26 amplía la figura de la guerra y sus consecuencias: "Su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones". El lenguaje figurado de una inundación es una descripción apropiada de la manera en que el ejército romano finalmente "fluyó" dentro de Jerusalén para conquistarla. Isaías describe el asalto del ejército asirio en un lenguaje similar: "He aquí, por tanto, que el Señor hace subir sobre ellos aguas de ríos, impetuosas y muchas, esto es, al rey de Asiria con todo su poder; el cual subirá sobre todos sus ríos, y pasará sobre todas sus riberas; y pasando hasta Judá, inundará y pasará adelante, y llegará hasta la garganta; y extendiendo sus alas, llenará la anchura de tu tierra, oh Emanuel" (Isa. 8:7, 8). De igual manera, Daniel profetizó que el ejército romano invadiría Jerusalén y su templo como una inundación. La muralla norte de Jerusalén fue siempre la más débil de sus defensas, porque había valles en los otros tres lados de la ciudad. Fue por la muralla norte que las tropas romanas finalmente penetraron las defensas, trayendo tal desolación que aún hoy se puede ver sus efectos a través de la espátula de los arqueólogos.

CONFIRMANDO EL PACTO

En cierto sentido, el último versículo de Daniel 9 es el más difícil del capítulo. Empieza con otras dos declaraciones acerca de la obra del Mesías, y después cambia otra vez a la obra de Roma, el desolador.

El versículo 27 hace dos predicciones concernientes al Mesías. La primera declara: "Y por otra 'semana' confirmará el pacto con muchos". Esto no se refiere al principio de un nuevo pacto; se refiere más bien a un intento de fortalecer o renovar un pacto que ya estaba en existencia. Cuando los escritores hebreos querían referirse al inicio de un nuevo pacto, ellos usaban el verbo "cortar" para expresar esa acción. "Cortar" un pacto era hacer un nuevo pacto. Pero ese no es el verbo usado aquí en el versículo 27. Dice, más bien, que el pacto sería "confirmado", dando a entender "hacer fuerte", o "fortalecer". El verbo usado aquí esta relacionado con la palabra hebrea para "un hombre fuerte", un "guerrero".

Este fortalecimiento o reconfirmación de un pacto ya existente se refiere al pacto que estaba vigente entre Dios e Israel. No es el ofrecimiento de un

nuevo pacto para la iglesia. Este fortalecimiento, o confirmación del pacto fue el ofrecimiento y llamado final de Dios a Israel como pueblo elegido. Esto les fue ofrecido a través de Jesús, el Mesías. Jesús les describió lo que podrían haber tenido. El Sermón del Monte es una ampliación del pacto antiguo. Tomando varios de los mandamientos del pacto antiguo, y ampliándolos, Jesús mostró que los principios de aquel pacto penetran hasta los motivos del corazón (véase Mat. 5:17-48). Jesús fue el verdadero mensajero del pacto. Desafortunadamente, sus oidores no aceptaron totalmente esta gran perspectiva de lo que Israel pudo haber sido bajo el pacto del liderazgo del Mesías. Fue su falla al no asir todo lo que Dios estaba ofreciéndoles lo que causó que Jesús llorara amargamente sobre Jerusalén durante la última semana de su ministerio terrenal (Mat. 23:37-39).

EL FIN DEL SISTEMA DE SACRIFICIOS

La segunda profecía de Daniel 9:27 predice el fin del sistema de sacrificios. Físicamente, el templo y sus ofrendas llegaron a su fin cuando los romanos destruyeron Jerusalén en 70 d.C. Pero esto no es de lo que esta frase de la profecía está hablando, porque nos da un marco de tiempo para el fin de los sacrificios y las ofrendas que no se extiende hasta el 70 d.C.

El versículo 27 comienza diciendo que el Mesías confirmaría el ofrecimiento del antiguo pacto por una semana. Como hemos visto por las fechas concluidas arriba, esa semana se extendería desde el comienzo del ministerio público de Jesús en 27 d.C., hasta el apedreamiento de Esteban en 34 d.C. El punto interesante acerca de esta septuagésima semana es que se extiende más allá de la cruz, mostrando así la bondadosa misericordia de Dios, cuya voz de invitación llegó a su pueblo escogido aún después de que su Hijo fuera crucificado. El día de Israel como el pueblo escogido de Dios no pasaría sino hasta que el profeta-diácono Esteban trajera el pacto de juicio de Dios ante el Sanedrín. Los judíos como individuos aún son aceptados por Dios sobre la base de la vida, muerte y obra de Jesús el Mesías, pero la nación de Israel no es más el pueblo elegido de Dios. Ese tiempo pasó. La iglesia, el Israel espiritual, reunida de todas las naciones de la tierra, ahora ocupa esa posición (véase Gál. 3:28, 29; Rom. 9:6-8).

La segunda frase del versículo 27 dice: "A la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda". La semana referida aquí es la septuagésima semana mencionada anteriormente en el mismo versículo. Ya hemos visto

que la septuagésima semana se extiende de 27 d.C. al 34 d.C. De este modo, el fin de los sacrificios y las ofrendas en la mitad de la semana estaría ubicado en 31 d.C.

¿Quién es el que pone fin a estos sacrificios y ofrendas? El antecedente a la expresión "para él" es el Mesías Príncipe, no un gobernador romano. Es verdad que los romanos causaron la directa suspensión física del templo y sus sacrificios al destruir el templo en 70 d.C. Pero aún más importante fue el fin espiritual de los sacrificios en el sentido teológico, que ya no fueron necesarios después de la muerte de Jesús. Él mismo fue el Cordero de la Pascua (véase 1 Cor. 5:7). Con su muerte, el *tipo* de todos los sacrificios del Antiguo Testamento halló su *antitipo*. Ya no se necesitaron más. Dios dio a entender cuando rompió el velo del templo en el momento de la muerte de Jesús (véase Mat. 27:51). Así, en el sentido de Daniel 9:27, los sacrificios llegaron a su fin en el 31 d.C., cuando Jesús murió en la cruz.

Una pregunta que surge es: ¿Cuándo murió Jesús? El murió en la mitad de la semana final que fechamos del 27 al 34 d.C. De este modo, el punto medio de esa semana es el 31 d.C.

¿Podemos probar más allá de cualquier duda que Jesús murió en el 31 d.C.? Aún no. El problema es la precisión que se requiere para establecer esa fecha. A primera vista, pareciera ser un problema simple: solo encontrar un año dentro del lapso del 25 al 35 d.C., en el que la fecha de la Pascua, el catorce de Nisan, cayó en viernes, que es el día en que los evangelistas sitúan la crucifixión y muerte de Jesús (véase Luc. 23:54-56). Para trabajar en este problema, son necesarios dos conjuntos de tablas: (1) una tabla de fechas de las lunas nuevas, y (2) una tabla con el número de día juliano equivalente a estas fechas de luna nueva. En otras palabras, debemos dar primeramente con la fecha de la Pascua de acuerdo con el calendario lunar judío vigente en el tiempo de Jesús, y luego consultar las tablas apropiadas para determinar qué día de la semana fue.

El problema yace en lograr la precisión necesaria para identificar con exactitud esta fecha en un solo año, excluyendo a todos los otros. Esto requiere exactitud astronómica e histórica de un período menor a veinticuatro horas. Históricamente, los Evangelios mismos aún dejan algunas preguntas. Los Evangelios sinópticos parecen fechar la cena de la Pascua que Jesús comió con sus discípulos la noche del jueves de la Semana de la Pasión (véase Mat. 26:2-19; Mar. 14:1-16; Luc. 22:1-15). Juan, por otra parte,

parece dar a entender que ese año la Pascua cayó en viernes (Juan 18:28; 19:14). ¿Cómo reconciliamos estos relatos?

Una sugerencia es que Juan dedujo su fecha mediante el sistema de cálculo romano, en el cual un nuevo día se iniciaba en la medianoche; mientras que los escritores sinópticos calcularon la fecha mediante el método judío de iniciar el día a la puesta de sol. Pero aquí debe haber más que esto.

Para determinar la fecha de la Pascua, es astronómicamente necesario determinar cuándo pudo haber sido visto en Judea la primera creciente de la luna nueva. Los programas de computación diseñados parar hacer estos tipos de cálculos han ido mejorando y mejorando. Con estos programas nuevos, ahora es posible determinar que el 14 de Nisan pudo fácilmente caer una noche de un jueves del año 31 d.C. Es más improbable que esa fecha se hubiera extendido a una noche de viernes de ese año.

Con base en las observaciones, nosotros también necesitamos saber cómo eran las condiciones atmosféricas para observar el cielo en esas noches. Solo porque una luna nueva pudo haber sido visible matemáticamente no significa que las condiciones fueran óptimas para observarla visualmente. Si no lo fueran, el inicio oficial del mes lunar se habría retrasado por un día. En el tiempo de Jesús, el calendario lunar de los judíos era muy complicado, por el hecho de que era necesario insertar un mes extra, o treceavo, cada tercer año, para mantener el año lunar en línea con el año solar.

La variabilidad de todos estos factores demuestra por qué es difícil fechar la Pascua de la muerte de Jesús con precisión. Sin entrar en detalles adicionales, podemos decir con justicia que todos estos factores limitan la elección histórica al año 30 ó 31 d.C. Ya que la última opción se correlaciona mejor con las fechas de los otros puntos históricos de la profecía de Daniel 9, hemos utilizado el 31 d.C. como el año en cuya primavera Jesús fue crucificado.

LA CAÍDA DE ROMA

La declaración final de toda esta profecía de Daniel 9:24 al 27 está en la última mitad del versículo 27. Siguiendo el orden literal de las palabras, el hebreo original de esta predicción afirma: "Sobre el ala de la abominación [vendrá] el desolador, hasta que le sobrevenga el desastroso fin que le ha sido decretado". La primera parte de esta traducción es mía, la siguiente parte viene directamente de la Nueva Versión Internacional. En esta versión, la primera parte de la oración contiene algunas palabras adicionales,

que los traductores han añadido en un intento de darle sentido a este versículo. Pero haciendo esto, han oscurecido el significado aún más.

La expresión "sobre el ala de" debe ser vista como un modismo que significa seguir de cerca. En otras palabras, las abominaciones vienen primero, seguidas rápidamente por la desolación. La desolación fue causada por el ejército romano después de su conquista de Jerusalén. Las abominaciones fueron esas cosas que sucedían en Jerusalén antes de su destrucción y desolación. Mientras las tropas romanas irrumpían a través de las defensas del norte de la ciudad, tropas judías resistieron desde el mismo edificio del templo. Era una estructura fuerte, y, por consiguiente, hacía las veces de una fortaleza. Esto requirió que los soldados romanos atacaran el edificio del templo, aunque su general quería preservarlo. En la batalla subsiguiente, el templo se quemó. Nunca fue el propósito de Dios que su templo se convirtiera en una fortaleza para pelear en la guerra; y al proceder así, colmaron de maldición ese espacio santo. Después de ese abominable curso de acción vino la destrucción y la desolación, exactamente como la profecía lo describió.

Pero los romanos mismos tampoco quedaron impunes. Dios permitió que ocurrieran estos eventos porque la gente de Judea abandonó su divina protección cuando rechazaron al Mesías. Las tropas romanas fueron, por consiguiente, instrumentos del juicio de Dios en ese momento. Lo mismo ocurrió en el Antiguo Testamento cuando a Asiria se le permitió conquistar Samaria, pero después recibieron su propio juicio justo (véase Nahum). De la misma manera, a Babilonia se le permitió conquistar Jerusalén, pero más adelante recibirían su propio juicio justo (véase Jer. 50; 51). A los romanos se les permitió realizar el mismo tipo de juicio sobre Jerusalén, pero Roma, también fue juzgada. Ese fue el mensaje de algunas de las otras profecías de Daniel: que Roma tendría su día en el escenario de la historia, pero como los otros poderes que la precedieron, también caería (véase Dan. 2:40-44; 7:7, 8, 23, 24; 8:25). Por lo tanto, el título de la obra de historia más famosa de Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire* [El declive y la caída del Imperio Romano], certeramente ilustra el cumplimiento de la declaración profética final de Daniel 9.

RESUMEN

Resumiendo el contenido de esta profecía, debemos enfocar nuestra atención en los diversos aspectos de la obra del Mesías. Estos aspectos pue-

den ser vistos como sigue:

1. Daniel 9:24c: El Mesías haría la gran expiación.
2. Daniel 9:24d: Esa expiación traería la justicia eterna.
3. Daniel 9:24f: El Santuario celestial sería ungido para el comienzo de la obra sacerdotal del Mesías.
4. Daniel 9:25: La fecha de la venida del Mesías.
5. Daniel 9:26a: El Mesías es asesinado.
6. Daniel 9:26b: El Mesías es rechazado en su muerte.
7. Daniel 9:27a: El Mesías le ofrece a Israel la última oportunidad para aceptar el antiguo pacto.
8. Daniel 9:27b: El Mesías clausura el sistema de sacrificios.

Si tomamos todos estos ocho puntos y los concentramos en una imagen, esta es la imagen central: El Mesías como sacrificio. La fecha de su muerte, el rechazo que implicó su muerte, y las muchas consecuencias de su sacrificio son presentadas prominentemente en esta profecía. Estas consecuencias incluyen expiación y justicia, el fin del sistema de sacrificios, y el inicio de un nuevo sacerdocio en el Santuario celestial. Esta imagen del Mesías como sacrificio es un preludio y una vital introducción a las profecías de Daniel 7 y 8, que fluyen en un orden inverso al capítulo 9. Daniel 9 forma una presuposición de los eventos posteriores contenidos en esas profecías.

CAPÍTULO 8

CRISTO COMO SACERDOTE

Daniel 8 presenta proféticamente dos grandes conflictos que iban a ocurrir en el tiempo. El primero era el enfrentamiento de Persia contra Grecia. En la visión, el profeta vio a cada uno de estos dos poderes representados por un animal. Un carnero simbolizaba a Persia (8:3, 20), y un macho cabrío simbolizaba a Grecia (vers. 5, 21). El choque de estos dos poderes fue representado por el combate cabeza contra cabeza entre los dos animales. Grecia ganó, y el carnero persa fue derribado al suelo y pisoteado por el macho cabrío (vers. 6, 7).

El segundo gran conflicto presente en Daniel 8 confronta a Roma contra las fuerzas del cielo. Roma está representada por el símbolo de un cuerno pequeño (vers. 9). Históricamente hablando, Roma existió en dos grandes fases: La fase clásica o imperial, la Roma de los césares, y posteriormente la fase religiosa o espiritual, la Roma de los papas. Si bien la profecía simboliza ambas fases de Roma, el énfasis está sobre la segunda fase.

De acuerdo con la visión, el Santuario o templo en el cielo sería un blanco especial de contención entre estos dos poderes (vers. 11). Obviamente, no hay forma física en que un poder terrenal ataque una estructura celestial. El ataque es espiritual, o teológico, y esto es a lo que apuntan los símbolos en la segunda mitad de esta visión. El desafío al Santuario celestial se produce cuando se dirige la atención de los hombres y mujeres a un sustituto terrenal, cuando la atención a los ritos religiosos en la tierra toma el lugar de los verdaderos ritos celestiales.

Esta lucha prolongada relacionada con el Santuario habría de continuar por un período prolongado de tiempo: 2.300 tardes-mañanas, o días (vers.

14), que equivalen a 2.300 años históricos (véase el capítulo 6). No se nos muestra el fin completo de esta fase del conflicto; se espera el cuadro completo de estos eventos en Daniel 7. Sin embargo, el capítulo 8 nos da la seguridad de que este conflicto será resuelto en el propio tiempo profético de Dios y en la forma en que Dios lo decida.

EL CARNERO PERSA

En su introducción a esta visión, Daniel dice que Dios le dio la visión en el "año tercero del reinado del rey Belsasar" (8:1). En relación con nuestro calendario, el año tercero de Belsasar equivale aproximadamente al 548 a.C. En ese tiempo, se estaban desarrollando cambios importantes en el Cercano Oriente. Babilonia estaba en declive y Persia estaba en ascenso. En esta visión, Dios le muestra a Daniel cuán lejos llegaría Persia. Pero, más aún, también le muestra los poderes que seguirían a Persia.

Las visiones registradas con anterioridad en Daniel llegaron en la forma de sueños durante la noche. Esto fue cierto en el caso de Nabucodonosor (2:1; 4:5) y de Daniel (7:1). Pero la visión del capítulo 8 llega a Daniel durante el día. El profeta pareciera estar en Susa, o *Shushan*, en la provincia oriental de Elam (vers. 2). Este es el mismo lugar donde ocurrieron los eventos del libro de Ester (Ester 1:2).

Elam era un Estado fronterizo entre Babilonia y Persia. A veces estuvo bajo el control de Babilonia; otras veces estuvo bajo el control de Persia. Y en otras ocasiones permaneció libre e independiente de ambos poderes.

En la visión, Daniel pareciera transportarse de Babilonia hacia el oriente, hasta que llegó a detenerse en la ribera occidental del río Ulai, cerca de Susa. Daniel miraba hacia el oriente, al otro lado del río, y vio un carnero que venía hacia él desde esa dirección. Tenía dos cuernos sobre su cabeza pero estaban disparejos. El más alto creció después (vers. 3). Más tarde, Gabriel, quien fue enviado a Daniel para interpretarle la visión, explicó este elemento. "En cuanto al carnero que viste, que tenía dos cuernos, estos son los reyes de Media y de Persia" (vers. 20).

Los medos y los persas eran pueblos relacionados entre sí que ocuparon la meseta iraní, los medos en el norte y los persas en el sur. Los medos eran los más poderosos, y, desde el siglo noveno hasta el séptimo antes de Cristo, se opusieron con mucha fuerza a los asirios en su frontera oriental. Las fa-

milias reales de los medos y persas se casaron entre sí, y, a la postre, bajo Ciro, los persas llegaron a ser los más fuertes de los dos. Ciro conquistó Media y la incorporó a su reino, de ahí el nombre combinado de Imperio Medo-Persa (vers. 3, 20). Este poder doble está representado por el carnero en esta visión.

Mientras Daniel observaba, el carnero "hería hacia tres direcciones diferentes". Es obvio que esto representaba las conquistas de este poder: "Ninguna bestia podía parar delante de él, ni había quien escapase de su poder" (vers. 4). Los tres puntos cardinales hacia los cuales se proyectaba eran el norte, el occidente y el sur. La mayor conquista de los persas hacia el norte fue el reino de Lidia, en Anatolia, o la antigua Turquía. Ciro conquistó esta área en 547 a.C. Hacia el occidente, Persia, bajo Ciro, conquistó Babilonia en el 539 a.C. Daniel 5 y 6 hacen referencia a este acontecimiento y a sus consecuencias inmediatas. Hacia el sur, el hijo de Ciro, Cambises, conquistó Egipto en 525 a.C. De esta forma, el Imperio Medo-Persa se extendió hacia estas tres direcciones.

EL MACHO CABRÍO GRIEGO

Enardecido por el éxito, los emperadores persas trataron de extender sus conquistas un paso más allá, hacia el norte. Invadieron Grecia. Dos reyes persas diferentes, Darío I, en 490 a.C., y Jerjes, en 480 a.C., intentaron subyugar a Grecia. Pero después de un éxito inicial, ambos fueron finalmente resistidos y tuvieron que regresar a casa. Así terminaron los intentos persas de conquistar Grecia.

Pero el macho cabrío griego (vers. 5, 21) no olvidó esta humillación nacional de una invasión persa y la destrucción que ellos habían causado. Por lo tanto, cuando la profecía habla acerca del choque entre estos dos poderes, dice que el macho cabrío corrió contra el carnero "con la furia de su fuerza" (vers. 6). Grecia quería desquitarse, y lo logró con creces. Alejandro Magno derrotó a los persas, y su ejército victorioso marchó por toda la ruta hacia el valle del Río Indo, en el noroeste de la India, antes de regresar.

Todo esto estaba simbolizado por las acciones del macho cabrío en Daniel 8. En el versículo 21, Gabriel identifica al macho cabrío con Grecia, y añade: "Y el cuerno grande que tenía entre sus ojos es el rey primero", una referencia obvia a Alejandro. La rapidez de la conquista griega es referida

por el simbolismo del macho cabrío que flota sin tocar tierra (vers. 5). La derrota de los persas y su último rey, Darío III, está indicada por la forma en que el macho cabrío trató al carnero: "Se levantó contra él y lo hirió, y le quebró sus dos cuernos, y el carnero no tenía fuerzas para pararse delante de él; lo derribó, por tanto, en tierra, y lo pisoteó, y no hubo quien librase al carnero de su poder" (vers. 7).

Pero Alejandro no vivió para disfrutar los frutos de sus conquistas. A la corta edad de treinta y tres años, murió en Babilonia después de su regreso de la India. Su destino ha sido inmortalizado en un poema que contrasta sus logros con los de Jesús:

Jesús y Alejandro
murieron a los treinta y tres.
Uno vivió y murió para sí.
El otro murió por ti y por mí.

La profecía de Daniel 8 predecía la muerte de Alejandro. "Y el macho cabrío se engrandeció sobremanera; pero estando en su mayor fuerza, aquel gran cuerno fue quebrado" (vers. 8). En la cúspide de sus facultades y conquistas, Alejandro murió en el 323 a.C. Él tuvo un hijo, pero su hijo no heredó el reino (Dan. 11:4). Más bien, el reino de Alejandro se dividió entre sus generales. Lucharon entre ellos durante casi veinte años. Pero para el 301 a.C., cuatro reinos habían emergido del caos político que siguió después de la muerte de Alejandro (8:8, 22). Estos fueron: (1) Macedonia, bajo Casandro; (2) Tracia y el Asia Menor noroccidental, bajo Lisímaco; (3) Siria y Babilonia, bajo Seleuco; y (4) Egipto, bajo Ptolomeo. (Estos desarrollos están descritos en mapas que se encuentran en el *Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día*, t. 4, F. D. Nichol, ed., pp. 850, 851). Estas facciones continuaron peleando intermitentemente entre sí, pero las profecías finales de Daniel (capítulo 11) llegan a concentrarse en las batallas entre el rey del norte (Siria) y el rey del sur (Egipto).

EL CUERNO PEQUEÑO ROMANO —FASE I

Los cuatro reinos helenos (griegos) de la región oriental del Mediterráneo estaban representados en esta profecía por los cuatro cuernos que brotaron en lugar del cuerno de Alejandro, el cual se había roto (Daniel 8:8,

22). Después de que se habían establecido, un nuevo poder llegó a la escena de acción. Este poder estaba representado por un cuerno "pequeño" (vers. 9). Hasta este punto en la profecía, los comentadores han sido relativamente uniformes en sus interpretaciones de estos símbolos. En su mayor parte, siguen el bosquejo histórico presentado arriba. En este punto de la visión, sin embargo, divergen en gran manera.

Cierta escuela de intérpretes sostiene que el cuerno pequeño representa un rey individual, Antíoco IV Epífanes, un rey griego del reino sirio. Una segunda escuela de pensamiento sostiene que este nuevo cuerno representa a Roma. La posición tomada en esta obra sigue esta última perspectiva. He reflexionado sobre dicha perspectiva en el capítulo dos de mi libro, *Selected Studies in Prophetic Interpretation* [Estudios selectos sobre la interpretación profética]. Quienes quisieran más detalles sobre este punto pueden consultar esa obra. (Véase también el capítulo 6.) Aquí, apenas podremos en forma breve destacar unos pocos puntos. Hay siete razones por las que Antíoco Epífanes no puede ser el cuerno pequeño de Daniel 8. Vamos a destacar tres de las principales.

Primero, la visión presenta una progresión del poder de los reinos involucrados. El carnero persa "se engrandecía" (vers. 4). El macho cabrío griego "se engrandeció sobremanera" (vers. 8). El cuerno pequeño, entonces, "se engrandeció hasta el ejército del cielo... Aun se engrandeció contra el príncipe de los ejércitos" (vers. 10, 11). Esta progresión del comparativo al superlativo sería cierta en cuanto al Imperio Romano, pero no válida respecto de un gobernante individual tal como Antíoco Epífanes.

Segundo, Antíoco Epífanes (175-163 a.C.) gobernó Siria más o menos a la *mitad* de la dinastía seléucida, que duró del 301 a.C. hasta el 64 a.C. Él fue el séptimo rey de 27 en la dinastía seléucida. La potencia llamada cuerno pequeño, sin embargo, aparece en el escenario histórico "al fin del reinado de éstos" (vers. 23); esto es, al extremo *final* del gobierno de los cuatro reinos griegos. En contraste, Roma apareció en la escena durante la parte final del gobierno de estos cuatro reinos, conquistando a cada uno en su turno: Grecia en el 168 a.C., Asia Menor en el 133 a.C. (por herencia), Siria en el 64 a.C., y Egipto en el 31 a.C. Por lo tanto, Roma satisface esta característica de la visión, mientras que Antíoco Epífanes no.

Tercero, debemos notar la dirección de la conquista especificada por la visión. El cuerno pequeño habría de conquistar hacia el sur, el oriente y la

tierra gloriosa (vers. 9). Antíoco IV tuvo cierto éxito hacia el sur. En el 169 a.C. conquistó la mitad oriental del delta egipcio. En el 168 a.C. regresó a terminar la tarea, pero no pudo hacerlo. Más bien, fue detenido por un embajador romano y nunca más regresó a Egipto. En su campaña oriental, Antíoco Epífanes tuvo cierto éxito al inicio, pero luego murió durante esa campaña. Sus logros fueron peores respecto de la "tierra gloriosa", o Judea. Cuando llegó al trono, esta provincia pertenecía a su reino. Pero a causa de su persecución a los judíos, estos se levantaron en una revuelta y se liberaron del yugo sirio. En contraste con la visión, Antíoco Epífanes no conquistó la "tierra gloriosa", más bien fue el responsable de perderla. Roma, por el otro lado, hizo mayores conquistas en todas las tres direcciones especificadas por la visión. Nuevamente, Roma se ajusta bien a las características de la visión, pero no Antíoco.

Con base en estas razones, tomamos en esta obra la posición de que el cuerno pequeño en la visión de Daniel 8 representa a Roma.

Lo primero que el cuerno pequeño hizo después de su aparición fue conquistar hacia el sur, el oriente y la "tierra gloriosa". Estas, según hemos visto, corresponden a las conquistas territoriales de la Roma imperial. En cuanto a conquistar los cuatro cuernos griegos, Roma conquistó el oriente en 168 y 133 a.C.; conquistó la "tierra gloriosa" de Judea al mismo tiempo que conquistó Siria en el 63 a.C.; y conquistó Egipto, al sur, en 31 a.C.

EL CUERNO PEQUEÑO DE ROMA —FASE II

Las conquistas territoriales hacia el oriente, sur y la tierra gloriosa en Daniel 8:9 representan conquistas territoriales de la Roma imperial. Con el versículo 10, sin embargo, se presenta una transición. El cuerno pequeño de Roma tiene un nuevo blanco, pero no es la tierra. Es el cielo. Los siguientes tres versículos identifican los blancos del cuerno pequeño como el "ejército del cielo" (vers. 10), el "príncipe" que dirige ese ejército (vers. 11), y el Santuario en el cielo junto con el servicio que ahí se realiza (vers. 11, 12). Esta transición de las conquistas terrenales horizontales al asalto vertical en dirección al cielo es referido como la dimensión vertical de lo apocalíptico.

Esta dimensión vertical de lo apocalíptico también proclama una nueva fase de la obra del cuerno pequeño. La conquista del territorio en el oriente, sur y la tierra gloriosa es un tipo de actividad político militar. Un ataque contra el cielo, aun si se lo describe en términos simbólicos, es distintiva-

mente una actividad religiosa. Por lo tanto, con esta fase de la obra del cuerno pequeño la profecía entra a su fase religiosa.

En este pasaje, la dimensión vertical de lo apocalíptico queda demostrada por los verbos de acción utilizados, y también por los blancos de la actividad del cuerno pequeño. "Y se engrandeció hasta el ejército del cielo; y parte del ejército y de las estrellas echó por tierra, y las pisoteó" (vers. 10). Las acciones simbólicas representadas aquí operan en dos direcciones opuestas. El cuerno pequeño se extiende hacia el cielo, lo cual es la dimensión vertical, y luego echa por tierra las estrellas en la otra dirección. Mas no contento con simplemente echar por tierra las estrellas, las pisotea y las aplasta.

En esta visión, las estrellas no son signo de los ángeles como lo son en algunos otros simbolismos bíblicos. No se refiere a la expulsión de Satanás o de la tercera parte de los ángeles en el momento de su rebelión original. Eso ocurrió mucho antes que la acción histórica aquí descrita fuera realizada por este poder religioso. Apocalipsis 12:7 al 9 coloca la expulsión de Satanás y sus ángeles al principio de su gran controversia con Dios. Tampoco Satanás pisoteó a sus ángeles, puesto que los necesitaba para llevar a cabo sus propósitos. El arrojar de las estrellas del que se habla aquí en Daniel 8:10 se explica en el versículo 24: "Destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos". Los santos del Altísimo son el blanco del cuerno pequeño, y eso nos dice que el cuerno pequeño habría de ser un poder perseguidor. En otras partes del libro de Daniel se compara a los santos con estrellas; cuando finalmente emergen victoriosos, "resplandecerán como el resplandor del firmamento" (Daniel 12:3).

Por supuesto que la Roma imperial persiguió a los cristianos, primero de forma local y luego en una dimensión imperial. Pero la persecución fue mayor en su alcance y duración durante la Roma religiosa, bajo el papado. La lista de estas persecuciones es extensa.

Las Cruzadas que corrieron desde el siglo undécimo al decimotercero contra los "infieles" en el Oriente Medio fueron guerras santas dirigidas por el papado. De éstas, se desarrolló la idea de hacer Cruzadas contra los cristianos "herejes", contra los albigenses en el sur de Francia y los valdenses en el norte de Italia en el siglo decimotercero.

Una forma posterior de la Inquisición se desarrolló en España. Y puesto que España controlaba una porción considerable del Nuevo Mundo, la Inquisición se exportó a América Latina, hasta principios del siglo XIX. Un

testimonio de este hecho es el Museo de la Inquisición en Lima, Perú, ubicado en el mismo edificio en el cual se desarrollaba este tipo de persecución. Desde España, este tipo de actividad también fue exportada a Holanda, donde el Duque de Alba dirigió a las tropas españolas en la supresión y muerte de protestantes holandeses en 1568.

Francia también fue escenario de persecuciones contra los protestantes. Miles de hugonotes cayeron en el Día de San Bartolomé en 1572. Cuando el rey francés revocó el Edicto de Tolerancia en 1685, muchos de los hugonotes tuvieron que huir a otros países. Toda esta actividad está estrechamente relacionada con el tipo de persecución que se dice que el cuerno pequeño habría de realizar al echar por tierra a las estrellas, o los santos del Altísimo, y pisotearlas (vers. 10).

Después, la visión se enfoca en el oponente principal del cuerno pequeño; se lo conoce como el "príncipe de los ejércitos" (8:11). El cuerno pequeño "se engrandeció contra el príncipe de los ejércitos" (vers. 11), pero no pudo hacerle daño alguno personalmente, si bien fue capaz de herir a sus seguidores. La palabra traducida como "príncipe", es un título político, pero en este capítulo se la usa en forma sacerdotal. A él pertenece el Santuario y el *tamid*, o servicio diario que se realizaba en el Santuario. Esto queda indicado por los pronombres personales usados con estos objetos: "Y el lugar de *su* santuario [del Príncipe] fue echado por tierra" (vers. 11, el énfasis es nuestro). El verbo hebreo usado aquí significa "arrojar o derribar".

La palabra usada para "príncipe" es también un término mesiánico. Encontramos al Mesías Príncipe mencionado en Daniel 9:25, 26, en la profecía acerca del Mesías en relación con su pueblo y la tierra prometida. La palabra usada aquí para "príncipe" (*sar*) es un vocablo hebreo diferente del que se usó en Daniel 9 (*nagid*). Este uso en Daniel 8 refleja la posición celestial del príncipe. El nombre o título para Dios no se usa en este capítulo. En este capítulo, el príncipe es el principal protagonista de parte de Dios. Por lo tanto, este príncipe puede compararse con el celestial Miguel, quien es mencionado en otras partes (10:13, 21; 12:1) del libro de Daniel como príncipe (*ar*).

Como la fase religiosa de Roma, el cuerno pequeño ataca a los santos. Ha desafiado al Mesías Príncipe, Jesucristo, en su escenario celestial, pero no ha podido hacerle ningún daño. Eso sí, atacó su Santuario. Lo echó por tierra y lo pisoteó (vers. 12). El verbo hebreo usado para arrojar es *shalak*.

La traducción de la Nueva Versión Internacional y de la Reina Valera 1960, "echó por tierra", captura la fuerza de este verbo. Se usa esta palabra comúnmente cuando se habla de arrojar una piedra o una acción similar.

¿Qué significa que el Santuario celestial sea echado por tierra y pisoteado? Claramente, éste no es un acto literal, físico. No hay tal cosa como un ascensor entre el cielo y la tierra como para que el edificio del Santuario suba o baje. Esta es una acción simbólica. ¿Qué significará hacer descender a la tierra un Santuario celestial? Significa que lo que se representaba correctamente en el cielo, ahora, a la vista de los ojos humanos, ha sido traído aquí a la Tierra, donde se desempeñan las actividades del cuerno pequeño. El cuerno pequeño ahora representa el ministerio celestial de Jesucristo, que requiere la actividad del sacerdote sobre la tierra para mediar su gracia a la humanidad. Los intermediarios humanos se han interpuesto entre Dios y su pueblo. Uno de los asuntos centrales de la Reforma fue su rechazo de este punto en particular. Martín Lutero sostenía que cada cristiano tiene acceso inmediato al ministerio de Cristo en el cielo. Cada individuo puede tener acceso personal a Jesucristo y a Dios; los intermediarios humanos, sacerdotales, no son necesarios para tal acceso. "Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre" (1 Tim. 2:5). Esto no deja espacio para la mediación de sacerdotes, santos, ángeles, o María, como se da en el sistema romano.

El acto final realizado por el cuerno pequeño contra el Santuario fue un intento de controlar el ministerio "diario" o "continuo" que ocurría ahí. La Nueva Versión Internacional (NVI) dice que por causa del cuerno pequeño "se eliminó el sacrificio diario" (vers. 11). En realidad, el verbo está en voz pasiva: "Y por él fue quitado el continuo sacrificio" (RV60). La clara implicación, por supuesto, es que fue el cuerno pequeño quien hizo esto. Más importante, muchas versiones, inclusive la NVI, han agregado aquí la palabra "diario" en conexión con la palabra "sacrificio". En otras partes del Antiguo Testamento, la palabra hebrea *tamid* (continuo) se usa como un modificador, refiriéndose a algo que ocurre diaria, continua o constantemente. No obstante, aquí se usa la palabra como un sustantivo; no hay palabra que siga después para modificarla. Muchas versiones bíblicas han agregado la palabra "sacrificio", porque *tamid,* "continuo", a veces se usaba para modificar la ofrenda o sacrificio que era quemado diariamente sobre el altar en el atrio del Santuario terrenal (Éxo. 29:38, 42). Pero *tamid*

también se usaba para modificar un número de otras actividades realizadas en el Santuario. Se usaba para la quema de las lámparas del candelero de siete brazos (Éxo. 27:20-21), para la quema del incienso sobre el altar del incienso (Éxo. 30:8), y para el pan de la proposición sobre la mesa de los panes (Éxo. 25:30). También era usada para otras actividades relacionadas con el Santuario (Éxo. 28:29, 38; 1 Crón. 16:6).

Es necesario, entonces, traducir *tamid* con una palabra que abarque todas estas actividades conectadas con el Santuario, no solo la idea de sacrificio. Una palabra que es más amplia e inclusiva, que abarca todas estas actividades, es "ministerio". Todas estas actividades que emplean la palabra *tamid* en su descripción son actividades practicadas por un sacerdote en el atrio y en el Lugar Santo del Santuario. Eran parte de su ministerio diario allí. Es este tipo de ministerio que Jesús está realizando en el Santuario celestial (véase Heb. 8:1), y que el poder llamado cuerno pequeño intenta rebatir. Su plan es hacer que la mirada de la humanidad sea desviada del ministerio verdadero y original de Jesús en el cielo a un sustituto humano y terrenal. Ese es el *tamid* que el cuerno pequeño intentó arrebatar y controlar.

Sin embargo, fracasó en su intento, dado que el verdadero ministerio celestial de Jesús continuó. A la postre, por medio de la Reforma y los eventos subsecuentes, los ojos de la gente fueron dirigidos nuevamente al ministerio de Jesús en el Santuario celestial como la fuente de salvación.

La visión de batalla y conflicto aquí en Daniel 8:10-12 fue de naturaleza distintivamente religiosa. Involucraba persecución. Involucraba un ataque contra la persona de Cristo. Pretendía desviar la atención de la gente de la persona de Cristo. Pretendía desviar la atención de la gente de su Santuario celestial a un sustituto terrenal. Y tenía la intención de desviar la atención de la gente de su ministerio celestial a un sacerdocio terrenal humano y sus acciones. Todo esto fue la obra del papado medieval, la fase religiosa de Roma.

¿Por qué era tan importante este conflicto? Porque tenía que ver con la fuente del plan de salvación. Era una lucha entre dos diferentes planes de salvación: el original del cielo y un sustituto terrenal posterior. ¿Por qué los adventistas del séptimo día dan tanta importancia al capítulo ocho de Daniel? Porque implica el mismo plan de salvación. ¿Qué podría ser más importante?

También es importante notar que Daniel 8 no describe un cuadro de la

resolución final del problema. Cuando la visión se desvaneció ante la mirada del profeta, el cuerno pequeño aún "hizo cuanto quiso, y prosperó" (vers. 12). Sin embargo, los versículos 13 y 14 proveen la seguridad de que este problema al final será resuelto, aunque el capítulo 8 no explica dicha resolución en detalle. El significado total de lo que está implicado en la resolución del problema está representado en Daniel 7, que estudiaremos en el siguiente capítulo.

LOS DOS ÁNGELES HABLAN

La porción visual de la profecía de Daniel 8 termina con el versículo 12. Al desvanecerse la visión ante el profeta, ocurrió un nuevo fenómeno. Dos ángeles se hicieron audibles al punto que Daniel podía escuchar, su conversación. En el versículo 13, el primer ángel hace una pregunta. El segundo ángel da la respuesta en el versículo 14.

La NVI traduce correctamente la primera parte de la pregunta del primer ángel: "¿*Cuánto más* va durar esta visión? (vers. 13, el énfasis es nuestro). El resto de la pregunta procede a identificar la visión en cuestión: "¿Esta visión del sacrificio diario, de la rebeldía desoladora, de la entrega del santuario y de la humillación del ejército?" La respuesta del segundo ángel se halla en el versículo 14: "Va a tardar dos mil trescientos días con sus noches. Después de eso, se purificará el santuario" (NVI). Cada elemento en este importante versículo necesita ser examinado en detalle.

ESTABLECIENDO FECHAS PARA LOS 2.300 DÍAS

Es importante destacar que la pregunta es acerca de la duración de *la visión*, no acerca de la duración de las actividades del cuerno pequeño. Las actividades del cuerno pequeño están incluidas dentro de esta visión, de hecho señalan el clímax, pero no son todo lo que hay en la visión. La visión también incluye al carnero persa, al macho cabrío griego, y los cuatro cuernos que preceden al cuerno pequeño de las dos fases de Roma. Así pues, cuando el ángel pregunta "¿cuánto durará la visión?", la palabra "visión" incluye todo lo que Daniel vio en el capítulo 8, desde el carnero persa hasta el cuerno pequeño. Este hecho nos proporciona un punto aproximado de partida para el período de tiempo de 2.300 días mencionado en el versículo 14.

La visión comienza con el carnero persa. Por lo tanto, las 2.300 tardes y mañanas deben comenzar con el período persa. La profecía no nos da un

punto de partida preciso dentro de ese período, tenemos que obtener dicho punto de Daniel 9. En el capítulo anterior acerca de la profecía de Daniel 9, le dimos atención considerable al punto de partida para la profecía de las setenta semanas (véase las págs. 153-158). Con base en un estudio de los decretos de Esdras y Nehemías, y la cronología relatada en ellos, establecimos la fecha del 457 a.C. como el punto de partida de las setenta semanas. Queda ahora conectar estas profecías, la del capítulo 9 y la visión del capítulo 8, de manera más específica. Existen varias líneas de evidencia para esta conexión.

El primer punto es que Daniel 9:24 dice que las setenta semanas fueron "cortadas" para el pueblo de Daniel y la santa ciudad de Jerusalén. La versión Reina-Valera de 1960, y un número de otras versiones modernas, traducen este verbo como "determinadas". Desafortunadamente, este verbo, *hatak*, ocurre esta única vez en el Antiguo Testamento, de modo que en lo que respecta a la Biblia, no hay material comparativo con el cual evaluarla por posibles significados alternativos. En tal caso, tenemos que ir a la siguiente fuente de ayuda útil para tal información: el hebreo posbíblico. Esta palabra, *hatak*, se la usa una docena de veces en las fuentes judías posbíblicas. En todos los casos, excepto en uno, significa "cortar". Solo en un caso tiene el significado de "decretar" o "determinar". Claramente, su significado dominante en las fuentes hebreas posbíblicas es "cortar", y por lo tanto éste es el significado más probable aquí en Daniel 9.

Otro argumento que señala la misma conclusión es el hecho de que el significado de las raíces de las palabras hebreas evoluciona generalmente de lo concreto a lo abstracto. En este caso, la idea de "cortar" es concreta, y la idea de "decretar" es una idea más abstracta. No resulta claro si para el tiempo de Daniel la palabra *hatak* se había desarrollado del significado concreto "cortar" a la idea más abstracta de "decretar" o "determinar". Pero ciertamente la idea concreta temprana de "cortar" estaba presente en la palabra en el tiempo de Daniel. Por lo tanto, la evidencia lingüística, tanto el significado de la raíz como el uso dominante, favorece el significado de "cortar" aquí en Daniel 9:24. Daniel 9:24 dice que setenta semanas deben ser "cortadas" para el pueblo judío. Si un período de tiempo es "cortado", debe ser cortado de otro período de tiempo. ¿De qué período de tiempo más extenso podrían ser cortadas las setenta semanas? El período más a mano es el de los 2.300 días del capítulo precedente, Daniel 8.

Cristo como sacerdote

El segundo punto que enlaza los capítulos 9 y 8 de Daniel es el hecho de que Daniel obviamente no entiende la respuesta contundente del segundo ángel (8:14) a la pregunta del primer ángel (vers. 13). El versículo 16 específicamente comisiona a Gabriel para explicar la visión a Daniel, incluyendo este intercambio entre los dos ángeles. Sin embargo, cuando examinamos la explicación de Gabriel como aparece en el resto del capítulo 8, vemos que explica virtualmente todos los elementos de la visión simbólica, excepto la declaración del ángel respecto de tiempo en el versículo 14. En el versículo 26, Gabriel sencillamente asegura a Daniel que el elemento de tiempo es "verdadero". Fue ese elemento en particular sobre el cual Daniel estaba más confundido (vers. 27). Por lo tanto, cuando el mismo ángel viene después (en Daniel 9) para explicar con más detalles las cosas a Daniel, ciertamente esperaríamos que su explicación se relacione con lo que Daniel no entendió respecto de la visión del capítulo 8.

Las palabras específicas usadas por el ángel, según están registradas en el texto hebreo, hacen esta conexión todavía más directa. Esto constituye el tercer argumento para conectar los dos períodos de tiempo de los capítulos 8 y 9. Cuando Gabriel vino a darle a Daniel la profecía del capítulo 9, le señaló la profecía anterior de forma específica. "Entiende, pues, la orden [la cual yo Gabriel te traigo], y entiende la visión [*mareh*]" (Daniel 9:23). Hay dos palabras hebreas que se usan para visión en el libro de Daniel. Una es *mareh*, que se refiere a la aparición de un ser personal en visión. Un ejemplo se puede encontrar en Daniel 10:5 al 7, donde Daniel se encuentra con la persona de Dios. De esto, él dice: "Solo yo, Daniel, vi aquella visión [*mareh*,]" (vers. 7). La otra palabra para "visión" en Daniel es *hazon*. Ésta se refiere a una visión simbólica como las que contienen bestias y sus acciones. Un ejemplo de ésta se halla en Daniel 8:1, 2, donde esta palabra se usa tres veces para referir la visión simbólica del carnero, el macho cabrío y los cuernos.

En Daniel 8, ambos tipos de visión están presentes. Del versículo 1 al versículo 12 hubo una *hazon*, una visión simbólica. Para los versículos 13 y 14, sin embargo, la visión *hazon* terminó, y aparecen los dos ángeles, dos seres personales. Esta aparición fue una *mareh*. La escritura hebrea de Daniel 8:26 deja bien claro que el capítulo 8 contiene ambos tipos de visión: "La visión [*mareh*] de las tardes y mañanas que se ha referido es verdadera; y tú guarda la visión [*hazon*], porque es para muchos días".

Cuando Gabriel se acerca a Daniel en el 9:23 y le dijo que había venido a ayudarle a entender la "visión", usó la palabra *mareh*. ¿A cuál *mareh* se refiere Gabriel? Obviamente, tuvo que haber sido alguna visión que Daniel ya hubiera recibido. Por tanto, cuando Gabriel le señala a Daniel la visión *mareh* anterior, lo estaba llevando de vuelta a Daniel 8:26, el cual a su vez se refiere a Daniel 8:14. Así que hay un enlace directo entre Daniel 9:23 y Daniel 8:14 a través de Daniel 8:26. Gabriel no le dio a Daniel la profecía del capítulo 9 para explicarle la visión de Daniel 8; se la dio con el fin de explicarle la primera parte del elemento de tiempo de esa visión. Las setenta semanas de Daniel 9 serían cortadas de los 2.300 días de Daniel 8, según hace evidente la redacción hebrea de la declaración de Gabriel.

Así pues, el lenguaje de Daniel 9 y su conexión con Daniel 8 nos dan una fecha más específica del período de tiempo de Daniel 8. Daniel 8 indica que iba a comenzar en general durante el período persa, y Daniel 9 especifica la fecha de inicio como el 457 a.C. (véase la discusión respecto de esta fecha en el capítulo anterior que trata de Daniel 9). Si uno suma 2.300 tardes-mañanas, o días, a 457 a.C., partiendo de la base del principio día por año (Ezequiel 4:6; Números 14:34), esos 2.300 años se extienden hasta 1844 d.C. De esta forma, hemos establecido las fechas tanto del comienzo como del final del período de tiempo de Daniel 8:14.

¿QUÉ SUCEDIÓ AL FINAL DE LOS 2.300 DÍAS?

Con las fechas establecidas para este período de tiempo, podemos preguntarnos: ¿Qué iba a pasar al final de este período de tiempo? ¿Qué iba a suceder en 1844?

Daniel 8:14 dice: "Luego el santuario será purificado". El Santuario referido en este versículo es aquel que anteriormente se refirieron los versículos 11 y 12: el Santuario celestial. Era el mismo Santuario celestial que el poder llamado cuerno pequeño intentó echar por tierra ante los ojos de la humanidad. Al hacer esto, intentaba arrogarse las prerrogativas de dicho Santuario celestial, usurparlas para sí mismo. De esta manera, ha habido dos planes rivales de ministerio en el Santuario: el celestial original y el sustituto terrenal. Ha habido dos santuarios rivales y dos sacerdocios rivales. Ha habido dos sumo sacerdotes rivales que han oficiado sobre estos planes. En cierto punto de la historia de esta batalla, debe haber un momento decisivo para estos dos proyectos ministeriales. Debe llegar un tiempo de juicio

que decidirá cuál es el verdadero. Este juicio es presentado en el período de tiempo de los 2.300 días, en Daniel 8:14. La "purificación" del Santuario, por lo tanto, tiene que ver con la corrección de los errores y daños que el cuerno pequeño creó en su intento de establecer un sustituto terrenal para la obra del Santuario celestial. A través de este juicio, será evidente que durante toda esta lucha el verdadero Santuario era el que está en el cielo (compárese con Heb. 8:2). Será evidente que el verdadero sacerdocio era el sacerdocio en el que Jesús estaba involucrado en el cielo (compárese con Heb. 8:1). Será evidente que los verdaderos servicios del verdadero Santuario eran aquellos ubicados en el cielo con Cristo, el Príncipe sacerdotal.

El verbo que el texto hebreo usa para expresar esta restauración múltiple es *sadaq*, que significa "ser recto o justo". En hebreo, esta es una palabra muy rica y amplia con varios grados de significado. En sus aspectos más amplios se aplica el uso de varias palabras con las cuales ha sido traducida, "purificado", "reconsagrado", "vindicado", "restaurado", "victorioso". Es una palabra "paraguas" que incluye todas estas variantes de significado. El Santuario ha sido profanado simbólicamente por el cuerno pequeño, entonces será purificado por este juicio. Ha sido echado por tierra como una acción simbólica; pero será restaurado al cielo nuevamente, de manera figurativa. Los juicios terrenales contra los santos han estado yendo en contra de los juicios del Santuario celestial; ahora se verá que las decisiones eran correctas y que aquellos tribunales terrenales estaban equivocados. Ahora las decisiones erróneas de los tribunales terrenales serán revocadas, y los claros juicios del cielo serán puestos de manifiesto. En todas estas formas, el Santuario será rectificado. Será restaurado; surgirá victorioso; será vindicado; será purificado de las contaminaciones terrenales que ha sufrido. Por lo tanto, "ser recto" o "justo" es el significado teológico amplio y rico que abarca todas estas variantes de significado. A toda esa imagen rica y multicolor se le dará lugar gracias al juicio celestial, en el que todos estos aspectos serán puestos de manifiesto.

Ese juicio celestial ocurre al final de los 2.300 días, como queda afirmado por varias líneas de evidencia.

Primera, la situación o el problema de Daniel 8:11 al 13 requiere un juicio tal para resolverlo. Segunda, el juicio celestial le fue mostrado a Daniel en visión en el capítulo 7:9 al 14. Un ángel anuncia la venida del juicio en Daniel 8:14, pero no se le muestra esto al profeta en ese momento; se le

muestra a él en visión en Daniel 7:9 al 14. Esta es una razón para estudiar estas profecías en orden inverso: El anuncio del juicio en Daniel 8 nos dirige lógicamente a la escena de ese juicio en Daniel 7. La otra línea de evidencia para este juicio viene de la tipología hallada en el libro de Levítico.

CONEXIONES Y PARALELOS ENTRE DANIEL 8 Y LEVÍTICO

Puede parecer extraño, al principio, llamar la atención hacia el libro de Levítico en medio de una discusión sobre un libro profético como Daniel. Levítico es un libro de leyes, no profecía. Pero cuando uno considera la naturaleza del contenido de esta profecía, puede verse con mayor claridad cómo estas dos fuentes se conectan. Se conectan a través del Santuario. Daniel 8 es, en última instancia, una profecía acerca del Santuario. Levítico es un libro de leyes y regulaciones de lo que sucedía en el Santuario terrenal. Por lo tanto, hay una conexión natural, lógica entre estos dos libros, y ese enlace se ve reforzado por la naturaleza de los símbolos utilizados en Daniel 8. Una consideración cuidadosa de estos símbolos muestra hasta qué medida Daniel 8 es una profecía del Santuario.

Primeramente, está la palabra misma, "santuario", que se usa tres veces en Daniel 8 (vers. 11, 13, y 14).

Segundo, está la palabra *tamid*, que significa "diario" o "continuo". Aunque esta palabra puede utilizarse como un adverbio ordinario para modificar otras acciones fuera del Santuario, era comúnmente usada para varias actividades sacerdotales que ocurrían dentro del templo.

Tercero, está el símbolo de un carnero que fue usado para representar a Persia. El carnero era un animal domesticado, en contraste con las bestias salvajes del campo que se encuentran como símbolos en Daniel 7. El carnero también era un animal que se usaba para los sacrificios en el servicio del Santuario.

Cuarto, está el símbolo del macho cabrío usado para representar a Grecia. Este también era un animal domesticado utilizado para los sacrificios.

Quinto, está la unidad de tiempo "tarde-mañana" que se empleaba en Daniel 8. La profecía no solo dice "días"; usa una unidad compuesta de "tardes-mañanas". ¿Qué es una tarde-mañana? Génesis 1 indica que los días de la semana de la creación consistieron de una tarde y una mañana, así que cronológicamente una tarde-mañana es equivalente a un día entero de 24 horas.

Pero puede que haya una razón teológica ulterior para la selección de esta unidad de tiempo en la profecía. Números 9:14-23 narra la historia de los israelitas que parten para su viaje en la península del Sinaí. Con ellos iba la misma presencia de Dios, representada por la nube sobre el Santuario. Cuando esa nube se convertía en una columna de fuego al atardecer, el sumo sacerdote sabía que era el momento de ofrecer el sacrificio vespertino. Cuando se convertía otra vez en una columna de nube en la mañana, sabía que era hora de ofrecer el sacrificio matutino. Por lo tanto, una tarde-mañana era también un día del Santuario, delineado por Dios mismo para indicar la hora del día en que debían cumplirse los aspectos diversos de su servicio.

A raíz de estas cinco razones podemos ver que Daniel 8 es una profecía que extrae bastante de los servicios del Santuario para sus símbolos. De modo que para entender ese simbolismo, necesitamos dirigirnos a aquel libro de la Biblia que nos dice más sobre el Santuario. La última porción de Éxodo (capítulos 25-40) nos dice cómo se construyó el Santuario; el libro de Levítico cuenta cómo el Santuario fue inaugurado y acerca de los servicios que ahí se ofrecían.

Había dos tipos básicos de servicios en el Santuario: el diario y el anual. Los servicios diarios eran aquellos que se llevaban a cabo todos los días. Son conocidos con la palabra que encontramos en Daniel: *tamid.* La otra clase de servicios eran aquellos que sucedían una vez al año. Generalmente eran fiestas de celebración y acción de gracias como la Pascua y la Fiesta de los Tabernáculos (véase Levítico 23).

Sin embargo, había una de estas fiestas anuales que, más que cualquiera de las otras, daba fin al ciclo anual de sacrificios y servicios diarios. Era el Día de la Expiación, *yom kippur.* Todos los servicios diarios encontraban su conclusión en ese servicio anual. Con la sangre del macho cabrío del Señor, el Santuario era purificado de su registro de pecados del año anterior y quedaba limpio y nuevo otra vez para empezar otro ciclo de sacrificios para el próximo año calendario (véase Levítico 16). Por lo tanto, en Levítico hallamos estos dos grandes aspectos del servicio del Santuario: el diario y el anual.

Los encontramos también en Daniel 8. Cuando se habla del *tamid,* se trata del ministerio diario y lo vemos como un punto de contienda entre el cuerno pequeño y el Príncipe (8:11). Este ministerio diario en el San-

tuario celestial en realidad pertenece al Príncipe, pero el cuerno pequeño contendió contra él para arrebatárselo. En su afán por tomar el control de los servicios del Santuario a la vista de los seres humanos, este cuerno pequeño introdujo elementos falsos en ese servicio (8:12). Un sacerdocio falso servía al pueblo de una manera no estipulada por Dios. Cuando sucedía eso en el Santuario terrenal en los tiempos del Antiguo Testamento, el Santuario se contaminaba. Por ejemplo, ocurría una profanación cuando la santidad del Santuario era corrompida por ídolos (Lev. 20:1-3; Jeremías 7:30, 31) o por un sacerdocio que no era apto para servir allí (Lev. 21:6-8; Eze. 22:26). Este tipo de contaminación tenía que ser atendida de cierta forma, y eso se hacía mediante los servicios del Día de la Expiación.

Pero había otro elemento que era introducido al Santuario: El registro de los pecados perdonados. En Levítico 4, encontramos instrucciones respecto de la ofrenda por el pecado. En Levítico 5 y 6, encontramos instrucciones para la ofrenda por la culpa. Cuando estos tipos de pecado eran tratados por estos sacrificios, la sangre o la carne de los sacrificios eran manejadas en modos específicos. O bien la sangre era llevada al interior del Santuario o el sacerdote comía una porción del sacrificio en el lugar santo. Ambos procedimientos transferían el pecado perdonado del pecador al Santuario. Esto queda bien claro en el resultado de estas acciones según Levítico 4:20, 26, 31, 35. Cuando el sacerdote había completado la manipulación de la sangre del sacrificio ofrecido, había hecho expiación por el pecador y éste quedaba perdonado. Un israelita no tenía que esperar hasta el Día de la Expiación para saber que estaba perdonado; estaba perdonado desde el momento en que el sacrificio se hacía y el sacerdote manejaba los elementos del sacrificio de forma apropiada.

Hay un caso muy instructivo en relación con este punto en Levítico 10:16-20. Los servicios del Santuario recién habían comenzado, y los sacerdotes aún no estaban muy familiarizados con ellos. Cuando Moisés descubrió que los sacerdotes no habían entrado con la sangre ni la carne del sacrificio al Santuario, se ofendió mucho. Los reprendió severamente. La importancia de introducir la sangre o la carne al Santuario yacía en el hecho de que de esta manera el sacrificio por el pecado era registrado o transferido de una forma u otra. Todo esto también era parte del servicio diario.

Cuando el servicio diario del Santuario cambiaba al servicio anual del

Día de la Expiación, todos los sacrificios del año eran incorporados en la sangre del macho cabrío que representaba al Señor, la cual era llevada al Lugar Santísimo esta única vez y se aplicaba al propiciatorio del arca del pacto. De esta forma, la acumulación de pecados de todo el año que había sido transferida de los pecadores al Santuario mediante los sacrificios diarios era "reunida", por decir así, en un solo sacrificio del servicio anual. Es por eso que no había confesión de pecado sobre la cabeza del macho cabrío por el Señor en el Día de la Expiación (Lev. 16:8, 9). Los pecados ya habían sido confesados sobre las cabezas de las ofrendas por los pecados individuales a lo largo del año (Lev. 4:29). Con la sangre del macho cabrío del Señor en el Día de la Expiación, el sacerdote hacía expiación por el Lugar Santísimo, el Lugar Santo, y el altar en el atrio del Santuario (Lev. 16:16-18).

Ahora el Santuario estaba purificado. Estaba restaurado a su estado original de pureza y estaba listo para comenzar otro ciclo de servicios sacrificiales para el siguiente año (Levítico 16:22-25). La disposición final del pecado se hacía cuando todos los pecados, los cuales habían sido perdonados y registrados en el Santuario a lo largo del año, eran sacados del Santuario, puestos sobre la cabeza del macho cabrío por Azazel, y enviados al desierto para nunca más ser vistos por el pueblo de Israel (Lev. 16:20-22).

Daniel 8 contiene los mismos dos elementos, el diario y el anual, ahora colocados en una relación profética de tipo y antitipo. Levítico es el tipo, y Daniel es el antitipo. La comparación puede verse como sigue:

Servicio Diario	**Servicio Anual**
a. Levítico 1-15	a. Levítico 16
b. Durante los 2.300 días	b. Al final de los 2.300 días

Tal como había una purificación y restauración del Santuario en el Día de la Expiación, asimismo habrá también una restauración total del Santuario celestial cuando el juicio, el día antitípico de la expiación, comience al fin de los 2.300 días, en el año 1844 d.C. (Daniel 8:14).

Pero surge la pregunta: ¿De qué es que ha de ser purificado o restaurado el Santuario celestial?

Primeramente, está el asunto de lo que el cuerno pequeño ha intentado hacerle. En símbolos, el cuerno pequeño se ha extendido hasta el cielo mismo y ha contaminado la pureza de este Santuario con sus maquinaciones. En los tiempos del Antiguo Testamento, esto era efectuado literalmente por los

conquistadores (Eze. 7:20-24; 24:21), los falsos sacerdotes (Lev. 22:15; Sof. 3:1-4) y los idólatras. Esto llegó a su culminación final bajo el último rey de Judá, Sedequías. De sus tiempos, leemos: "También todos los principales sacerdotes, y el pueblo, aumentaron la iniquidad, siguiendo todas las abominaciones de las naciones, y contaminando la casa de Jehová, la cual él había santificado en Jerusalén" (2 Crón. 36:14).

Lo que le sucedió al templo en términos literales puede proyectarse al ámbito del Santuario celestial en términos simbólicos. Pero cuando el juicio sea convocado en el Santuario celestial, todas las antiguas preguntas acerca del plan de salvación serán aclaradas. Aquello que ha sido impugnado u oscurecido ahora aparecerá puro y claro en la misericordia y justicia de Dios que brilla desde el Santuario celestial. La verdad sobre lo que ha estado ocurriendo en el Santuario celestial será aclarada. Por esto se dice que el Santuario será "purificado" (8:14, RV60), o "será reivindicado" (*Biblia de Jerusalén*).

Pero el juicio del Día de la Expiación en el Antiguo Testamento se hacía cargo no solo de las impurezas que habían sido introducidas por forasteros o falsos profetas. También se encargaba de manera terminante del registro de los pecados perdonados de los santos, los israelitas justos (Levítico 16:16, 22). Así, el Día de la Expiación daba cumplimiento a dos eventos de importancia: (1) La purificación o restauración del Santuario respecto de los registros de los pecados de los justos, y (2) la purificación de cualquier impureza introducida por falsos conductos en relación con el Santuario. Levítico 16:16 dice, "Así purificará el santuario, a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados; de la misma manera hará también al tabernáculo de reunión, el cual reside entre ellos en medio de sus impurezas".

La contaminación referida es el estado de impureza que profana al Santuario (Levítico 11-15). La rebelión son los pecados personales y corporativos de Israel (Levítico 1-7). En cuanto a los paralelos tipológicos en el libro de Daniel, los pecados de los justos que son atendidos en el juicio final en el cielo corresponden a los pecados perdonados de los israelitas que fueron registrados diariamente en el Santuario; la impureza que el cuerno pequeño ha introducido simbólicamente al Santuario al contaminar el conocimiento de la obra del verdadero Santuario para la humanidad corresponde al estado de impureza o profanación del cual el Santuario del Antiguo Testamento

era purificado. El patrón es éste:

Levítico 1-7	**Levítico 11-15**	**Levítico 16**
Pecados de los justos perdonados y registrados en el Santuario	Estados de impureza y contaminación que profanan el templo	Purificación y restauración del Santuario mediante el juicio final sobre ambos
Daniel 8:14a	**Daniel 8:10-12**	**Daniel 8:14b**
Actividades del Príncipe como el Sumo Sacerdote celestial. Verdadera aplicación del servicio "diario" durante los 2.300 días	Actividades del cuerno pequeño. Falsa aplicación del servicio "diario"	Juicio al final de las 2.300 tardes-mañanas, al clímax de los servicios "diarios"

Por lo tanto, un conocimiento más pleno de la función del Santuario en el libro de Levítico de verdad puede iluminar las referencias al Santuario en la profecía de Daniel 8. Pero el libro de Daniel tiene más que decir sobre esta materia con la visión de Daniel 7. Ese será el foco de nuestra atención en el siguiente capítulo.

RESUMEN

La cantidad de discusión que ha sido dedicada a esta profecía podría implicar que este es un tema complicado. En realidad, no lo es. La profecía comienza con la historia del carnero persa, su origen, sus éxitos y su colapso final. Entonces continúa con el macho cabrío griego, sus éxitos iniciales y su disolución final. Esa disolución llevó a la división del Imperio Griego en cuatro reinos más pequeños distribuidos alrededor de la cuenca oriental del Mediterráneo. A esta región vino un nuevo poder representado por un cuerno pequeño que creció y aumentó mucho en tamaño. Su grandeza al principio fue revelada por su conquista en las regiones de los otrora reinos griegos. Con éxito conquistó y absorbió esos cuatro reinos.

En su etapa posterior de existencia, este poder en Roma tomó un carácter más religioso. En esta fase, representa a la iglesia que tiene su asiento en Roma, la iglesia que tuvo una tremenda influencia y poder en Europa a lo largo de la Edad Media. Durante aquellos siglos, ejerció su poder como fuerza perseguidora, y esto está claramente revelado por la historia de la

iglesia romana. Su teología revela algo más: Un enfoque del plan de la salvación que contradice las enseñanzas de la Biblia. De esta forma, ha llegado en efecto a convertirse en algo así como un rival al plan de salvación que pretende ofrecer. Esta organización, que comenzó tan bien, en realidad llegó a encontrarse en oposición a los propósitos de Dios por causa de su deseo de ejercer control.

De esta manera se desarrolló una situación antagónica. Por una parte se encontraba el verdadero Santuario celestial desde el cual se ofreció el ministerio del verdadero Sumo Sacerdote, Jesucristo. Por la otra parte, se encontraba un poder terrenal que intentaba distraer la atención de ese Santuario celestial, su Sacerdote y sus servicios, para enfocarse más bien en un sustituto terrenal.

¿Cuánto duraría esta rivalidad? ¿Cómo podría llegar a un final? ¿Cuáles son los resultados de los dos planes alternativos de salvación? Las respuestas a estas preguntas serán manifestadas todas en el juicio. Este juicio al final del tiempo es lo que la profecía señala cuando dice que el Santuario (celestial) será purificado, restaurado y justificado al final de las 2.300 tardes-mañanas. Podemos aprender más acerca de este servicio "anual" que ocurre al fin de los servicios "diarios" cuando consideramos pasajes paralelos en el libro de Levítico. Los capítulos 1 al 15 de Levítico presentan el servicio continuo, y el capítulo 16 describe el anual. Ese servicio anual, o Día de la Expiación, era un día de juicio para el antiguo Israel. De la misma forma, el Día de la Expiación antitípico presenta un juicio en el Santuario celestial que determinará todos los que de verdad pertenezcan al campamento de los santos del Altísimo.

No nos corresponde juzgar quiénes serán esos santos; eso le corresponde a Dios en su juicio. Solo él sabe cuánta luz y verdad recibió cada individuo. Nuestra tarea es aplicarnos a su Palabra a fin de que podamos llegar a conocerle como nuestro Señor y Salvador. Nuestra tarea es recibir su Espíritu para que podamos vivir para él. Todos los aspectos del juicio podemos dejárselos con seguridad a él, nuestro Dios de misericordia y justicia.

CAPÍTULO 9

CRISTO COMO REY

Daniel 7 es la más detallada y completa de las visiones simbólicas en el libro de Daniel. Comienza con el reino contemporáneo de Babilonia en el cual Daniel vivía en el tiempo que la visión le fue dada. Continúa por todo lo largo de la historia humana y finaliza con el reino de Dios que se establecerá al final. Por lo tanto, cubre todo el tiempo desde Daniel hasta nuestros días y se proyecta hacia la eternidad. Daniel 2 cubre un periodo de tiempo similar, pero lo presenta con menos detalle. Allí simplemente encontramos que los reinos implicados están representados por diferentes metales, mientras que en Daniel 7 están simbolizados por bestias distintas, las cuales pueden comunicar características más detalladas. Estas características representan las actividades de los reinos. Las otras profecías principales en el libro de Daniel cubren periodos de tiempo más cortos en su contenido profético que Daniel 7. Daniel 8 comienza con Persia, no Babilonia, y no se extiende hasta al reino final de Dios. Daniel 9 es incluso más corto, cubre solo el periodo desde los persas a los romanos. Daniel 11 sí se extiende hasta el reino final de Dios, pero comienza con Persia, no Babilonia. Por lo tanto, puede decirse que Daniel 7 es la visión simbólica más completa y detallada en el libro.

El capítulo 7 presenta los cuatro reinos de esta Tierra que dominaría el mundo mediterráneo por muchos siglos. Sin embargo, a diferencia de la profecía en el capítulo 8, la explicación de la visión que hace el ángel a Daniel no menciona ninguno de estos reinos. ¿Cómo, entonces, habremos de identificar estas bestias-reinos? La respuesta es que tienen que ser identificados por referencia cruzada con otras profecías en Daniel que sí nombran estos reinos sucesivos o los identifican de otra manera. Básicamente, hay cuatro de estos grandes bosquejos proféticos en Daniel: los capítulos 2, 7, 8,

y 11. (Daniel 9, la otra profecía importante en el libro, es de naturaleza diferente. No bosqueja las naciones que se habrían de levantar y caer. De hecho, ni siquiera las menciona, excepto indirectamente. (Daniel 9 se concentra en la historia profética de los judíos y, por lo tanto, se encuentra afuera del ámbito de los bosquejos proféticos que describen al surgimiento y caída de los cuatro reinos.) En cuanto a símbolos, Daniel 7 hace la representación más completa de la secuencia de los reinos mundiales.

Pero el clímax de la visión en el capítulo 7 no viene con la bestia final. El clímax llega, más bien, en lo que sucede después de la última bestia, cuando Dios se hace cargo de la historia humana y la lleva a un fin (7:13, 14, 26-28). ¿Cómo Dios hace tal cosa? Daniel 7 provee una respuesta interesante. Cuando Dios se hace cargo, queda una fase final de la historia mundial antes de que él establezca su reino eterno. Daniel 7 nos asegura que el reino de Dios se establecerá, pero ¿cómo lo logra? La respuesta viene en los versículos 9-14. Estudiaremos este pasaje en detalle.

Al estudiar Daniel 7, nos concentraremos en algunas palabras clave. ¿Cómo identificamos las palabras clave? Una forma es ver qué palabras ocurren con mayor frecuencia en un pasaje dado. Si un autor bíblico usa una palabra vez tras vez, la palabra y el pensamiento que representa tuvieron que haber sido muy importantes en su mente. Daniel 7 contiene varias palabras que se usan con considerable frecuencia. Una de éstas es "dominio", usada siete veces en el capítulo 7. (Nótese que la NVI no siempre traduce la palabra de esta manera. Se usan sinónimos.)

Al considerar esta palabra clave, deberíamos preguntarnos: ¿Quién tiene el dominio? Veremos que el capítulo 7 indica que la primera bestia habría de tener dominio por un tiempo, pero luego iba a perderlo para entregarlo a la segunda bestia. Posteriormente, la segunda bestia iba a perder el dominio ante la tercera bestia, y así sucesivamente hasta que la secuencia termine. Una pregunta práctica surge en este punto: ¿Han de sufrir por siempre los seres humanos bajo estos reinos y sus gobiernos que constantemente cambian? Muchos de estos gobiernos fueron opresivos e injustos, especialmente hacia el pueblo justo de Dios. ¿Ha de ser esta la suerte común de la humanidad para siempre? La profecía nos asegura que no será siempre así. Dios intervendrá y pondrá fin a estos reinos terrenales y sus injusticias. Él establecerá un reino de su propia hechura, donde "mora la justicia" (2 Ped. 3:13). En el reino eterno de Dios disfrutaremos de paz, prosperidad, y el eterno

vigor de la juventud y la inmortalidad (véase Apocalipsis 21:1-4). El dominio del Señor será radicalmente diferente de cualquier clase de dominio que los seres humanos han disfrutado anteriormente. Esto es lo que Daniel 7 nos garantiza.

A partir de esta conclusión necesitamos repasar el texto y observar los detalles para ver cómo llegaremos a ese punto en el curso de la historia.

EL ESCENARIO

Daniel 7:1 nos dice que Daniel recibió la visión de este capítulo como un sueño o visión nocturna mientras estaba dormido. En ese sentido, fue similar a los dos sueños nocturnos que tuvo Nabucodonosor, según lo registran los capítulos 2 y 4. En estos casos previos, Daniel había funcionado como un sabio inspirado que podía ir al rey y explicarle sus sueños. Pero en este caso, el sueño le fue dado directamente al siervo de Dios sin la participación del rey pagano.

Todo esto sucedió en el primer año de Belsasar o alrededor del año 550 a.C. Ya nos hemos referido previamente varias veces a las circunstancias inusuales por las cuales Belsasar llegó al trono. Su padre Nabonido dejó Babilonia para vivir por un periodo de diez años en Tema, en Arabia, aproximadamente desde el 550 a.C. al 540 a.C. Regresó justo a tiempo para intentar defender a Babilonia de los persas. Pero regresó muy tarde, y su defensa no tuvo éxito. La visión de Daniel 7 fue dada al principio de ese inusual periodo de diez años, en un momento cuando Nabonido había salido hacia el desierto de Arabia y Belsasar apenas había sido encargado de la administración de Babilonia como corregente con su padre. ¿Por qué habría dado Dios esa visión particular en ese momento especial? Puede que haya por lo menos una buena razón.

Para el 550 a.C., ya era evidente que el reino de Babilonia se iba debilitando e iba en camino a ser derrocado por algún otro poder. Por lo tanto, una función de esta visión era señalar los eventos que ocurrirían cuando eso sucediera. Estos sucesos no habrían de tomar al pueblo de Dios por sorpresa. Diez años después, cuando el oso persa venció al león babilónico, el pueblo de Dios encontraría seguridad en que en realidad estaban siendo dirigidos por Dios, que él había dado evidencias mediante su profeta de que aún estaba a cargo de los asuntos humanos y que sabía lo que iba a pasar. Por lo tanto, una explicación para la recepción de esta

visión en este momento particular era fortalecer la fe del pueblo de Judá durante su cautiverio.

LAS PRIMERAS TRES BESTIAS

Daniel observó una serie de bestias que salían de las aguas de un gran mar (7:3). Apocalipsis 17:15 nos dice que, en las profecías apocalípticas como las que están en Daniel y Apocalipsis, las aguas representan multitud de gente. De modo que podemos deducir que estos reinos surgen de entre grandes multitudes. Pero esas multitudes estaban ubicadas alrededor de lo que se conoce como el gran mar (7:2). Así que este símbolo del agua no solo era una representación general de toda clase de gente en todos los lugares. Se refería específicamente a los pueblos ubicados en un lugar particular. Para la gente de los tiempos bíblicos, el gran mar significaba el Mar Mediterráneo. Esto significa entonces que estos poderes eran reinos mediterráneos. A medida que su identificación se desarrolle más abajo, veremos que esta secuencia comienza con Babilonia y continúa con Medo-Persia, Grecia y Roma.

¿Dónde estaban ubicados estos cuatro poderes? Todos estaban situados alrededor o incluso dentro del Mar Mediterráneo. Esto resulta evidente para Grecia y Roma, pero ¿qué en cuanto a Babilonia y Medo-Persia? ¿Cómo podrían clasificarse como poderes mediterráneos? Uno tiene que remitirse a sus conquistas.

Nabucodonosor entró con los ejércitos babilónicos a Siria y Palestina en muchas ocasiones. Tenemos los registros de estas campañas preservados en tablillas babilónicas de los primeros trece años de su reinado. Por lo tanto, Babilonia era un poder mediterráneo en virtud de sus conquistas. Esto fue todavía más cierto en el caso de Persia, la cual heredó a Siria y Palestina cuando conquistó Babilonia. Pero Persia fue más allá de los límites babilónicos, y conquistó Egipto e invadió dos veces Grecia, si bien no la retuvo como parte de su imperio. Así que tenemos cuatro poderes mediterráneos representados aquí: Roma y Grecia por su ubicación geográfica, y Babilonia y Persia por conquista.

Es importante señalar el foco mediterráneo de esta profecía puesto que a veces surge la pregunta de por qué la India y la China no están representadas en esta profecía de imperios mundiales. No era el propósito de la profecía cubrir toda la historia del mundo. Solo enfocó el segmento más importante e influyente de la historia que describe: Lo que ocurre alrededor

de la cuenca del Mediterráneo, la ubicación del pueblo especial de Dios, Israel, el pueblo de su pacto.

También resulta de interés destacar aquí que, aunque la profecía describe ciertos detalles respecto de estas bestias, básicamente no se mueven. Después de salir del mar, no van a ningún lugar. No se lanzan en ninguna dirección para completar sus conquistas. Son seres animados pero inactivos. En contraste, el carnero en Daniel 8 hería hacia el occidente, y el macho cabrío hería hacia oriente. No tenemos estos elementos direccionales aquí en Daniel 7. La visión es más pictórica en naturaleza. Nos muestra las bestias y sus características y nos permite descifrarlas con la ayuda de la interpretación del ángel (véase vers. 15-27). Se indican las conquistas —por ejemplo, por medio de las costillas en la boca del oso— pero se muestran de manera estática como eventos que ya habían ocurrido, no como acciones que ocurren en la profecía misma.

LA PRIMERA BESTIA

La primera bestia es un león (7:4). El ángel intérprete no nos dice qué reino representa el león. Tenemos que hacer esa identificación conectando esta profecía con Daniel 2. Allí, en la imagen metálica, vemos la cabeza de oro en primer lugar (2:32). En esa profecía, el profeta mismo nos da la identificación de la cabeza de oro. Él le dice a Nabucodonosor: "Tú eres aquella cabeza de oro" (vers. 38). Como si quisiera aclarar que estaba hablando acerca de reinos y no solo de Nabucodonosor, Daniel continuó diciendo, "Y después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo" (vers. 39).

Esta conexión queda aclarada por el uso de números. Las profecías en ambos capítulos (2 y 7) usan algunos elementos de secuencia como primero, segundo, tercero y cuarto. No es que la imagen de Daniel 2 contiene cuatro metales, y que Daniel 7 presenta cuatro bestias, sino que el profeta las presenta en un orden específico. A todas luces, la secuencia es la misma en ambos capítulos. Puesto que Daniel 2 comienza con la cabeza de oro y la identifica para nosotros como Babilonia, la conexión cruzada apunta directamente al león, la primera bestia en Daniel 7, como una representación de Babilonia también.

El león era una representación particularmente apropiada. En la ciudad de Babilonia, los leones eran representados en detalle mediante ladrillos de colores sobre la gran vía procesional y la puerta de Ishtar a la cual ésta lleva-

ba. Esta era la entrada principal a Babilonia desde el norte. Los leones hechos de ladrillos de colores también estaban a la vista en la muralla exterior del salón del trono en el palacio. Además, en el patio del palacio se encontraba el gran león de Babilonia, una enorme estatua esculpida en basalto negro. Había leones también en el zoológico real, según nos cuenta la historia de Daniel 6. Indudablemente, Daniel caminó muchas veces frente a estas representaciones de leones. El león es, por lo tanto, una representación singularmente apropiada para el reino de Babilonia.

¿Qué características detalladas de este león provee la visión? Este león comenzó con las alas de un águila, pero entonces sus alas le fueron arrancadas, y al león le fue dado un corazón de un hombre. En otra parte de Daniel, las alas representan la velocidad de la conquista, como se puede observar al comparar al leopardo que representa a Grecia en Daniel 7:6 con el macho cabrío que representa a Grecia en Daniel 8:5. Por lo cual, arrancarle las alas al león representaría la disminución de su naturaleza voraz y de conquista. ¿Cuándo ocurrió esto?

La historia del reino neobabilónico puede dividirse en dos grandes segmentos: el reino de Nabucodonosor (605-562 a.C.) y el reinado de los reyes que le siguieron (562-539 a.C.) Nabucodonosor gobernó Babilonia más o menos el doble de tiempo que el total de los otros cinco reyes que le siguieron (incluyendo a Belsasar). Además, estos cinco reyes fueron mucho menos efectivos que Nabucodonosor. Éste edificó el reino de Babilonia, y los otros desperdiciaron sus logros, como se observa, por ejemplo, en la prolongada ausencia de Nabonido de Babilonia. Así que esta sucesión de gobernantes débiles bien puede representarse con el "corazón de hombre" que le fue dado, simbólicamente, al león que ahora ha perdido sus alas (vers. 4).

La otra posibilidad es que ésta es una representación de la propia experiencia de Nabucodonosor descrita especialmente en Daniel 4. Cuando la sentencia del juicio de Dios cayó sobre él, salió y vivió entre los animales del campo. Nabucodonosor estuvo en este estado mental por un periodo de siete años. Durante este tiempo, el rey estuvo incapacitado para llevar adelante cualquier asunto del Estado tal como la conducción de campañas militares que estarían representadas por las alas de un águila. Al final de este periodo de demencia, las facultades de Nabucodonosor le fueron devueltas y fue restaurado a su reino. Su mente —o corazón— regresó a él y recobró las facultades que lo hacían humano. La visión podría referirse a cualquiera

de estos dos escenarios; sin embargo, lo primero pareciera estar un poco más a tono con el punto de vista de la profecía.

LA SEGUNDA BESTIA

La segunda bestia en la visión del capítulo 7 era un oso (7:5). El oso es un morador de la montaña, haciéndolo un símbolo apto para un país montañoso como Media, el cual posteriormente se agregó al país de Persia sobre la elevada meseta de Irán. Para llegar a Medo-Persia, las fuerzas de Asiria o Babilonia tuvieron que marchar a través de las montañas de Zagros. Nabucodonosor construyó los famosos jardines colgantes de Babilonia para su esposa, que era de Media, pues ésta sentía nostalgia por las montañas en su país natal y estaba aburrida por las planicies de Mesopotamia.

Este oso tenía un rasgo inusual: estaba torcido. Un lado estaba más levantado que el otro. El carnero en Daniel 8:3 tiene la misma característica en el sentido que un cuerno se levantaba por encima del otro cuerno. La interpretación dada en 8:20 es que los dos cuernos representan el reino doble de Media y Persia. En combinación, estos dos componían el Imperio Medopersa. El oso torcido en Daniel 7 lógicamente debe representar la misma combinación. El poder de Media era más fuerte al principio, pero entonces la parte persa se levantó y, a la postre, llegó a ser más prominente que los medos (8:3). Por lo tanto, el oso en Daniel 7 y el carnero en Daniel 8 representan el mismo poder: Medo-Persia.

El otro rasgo del oso en Daniel 7 es que tiene tres costillas entre sus mandíbulas. En el mundo natural esto representaría animales que se comió. Por lo tanto, en la profecía debiera representar los reinos que este poder había absorbido o conquistado. Daniel 8:4 describe la misma característica cuando destaca que el carnero hirió en todas las direcciones, al norte, al occidente, y al sur. Así, las tres direcciones de conquista en Daniel 8 y las tres costillas de conquista en Daniel 7 representan la misma cosa: tres conquistas importantes de los medopersas. En el comentario sobre Daniel 8, identificamos estas conquistas como Lidia en Asia Menor al norte de Persia, Babilonia al occidente y Egipto al sur. Ciro conquistó Lidia y Babilonia, y Cambises, su hijo, conquistó Egipto.

LA TERCERA BESTIA

La tercera bestia de Daniel 7 es el leopardo (7:6). A claras luces se perci-

be que éste no es un leopardo natural, sino una figura simbólica. Este leopardo tiene una naturaleza cuádruple; tiene cuatro cabezas y cuatro alas. Esta naturaleza cuádruple corresponde bien a los cuatro cuernos que salieron de la cabeza del macho cabrío griego en Daniel 8:8. El ángel identifica a ese macho cabrío como Grecia en 8:21. Así que podemos aplicar esa misma identificación al leopardo en el capítulo 7. En Daniel 8, el macho cabrío volaba sobre el suelo sin tocarlo; en el capítulo 7, el leopardo recibe alas para lograr el mismo propósito. Nuevamente, las características comunes entre las bestias en estos dos capítulos establecen una correlación que nos permite identificar al leopardo en el capítulo 7 y al macho cabrío en el capítulo 8 como uno y el mismo reino: Grecia. La naturaleza cuádruple de estas dos bestias se refiere a las divisiones en las cuales se dividió el reino griego tras la muerte de Alejandro.

Hasta aquí hemos podido identificar las primeras tres bestias de Daniel 7 mediante comparaciones cruzadas con los símbolos de otros capítulos en el libro donde son nombrados más específicamente. La correlación cruzada con Daniel 2 identifica al león en el capítulo 7 como Babilonia. Correlaciones cruzadas con Daniel 8 identifican a las siguientes dos bestias en Daniel 7, el oso y el leopardo, como Medo-Persia y Grecia. Éste es también el orden en el cual estas potencias aparecen históricamente. Persia conquistó Babilonia durante el gobierno de Ciro, y esa conquista está registrada para nuestro beneficio en el mismo libro de Daniel (capítulo 5). Luego Alejandro Magno dirigió los ejércitos de la Grecia macedónica en la derrota y conquista de Persia. De esta manera, la veracidad de la identificación hecha en el libro de Daniel ha sido verificada por comparaciones históricas ajenas a la Biblia.

LA CUARTA BESTIA

La cuarta bestia de Daniel 7:7 no se nos identifica por nombre en ninguna parte del libro de Daniel; ni en el capítulo 2, ni en el capítulo 8, ni en el capítulo 11. Eso nos genera una pregunta histórica: ¿Qué poder sucedió a Grecia?

Históricamente, la respuesta es muy simple. Fue Roma. Esto se vio en nuestra discusión de los cuatro cuernos del macho cabrío en Daniel 8:8. Estos cuatro cuernos representaban las cuatro divisiones principales del imperio de Alejandro: Grecia continental, Asia Menor, Siria (incluyendo Babilonia), y Egipto. ¿Quién fue finalmente el responsable del derroca-

miento de estos cuatro reinos? La respuesta es Roma. Roma conquistó primero a Grecia. Entonces, el rey de Pérgamo, al no tener descendiente varón, le legó el Asia Menor. Posteriormente, Siria, junto con Judea, cayó bajo Pompeyo y sus legiones. Finalmente, Egipto, el último de los cuatro, cayó ante Roma también. De esta forma, Roma completó su conquista de la cuenca del Mediterráneo. La cuarta bestia que vino después de las cuatro cabezas del leopardo fácilmente puede ser identificada como Roma.

Daniel no describe la apariencia de la cuarta bestia tan completamente como hace con la tercera; por esa razón, a veces se la denomina la bestia "indecriptible". El caso es que la cuarta bestia asombró a Daniel por su apariencia. Era, dijo él, "espantosa y terrible y en gran manera fuerte" (Dan. 7:7). Esta bestia o potencia política "devoraba y desmenuzaba [a sus víctimas], y las sobras hollaba con sus pies" (vers. 7). Esta es una imagen de conquistas muy concienzudas. La arqueología ha mostrado cuán concienzudos eran los ingenieros romanos al destruir ciudades previamente existentes a fin de abrir paso a la nueva ocupación romana. Jerusalén misma fue un ejemplo. Cuando Roma conquistó y destruyó Jerusalén en el año 70 d.C., los escombros de la destrucción fueron empujados hacia un valle al lado occidental de la ciudad. Hoy día, ese valle, el Tiropeón, ni siquiera existe porque fue totalmente llenado con los escombros de la destrucción romana de la ciudad. La destrucción romana del Templo Herodiano, o Segundo Templo, fue tan completa que aún hoy los arqueólogos no saben de cierto dónde estaban las plataformas del templo. Jesús profetizó esto cuando predijo que ninguna "piedra" quedaría sobre otra "que no sea derribada" (Mat. 24:2).

La profecía da un detalle interesante acerca de esta cuarta bestia: dice que tenía dientes de hierro (Dan. 7:7). Estos dientes de hierro representan con mayor vigor la naturaleza conquistadora y destructiva de este reino, pero también forma un enlace directo con el cuarto reino de Daniel 2, donde el cuarto reino estaba representado por las piernas de hierro de la imagen (2:33, 40). El hierro estaba conectado con el cuarto reino en cada profecía, indicando que los poderes representados eran uno y el mismo. En ambos casos, Roma es el reino que sale a relucir.

La otra característica importante de esta cuarta bestia dada en Daniel 7 es que tenía diez cuernos. En la segunda mitad del capítulo, el ángel intérprete da la explicación: "Y los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes" (vers. 24). En primera instancia, uno podría suponer

que saldrían diez césares de Roma. Sin embargo, debe notarse que hay un precedente en Daniel donde se usa la palabra "rey" para denotar "reino". Como ya hemos señalado en Daniel 2, el profeta le dijo a Nabucodonosor, "Tú, oh rey. . . eres aquella cabeza de oro" (vers. 36, 38). De inmediato continúa, "Y después de ti se levantará otro reino" (vers. 39). Este mismo uso paralelo se encuentra en Daniel 7. En su primera y más sencilla explicación, el ángel dijo a Daniel, "Las cuatro grandes bestias son cuatro reinos [literalmente, "reyes"] que se levantarán en la Tierra" (vers. 17, NVI). Entonces, más tarde en este capítulo, el ángel le dice a Daniel, "La cuarta bestia será un cuarto reino en la Tierra" (vers. 23). Por lo tanto, en el texto original arameo de Daniel 7 hay un ejemplo de "rey" y "reino" siendo usados en significado paralelo tal como en Daniel 2.

Con este uso en mente, podemos ver que los diez cuernos no representan diez reyes individuales, sino reinos que salieron del remolino político y militar creado por la ruptura de la Roma imperial por los asaltos de las tribus bárbaras del este y del norte. Este proceso histórico tomó un par de siglos para completarse, comenzando en el siglo quinto d.C. o incluso antes. Gradualmente, las tribus bárbaras que habían llenado el vacío dejado por la caída de la Roma imperial se establecieron para ocupar sus respectivos territorios y, a la postre, se transformaron en lo que hoy vemos como las naciones modernas de Europa. La lista de estas tribus como se la presenta comúnmente incluye los ostrogodos, visigodos, francos, vándalos, suevos, alamanos, anglosajones, hérulos, lombardos y burgundios.

No es necesario ser inflexible en cuanto a la precisión de las tribus en cuestión. Hubo fluctuaciones en el número de tribus que migraron a través de Europa y, de la misma manera, ha habido también fluctuaciones en el número de naciones modernas derivadas de ellas. Podemos tomar el número diez como un número representativo del cuerpo completo de tales tribus y naciones. Un debate histórico sobre este punto ocurrió durante la reunión previa a la sesión de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día en 1888. El punto particular en cuestión era si los alamanos o los hunos pertenecían a la lista. El debate fue tan agudo y mordaz, y se dividió tanto la sala, que los delegados se preguntaban el uno al otro, "¿Eres huno o eres alamano?" No hay necesidad de hilar tan fino. Históricamente es claro que cuando la Roma imperial se derrumbó, las tribus que se apoderaron de sus territorios evolucionaron en aproximadamente diez tribus. Ningún otro

imperio sucedió a la Roma imperial después de su caída y división. Daniel 2:43 sugiere que después de la caída de Roma, su territorio original, representado por los diez dedos y los pies (2:43, 42), permanecería dividido hasta el establecimiento del reino eterno de Dios (vers. 44, 45).

EL CUERNO PEQUEÑO

La división de la Roma imperial dio pie al levantamiento de otro poder. Esta potencia está representada por otro cuerno, un undécimo cuerno (7:8). Hay algo acerca de este poder, sin embargo, que lo destacó por encima de los otros diez. Era un poder distintivamente religioso, mientras que los otros eran políticos en naturaleza. Así como hubo una fase distintamente religiosa en la obra del cuerno pequeño en Daniel 8 (véase vers. 9, 10), así el cuerno pequeño aquí en Daniel 7 también entra en acción como un poder distintamente religioso. Ese carácter religioso se demuestra por las grandes palabras que habla contra el Altísimo Dios y por su persecución a los santos del Señor (7:8, 25). Esta característica religiosa está en contraste con las acciones puramente políticas de los cuatro poderes que habían aparecido previamente en la profecía. En la discusión del cuerno pequeño de Daniel 8, concluimos que esta fase religiosa de su obra representaba a la iglesia romana dirigida por el papado, por ser ésta la fase religiosa de Roma que sucedió a la fase imperial. La misma identificación encaja bien aquí en Daniel 7 por un número de razones.

Primera, debemos notar de dónde viene este cuerno pequeño. Se originó de la cuarta bestia (7:8), y no de ninguna de las tres bestias anteriores. Por lo tanto, este poder tiene que ser romano en carácter. Pero no es la Roma imperial, porque ésta era representada por la bestia de la cuál crece este cuerno.

Segunda, debe destacarse cuándo surgió este cuerno. Surgió *después* que los otros diez cuernos ya estaban en su lugar. Eso significa que se levantó sobre las ruinas del quebrantado imperio de Roma. Ahí fue que el papado en verdad vino al primer plano. La capital del Imperio Romano había sido trasladada a Constantinopla por Justiniano en el siglo sexto d.C. Eso dejó un vacío de poder en la ciudad de Roma, cuando ya no estaba bajo el control de las tribus bárbaras. Con la ayuda de Justiniano, ese vacío pronto fue llenado por el obispo de Roma. Justiniano decretó que el obispo de Roma fuera la cabeza de todas las iglesias (533 d.C.). También envió su ejército para liberar a Roma del sitio de los godos (537-538 d.C.). Incluso le conce-

dió al obispo de Roma ciertos poderes civiles. En palabras de Apocalipsis 13:2, "el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad".

Tercera, tres cuernos fueron arrancados de delante del cuerno pequeño. Ocurrió un fenómeno interesante en el siglo sexto d.C. Durante ese siglo, hubo una serie de guerras que fueron tanto políticas como religiosas en naturaleza. Fueron políticas porque algunas de las tribus bárbaras sufrieron derrotas durante el curso de estas guerras. ¡Pero aquellas tribus derrotadas eran cristianas! Aquí tenemos el espectáculo de un poder cristiano —el Imperio Romano dirigido por el emperador y el obispo de Roma— que se opuso a otros poderes cristianos como los ostrogodos, vándalos y quizás los visigodos. Estas tribus eran cristianas, pero abrazaron una clase particular de cristianismo. Eran arrianos. Los arrianos creían que Cristo era un ser creado y, por lo tanto, de estatura menor que Dios el Padre. Esta doctrina no era aceptable para el obispo en Roma, y peleó contra ella con el brazo del Estado. Desde el punto de vista del Estado, la derrota de estos poderes cumplió ciertos fines políticos deseables. Desde el punto de vista de la Iglesia, la derrota de estos poderes arrianos sirvió para arrancar la herejía. El brazo militar del Estado fue utilizado para los fines teológicos de la Iglesia. Así fueron arrancados estos tres cuernos o poderes tribales delante de este nuevo cuerno, la Roma papal.

Cuarta, este poder era un poder perseguidor. Esto se declara explícitamente en Daniel 7:21. Discutimos este rasgo de la obra del cuerno pequeño en el capítulo 5 y también en el capítulo anterior en nuestro análisis de Daniel 8:10. El mismo recuento de sus persecuciones podría hacerse aquí.

Quinta, este poder atentó contra la ley de Dios. La predicción era que pensaría "en cambiar los tiempos y la ley" (vers. 25). Hay dos palabras para tiempo en este versículo. Una es *iddan*, utilizada para describir la duración de la persecución de los santos que hace el cuerno pequeño; duraría tres y medio tiempos ("tiempo, y [dos] tiempos y medio tiempo"). La palabra *iddan* significa un lapso de tiempo. La otra palabra para tiempo usada en este versículo es *zeman* (plural, *zimmin*). "Intentará... cambiar los tiempos establecidos y las leyes". Esta palabra aramea tiene más la función de un punto en el tiempo, pero está en la forma plural, indicando repetidos puntos de tiempo. Esos puntos de tiempo están conectados con la ley de Dios (la palabra para "ley" es singular en el idioma original). La característica de la ley de Dios que mejor le sienta a esta descripción es el cuarto manda-

miento donde se presenta el recurrente séptimo día como un punto en el tiempo, o como puntos de tiempo que ocurren regularmente.

El Nuevo Testamento indica que la iglesia cristiana observó el sábado (véase Hechos 13:14, 44; 16:13; 17:2; 18:4), pero gradualmente se introdujo la práctica de adorar en el primer día de la semana. Este proceso fue algo gradual y complejo, y el antisemitismo jugó una parte considerable en el deseo de la iglesia de distanciarse del sábado bíblico. Según algunos historiadores tempranos de la iglesia, este movimiento de abandonar el sábado se desarrolló más rápidamente en Roma y Alejandría, pero a la postre se esparció por todas partes. La iglesia de Roma considera su patrocinio de este giro en la práctica de la adoración del séptimo día de la semana al primero como un resultado de su *magisterium*, o autoridad para la enseñanza recibida de Dios. (Para más sobre este cambio, véase el capítulo 5.)

Sexta, este poder habría de hablar grandes palabras contra el Altísimo, o cometería blasfemia. Un número de pretensiones hicieron que este poder cayera en esta categoría, incluyendo algunos de sus títulos y funciones como el perdón de los pecados por un sacerdote, la excomunión y el interdicto (la exclusión de individuos o poblaciones enteras de participar en cosas espirituales). El siglo sexto d.C., en el cual el obispo de Roma se levantó con especial prominencia, también fue ocasión para la producción de lo que vino a llamarse pseudo-decretales, o falsos documentos, que alegaban una gran gama de poderes por parte del papado. (Véase el capítulo 5 para un examen más detallado de esas alegaciones.)

Séptima, hay una relación entre el cuerno pequeño de Daniel 7:8 y el cuerno pequeño de Daniel 8:9. Ambos cuernos son calificados por el mismo adjetivo, "pequeño" (o "chico") cuando comienzan, pero ambos crecen hasta convertirse en grandes. Esta palabra "pequeño" o "chico" en sí misma es interesante. La palabra hebrea traducida "pequeño" en Daniel 8 no es la palabra hebrea usual para "pequeño". Daniel tenía una palabra mucho más común a su disposición, pero escogió esta palabra relativamente rara a fin de hacerla equivalente a la palabra aramea para "pequeño" usada en el capítulo 7 para describir al cuerno pequeño allí representado. La conexión lingüística distintiva entre estos dos símbolos proféticos muestra que son la misma entidad. Todas las características que hemos examinado anteriormente en conexión con el cuerno pequeño de Daniel 8 (persecución, rivalidad hacia el ministerio celestial de Cristo y la desviación de la humanidad hacia un

sustituto terrenal para el Santuario celestial) también pueden aplicarse a aquellas dadas al cuerno pequeño descrito en Daniel 7.

Octava, hay fechas para la duración de la persecución y el dominio ejercidos por este poder. Este periodo de tiempo se lo identifica como tres y medio "tiempos" en Daniel 7:25. Estos "tiempos" (vers. 25) pueden identificarse como años basándonos en los paralelos con Daniel 4:16, 23, y 25, donde siete "tiempos", o años, habrían de pasar sobre Nabucodonosor hasta que recuperara su sano juicio. El Antiguo Testamento griego inclusive traduce "tiempos" como "años" en Daniel 4. Los "tiempos" de Daniel 4 eran años literales del calendario babilónico, pero aquí en el capítulo 7 estamos tratando con años simbólicos en una profecía apocalíptica. Apocalipsis 12 hace esta misma equivalencia de "tiempos" con "años". El versículo 6 asigna 1.260 días para esta misma persecución de la iglesia, y el versículo 14 repite ese mismo periodo de tiempo como tres y medio "tiempos", frase citada de Daniel 7:25. Cada uno de los 1.260 días simbólicos de estos tres años y medio debe ser interpretado según la regla de día por año (véase el capítulo 6 de este libro para una discusión adicional de este principio de interpretación profética). En Apocalipsis 11:2, y 13:5 se identifica este mismo periodo de tiempo como cuarenta y dos meses. Por lo tanto, se pueden hacer los cálculos matemáticos de esta ecuación para demostrar que 1.260 días equivale a 42 meses, que equivale a tres y medio años o "tiempos". Un mes profético equivale a treinta días uniformemente. Ha sido redondeado de otros calendarios para facilidad de cálculo.

Todas estas profecías indican que el periodo de dominación por el poder llamado cuerno pequeño iba a durar 1.260 años. El comienzo de este periodo puede fecharse en el 538 a.C. El decreto de Justiniano que convertía al obispo de Roma en la cabeza de todas las iglesias se emitió en el año 533 d.C. Pero ese decreto no entró en vigencia hasta que la ciudad de Roma fue liberada del control de los ostrogodos. Eso ocurrió en el año 538 d.C., cuando el sitio de los ostrogodos sobre Roma fue levantado por el general Belisario, quien condujo las tropas del emperador en persecución de los godos hasta que éstos llegaron a su capital, Ravenna. Los ostrogodos no fueron completamente eliminados hasta el año 555 d.C., pero en el 538, el obispo de Roma quedó libre para ejercer la autoridad con que lo había investido el emperador. Esta fue la primera vez en sesenta años (476-538 d.C.) que el obispo de Roma se vio libre de la influencia de las tribus bárbaras.

El fin de este periodo profético de 1.260 años es aun más fácil de documentar. Llegó con la caída del papado y el exilio del Papa en 1798 por las tropas francesas. Napoleón cruzó los Alpes hacia el norte de Italia en 1796. En Campo Formio derrotó a los austriacos en 1797. El Directorio Francés, que era ateo en su orientación, ordenó a Napoleón a conquistar Roma y abolir el papado. Pero Napoleón tuvo que marcharse a atender otros deberes, y dejó la campaña italiana del ejército francés bajo la dirección del general Berthier. Berthier sitió la ciudad de Roma el 10 de febrero de 1798 y depuso al Papa Pío VI el 15 de febrero. El Papa fue llevado cautivo y murió al año siguiente. Además de las enormes pérdidas de territorio y sacerdotes que sufrió la iglesia en Francia durante la Revolución Francesa, la cabeza de la iglesia estaba ahora destronada.

Pero no habría de permanecer así para siempre. Comenzando con el Concordato en 1801 entre Napoleón y el papado, la restauración de la iglesia romana comenzó con el nuevo Papa, Pío VII. Desde entonces, la influencia del papado ha continuado expandiéndose hasta el presente. En palabras de Apocalipsis 13:3: "Vi una de sus cabezas como herida de muerte [en 1798], pero su herida mortal fue sanada [comenzando en 1801]". Por lo tanto, el año 1798 marca un fin apropiado del gran periodo profético bosquejado en Daniel 7:25.

De estos ocho puntos respecto de las actividades del cuerno pequeño, podemos sacar un resumen que nos ayudará a identificarlo. La cuarta bestia de esta profecía representa a la Roma imperial. Ese imperio iba a ser quebrantado y, según estaba predicho, eso ocurrió con las invasiones bárbaras de la primera mitad del primer milenio d.C. Después del surgimiento de esas divisiones, un nuevo poder ocupó la prominencia, representado por el cuerno pequeño en esta profecía. Se originó en la bestia que representaba a Roma y era, por lo tanto, romano en carácter. Sin embargo, en contraste con los poderes políticos anteriores descritos en esta profecía, el cuerno pequeño era claramente religioso en carácter. Esta naturaleza religiosa se demostró por su persecución de los santos, sus blasfemias, y su ataque —mediante las fuerzas del Estado— a aquellos poderes cristianos que discordaban con su teología. Estas guerras arrianas del siglo sexto aumentaron el prestigio del obispo de Roma y su iglesia. El poder del cuerno pequeño no iba a durar para siempre; la profecía lo limitaba a un periodo de tiempo profético de 1.260 días-años. Estos se iniciaron con la liberación de Roma en 538

d.C. y llegaron a su fin con la conquista de Roma y la deposición del Papa en 1798 d.C. Por lo tanto, la iglesia romana y su liderazgo se ajustan bien a las características de este poder según ha quedado bosquejado arriba.

Pero recordemos que solo Dios puede leer la conciencia. Cuando identificamos la obra de este poder religioso mediante las características presentes en esta profecía, no estamos hablando de las conciencias individuales de los creyentes. Más bien, estamos tratando aquí con un sistema político y teológico que se apartó de sus raíces espirituales. Ese alejamiento ha llevado a la adopción de creencias y prácticas no bíblicas, pero los creyentes pueden haber participado en esa comunión en plena sinceridad, algo que Dios reconoce y honrará.

LA ESCENA DEL TRIBUNAL CELESTIAL

Es natural pensar que la forma de resolver los problemas introducidos por las diferentes naciones bosquejadas en esta profecía sería que Dios estableciera su propio reino, un reino de naturaleza radicalmente diferente. Y esa *es* la respuesta definitiva que esta profecía provee a los problemas bajo los cuales sufren los seres humanos (7:14, 27). La profecía describe un estado intermedio que lleva a dicho resultado final. La profecía presenta esa etapa intermedia en términos de un juicio. En otras palabras, cuando la historia humana concluya, Dios se sentará en juicio contra ella y contra los personajes que actuaron en ella (7:9, 10, 26). Este juicio se diferencia de la fase ejecutiva del juicio, que ocurre cuando Cristo viene por segunda vez y da su recompensa (véase, por ejemplo, Apocalipsis 22:12). El juicio descrito aquí ocurre en el cielo antes que Cristo venga a la Tierra. Por esa razón, a veces se lo representa como el juicio preadvenimiento, que también lo ubica en cuanto al tiempo.

EL TRASFONDO DEL JUICIO

Un gran número de profecías en el Antiguo Testamento señala que Dios juzga desde su Santuario, ya sea el templo terrenal o el templo celestial. Pueden encontrarse ejemplos en Isaías 6, Ezequiel 1, Miqueas 1, Amós 1, y 1 Reyes 22. Esos fueron juicios limitados y locales, emitidos sobre el pueblo de Israel o sobre sus enemigos. Estos juicios fueron un ejemplo limitado de lo que Daniel 7:9-14 indica que sucederá al final del tiempo en una escala cósmica. Este gran juicio cósmico final dará conclusión al plan de salva-

ción. Cuando este juicio en el cielo termine, Cristo podrá venir por su pueblo: aquellos que el juicio ha identificado claramente como santos del Altísimo. Entonces dichos santos serán llevados al hogar a recibir su recompensa eterna.

Como evidencia de que en estos momentos comienza una nueva obra de juicio, la escena profética, situada en el cielo, muestra la preparación para dicha obra. Esto incluye traer el resplandeciente y glorioso trono de Dios a la sala del tribunal celestial, que es su cámara de audiencias. La arqueología provee algunos ejemplos interesantes de este detalle. Los reyes del mundo antiguo comúnmente tenían un salón grande exclusivamente para asuntos legales y para recibir a las personas. Allí, los ciudadanos o embajadores se presentaban delante del rey para dar a conocer sus casos o describir sus negociaciones. Las cámaras de audiencia normalmente tenían un estrado o plataforma elevada a un extremo del salón. El trono de rey era portátil, y sus siervos lo sacaban del palacio y lo colocaban sobre esa plataforma. Entonces, cuando concluía la audiencia real, el trono era llevado de vuelta al palacio hasta la próxima vez que el rey estableciera su tribunal.

La escena del trono celestial de Daniel 7 describe un contexto similar. Daniel vio la flamígera carroza de Dios, su trono portátil, que venía a la cámara celestial de audiencias. "Fueron puestos tronos" (vers. 9). El fuego es la descripción de Daniel de la gloria que rodeaba el ser personal de Dios, no es un fuego literal. Tres veces en los versículos 9 y 10 la gloria de Dios se describe como "fuego". El fuego no solo describe la gloria que viera Daniel, también alude a uno de los resultados del juicio. Los enemigos de Dios van a ser destruidos por el fuego (vers. 11, 26). El movimiento implicado aquí manifiesta acción y revela que dicha acción es una nueva actividad. Nuestro Dios no es un Dios estático; es dinámico y activo. Hay movimiento en el juicio. El juicio ocurre cuando Dios entra en escena. En otras palabras, este juicio ocurre en un momento determinado en el tiempo.

El bosquejo de la profecía puede darnos una idea de cuándo habría de comenzar ese jucio. Primero, la profecía describe cuatro bestias-reinos que se levantarían y caerían: Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma. Hasta este momento el juicio no ha sido convocado. Luego Roma habría de dividirse, y el cuerno pequeño se levantaría después de tales divisiones. Después de eso, el cuerno pequeño habría de tener su prolongado periodo de dominio religioso-político, que duraría, según hemos descrito arriba, del 538 a 1798 d.C. Des-

pués de eso viene el juicio. Así que antes de ir a Daniel 8 para una fecha más precisa, tenemos una fecha tácita para el juicio aquí en el capítulo 7. Tiene que comenzar en algún momento después de 1798. La profecía del capítulo 7 no dice exactamente cuánto tiempo después de 1798 habría de iniciarse el juicio, pero el capítulo 8 nos proporciona la respuesta en la profecía de los 2.300 días. Esta profecía nos llevó, como hemos visto en el capítulo anterior, al año 1844 d.C. Daniel 8:14 se refiere al evento que habría de ocurrir en 1844 como la purificación, o restauración, del Santuario (celestial). Esta purificación del Santuario era un tiempo de juicio, según descubrimos al comparar Daniel 8 con Levítico. Daniel 7:9-14, 26 habla de esta misma escena de juicio, con una diferencia. En Daniel 8, al profeta únicamente se le *dijo* respecto del juicio; él escuchó la conversación de dos ángeles que le aseguraron que el juicio vendría al final del periodo de 2.300 días. Aquí en Daniel 7, sin embargo, se le *mostró* al profeta la sesión del tribunal celestial como una escena de su visión. Lo que se le dijo en Daniel 8:14 se le mostró en Daniel 7:9-14, 26. Daniel 7 nos proporciona una fecha aproximada para el juicio (posterior a 1798) mientras que Daniel 8 nos da la fecha exacta de 1844, al final de los 2.300 días. Estos dos puntos ocurren en posiciones paralelas en sus respectivas visiones, y se explican mutuamente de varias maneras.

La profecía de Daniel 7 prosigue a la descripción de la persona de Dios que entra para dar inicio a este juicio (vers. 9). Está rodeado por la gloriosa apariencia del fuego. Se describe el cabello de su cabeza como blanca lana, lo que en términos humanos sugiere una edad avanzada. Lo mismo se refuerza en el título que aquí se le da a Dios: "Anciano de días" (vers. 9). Este título no se usa para representar a Dios en ninguna otra parte en toda la Biblia. ¿Cuál es su importancia aquí?

Cuando Dios toma la obra de juicio, juzga a los seres humanos que han vivido en cada era de la historia de la Tierra. Pero ninguno de ellos ha vivido más que Dios o antes que él. El Señor puede decirle a todos los acusados en el juicio: "Yo los conozco; yo era contemporáneo de ustedes. Ustedes no hicieron nada que esté ajeno a mi conocimiento". Dios también es un juez puro y justo. Los tribunales humanos no siempre emiten sentencias justas, pero el juicio divino es siempre justo y recto (véase Apocalipsis 15:3, 4; 16:4-7; 19:2). El color blanco de sus ropas representa su justicia sin mácula.

A continuación, Daniel ve ángeles que entran al tribunal celestial (Dan. 7:10). El juicio no puede iniciar sin que los ángeles estén allí con Dios.

¿Qué función cumplen los ángeles en el juicio?

El capítulo describe poéticamente a los ángeles en la escena del juicio con estas palabras: "Millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él" (vers. 10). Esta progresión poética no se da para expresar un número literal de ángeles; se da para expresar totalidad. Todos los fieles ángeles de Dios estarán allí. Cada ser humano que alguna vez ha vivido tuvo un ángel guardián, y todos esos ángeles guardianes estarán presentes en el juicio para testificar por aquellos que les fueron encargados. Los creyentes no estarán sin representación en ese juicio. Con Cristo, nuestro Sumo Sacerdote y Abogado, y nuestro ángel guardián presente, estaremos bien representados.

La declaración que concluye este pasaje de apertura de la sección del juicio declara: "El Juez se sentó, y los libros fueron abiertos" (vers. 10; véase también vers. 26). La escena aquí es similar a lo que sucede en los tribunales humanos. El juez entra y toma asiento. Los que están presentes en el juicio se sientan, y luego se ponen a trabajar. Tienen que examinar los materiales pertinentes. Se abren los registros. Así es en el juicio celestial. Hay "libros" de registros de algún tipo que son examinados (vers. 10). Por esa razón este juicio ha sido llamado "juicio investigador". Obviamente, estos registros son los registros de la vida de los que están siendo juzgados. ¿Aceptaron a Cristo como su Salvador y recibieron el perdón por su arrepentimiento? ¿O se apartaron de la gran salvación ofrecida en Cristo? ¿Aceptaron a Dios como el Señor de sus vidas y vivieron para él, o no? Todo esto está registrado en esos libros. La pregunta clave en el juicio es ésta: ¿Cuál fue su relación con Cristo? La decisión es nuestra; Dios no la cambia. Él únicamente revisa las decisiones que se han tomado para ver quiénes entrarán al reino eterno con los santos del Altísimo y quiénes no. Esto naturalmente lleva a la consecuencia implicada por el hecho de que Jesús vendrá listo para dar a cada uno su recompensa (Mat. 16:27). Estas recompensas han sido decididas en este juicio investigador, preadvenimiento. Este juicio es la etapa intermedia necesaria entre la última fase de la historia humana y el comienzo de la historia en el cielo.

UN INTERLUDIO

En este punto en la profecía, hay un interludio o paréntesis. Se encuentra en los versículos 11 y 12. En los versículos 9 y 10, el profeta observó eventos desde el punto de vista del cielo; se le mostró el principio del juicio

preadvenimiento que ocurre en el cielo. Pero en los versículos 11 y 12, la perspectiva de Daniel es traída temporalmente a la Tierra, y se le muestran eventos terrenales. Éstos tratan mayormente de la destrucción de la cuarta bestia y el cuerno pequeño. Es cierto que la Roma imperial llegó a su fin en la última parte del siglo quinto d.C. ¿Cómo, entonces, Daniel ve su destrucción junto con la del cuerno pequeño al cierre de la historia mundial?

La Roma imperial no persiste exactamente de la misma forma que lo hizo durante los primeros siglos de esta era, pero lo diez cuernos que representan sus divisiones viven en las naciones modernas de Europa, las cuales son descendientes de las divisiones tribales de ese imperio. Debido a que los poderes representados por los cuernos persisten hasta el fin, la cuarta bestia continúa en la profecía, si bien en una forma modificada. El mismo punto se observa en Apocalipsis 13:1-3; 17:3, 9-12. La cuarta bestia con sus diversos cuernos, junto con el que comenzó como cuerno pequeño, permanecerá hasta el fin y será destruida por el fuego (Daniel 7:11). El versículo 12 reflexiona sobre el destino de las primeras tres bestias-reinos: "A las otras bestias les quitaron el poder, aunque las dejaron vivir por algún tiempo" (NVI). Babilonia fue conquistada por Persia en el 530 a.C., pero duró como ciudad hasta el año 75 d.C. Grecia aún existe hoy día, pero no con el poder del imperio de Alejandro. Hasta años recientes, Irán (Persia) estaba gobernada por Shahs, quienes se consideraban descendientes directos de los reyes persas (los Aquemenidas) de los siglos sexto hasta el cuarto a.C. De esta forma, cada uno de estos poderes continuó con vida después de perder su supremacía.

EL HIJO DEL HOMBRE Y LA CONCLUSIÓN DEL JUICIO

Con Daniel 7:14, la mirada del profeta regresa a la escena del tribunal celestial. Los versículos 13 y 14 describen la conclusión del juicio cuando Cristo recibe plena autoridad del Padre justo antes de volver a la Tierra en su segundo advenimiento. Algunos han creído que los versículos 13 y 14 se refieren a la segunda venida misma. Pero esa interpretación no correlaciona bien con la explicación de los versículos 13 y 14 dada en los versículos 26 y 27. Los mileritas cometieron el error de identificar los versículos 13 y 14 con la segunda venida. Solo después del chasco vivido el 22 de octubre de 1844 llegaron a entender que lo que se predecía aquí era un evento que ocurriría en el cielo. No se trata de la venida de Cristo a la Tierra, sino de la venida de Cristo a Dios el Padre en el cielo: un evento que ocurre en el

cielo antes que Jesús venga a la Tierra.

Aquí en Daniel 7 se describe a Cristo como un "hijo de hombre" (vers. 13). Jesús usó ese título para sí muchas veces según los Evangelios (para algunos pocos ejemplos, véase Mateo 9:6; 11:19; 12:8; 13:41; 16:13; 16:28, etc.). Éste era un título mesiánico bien comprendido en su tiempo. Algunos eruditos piensan que el uso que Jesús hizo de este título tiene su raíz en Daniel 7:13. De cualquier manera, seguramente se estaba identificando a sí mismo con esa figura. Por otra parte, en Daniel el título sirve para un propósito ligeramente diferente. Es un título descriptivo. Se encuentra precedido por la preposición comparativa "como". Daniel observó a alguien en el cielo que parecía "como un hijo de hombre", es decir, que parecía un ser humano. Desde la perspectiva temporal de Daniel, un título tal era muy sobresaliente. Daniel vio a Dios y los ángeles en el cielo (vers. 9, 10). No hay nada singular en eso; ese es su lugar. Pero entonces... ¡Daniel ve a alguien que parece un ser humano en el cielo!

Más singular todavía, este ser humano está recibiendo potestad universal. "Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido" (vers. 14). Hay dos dimensiones aquí. La primera es el tiempo. En contraste con los reinos temporales de la Tierra, el reino y dominio que este "hijo de hombre" recibe durarán para siempre; nunca serán interrumpidos o dados a otros. La otra dimensión incluida es la Tierra, la dimensión horizontal. Todos los que vivan en la superficie de la Tierra en aquellos días lo adorarán y servirán. Toda la Tierra estará llena de su gloria.

¿Quién es el Hijo del hombre? Jesús ha identificado esta figura al aplicar el término a sí mismo en los Evangelios. Pero, ¿qué respecto de la perspectiva de tiempo de Daniel? ¿Qué identidad tendría esta figura según esta visión en el siglo sexto a.C.?

Ya nos hemos referido al hecho de que el Hijo del hombre parecía un ser humano. Pero había otro aspecto en su apariencia, está acompañado por nubes (vers. 13). Un estudio de la palabra "nubes" en una concordancia (después de excluir las referencias a las nubes atmosféricas) sugiere que las nubes son un atributo de la divinidad. Salmo 97:2 es un ejemplo. "Nubes y oscuridad alrededor de él; justicia y juicio son el cimiento de su trono". Por lo tanto, encontramos una interesante combinación aquí en Daniel 7. El título "hijo de hombre" se refiere a su humanidad, mientras que la descrip-

ción de las nubes que lo acompañaban se refiere a su divinidad. Así, el lenguaje de la visión da evidencia de que el "hijo de hombre" es un ser divino-humano. ¿Cómo puede ser tal cosa? Solo hay un ser in toda la historia del universo que combinó estos elementos en sí mismo, y ese fue Jesucristo. Por virtud de la encarnación, combinó tanto la divinidad como la humanidad en su persona. Así como se le mostró a Daniel una imagen del juicio que ocurriría bien avanzada la era cristiana, mucho después de su tiempo, también se le mostró una imagen del Dios-hombre resucitado que ministra en tal juicio, y finalmente cosecha los beneficios del mismo al reafirmar su condición de rey de los salvados de la raza humana.

La combinación del Padre y el Hijo aquí en esta visión —el Anciano de Días y el Hijo de hombre— reúne algunos símbolos proféticos de tiempo de Daniel 8. La gran profecía de tiempo que se extendió hasta el principio de este juicio estaba medida en inusuales unidades de tiempo llamadas "tardes-mañanas" (8:14). En el capítulo anterior, identificamos estas "tardes-mañanas" de Génesis 1 como días de veinticuatro horas; también las identificamos como un día del Santuario, valiéndonos de Números 9:15. El Señor señalaba el día del Santuario por una columna de fuego sobre el Santuario durante la noche y una columna de nube durante el día. Estos mismos dos elementos aparecen de nuevo en Daniel 8:14 y Daniel 7:9, 13. El fuego que rodea al Anciano de Días nos hace recordar la columna de fuego sobre el Santuario, y el Hijo de hombre que viene con las nubes se asemeja a aquellas que estaban sobre el Santuario durante el día. Por lo tanto, Daniel 8:14 nos ofrece días del Santuario señalados por el fuego en la noche y por una nube en el día; Daniel 7:9, 13 nos proporciona esos mismos elementos presentándose juntos al final de los 2.300 días del Santuario. Cuando el juicio iba a comenzar, estos dos elementos celestiales se unieron.

Básicamente, este juicio produce tres eventos: (1) Los malvados son destruidos (Daniel 7:11, 26); (2) el reino del Hijo de hombre es reafirmado (vers. 13, 14); y (3) los santos del Altísimo heredan el reino (vers. 27). El último versículo de la explicación del ángel es muy importante, pues nos da la solución final a los problemas que los santos han sufrido sobre la Tierra. En el reino eterno de Dios, los santos "le servirán y obedecerán [al Hijo de hombre]" (vers. 27). Los versículos 14 y 27 son recíprocos. Ambos describen al pueblo de Dios que estará en el reino eterno. El versículo 14 menciona qué es lo que harán en relación con Dios: Le servirán en adoración y le

obedecerán. Algunas de estas personas han sufrido injustamente en los tribunales humanos. El tribunal divino en el cielo reparará estos males. Eso es lo que el versículo 22 da a entender cuando se refiere al tiempo en que "vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino". En muchos casos, en los tribunales humanos existen dos posiciones para cada asunto. Por ejemplo, ambas partes pueden pretender una propiedad. Cuando el tribunal toma una decisión, lo hará a favor de un bando y en contra del otro. Así pasa también en el tribunal celestial. Decidirá *contra* los malvados y a *favor* de los justos. Para decidir a favor de los justos, Dios tiene que conocer a los justos y saber que son justos, gracias a Cristo. Entonces serán vindicados por Dios en el juicio; "vindicado" es uno de los significados del verbo que se emplea en Daniel 8:14 y se traduce "purificado" en la RV60 y la NVI.

RESUMEN

En esta visión simbólica, Dios le dio a Daniel un poderoso cuadro sinóptico de la historia desde sus días hasta el fin del tiempo. Esta descripción comenzó con cuatro naciones a manera de bestias: Un león que representaba a Babilonia, un oso que representaba a Medo-Persia, un leopardo que simbolizaba a Grecia, y la bestia final que representaba a Roma. Estos reinos han cubierto 1.000 años desde los días de Daniel. La profecía no anticipa ningún otro imperio mundial como éstos. Más bien, el cuarto reino se quebraría en divisiones representadas por diez cuernos. Después de ocurridas dichas divisiones, un undécimo cuerno surgió. Comenzó pequeño pero luego se hizo grande. Era distinto en naturaleza de los otros poderes descritos. Su naturaleza era religiosa, en contraste a los poderes políticos que lo habían antecedido. Sin embargo, esta potencia religiosa llegó a ejercer poderes políticos mediante la unión de propósitos entre la Iglesia y el Estado.

Esta fue la forma de la iglesia que se desarrolló durante la Edad Media, cuando alcanzó el cenit de su poder. La profecía identifica ocho características principales de esta iglesia romana medieval. Todas ellas ocurrieron como se predijo en la profecía. De las ocho, una de las más prominentes fue la persecución ejecutada por la iglesia romana, según ha quedado ampliamente demostrado por fuentes históricas (véase el capítulo 5). Lo que había comenzado como un cuerpo perseguido por los césares, ahora cambia papeles bajo la conducción de los papas y se torna en agente perseguí-

dor. La profecía declara, además, que este poder intentaría cambiar la ley de Dios, especialmente aquellos aspectos conectados con el tiempo. Esto señala al cuarto mandamiento, el del sábado. Este poder se atribuye autoridad sobre el día de reposo que lo capacita para transferir esa sagrada institución a otro día, el domingo, el primer día de la semana. Las fuentes históricas citadas hacia el fin del capítulo 5 demuestran cómo se desarrolló este curso de acción.

Las condiciones causadas por estas bestias-naciones y el cuerno pequeño no habrían de durar para siempre. El dominio pasaría de uno a otro, y así estos poderes nacieron y cayeron sobre el escenario de la historia. Pero Dios tenía una respuesta final preparada. Esa respuesta final ha sido iniciada por el juicio que se está llevando a cabo ahora en el cielo según la descripción de Daniel 7:9-14. Cuando ese gran juicio final en el cielo llegue a su fin, la majestad del eterno reino de Dios será confirmada al Hijo de hombre, Jesucristo. Entonces, él volverá a la Tierra y reunirá a sus santos, vivos y muertos, y los llevará a su reino. Y así será siempre con el Señor. "Amén; sí, ven, Señor Jesús" (Apoc. 22:20). En última instancia, Dios controla la dirección de la historia humana en su movimiento inexorable hacia su meta divina, y esa meta pronto será alcanzada.

RESUMEN DE LAS PROFECÍAS PARALELAS

Identificación	**Daniel 2**	**Daniel 7**	**Daniel 8**
Babilonia	Oro	León	No representada
Persia	Plata	Oso	Carnero
Grecia	Bronce	Leopardo	Macho cabrío
Divisiones	No representadas	4 cabezas y alas	4 cuernos
Roma imperial	Hierro	Cuarta bestia	Cuerno pequeño, fase I
Divisiones	Hierro y barro	10 cuernos	No representadas
Roma Papal	No representada	Cuerno pequeño	Cuerno pequeño, fase II
Juicio pre-advenimiento	No representada	Escena del tribunal celestial, Anciano de Días	Purificación del Santuario al final de los 2.300 días
Reino de Dios	Piedra-reino	Los santos del Altísimo gobernados por el Hijo de hombre	No representado

CAPÍTULO 10

RESUMEN DE DANIEL 7-9

Existen algunas conexiones obvias entre las tres profecías enumeradas anteriormente. Las tres describen algunos de los mismos eventos y cubren algunos de los mismos periodos históricos. Pero hay otras conexiones entre estas profecías que no son tan evidentes. Una de esas conexiones, destacada por los pioneros adventistas (y los milleritas antes de ellos), es la conexión entre las profecías de tiempo de Daniel 8 y 9. Según se pudo describir en detalle en el capítulo anterior, las setenta semanas de Daniel 9 han sido cortadas de un periodo de tiempo más largo en el capítulo 8: Los 2.300 días. De hecho, el lenguaje original hace este enlace aun más específico.

Pero hay otra clase de enlace entre estas profecías que no hemos señalado. Ese enlace yace en el hecho de que, en el transcurso de estas profecías, saltan a la vista pasos sucesivos en el ministerio de Cristo. Quizá no hemos reconocido esta progresión porque estas profecías son presentadas según el pensamiento semítico; o sea, en un orden que razona del efecto a la causa. Según la manera europea occidental de procesar el pensamiento, razonamos de causa a efecto. Los antiguos también podían hacer tal cosa, pero comúnmente pensaban y escribían en orden inverso al nuestro. Este elemento explica mucho de las conexiones entre las profecías y por qué aparecen en el orden en que lo hacen. Cuando entendemos este rasgo de estas profecías, la progresión lógica en la obra de Cristo el Mesías se torna clara. De esta forma, se forja un lazo aun más fuerte entre estas tres profecías. Este capítulo de resumen se enfocará en estas conexiones.

RESUMEN DE DANIEL 9—CRISTO COMO SACRIFICIO

De nuestro estudio de Daniel 9 (véase el capítulo 7 de esta obra), pode-

mos resumir lo siguiente como los temas principales en esa profecía concerniente a la obra del Mesías. La profecía de Daniel 9 predijo:

1. El tiempo de la aparición del Mesías (vers. 25).
2. Que éste sería "cortado", esto es, matado (vers. 26a).
3. Que llevaría el sistema de sacrificios a su fin (vers. 27a).
4. Que haría un fuerte ofrecimiento del pacto a muchas personas en su enseñanza y ministerio (vers. 27a).
5. Que se constituiría en la gran expiación por la iniquidad (vers. 24c).
6. Que al lograr esta expiación, traería justicia eterna (vers. 24d).
7. Que un nuevo Santuario en el cielo sería ungido o dedicado para su obra como nuestro Sumo Sacerdote (vers. 24, 25).

Todas las especificaciones de esta profecía respecto del Mesías se cumplieron en la vida, muerte, resurrección, y ascensión de Jesús de Nazaret. Él se convierte en el centro y foco de la profecía; todo lo demás en ella gira en torno a él. La lista anterior se puede condensar en una enseñanza central acerca de Jesucristo como el Mesías: Él fue el gran Siervo sufriente de Dios que dio su vida como sacrificio por el pecado. La imagen que yace en el corazón de la profecía de Daniel 9 es la imagen de *Jesús como sacrificio.*

RESUMEN DE DANIEL 8 —CRISTO COMO SACERDOTE

En Daniel 8, llegamos a una profecía de carácter diferente. La profecía en este capítulo es una profecía simbólica que involucra naciones-bestias y cuernos junto con acciones simbólicas que caracterizan su curso futuro. El bosquejo de la primera mitad de la profecía es relativamente directo, y los detalles son aceptados por acuerdo común entre la mayoría de los comentaristas. La acción comienza con el ascenso del carnero medo-persa (vers. 3, 20), seguido del macho cabrío griego (vers. 5, 21). El gran cuerno del macho cabrío griego es Alejandro, cuyo periodo concluye con el quebrantamiento de su imperio en cuatro reinos simbolizados por los cuatro cuernos (vers. 8 21, 22).

ROMA PAGANA

A esta altura, un nuevo cuerno "pequeño" entra a la escena. Los comentadores historicistas perciben a este cuerno pequeño como Roma, cuyas

conquistas hacia el este, el sur y la tierra gloriosa de Judea están descritas en Daniel 8:9. La mayoría de los intérpretes en otras escuelas de interpretación identifican a este cuerno pequeño con Antíoco IV Epífanes. Esta interpretación ha sido abordada en detalle anteriormente en este libro y no requiere discusión adicional aquí. Este volumen ha adoptado la posición de que este símbolo se refiere a Roma.

ROMA PAPAL

Una nueva fase de Roma comienza en el versículo 11. Esta nueva fase está simbolizada por acciones que introducen la dimensión vertical del cuerno más allá del cielo estelar, en contraste con las conquistas horizontales que había llevado a cabo anteriormente. Debemos destacar la naturaleza simbólica de estas acciones. No estamos tratando aquí con un cuerno literal, ni tampoco se extendió literalmente hacia el cielo. Éste es un símbolo de una organización humana que lleva a cabo un ataque cuádruple contra Dios: (1) Persigue a los santos del Altísimo o al pueblo de los santos; (2) echa por tierra el Santuario en el cielo (por lo tanto, implicando en contraste su elevación de un templo terrenal en el cual mora y funciona, compare 2 Tesalonicenses 2:3, 4); (3) ataca el "diario" o "continuo" (no se trata de un sacrificio individual como algunos traductores lo han rendido, sino un "ministerio" que cubre todo tipo de actividad que ocurre en el Santuario celestial de manera diaria); y (4) ataca al Príncipe a quien pertenece el Santuario (8:11, 12, 24, 25).

En otras palabras, el clímax de esta profecía describe un gran conflicto que enfrenta al Príncipe celestial contra el cuerno pequeño, un conflicto que involucra nada menos que el plan de salvación. Por un lado se encuentra el verdadero plan de salvación, ministrado por el verdadero Sumo Sacerdote celestial. En el otro lado está un sustituto: un sacerdocio terrenal que funciona en templos terrenales diseñados para apartar la atención de los seres humanos del verdadero Sumo Sacerdote en su verdadero santuario (compare Hebreos 8:1, 2). ¿Quién es este gran Sumo Sacerdote celestial, y quién es este Príncipe sacerdotal? Indudablemente Jesucristo. Su sacerdocio es identificado especialmente en Hebreos 7-9. Y las profecías de Daniel (Daniel 9:24, 25) hacen referencia a la unción de su santuario en el cielo. La profecía de Daniel 8 presenta a *Jesús como sacerdote.*

RESUMEN DE DANIEL 7 —CRISTO COMO REY

En la gran profecía de Daniel 7, también tenemos una sucesión de reinos simbolizados por una serie de bestias. Éstas pueden ser rápidamente identificadas como Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma (7:3-7; 17). Entonces el reino o imperio de Roma sería quebrantado, según fue simbolizado por los diez cuernos sobre la cabeza de la bestia de Roma. Entre estos diez cuernos brotaría otro cuerno "pequeño". La profecía da un número de características por las cuales podemos determinar que dicho cuerno realiza el mismo tipo de obra que el cuerno pequeño de Daniel 8. Por lo tanto, podemos identificar este cuerno pequeño como un cuerno romano —la fase religiosa de ese poder (7:7, 8, 20, 21, 23-25; también véase la discusión en el capítulo anterior).

Un periodo particular de tiempo fue asignado a este cuerno pequeño para que ejerciera dominio y poder. El versículo 25 especifica este periodo de tiempo como tres y medio "tiempos" o años. Aplicando el principio día por año a esta profecía de tiempo, identificamos sus 1.260 años con la Edad Media u Oscura, del 538 d.C. a 1798 d.C.

Dios tiene una respuesta para todas las bestias-reinos y cuernos que se encuentran en esta profecía. La respuesta es su juicio. Ese juicio se lo describe en Daniel 7:9, 10, 13, 14. Aquí el profeta mira al interior del Santuario celestial y observa el comienzo del gran tribunal celestial (vers. 9, 10). El Anciano de Días llega y se sienta en su trono, que ha sido colocado en un estrado al comienzo de esta sesión del tribunal. Todos los ángeles se reúnen, el tribunal se sienta para juzgar, y se abren los libros con los registros en los cuales se basará el juicio.

Hay tres importantes decisiones que brotan de este juicio: (1) Los santos del Altísimo entrarán al reino celestial (vers. 22); (2) el cuerno pequeño, las bestias, y aquellos aliados con ellos serán destruidos (vers. 11, 22, 26); y (3) se reafirma la eternidad del reino del Hijo del hombre (vers. 13, 14). El Hijo del hombre es traído delante del Anciano de Días por un séquito de ángeles y con las nubes del cielo. Allí recibe de manera física y directa el gobierno del reino eterno de Dios. Se nos dice enfáticamente que su reino incluirá a todos aquellos que morarán en la Tierra en el futuro y que este reino, en contraste con aquellos que se han sucedido antes, durará para siempre jamás. Nunca será interrumpido o llevado a su fin.

¿Quién, entonces, es este Hijo de hombre que recibe el reino eterno? Jesús tomó para sí este mismo título cuando hizo declaraciones tales como: "Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Luc. 19:10). Apocalipsis 14:14 hace esta conexión bien explícita valiéndose del mismo título, expresado de la misma manera, en el mismo contexto (las nubes del cielo), en referencia a la segunda venida de Jesús. Desde una perspectiva del Nuevo Testamento, por lo tanto, no puede haber duda que este título, Hijo del hombre, se refiere al Rey Jesús. En el corazón de la profecía de Daniel 7, por lo tanto, se encuentra la figura de *Jesús como Rey.*

INTERRELACIONES DE DANIEL 7; 8; 9

Ya hemos identificado tres imágenes de Jesús en el corazón de tres profecías que se hallan justo en el centro del libro de Daniel. En el capítulo 9, la imagen es de *Jesús como Sacrificio.* En el capítulo 8, la imagen es de *Jesús como Sacerdote.* Y en Daniel 7, la imagen es de *Jesús como Rey.*

A estas alturas puede que surja un interrogante acerca del orden en el que se han presentado estos elementos. ¿Por qué estas descripciones no se presentan en la secuencia en que realmente ocurren: sacrificio, sacerdote y rey? ¿Por qué aparecen en orden invertido: rey (capítulo 7); sacerdote (capítulo 8); y sacrificio (capítulo 9)?

Como hemos señalado antes, una razón para este orden literario tiene que ver con la manera en que pensaban los semitas. El pensamiento moderno de la Europa Occidental razona de causa a efecto; la gente semítica antigua comúnmente razonaba del efecto a la causa. En lugar de decir, "Vosotros sois un pueblo pecador, malvado y rebelde, por lo tanto vuestra tierra será destruida", los profetas bíblicos bien podrían haber puesto el asunto al revés: "Vuestra tierra será destruida" ¿Por qué? "Porque vosotros sois un pueblo pecador, malvado y rebelde". Un buen ejemplo bíblico de este orden de pensamiento puede encontrarse en Miqueas 1:10-15, donde las ciudades que lloran por los exiliados aparecen primero en la lista, seguidas por una lista de ciudades de las cuales salieron los exiliados. Nosotros pondríamos las cosas justamente al revés.

Los adventistas del séptimo día enfatizan que las setenta semanas de Daniel 9 están conectadas o fueron "cortadas" de los 2.300 días de Daniel 8. En cierto sentido, esto es proceder al revés. Las tres imágenes de Jesús en

estas profecías siguen la misma clase de patrón, si bien en este caso estamos tratando con relaciones temáticas, y no con tiempo.

Podemos ver el efecto de estas relaciones temáticas al leer el libro de Daniel desde el principio. Para el momento en que lleguemos al capítulo 7 y encontremos la imagen del rey mesiánico, las preguntas naturales serán: ¿Quién es este ser? ¿De dónde viene? Daniel 8 responde diciendo, "El Rey se convierte en rey, en parte, debido a que previamente había sido el sacerdote. Él es quien ha ministrado a favor de los santos del Altísimo; ahora él puede aceptarlos en su reino".

Pero esa respuesta obviamente suscita otra pregunta: ¿Cómo calificó para ser un sacerdote? A fin de convertirse en sacerdote uno tiene que tener algo que ofrecer, un sacrificio (Hebreos 8:3). ¿Dónde encontramos la respuesta a esta pregunta? En Daniel 9. El sacrificio de Daniel 9 le permitió al Príncipe del capítulo 8 convertirse en el rey del capítulo 7. Aquí hay una secuencia lógica, consistente e interrelacionada que es muy directa y razonable cuando entendemos que la secuencia comienza en el fin y corre en sentido inverso en lo que al orden literario del libro se refiere.

RELACIONES TEMPORALES

Otra forma de mirar esta secuencia es relacionar las imágenes de Jesús con los elementos de tiempo que se encuentran en estas profecías. Es evidente que Daniel 9 es la más corta de las tres profecías porque su extensión abarca apenas setenta semanas proféticas o 490 años (9:24). El periodo de tiempo de esta profecía, entendido históricamente, nos lleva del 457 a.C. a los tiempos romanos del siglo primero d.C., cuando Jesús caminó sobre esta tierra y fue crucificado bajo ese poder.

La profecía en Daniel 8, por otro lado, es más larga en extensión, porque su periodo de tiempo se extiende por 2.300 "tardes y mañanas" o días (8:14), que equivale simbólicamente a 2.300 años históricos. Esto nos lleva del 457 a.C. a la Era Cristiana, a través de la Edad Media y más allá, hasta tiempos relativamente recientes: el siglo 19 d.C. Esto significa que el sacerdote de esa profecía ha estado en función durante parte de dicho periodo de tiempo (comenzando en la ascensión en el 31 a.C.).

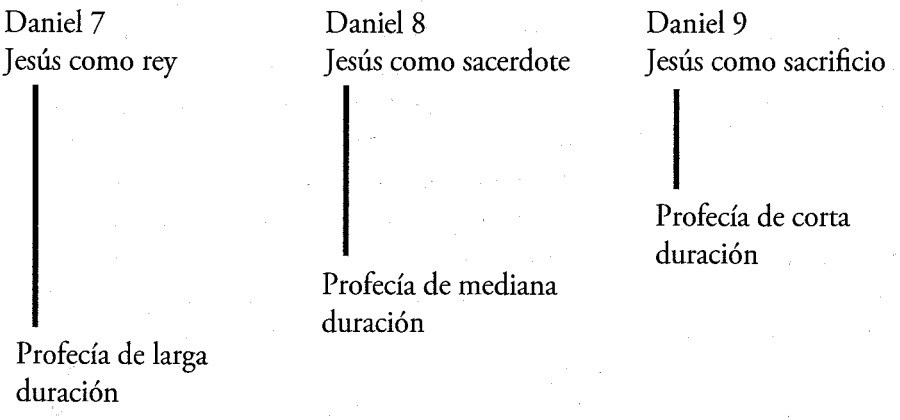
Al mismo tiempo, su contraparte falsa también ha estado activa. Pero la profecía de Daniel 8 nos habla de un momento cuando esta actividad llegará a un fin. Se lo dice verbalmente; su fin no se le muestra al profeta en vi-

sión. Cuando la porción visual de la profecía concluye en Daniel 8:12, el cuerno pequeño todavía actúa y prospera.

De la misma forma, Daniel 8 no lleva a los santos del Altísimo al reino eterno final. Menciona que habrá un juicio para traer a su fin las cosas malas de ese capítulo, pero no se refiere de manera directa a la recompensa de los santos. Eso está reservado para la profecía final en esta secuencia al revés.

En Daniel 7, vemos la culminación final cuando el Rey recibe su reino (vers. 13, 14) y los santos son introducidos al reino eterno (vers. 27). Ésta es la mayor en extensión de las tres profecías que hay en el corazón del libro de Daniel. Daniel 9 es la más corta en términos de tiempo; Daniel 8 es la de longitud intermedia; y Daniel 7 es la profecía de mayor extensión en cuanto a los eventos que describe. Estas relaciones pueden resumirse mediante el siguiente diagrama:

TRES IMÁGENES DE JESUS EN LAS PROFECÍAS EN DANIEL



RELACIONES ESPIRITUALES

No tenemos interés únicamente en el cuadro panorámico presentado por las profecías de Daniel; estamos interesados en lo que ellas tienen que decirnos personalmente y cómo se aplican a nuestras vidas. En este caso, podemos mirar estas mismas tres profecías a través de nuestra propia experiencia espiritual con ellas. No son solo ejercicios académicos o filosóficos para probar la presciencia divina. También nos llevan a una experiencia

espiritual personal con el Dios de estas profecías y con su Hijo. Hemos visto a ese Hijo en tres fases de su obra. Al reflexionar en estas cosas, vemos que las tres fases de la obra de Jesús ocurren en nuestra propia vida también. Al mirar a la cruz, mediante los ojos de Daniel 9, vemos a Cristo como nuestro sacrificio sobre la cruz. De él recibimos perdón en respuesta a nuestro arrepentimiento —no mediante nuestros propios méritos, sino mediante su expiación obrada en la cruz cuando murió por nosotros (Mat. 26:28). El Mesías sufriente de Daniel 9 es *nuestro* sacrificio por el pecado (1 Ped. 2:24). La justicia eterna que él ha obtenido es para *nosotros*. Al retroceder en la historia hasta la cruz y verlo morir allí como nuestro Salvador, lo reclamamos como nuestro Señor. Ese es el tiempo pretérito de la salvación en estas profecías. Podemos llamar a esa experiencia justificación.

Pero nuestra salvación no termina allí. También hay salvación en el tiempo presente. A eso se refiere Daniel 8 en términos de nuestra experiencia espiritual personal. Al mirar hacia el Santuario celestial hoy, podemos saber y tener confianza que contamos con un gran Sumo Sacerdote allí, y que se trata de la misma persona que también murió en la cruz, Jesucristo el Justo (Heb. 8:1-3). Él mismo es tanto el sacrificio como el sacerdote que presenta el sacrificio (Heb. 9:26-28). Él está allí en el trono de Dios, intercediendo por nosotros hoy (1 Juan 2:1, 2; Rom. 8:34). Nuestras oraciones ascienden a él con el incienso del Espíritu Santo (Apocalipsis 8:4). Él es nuestro gran Mediador, y está cumpliendo ese papel hoy a fin de que podamos recibir el Espíritu Santo en nuestras vidas. Él envía el Consolador prometido para ejercer su ministerio en nuestro favor y vivir en nuestros corazones, dándonos la fuerza espiritual que necesitamos para vivir por Cristo. Esto es salvación en el tiempo presente. A veces se la llama santificación.

Pero nuestra experiencia espiritual con estas profecías no termina con la justificación y la santificación. Hay algo más que nos espera. La profecía de Daniel 7 describe tal cosa. Allí vemos la línea de historia que nos lleva al futuro donde culminará en el reino de Dios. Allí el Rey Jesús dirigirá y gobernará a su pueblo. Allí los santos del Altísimo serán glorificados con nuevos cuerpos inmortales y vida eterna (1 Cor. 15:51-53). Esta vida eterna se vivirá a medida que el Rey Jesús dirija a su pueblo en el reino que ocupará la tierra nueva. La capital de ese nuevo mundo será la Nueva Jerusalén (Apoc. 21, 22). Ese será el reino de la gloria. Así como los santos han vivido aquí y ahora en el reino de la gracia, así un día llegarán a su hogar en el

reino de gloria. Esta fase del plan de salvación se denomina a veces glorificación.

Por lo tanto, las tres profecías interrelacionadas de Daniel 9, 8, y 7 traen a la vista tres fases de nuestra experiencia espiritual. Tenemos una experiencia espiritual con el Mesías de Daniel 9 porque él fue nuestro sacrificio en el pasado y de ese sacrificio recibimos expiación y justificación. En el tiempo presente, tenemos una experiencia espiritual con él porque él ha sido descrito en Daniel 8 como nuestro gran Sumo Sacerdote, el Príncipe celestial, nuestro Intercesor y Mediador. Hoy hemos recibido de él la santificación de nuestras vidas. Finalmente un día, según la promesa de la profecía de Daniel 7, esas vidas serán transformadas en las vidas glorificadas de los santos en la Tierra Nueva. Allí serán dirigidos por el glorioso Rey Jesús en un reino que será glorioso por sobre todo. No habrá más la menor sombra de pecado para oscurecer la gloria de esta Tierra. En aquellos días futuros de promesa, la Tierra se erguirá con toda el resplandor de la recreación de Dios.

Los tiempos proféticos de estas profecías —pasado, presente y futuro— pueden combinarse en un diagrama junto con la correspondiente experiencia espiritual: justificación, santificación y glorificación. Todo esto puede combinarse para presentar el cuadro completo de cómo estas profecías están interconectadas. Esta singular imagen lucirá más o menos así cuando se cumpla a plenitud:

Profecía	**Daniel 9**	**Daniel 8**	**Daniel 7**
Duración	Corta	Mediana	Larga
Imagen de Jesús	Sacrificio	Sacerdote	Rey
Punto de vista espiritual	Pasado	Presente	Futuro
Experiencia espiritual de salvación	Justificación	Santificación	Glorificación

CAPÍTULO 11

EL MENSAJE FINAL – PARTE 1

La última profecía de Daniel cubre tres capítulos en el libro: capítulos 10, 11, y 12. El capítulo 10 es la introducción o prólogo, el capítulo 11 es el cuerpo de la profecía, y el capítulo 12 es la conclusión o epílogo. Los tres forman parte de un solo cuerpo, como queda demostrado por el hecho de que ciertos elementos en el capítulo 10 reaparecen en el capítulo 12.

El capítulo 11, el cuerpo de la profecía, es la profecía más detallada del libro de Daniel. Profecías anteriores han hablado acerca de reinos; el capítulo 11 ahora va directo a los detalles y habla acerca de reyes individuales. Ninguna visión simbólica precede a esta explicación detallada. Es un tipo de profecía oral de tipo didáctico dada directamente por el ángel Gabriel al profeta Daniel. La verdad de la profecía está sellada por la aparición de Dios mismo en el capítulo 10 y por su juramento registrado en el capítulo 12.

Según el contenido del capítulo 10, un asunto local —probablemente la reconstrucción del tempo en Jerusalén— forma parte de la situación que está siendo tratada aquí. El capítulo 11 lleva de la profecía del presente en Persia (según el punto de vista de Daniel) al futuro remoto cuando Dios concluiría el plan de salvación y establecería su reino eterno. Ese evento es descrito en los primeros cuatro versículos del capítulo 12.

Recuerde que las divisiones por capítulos de la Biblia no existían en el rollo de este libro según fue escrito originalmente. Estas divisiones fueron fijadas en el siglo 12 d.C. Esto significa que el capítulo 10 debe leerse seguido por Daniel 11, y Daniel 11 debería leerse progresivamente hasta Daniel 12 sin pausas mayores.

LA FECHA

El mensaje final – Parte 1

Daniel 10 comienza con una fecha: el año tercero de Ciro (vers. 1). Los persas, bajo Ciro, se apoderaron de Babilonia en octubre del 539 a.C., así que el primer año oficial de gobierno de Ciro en Babilonia habría comenzado en la primavera del 538 a.C., según la contabilidad babilónica y persa. Si añadimos tres años a 538 a.C., significa que esta revelación le fue dada a Daniel en el año babilónico-persa que comenzó en la primavera del 536 a.C., y terminó en la primavera de. 535 a.C. Al principio, las fechas pueden parecer que añaden poco a la historia, pero nos proporcionan el escenario para otros eventos que estaban sucediendo en el mundo al mismo tiempo.

EL PROBLEMA

Daniel nos dice que un problema estaba ocurriendo en ese momento, pero no especifica la naturaleza del problema. La fecha, sin embargo, nos proporciona una clave. Para el tercer año de Ciro, los judíos habían regresado a Judea. En su primer año, Ciro concedió el decreto que les permitía regresar, y ellos habrían llegado a Jerusalén para el segundo año. Así que el problema que molestaba a Daniel no era si los judíos iban a regresar a su patria; eso ya se había cumplido. El problema tuvo que haber tenido que ver con algún conflicto en el que el pueblo judío se habría metido después de llegar a Jerusalén. El libro de Esdras nos dice que ellos estaban en un verdadero problema.

Esdras 1 habla del decreto de Ciro que permitía a los judíos regresar a su tierra. Esdras 2 presenta la lista de quienes regresaron. Esdras 3 narra algunas de las primeras cosas que hicieron los judíos cuando llegaron al sitio del templo destruido y comenzaron a trabajar. Erigieron el altar y comenzaron los sacrificios, pero cuando se dispusieron a la construcción del templo, se metieron en dificultades. Los samaritanos llegaron y quisieron ayudar en la construcción del templo. Se trataba de una mezcla de descendientes de aquellos israelitas que habían salido de la tierra después de las deportaciones asiria y babilónica con personas no judías que habían sido llevadas allí provenientes del oriente para ocupar alguna parte del territorio israelita. Eran politeístas e idólatras. Los judíos que habían retornado, haciendo memoria de la razón de su cautividad, tenían temor de que los samaritanos introdujeran estas prácticas al nuevo templo, de modo que rechazaron su oferta de colaborar con la reconstrucción. Allí fue donde surgió el problema.

Al ser rechazados, los samaritanos optaron por el obstruccionismo. "Si no

nos van a permitir ayudarles", dijeron en efecto, "haremos todo lo que podamos para ver que ese templo no se reconstruya nunca". Y con todo éxito lograron poner un alto a la obra. Esdras 4:5 dice, "Sobornaron [los samaritanos] además contra ellos [los judíos] a los consejeros para frustrar sus propósitos, todo el tiempo de Ciro rey de Persia y hasta el reinado de Darío rey de Persia". Darío I no llegó al trono sino hasta el 536 a.C., así que esto nos indica un periodo más bien prolongado de tiempo. Del 536 a.C. al 522 a.C. no ocurrió mucho en cuanto a reconstrucción en el sitio del templo.

Esdras afirma que los samaritanos "sobornaron" a los consejeros para obrar contra los judíos. ¿Dónde ejercían influencia tales consejeros? No en Jerusalén, sino en los centros de poder político en el Imperio Persa. El lugar más delicado donde estos consejeros podían obstruir la obra era en la corte del rey. Y puesto que pareciera que ellos tuvieron éxito en conseguir que la obra se detuviera, tuvieron que haber llegado al oído del rey y de su corte.

Otra persona crítica en toda esta situación fue el príncipe de Persia, y Daniel lo menciona más tarde (10:13, 20). Con quienquiera que hablaron estos consejeros, tuvieron éxito y consiguieron que el programa de edificación en el área del templo de Jerusalén se detuviera. Esto ocurrió justo alrededor del tiempo en que Daniel estaba ayunando acerca de cierto problema no especificado en el capítulo 10. Puesto que el mayor problema para los judíos justo en ese momento era la detención de la obra de reconstrucción del templo en Jerusalén, es lógico colocar estas dos piezas del rompecabezas juntas para sugerir que éste era el problema por el cual Daniel estaba ayunando. El resto de Daniel 10 no dice esto directamente, pero pareciera ser la opción más probable partiendo de lo que sabemos de la historia de ese tiempo.

LA SEMEJANZA DE DIOS

Daniel se hallaba en las riberas del río Tigris con algunos de sus amigos (10:4). Estaban preocupados acerca de este asunto del templo. ¿Acaso el templo nunca sería reconstruido? ¿Será que el Señor no iba a tener un Santuario terrenal al cual regresar? En Éxodo 25:8, Dios había indicado: "Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos". Esta indicación llevó a la construcción del tabernáculo en el desierto, seguido a su tiempo del templo de Salomón en Jerusalén. Pero ahora esa magnífica estructura yacía en ruinas. Si no había templo en el cual Dios pudiera morar y manifestar su presencia, ¿cómo podría encontrarse con su pueblo? Dios pronto res-

pondería a esa preocupación mediante una manifestación de su persona.

Cuando Dios manifestó su presencia, esto fue lo que Daniel vio: "Y alcé mis ojos y miré, y he aquí un varón vestido de lino, y ceñidos sus lomos de oro de Ufaz. Su cuerpo era como de berilo, y su rostro parecía un relámpago, y sus ojos como antorchas de fuego, y sus brazos y sus pies como de color de bronce bruñido, y el sonido de sus palabras como el estruendo de una multitud" (Dan. 10:5, 6). Este no es un ser ordinario, ni siquiera un ángel. El ángel Gabriel se aparecerá más tarde a Daniel en este capítulo, y otros dos ángeles aparecen de pie a cada lado del río, según el capítulo 12, pero este majestuoso ser brillaba mucho más que los otros. El profeta nos habla de la majestad y gloria del ser que vio. Menciona lo radiante de sus vestiduras y su cuerpo. Luego habla de su rostro, sus ojos y sus extremidades. Todo él era brillante y glorioso. Esta es la refulgencia brillante y luminosa de la persona divina. Nos cuesta mucho encontrar palabras para describir esto, y así ocurrió con Daniel. Es por eso que él comparó estas características con varios elementos brillantes de la naturaleza.

Daniel llamó a esto una visión, pero usó una palabra hebrea en particular que se refiere especialmente a la manifestación de un ser personal, en contraste con una visión simbólica tal como la de Daniel 7 y 8. Una palabra equivalente es "teofanía", una aparición personal de Dios. Al final de su ministerio en esta tierra como profeta de Dios, Daniel se encuentra personalmente con el Señor a quien ha estado sirviendo durante todo este tiempo. Esa presencia personal de Dios trajo seguridad al profeta. Le aseguró que su trabajo para el Señor había sido aceptado y que Dios aún estaba obrando en favor de su pueblo.

Salomón había dicho en la dedicación del templo que por muy grande y glorioso que fuera algún templo terrenal, no sería adecuado para contener al gran Dios (véase 2 Crónicas 6:18). Así ocurrió en el tiempo de Daniel. Si el templo se reedificaba ahora o después, Dios aún estaba con su pueblo, y él aún estaba con su profeta. En esta visión de la presencia de Dios había seguridad para Daniel como individuo y para el pueblo de Dios, de que el Señor los ayudaría a sobreponerse a los obstáculos en su camino.

EL DÍA DE LA SEMANA

Existen ciertas claves en estos versículos que pueden posibilitar que calculemos de manera más o menos precisa cuándo esta aparición de Dios se

le presentó a Daniel. Él afirma que había estado llorando y ayunando por espacio de "tres semanas" y que entonces Dios se le apareció en el día 24 del primer mes: Nisan (10:4). Dada la cercana proximidad de estas dos declaraciones, la implicación es que el día 24 del primer mes vino inmediatamente al final de las tres semanas de ayuno. El lenguaje original utiliza una frase idiomática aquí para indicar que las tres semanas fueron completas. Las semanas completas llegan a su fin después de siete días; terminan en sábado, el séptimo día. Siendo que esta visión le apareció a Daniel al fin de las tres semanas completas, también tuvo que haberle llegado la visión en sábado. Eso quiere decir que esta profecía final del libro de Daniel fue muy probablemente dada en sábado. Ésta es la única visión en el libro que podemos fechar con tal precisión.

En este respecto, hay un paralelo más o menos directo entre Daniel y Juan, el receptor de las visiones del libro del Apocalipsis. Juan dice que él recibió su visión en el "día del Señor" (Apoc. 1:10). Según sabemos tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento, el día que el Señor reclamó como su especial posesión es el sábado (Isa. 58:13; Mar. 2:28). Por lo tanto, Daniel recibió su profecía final durante el sábado, y Juan recibió las visiones de su libro en ese día también. Ambos hombres ya eran ancianos en ese tiempo. Daniel había estado en cautiverio en Babilonia por setenta años y se acercaba a la edad de noventa años para ese entonces. Juan recibió su visión en el 96 d.C. y no había visto a Jesús personalmente por casi setenta años. No sabemos la edad precisa de Juan, pero si se convirtió en un discípulo de Jesús aproximadamente a la misma edad que Daniel tenía cuando fue llevado al exilio; es probable que los dos hombres tuvieran aproximadamente la misma edad para el momento en que recibieron sus visiones.

Similarmente, ambos se encontraban en el exilio cuando recibieron sus visiones. Daniel estaba en Babilonia, y Juan estaba prisionero en la isla de Patmos "por la palabra de Dios y el testimonio de Jesús" (Apoc. 1:9). Sus visiones también fueron del mismo carácter. Ambas contenían un tipo especial de profecía que se conoce como apocalíptica. Estas profecías narran la historia hasta que concluye y se establece el reino de Dios.

También se puede hacer una comparación entre la forma que adoptó la apariencia de Dios tanto en Daniel 10 como en Apocalipsis 1. Juan vio a Jesucristo de pie entre los candeleros del Santuario, vestido como un sacerdote pero también exhibiendo la brillantez y la gloria de la persona de Dios.

Cuando uno mira en otras partes en la Biblia en búsqueda de una explicación adicional para la apariencia de Dios en Daniel 10, se destacan dos textos: Apocalipsis 1 y Ezequiel 1. Ezequiel, como Juan, vio a un ser similar con muchos de los mismos rasgos. De esta visión de Dios, Ezequiel dijo: "Así era el parecer del resplandor alrededor" (Eze. 1:28).

Para Ezequiel y Daniel, la experiencia fue la misma. Ezequiel escribió: "Y cuando yo la vi [la visión de Dios], me postré sobre mi rostro, y oí la voz de uno que hablaba" (vers. 28). Daniel también fue sobrecogido de manera similar. Cayó en un sueño profundo con su rostro hacia el suelo (Dan. 10:9).

EL ÁNGEL

El ángel Gabriel tocó a Daniel para restaurar su fuerza y que así pudiera recibir la profecía que deseaba darle. Esto le dio suficiente energía al profeta para ponerse sobre sus manos y rodillas y entonces, lenta y laboriosamente, incorporarse a una posición completamente vertical, si bien aún temblaba por la experiencia (10:10, 11). Esto debería darnos un sentido del poder, la majestad y la gloria de Dios. Hay dos elementos contrastantes en la religión que nos enseñan cómo debemos acercarnos a Dios y percibirlo: La trascendencia y la inmanencia. La trascendencia de Dios significa que él es grande, poderoso y glorioso, y que gobierna el universo desde su trono. La inmanencia de Dios nos habla de su amistad, de alguien que descendió a morar a nuestro lado.

¿Cómo es posible que estas dos perspectivas sean verdaderas? ¿Cómo puede el Dios grande y majestuoso del universo rebajarse y tornarse en nuestro amigo personal? Esa es la gran tensión de la religión, una tensión que ultimadamente se resolvió en la encarnación. Jesús vino a vivir a nuestro lado con su divinidad velada por su humanidad. Por lo tanto, el gran Dios del universo se convierte en nuestro amigo personal en Jesucristo, y como tal manifiesta un tierno y amoroso cuidado por nosotros. Eso es parte de lo que nos dice la visión de Dios/Jesús en Ezequiel 1, Daniel 10 y Apocalipsis 1.

Ya hemos visto antes a Gabriel. Se le apareció a Daniel para darle la profecía de Daniel 9:24-27. También se le apareció a Daniel en el momento de la visión de Daniel 8:1-12 a fin de proporcionarle la interpretación de esa visión simbólica. Se menciona a Gabriel allí como aquel a quien Daniel había visto "en la visión al principio" (Dan. 9:21), conectando así las dos profecías de Daniel 8 y 9. De la misma forma, los capítulos 10 y 11 están conectados a

los capítulos 8 y 9 mediante la declaración de Daniel cuando dice que después de recibir la explicación dada en el capítulo 11, ahora comprendía la visión anterior (Dan. 10:1). Si bien Gabriel no es llamado por nombre en el capítulo 10 u 11, su posición cercana a Miguel lo hace el candidato lógico para el ángel que trajo este mensaje al profeta (Dan. 10:13, 20). Por lo tanto, estas tres profecías están ligadas entre sí mediante su presentador e intérprete común: Gabriel. Él apareció después de la visión simbólica del capítulo 8 para explicársela a Daniel, y apareció para presentar las profecías de los capítulos 9 y 11 sin ninguna visión que inmediatamente les precediera. Uno casi podría referirse a los capítulos 8-12 como el libro de las Revelaciones de Gabriel, tal como se denomina al Apocalipsis el libro de las Revelaciones de Jesucristo. Nuevamente encontramos a Gabriel en el Nuevo Testamento. No solo dio la profecía del capítulo 9, sino también vino a anunciar el cumplimiento de uno de sus más importantes segmentos cuando anunció el nacimiento inminente del precursor de Jesús, Juan el Bautista (Luc. 1:1, 19).

INTERVENCIÓN DIVINA EN LOS ASUNTOS HUMANOS

Ya sabemos que había un problema por el cual Daniel estaba llorando y ayunando. Se ha sugerido que el problema que le concernía era la reconstrucción del templo, la cual se había detenido debido a la intervención de los samaritanos. Daniel había estado ayunando y llorando por tres semanas. Si el siervo terrenal de Dios estaba tan preocupado acerca de este giro de eventos, ¿por qué el Señor mismo no hacía algo al respecto? Sí lo estaba haciendo, y Gabriel nos lo dice. Durante el mismo periodo de tres semanas en el que Daniel había estado llorando y ayunando, Gabriel y su superior, el arcángel Miguel, habían estado luchando con el príncipe de Persia (10:12, 13). Por lo tanto, el príncipe de Persia tuvo que haber tenido algo que ver con la causa del problema.

La mayoría de los comentaristas perciben al rey de Persia en Daniel 10 como el símbolo de un ángel malvado que obraba como un genio nacional o espíritu supervisor de Persia. Por lo tanto, los ángeles buenos, Miguel y Gabriel, competían contra él en su lucha por el destino del pueblo de Dios. Pero ni Satanás ni ninguno de sus ángeles eran príncipes del reino de Persia. Siendo que el capítulo nombra al *rey* de Persia, fácilmente podemos identificar quién era el *príncipe* de Persia en ese tiempo. El príncipe de Persia sería Cambises, el hijo del rey Ciro. Cuando Ciro murió, Cambises lo sucedió en el trono. Antes de eso era el príncipe heredero. Lógicamente, él tendría que

ser el príncipe de Persia mencionado en Daniel 10.

¿Por qué Cambises habría de ser mencionado aquí en Daniel 10? Por dos razones principales: (1) debido a su influencia y poder políticos como príncipe; y (2) porque se oponía mucho a todos los cultos religiosos del extranjero. Como príncipe heredero, Cambises estaba bastante involucrado en los asuntos de la provincia de Babilonia. Ciro incluso lo elevó al rango de corregente por un año, tal como Nabonido había hecho con Belsasar. Cambises era un estudiante del zoroastrismo que adoraba al dios Ahura Mazda. No tenía tolerancia alguna por los cultos a otros dioses. Los historiadores nos han dicho que incluso destruyó los templos de algunos de aquellos dioses extranjeros, especialmente en Egipto. Sin lugar a dudas, no fue ningún accidente que los judíos no lograron nada en términos de la reconstrucción del templo en Jerusalén a lo largo del reinado de Cambises (530-522 a.C.). El descuido manifestado hacia el templo durante ese periodo ciertamente sería consonante con la política de Cambises. Incluso antes de su reinado oficial, Cambises fue de gran influencia en la provincia de Babilonia, a la cual Siria y Judá pertenecían. Estas provincias eran conocidas como Babilonia y Más Allá del Río, lo que quería decir la región Trans-Éufrates. No fue sino hasta la reorganización de la estructura política del imperio por Darío I que Siria y Judá se apartaron de la provincia de Babilonia.

Por todo esto, si algunos consejeros contratados por los samaritanos vinieron a Babilonia y se encontraron con Cambises, él probablemente se habría alegrado de concederles su petición. Los judíos no fueron capaces de reconstruir el templo en Jerusalén durante el resto del reinado de Ciro y durante todo el reinado de Cambises. No fue sino hasta que un nuevo rey, Darío I, entró al escenario con una nueva política que los judíos pudieron lograr algún avance respecto de la reconstrucción del templo (véase Esdras 4:5).

Sin embargo, tras bambalinas, fuerzas invisibles funcionaban. Los poderes del cielo fueron enviados a influir sobre el terco príncipe de Persia, a la vez que los ángeles de Dios obraban para que se cumpliera su voluntad. A pesar de los esfuerzos celestiales, la decisión sigue siendo prerrogativa del hombre, y hasta donde sepamos, Cambises nunca cedió a estas influencias. También debemos destacar que tuvo un final lamentable, un probable suicidio en su viaje de regreso de Egipto. Se echó sobre su espada y murió a causa de la herida. Algunos afirman que fue un accidente, mientras que otros dicen que fue un suicidio. En cualquier caso, Cambises llegó a un final

triste, y parte del cuadro incluye su oposición evidente al Dios verdadero de los judíos.

MIGUEL

Gabriel le aseguró a Daniel que las fuerzas del cielo no habían capitulado en su lucha por el pueblo de Dios. Después de dejar a Daniel, regresaría a continuar su batalla contra el príncipe de Persia. Sería apoyado en este esfuerzo por Miguel (10:20, 21). A Miguel se le llama "uno de los principales príncipes", "vuestro príncipe", y "el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo" (10:13, 21; 12:1). Él es el príncipe celestial en contraste con el príncipe terrenal, Cambises. El Antiguo Testamento no dice todo lo que se puede saber acerca de Miguel. A fin de llenar la imagen, necesitamos ir a Judas 9 en el Nuevo Testamento, donde se identifica a Miguel como el arcángel con el poder de la resurrección y a Apocalipsis 12:7 donde encontramos que era el líder del ejército celestial contra Satanás y sus fuerzas rebeldes en el cielo antes de la creación del hombre. Claramente, estos dos textos del Nuevo Testamento solo pueden referirse a Jesucristo. Por lo tanto, con certidumbre podemos asumir que las referencias a Miguel en el Antiguo Testamento deben entenderse como refiriéndose también a Cristo.

A Miguel se lo menciona por nombre solo en Daniel 10 y 12. En Daniel 10, está involucrado en un problema local, limitado. En Daniel 12, está involucrado, como veremos, en un conflicto final, universal, la conclusión de la batalla entre el bien y el mal. Dondequiera que se encuentren, los pasajes de Miguel en la Biblia tienen esta característica: involucran un conflicto, y a Miguel se lo representa como el líder del bando de Dios en la batalla. Por lo tanto, las imágenes de Miguel en Daniel 10 y 12 crean una especie de envoltura alrededor de la profecía de Daniel 11. Miguel es presentado en Daniel 10 en conexión con la controversia que tiene lugar en el mismo tiempo del profeta (10:13, 21). La imagen final de Miguel aparece al final del tiempo en la controversia final (12:1). En todos estos casos, él protege al pueblo de Dios. Así lo hizo en el siglo sexto a.C., y así hará en el fin del tiempo.

De la controversia que se agitaba entre Miguel y Cambises, Gabriel prosigue a llevar a Daniel a través del futuro profético hasta el tiempo cuando Miguel aparecerá en escena por última vez, cuando el plan de salvación se aproxime a su final y Miguel lleve a su pueblo a casa. Ese futuro profético narrado por Gabriel es el tema de Daniel 11.

El mensaje final – Parte 1

DANIEL 11

Daniel 11 ha sido un capítulo difícil de entender para los intérpretes. Hay una gran cantidad de detalles y puede ser bien fácil extraviarse en ese bosque de significados. En la siguiente sección estudiaremos al "rey del sur" y al "rey del norte". Examinaremos la historia de los reyes persas y griegos posteriores al tiempo de Daniel. El capítulo 11 saca a la vista muchísimos detalles históricos. Pero todos estos solo sirven para preparar el escenario para el propósito general de la profecía, el cual es proyectar la historia hasta el momento cuando Miguel aparecerá en escena por última vez para llevar a su fin el plan de salvación y llevar a su pueblo a casa.

A pesar del cúmulo de detalles históricos para los siglos entre los tiempos de Daniel y la venida del Mesías, la profecía del capítulo 11, como la de los capítulos 8 y 9, tiene que ver con la realización del gran plan de salvación y el destino eterno del pueblo de Dios. Como tal, está muy cercanamente relacionada con el gran bosquejo profético de los capítulos 8 y 9, y amplifica tal profecía según se muestra en el siguiente diagrama:

LA RELACIÓN DE DANIEL 11 CON DANIEL 8 Y 9			
Daniel 11		**Daniel 8, 9**	
11:2	El reino de Persia	8:20	el carnero de Persia
11:2	El reino de Grecia	8:21	el macho cabrío de Grecia
11:3	Un poderoso rey aparece en Grecia	8:21	el cuerno grande como el primer rey de Grecia = Alejandro Magno
11:4	Los cuatro vientos = el esparcimiento del imperio del gran rey	8:22	Los cuatro reinos que surgen del cuerno grande de Grecia
11:16	La tierra deseable es conquistada	8:9	Roma pagana conquista la tierra deseable de Israel
11:22	El Príncipe del pacto será destruido	9:25	Roma pagana corta al Ungido en el Calvario

PERSIA —DANIEL 11:2

Daniel 11:2 se refiere a los tres reyes persas que iban a "aparecer", seguidos por un cuarto rey. Puesto que Ciro estaba en el trono cuando Gabriel le dio a Daniel esta profecía, deberíamos iniciar contando con su hijo Cambises como el primero de los tres. Antes de salir de Egipto, Cambises asesinó a su hermano Esmerdis. Pero mientras Cambises estaba fuera, Bardiya, un impostor, tomó el trono, pretendiendo ser Esmerdis. Cambises volvía de Egipto para rectificar esta situación cuando murió. Después de un corto periodo, Darío I Histaspes tomó el trono tras su conquista militar de los rebeldes contra el gobierno central, incluyendo al falso Esmerdis. Darío no estaba en línea para el trono, pero se aseguró esa posición mediante sus conquistas militares. Así, los tres reyes persas que la profecía dice que "habrá" (11:2) fueron Cambises, el falso Esmerdis, y Darío I Histaspes.

El cuarto rey que siguió a estos tres fue especialmente significativo; la profecía dice que él "se hará de grandes riquezas más que todos ellos; y al hacerse fuerte con sus riquezas, levantará a todos contra el reino de Grecia" (11:2). Este acaudalado rey fue Jerjes, el rey persa descrito en el libro de Ester. Jerjes fue el segundo de los reyes persas en agitar Grecia mediante invasiones; Darío había sido el primero. Jerjes invadió Grecia en el 480 a.C. Grecia no se vengó por más de un siglo, pero los griegos nunca olvidaron la humillación que los persas habían acarreado a su país. Cuando finalmente vinieron a reparar estos daños, fue en respuesta directa a lo que los persas les habían hecho muchos años antes. La venganza griega ocurrió bajo Alejandro Magno.

Algunos estudiosos de Daniel 11 han dicho que el autor no conocía bien la historia persa porque no prosiguió a la enumeración y caracterización de los reyes persas después de Jerjes. Esta observación pasa por alto un punto. El propósito de la profecía no era dar un recuento completo de la historia persa, sino trazarla hasta el punto en el cual el siguiente poder sube al escenario histórico. Puesto que Jerjes fue quien, a la postre, trajo los griegos a la prominencia en la política del Cercano Oriente, no había necesidad de que la profecía recitara más de la historia persa después de ese punto. La profecía entonces cambia el enfoque hacia el nuevo poder en el escenario a fin de seguir el surgimiento y la caída de estos reyes y sus reinos.

GRECIA—DANIEL 11:3, 4

El primer rey en levantarse después que Grecia subió a la tarima histórica es descrito como el poderoso rey que "dominará con gran poder y hará su voluntad" (vers. 3). El texto no lo dice directamente, pero la implicación clara es que este nuevo rey obtuvo su poder y reinado al derrotar a los reyes persas anteriores a él. Obviamente, este rey fue Alejandro Magno. Hay un enlace lingüístico directo entre Daniel 8:8, 21 y Daniel 11:4 en lo que respecta al destino de Alejandro; se usa el mismo verbo hebreo en los tres versículos para expresar cómo habría de ser "quebrantado". Daniel 11 añade el detalle de que su reino no pasaría a su descendencia directa. Esto se cumplió en la vida y muerte de Alejandro Magno. Tenía un hijo pequeño para cuando murió, pero este hijo no heredó ninguna parte del imperio de su padre.

Más bien, su reino iba a ser dividido "hacia los cuatro vientos del cielo", o a los cuatro puntos cardinales. Este es el mismo lenguaje que se usa en Daniel 8:8, refiriéndose a la división del imperio de Alejandro en los cuatro cuernos, o reinos, que sus generales llegaron a controlar. Estas divisiones ya han sido discutidas en el comentario de Daniel 7 y 8, donde fueron representados por las cuatro cabezas y alas sobre el leopardo (7:6) y por los cuatro cuernos en la cabeza del macho cabrío (8:8, 22). Este es otro punto distintivo en el que las profecías de Daniel se intersectan, y esta coyuntura sirve como uno de los hitos importantes en nuestro estudio progresivo de la complicada sucesión política de Daniel 11.

LOS REYES HISTÓRICOS DEL NORTE Y DEL SUR—DANIEL 11:5

Desde el punto de vista de los judíos que vivían en Judá, las divisiones más importantes del Imperio Griego fueron Siria, incluyendo la provincia de Babilonia, la cual se ubicaba inmediatamente hacia el norte de ellos, y Egipto, que se encontraba en el sur de su terrritorio. Estas dinastías fueron conocidas como los ptolomeos en Egipto y los seléucidas en Siria, con base en los nombres de sus primeros gobernantes, Ptolomeo I y Seleuco I respectivamente. Durante este periodo, los judíos estuvieron primero bajo el control de los ptolomeos y luego cayeron bajo el dominio de los seléucidas. Finalmente, como resultado de una guerra de independencia, los judíos tuvieron sus propios reyes conocidos como los reyes macabeos de la casa Hasmonea. La historia de este periodo intertestamentario, según se lo des-

cribe en Daniel 11:13, puede seguirse sin gran dificultad en los libros de historia que cubren este periodo. Se podría bosquejar brevemente como sigue. (En este punto, sería bueno que el lector revisara Daniel 11:5-15 cuidadosamente.)

El versículo 5 comienza con el primer rey prominente del sur, o Egipto, quien puede identificarse como Ptolomeo I Soter. Su comandante, quien vino a un reino más grande que el suyo, puede identificarse como Seleuco I Nicator. Este comandante había tenido que huir de Siria a Egipto, pero a la postre pudo recuperar estas tierras sirias de mano de Antígono, el gobernante de Siria. "Al cabo de años" (vers. 6), por el 250 a.C., el rey del sur, Ptolomeo II Filadelfo, y el rey del norte de ese tiempo, Antíoco II Theos, formaron una alianza ligada por el matrimonio diplomático de Berenice con Antíoco. Cuando Ptolomeo murió, sin embargo, este arreglo se vino abajo, y Laodice, la primera esposa de Antíoco, fue capaz de tramar las muertes de Antíoco, Berenice, y del hijo de Berenice (vers. 6).

Para vengar la muerte de Berenice y su hijo, "un renuevo de sus raíces" (vers. 7), Ptolomeo III Euergetes, vino contra el norte y capturó su capital (vers. 7). Por un tiempo, controló buena parte del territorio del rey del norte en Siria, pero posteriormente renunció a él y regresó a Egipto, sacando de ahí un gran botín e incluso algunos dioses de los sirios. Esto es sencillamente una extensión de la política humana al ámbito religioso, porque esto indicaba [para los contemporáneos] que los dioses de Egipto habían prevalecido sobre los dioses de Siria (vers. 8). Ptolomeo III regresó a Egipto y no atacó al rey del norte por algún tiempo (vers. 8b). Entonces, Seleuco II lo atacó en venganza, pero no tuvo éxito (vers. 9).

Los hijos del rey del norte referidos al principio del versículo 10 fueron Seleuco III Cerauno y Antíoco III Magno. El primero fue un rey de corta duración (226 a.C. al 223 a.C.) pero el último fue un gobernante de gran importancia, por eso se le dio el epíteto de Magno, o "Grande". Éste reinó del 223 a.C. al 187 a.C. El reino de Antíoco III puede dividirse en tercios desiguales. El primer tercio fue demarcado por la desastrosa batalla de Rafia sobre la frontera entre Egipto y Palestina, donde fue derrotado por Ptolomeo IV Filopater de Egipto (vers. 11). De esa derrota, Antíoco III dirigió su atención al oriente, donde intentó recuperar posesiones del reino seléucida que se habían perdido. En esto tuvo un gran éxito. Después de dicho éxito, volvió al problema de Egipto, y esta vez tuvo más éxito que en su

primer encuentro (vers. 13). En la batalla de Panaeus, en el 198 a.C., y como resultado del seguimiento de esa batalla, la provincia de Judea vino a sus manos. Así, el territorio de los judíos cambió de propietario, y pasaron de ser vasallos del rey del sur a vasallos del rey del norte.

Hasta aquí, el tiempo de Antíoco III (vers. 13), casi todos los comentaristas están de acuerdo sobre la identificación de los varios reyes del norte y del sur. La pregunta es: ¿Qué ocurrió después del tiempo de Antíoco III?

Los intérpretes futuristas toman todo desde el versículo 13 hasta el versículo 35 como refiriéndose a Antíoco IV Epífanes, mientras que los intérpretes preteristas aplican todo desde este punto hasta el fin del capítulo a Antíoco IV. La posición de este libro es que solo los versículos 14b y 15 se refieren a Antíoco IV. Siendo que Antíoco IV fue el responsable de introducir a Roma al escenario histórico en el Oriente Medio, este rey forma un punto apropiado de transición hacia Roma, tal como Jerjes fue un punto apropiado de transición hacia Grecia.

Al aplicar solamente los versículos 14b y 15 a Antíoco IV Epífanes, lo reducimos a su apropiada medida histórica. Después de todo, él fue solo un rey menor que gobernó un reino menor por solo un corto tiempo (175 a.C. al 163 a.C.). Se portó muy mal con los judíos en Judea, pero el mayor punto de transición en su reinado fue cuando tuvo que derrumbarse ante la presión diplomática de Roma. Roma ya era el poder principal en el horizonte en el Oriente Medio en el tiempo de Antíoco Epífanes, y él sabía muy bien que no le convenía frustrar sus designios. Solo se requirió un embajador romano, ni siquiera un ejército, para hacer que Antíoco Epífanes abandonase su segunda invasión a Egipto en el 168 a.C.

La primera parte del versículo 14 hace referencia a aquellos que se levantaron contra el rey del sur. Esto podría incluir un gran número de participantes. Primero, estaba Antíoco III y sus tropas sirias. Luego estuvieron sus compañeros. Antíoco III entró en una alianza secreta con Felipe V de Macedonia para dividirse las posesiones de Ptolomeo fuera de Egipto. Felipe, desafortunadamente, entró en conflicto con los romanos y sufrió una derrota a sus manos en la segunda guerra macedónica (200 a.C. a 196 a.C.). A pesar de su alianza con Felipe, Antíoco III rehusó oponerse a los romanos en esta ocasión. También puede verse al versículo 14a como refiriéndose a aquellos egipcios que se rebelaron contra Ptolomeo V en Egipto. Estos eventos están registrados en la obra de Polibio (*Las Historias* 5.107). Por

último, pero no necesariamente de menor importancia, los "muchos" del versículo 14a podrían incluir a los judíos, previamente bajo el control de Ptolomeo hasta ser liberados por Antíoco III. Para ellos, después de haber estado bajo el control ptolomeico por más de un siglo, aquello debió haber parecido una gran liberación. Como una prueba de esta promesa de un nuevo día, Antíoco III concedió derechos especiales al Estado religioso judío de Judea. Pero esta promesa pronto fracasó y los judíos se convirtieron en antagonistas confirmados de Antíoco III. Así que hubo muchos que se levantaron contra el rey del sur durante el periodo que registra Daniel 11:14a.

¿Qué es lo que significa el resto de este versículo? Éste ha sido un problema difícil de interpretar por un largo tiempo. Literalmente, el texto se lee, "y los hijos de los perturbadores de tu pueblo serán levantados, cargados, quitados...." El primero de estos dos verbos significa "entrar por la fuerza" o "abrirse paso" como si se rompiera una brecha en la muralla. El segundo verbo normalmente significa "levantar", "cargar" o "quitar". Combinando estos dos significados, debería resultar una oración que diga algo como lo siguiente, "los hijos de los perturbadores de tu pueblo fueron llevados". Este significado sería paralelo al versículo 12, que dice "al llevarse la multitud" y utiliza el mismo verbo. ¿Pero a quiénes ser refiere el versículo 14 como siendo llevados? ¿Quiénes son "los hijos de los perturbadores de tu pueblo"? Fueron los egipcios. Como resultado de su derrota en la batalla de Paneas (198 a.C.), los egipcios fueron retirados y sacados de la escena en lo que respecta a Judea o el sur de Siria. Por lo tanto, la frase en el versículo 14 debería traducirse, más o menos literalmente, "los hijos de los perturbadores de tu pueblo fueron quitados [o serán quitados, en el sentido profético futuro]". Significa que los sirios quitaron a los egipcios al derrotarlos y, por lo tanto, los opresores del pueblo de Dios en Judea fueron retirados.

La frase final del versículo 14 es una frase interesante, puesto que se refiere al cumplimiento de una visión. Los comentaristas han tenido considerable dificultad para entender lo que significa esta frase, pero si se consideran los cambios históricos y políticos que ocurrieron en Judea durante ese tiempo, se puede determinar una respuesta más directa. Cuando los sirios derrotaron a los egipcios en Paneas, el cuerno egipcio de los cuatro cuernos griegos (Dan. 8:7) había sido quitado del camino en lo que a Judea respecta. Fue sustituido por el cuerno sirio. Desafortunadamente para los judíos,

ese cuerno-poder sirio, próximo a ser dirigido por Antíoco IV Epífanes, les hizo la vida muy difícil al perseguirlos.

La persecución de Antíoco IV contra los judíos ha sido vista por muchos intérpretes como el cumplimiento de una porción importante del resto de Daniel 11. Sin embargo, la declaración profética en el versículo 14 debería advertirnos contra esta interpretación; implica que estas personas —los sirios bajo Antíoco IV—"caerán". No, Antíoco no es el cumplimiento de esta profecía. Tendremos que buscar otro cumplimiento de parte de una potencia mayor en el horizonte de aquel tiempo. Tendremos que mirar a Roma.

Daniel 11:15 habla de una campaña contra el rey del sur conducida por el rey del norte. El foco de esta campaña se centró en torno a una ciudad fortificada. Varias ciudades y varias campañas de los reyes seléucidas han sido sugeridas como la interpretación de estos elementos, pero dada la sucesión de eventos en este punto en la profecía, la campaña que concuerda mejor es la Antíoco IV del 169 a.C. contra Egipto. El foco de esa campaña se centraba en torno a la ciudad de Pelusio, la ciudad más grande que guardaba la entrada al delta oriental de Egipto. Pelusio cayó ante las tropas de Antíoco IV durante la campaña y, así conquistó la mitad oriental del delta. Entonces, regresó a Siria para el invierno del 169/168 a.C. Ese fue un error grave en su estrategia, y dio pie a la introducción del siguiente poder en la profecía.

ROMA IMPERIAL —DANIEL 11:16-22

Daniel 11:16 introduce un nuevo actor en el escenario histórico. No se refiere al mismo como el rey del sur ni como el rey del norte, sino como "el que vendrá" (o "el ejército invasor" en la NVI). Siendo que Antíoco IV salió victorioso al final del versículo 15, pareciera lógico que él fuera aquel contra quien pelearía este nuevo poder. En este punto encontramos que el rey del norte no vuelve a aparecer en el capítulo 11 hasta el versículo 40. Desaparece de la narración cuando se introduce este nuevo poder. El rey del norte, el rey seléucida sirio, cede, y este nuevo poder (Roma) asume el poder.

Para enfatizar el hecho de que éste es un nuevo poder que aparece en escena, el texto dice que "hará su voluntad" (vers. 16). Esta es una frase técnica usada para introducir nuevas potencias en la profecía. Se usó para Grecia en el versículo 3, y ahora se está usando en el versículo 16 para Roma, la potencia que se acercó a Antíoco IV Epífanes y lo desalentó de sus

conquistas egipcias. La tercera frase de importancia en el versículo 16 en conexión con este nuevo poder es la referencia a la "tierra gloriosa". Este poder se colocará sobre ella y se apoderará por completo de ella. Esto no tiene aplicación concebible a Antíoco IV porque Judea ya era parte de su reino cuando la heredó de su padre. No era necesario que él la conquistara. Roma, por el otro lado, tomó a Judea mediante conquista. Cuando Roma conquistó Siria en el 64 a.C., incluía a Judea en sus territorios conquistados. Como ya ha sido señalado, ésta es una referencia cruzada con la profecía en Daniel 8, donde en el versículo 9 la "tierra gloriosa" (*sebi*) surge como una de las conquistas del cuerno pequeño.

El otro aspecto lingüístico de interés del versículo 16 es la forma en que el versículo se refiere a la confrontación entre Antíoco IV y Roma. Cuando se hace referencia a batallas y guerras en Daniel 11, la preposición *'al'*, "en contra de", se usa comúnmente. Pero no en este caso. Por lo tanto, la traducción de la NVI, "nadie podrá hacerle frente", no es enteramente precisa. La preposición usada en el hebreo original de este versículo es *'el'*, "para" o "a". En otras palabras, cuando el diplomático romano vino a confrontar a Antíoco IV sobre su regreso a Egipto, no vino con todas las fuerzas de Roma como respaldo. Era una misión diplomática, la que fue exitosa debido a la amenaza implícita de hacer caer todo el poder de Roma sobre Antíoco IV. Pero en cuanto a la reunión, Roma solo vino "a" él y no "contra" él.

Está abierto a discusión si el versículo 16 se refiere a Roma en general o a determinado general romano en específico que cumplió estas acciones. Ciertamente Pompeyo y sus tropas fueron quienes se levantaron con fuerza sobre la "tierra gloriosa", y la subyugaron en el 63 a.C. Por otra parte, en Daniel 8, el cuerno pequeño no es tanto indicativo de un gobernante específico como de un poder político que incluye a todos sus gobernantes. Si el versículo 16 se toma como una introducción de la nueva potencia como un todo, entonces pueden entenderse los versículos siguientes como una elaboración de los destinos de gobernantes individuales. Ese pareciera ser el curso que sigue el texto.

En relación con un gobernante individual, Daniel 11:17 dice que "afirmará luego su rostro para venir con el poder de todo su reino". He aquí una descripción de movimientos adicionales más allá de Judea, una campaña hacia otro país. La venida de Roma en el versículo 17 no es a Judea; eso ya fue descrito en el versículo 16. Roma ya había conquistado la tierra

del norte; ahora continuaba hacia el sur, a Egipto. Egipto no se incorporó formalmente al Imperio Romano hasta el éxito de Octaviano allí en el año 30 d.C., pero Julio César entró a Egipto e influyó en sus asuntos un poco antes, en el 48 a.C. Es interesante notar que entró a Egipto en persecución de Pompeyo, quien murió allí por mano de un funcionario de Ptolomeo. Si el versículo 16 se está refiriendo a Pompeyo, quien había causado que Roma se estableciera en la "tierra gloriosa" (11:16) y que había dirigido las acciones contra Egipto, entonces la siguiente figura en el escenario es Julio César.

Julio César pareciera encajar mejor en los versículos 17-19. Si la primera frase del versículo 17 en realidad tiene que ver con llevar términos de paz o arreglar una alianza, entonces Julio César fue ciertamente responsable de eso. Fue mediante sus maniobras políticas y militares que apoyó el gobierno de Cleopatra y Ptolomeo XIV. Literalmente, la siguiente frase del versículo 17 se lee, "y le dará a él la hija de las mujeres para echarla a perder [arruinarla, corromperla], pero ella no lo tolerará y ella no será [le pertenecerá] a él". Esto cuadra bien con la notoria alianza entre César y Cleopatra. Aparentemente, ella le dio un hijo, Cesáreo, y se fue con él a Roma como su consorte. Cuando César fue asesinado poco después de eso, Cleopatra tuvo que huir de vuelta a Egipto para proteger su trono. Por un tiempo fue parcialmente exitosa, pero cuando Octaviano llegó a Egipto, la tradición dice que ella murió por la picadura de un áspid venenoso. En este sentido, ella no permaneció, es decir, no continuó gobernando ni perteneció a César excepto por un breve tiempo.

Tal como "él" (el invasor del versículo 16) dirigió su rostro hacia Egipto al principio del versículo 17, así ahora al inicio del versículo 18 dirige su rostro al '*iyyim*'. Esta palabra puede traducirse como "islas" o "costas". Aquí costas tiene mejor sentido. Julio César condujo tres campañas después que dejó Egipto, a Bósforo, al norte de África, y a España. Las primeras dos, definitivamente, y la tercera, probablemente, pueden considerarse costas a las cuales haya vuelto su rostro; esto es, su atención militar. Entonces llegó su desenlace final, a manos de sus amigos de confianza y asistentes. El texto pareciera referirse a esto en términos de "volver sobre él su oprobio" (vers. 18). La caída de César se dio por su estilo de gobierno cada vez más monárquico y dictatorial. Él mismo propició su caída final, sin embargo, al perdonar, reinstalar y colocar en cargos a sus supuestos amigos que, a la postre, lo

asesinaron en los idus de marzo del año 44 a.C. Hay un juego de palabras presente aquí. La palabra para "oprobio", "burla", "insolencia", *herpa*, se asemeja a la palabra "daga" o "espada", *hereb*, el instrumento con el cual los amigos de César se tornaron tan cruelmente en contra suya. Su caída y muerte literales y figuradas están descritas al final del versículo 19.

El versículo 20 da dos características de la persona que se iba a levantar en lugar de César. Primera, enviaría recolectores de impuestos a lo largo del imperio y, segunda, moriría en tiempo de paz, no en batalla, aunque en su carrera había peleado muchas batallas. Estas dos facetas de la carrera de esta figura se cumplieron en la vida de César Augusto, quien sobresale por el censo que hizo en Egipto y otras partes del reino, censos de empadronamiento que sirvieron como base para la tasación de impuestos. El sistema tributario instalado bajo su administración está bien representado por los publicanos en el Nuevo Testamento. Jesús vino a nacer en Belén como resultado del empadronamiento ordenado por Augusto (Lucas 2:1). Augusto murió de una enfermedad el 19 de agosto del año 14 d.C., cumpliendo así la última especificación de esta porción de la profecía.

La persona que sucedió a Augusto fue Tiberio, y el versículo 21 de la profecía pone mucha atención a la forma en que ganó acceso al poder, y lo evalúa pobremente. Tiberio no fue hijo natural de Augusto. Era hijo de Livia, quien lo tuvo de un sacerdote también llamado Tiberio, y llegó a la familia de Augusto cuando éste tomó por la fuerza a la madre del chico. Según los historiadores romanos, Tiberio se tornó muy sádico. Si bien no podemos confiar completamente en los historiadores romanos en este caso, existe un mérito considerable en la evaluación que se le da a Tiberio aquí en la profecía. A Augusto no le gustaba Tiberio y ni siquiera lo quería como su sucesor, pero por no tener otra opción lógica, tuvo que aceptar la idea.

En cuanto a la guerra, mencionada al principio del versículo 22, a Tiberio se le atribuye haberse vengado contra Armenio en Alemania; éste había barrido con tres legiones de soldados romanos. Tiberio tuvo un éxito rotundo en derrotar a Armenio. También se involucró en otras guerras ocasionales y actos de represión salvaje. En esta última categoría se encuentra la aniquilación de una rebelión provincial con considerable derramamiento de sangre. La profecía habla de ejércitos barridos delante de él (vers. 22), y esto concuerda bien con Tiberio, pero hubo muchos otros gobernantes de tiempos antiguos a quienes se podría aplicar esta declaración con igual fuerza. La

siguiente afirmación en el versículo 22, sin embargo, es específicamente un acto de Tiberio.

Daniel 11:22 dice que un "príncipe del pacto" también sería quebrantado ante el gobernante referido en este versículo. Esta frase, "príncipe del pacto", es muy específica en sus nexos con Daniel 9:24-27. En otros lugares en el libro de Daniel, la palabra empleada para "príncipe" es *sar*. Aquí en Daniel 11:22, sin embargo, la palabra usada es *nagid*. Esta palabra se la utiliza exclusivamente en otro lugar en el libro de Daniel: Daniel 9:24-27. Por lo tanto, sobre una base lingüística, estas dos profecías deben conectarse en este punto. En Daniel 9:24-27 es también el Mesías Príncipe (*nagid*, "gobernante" en la NVI) quien hace un gran pacto con muchos por una semana. De ahí que el "príncipe" y el "pacto" están ligados en ambas profecías.

En el estudio de Daniel 9:24-27, tanto los enfoques historicista y futurista perciben al Mesías Príncipe mencionado en el versículo 25 como ningún otro sino Jesucristo. Identificar a Jesús como el Mesías Príncipe de Daniel 9:24-27 significa que cuando llegamos a este periodo en la profecía, hemos llegado al tiempo de Jesús de Nazaret como el cumplimiento de dichos aspectos de esa profecía. Esto nos proporciona un gancho cronológico sobre el cual colgar el versículo 22 en la narración de Daniel 11. Para el momento en que llegamos a este punto en Daniel 11, hemos llegado al siglo primero d.C., y los eventos aquí descritos deberán tomarlo en cuenta.

CAPÍTULO 12

EL MENSAJE FINAL – PARTE 2

Resumamos lo que aprendimos en el capítulo anterior al examinar Daniel 10:1-11:22. Dijimos que el capítulo 10 comprende la introducción a esa profecía e incluye una descripción de la aparición de Dios, así como una conversación con un ángel, probablemente Gabriel, para confirmar la veracidad de esta profecía. En el capítulo 11, el ángel mensajero comenzó a recitar la historia profética de los reyes y las naciones que habrían de seguir después del tiempo de Daniel. La profecía comenzó con los reyes de Persia (11:2) y luego prosiguió con Alejandro Magno de Grecia (11:2). Después que Alejandro murió, su reino se dividió en cuatro partes principales (11:4). Daniel 8 hace referencia a estas cuatro partes del reino de Alejandro mediante el símbolo de cuatro cuernos (8:8, 22). Daniel 11, sin embargo, se concentra especialmente en solo dos de los cuatro. Esos dos son "el rey del norte", cuya residencia real estaba en Antioquía en Siria (11:6), y "el rey del sur", quien provenía de Egipto (11:5). Dado que Judea estaba emparedada entre estas dos potencias, pasó varias veces de manos de una a la otra. Finalmente esta situación llegó a su fin mediante Roma, quien derrotó tanto a Siria como a Egipto, y que conquistó a Judea al mismo tiempo que conquistaba Siria (11:16). Así, Roma poseía Judea en el primer siglo a.C. cuando Jesús de Nazaret, el "príncipe del pacto", fue quebrantado o ejecutado en la cruz por el poder romano (11:22).

En este punto de la profecía, el versículo 23 inicia con una nueva fase del poder de Roma. Ahí es donde comienza nuestro estudio en este capítulo.

El versículo 23 marca una transición en la profecía del capítulo 11. Los versículos 1-22 han llevado la acción del tiempo de Daniel mismo hasta la venida del Mesías, el "príncipe del pacto". Aunque estos versículos contienen una vasta cantidad de detalle histórico, la interpretación con frecuencia es problemática. Si acaso, el detalle y las dificultades interpretativas se incre-

mentan en la segunda sección del capítulo 11, versículos 23-25.

Con todo, a pesar de estos problemas, el propósito y la intención subyacentes de la profecía en los versículos 1-22 son evidentes. En la primera sección, la acción entre el rey del norte y el rey del sur tiene mucho que ver con los asuntos del pueblo de Dios; la batalla es esencialmente una de corte espiritual que culmina con la aparición del Mesías y su confirmación del pacto "con muchos" mediante su muerte.

De la misma forma, la segunda sección de la profecía (vers. 23-45), si bien está enmarcada en términos de reinos en conflicto, concierne a las batallas espirituales entre el pueblo de Dios y su verdad, por un lado, y por el otro el poder perseguidor que procura oscurecer el Santuario de Dios en el cielo y la salvación que está siendo ministrada allí para nosotros por nuestro fiel Sumo Sacerdote, Jesucristo. Al mirar los detalles, necesitamos también conservar en mente el gran panorama de la historia salvífica que yace detrás de ellos.

ROMA PAPAL —DANIEL 11:23-29

Para el 11:22, la profecía ha alcanzado el tiempo de Jesucristo bajo la Roma imperial en el primer siglo d.C. La pregunta es: ¿Hacia dónde va la profecía después de allí? Podría continuar con Roma imperial si se extiende el aspecto histórico. Esa es la forma en que Urías Smith trató el texto en su libro clásico, *Pensamientos sobre Daniel.* Para Smith, los versículos 23-30 repetían la historia de los tres mismos césares. Una repetición tal está posiblemente alineada con el paralelismo del pensamiento hebreo, pero no es muy probable que tal repetición ocurra en un texto narrativo consecutivo y de profecía histórica como el que tenemos aquí en Daniel 11.

O tal vez el texto, comenzando en el versículo 23, podría saltar hasta el tiempo de la conquista romana de Jerusalén en el año 70 a.C., aunque no pareciera haber muchas referencias a una guerra y a un sitio como el de Jerusalén en estos versículos. El tiempo de Constantino podría ser otra transición histórica de consideración, con la conversión del Imperio Romano al cristianismo, pero Constantino tampoco pareciera encajar bien en este pasaje.

Habiendo eliminado estos eventos históricos de importancia como sujetos de la profecía en el resto del capítulo 11, lo que nos queda es el tiempo del levantamiento de la Roma papal en el siglo sexto d.C. Si este es el tema de estos versículos, entonces la profecía nos traería al siguiente segmento de historia que hemos visto en otras profecías de Daniel: el surgimiento de la

segunda fase de Roma, que es la Roma papal medieval, en contraste con la Roma imperial. En ese caso, Daniel 11 sería un paralelo de lo que hemos encontrado en Daniel 7 y 8. Basados en este entendimiento, este volumen toma la posición de que Daniel 11:23-30 trata de las actividades de la segunda fase de Roma, la Roma papal, y que "el rey del norte" en estos versículos se refiere a este poder.

Historiadores seculares y eclesiásticos han hecho notar que esta transición de la Roma imperial a la Roma papal tuvo efecto en el siglo sexto a.C. El tal fue un tiempo de decadencia en la gloria de la Roma imperial, pero también fue un momento oportuno para el surgimiento del poder de la iglesia al llenar el vacío creado por dicha decadencia. La sede del imperio se había mudado a Constantinopla en el oriente, dejando a la iglesia prácticamente a cargo en el occidente.

Los versículos 23-39 no necesariamente presentan las actividades del poder papal en orden cronológico consecutivo. Más bien, en este caso, aparentemente están arregladas en orden temático. Los elementos presentes en los versículos 23-39 pueden bosquejarse de la siguiente forma:

1. Versículos 23-30 campañas militares efectivas
2. Versículo 30 subversión del sistema de salvación
3. Versículos 32-34 persecución
4. Versículos 35-39 autoexaltación

Los últimos tres elementos de la lista anterior también están descritos en Daniel 8 en términos de las actividades del cuerno pequeño. La comparación se podría trazar de la siguiente manera:

Evento	**Daniel 7**	**Daniel 8**	**Daniel 11**
Se quita el Continuo (cap. 8) Abolición del Continuo (cap. 11)	—	Dan. 8:11	Dan. 11:31
Persecución	Dan. 7:25	Dan. 8:10b	Dan. 11:32-34
Autoexaltación	Dan. 7:8, 20, 25a	Dan. 8:10a	Dan. 11:35-39

Todos los tres capítulos mencionan la persecución y la autoexaltación, pero solo los capítulos 8 y 11 mencionan la eliminación del [sacrificio] continuo o diario. Daniel 11 también contiene un elemento en este bosquejo de actividades, las campañas militares efectivas, que no están presentes en Daniel 8. Daniel 8:9 sí menciona campañas militares efectivas, pero éstas se refieren a las conquistas de la Roma *imperial* al oriente, sur, y la tierra gloriosa, no a la actividad militar por la fase *papal* de Roma. Las campañas militares que se hallan en Daniel 8:9 encuentra su correspondiente paralelo en el 11:16, el cual describe la actividad en la tierra gloriosa de Judea y su capital, Jerusalén.

LAS CRUZADAS

Daniel 11:23-30 trata acerca de otro tipo de campaña militar. Estas campañas son conducidas por el papado, que está representado en el 11:23-30 como el rey del norte o en el capítulo 8 como la segunda fase del cuerno pequeño. Esta actividad realizada por Roma en su fase papal se parece a la que la Roma imperial realizó anteriormente bajo Pompeyo y Julio César. Pero estas campañas no ocurren en el siglo sexto d.C., cuando Roma se encontraba en su fase temprana de crecimiento en importancia. Las campañas descritas en el 11:23-30 ocurrieron considerablemente después cuando Roma ya había avanzado a su fase papal.

El ejemplo clásico de este tipo de actividad militar conducida por el papado fueron las Cruzadas de los siglos undécimo a decimotercero. En ese entonces, más que en cualquier otro momento de la historia, el papado, el rey del norte, se vio directamente involucrado en la guerra. Esta guerra fue diseñada para recuperar los lugares considerados santos por el cristianismo pero, al así proceder, los cruzados se echaron sobre sí la ira de Egipto, el rey del sur. La última batalla de la primera Cruzada involucró fuerzas de Egipto, y la última batalla de la última Cruzada incluyó una fracasada incursión a Egipto.

Este patrón corresponde con lo descrito en el 11:23-30. Las fuerzas del rey del norte hicieron sus conquistas primero, y luego las fuerzas del rey del sur entraron en escena. Eso es exactamente lo que sucedió durante la primera Cruzada en el siglo undécimo d.C. Luego, la última Cruzada involucró una invasión real a Egipto por mar, pero las fuerzas del norte fueron derrotadas. Eso es también justo lo que el capítulo 11 dice en los versículos 29, 30.

Daniel 11:40-45 es el pasaje más difícil de interpretar *proféticamente*

porque sus eventos aún yacen en el futuro, pero Daniel 11:23-30 es el pasaje más difícil de interpretar *históricamente* en cuanto a eventos que ahora yacen en el pasado. Es difícil ser definitivo respecto de la interpretación de Daniel 11:23-30, y debemos conservar esta dificultad en mente cuando estudiemos el pasaje. Existen por lo menos cinco diferentes interpretaciones posibles para estos versículos. Por el momento, procederemos con la hipótesis operativa de que Daniel 11:23-30 describe las Cruzadas realizadas a instancias del poder papal en los siglos undécimo al decimotercero. Al hacerlo, veamos cuán bien concuerdan los detalles históricos de estos eventos con lo que se describe proféticamente en estos versículos.

Existe una gran brecha entre la muerte de Jesucristo, descrita en el 11:22, y el tiempo de las Cruzadas mil años después, descritas en el versículo 23. Si bien esta brecha es grande, ya hemos visto que existen brechas en el curso de la profecía de Daniel 11. Del tiempo de Jerjes, el último rey persa mencionado en el versículo 2, hasta el tiempo de Alejandro, el primer rey griego mencionado en el versículo 3, hay siglo y medio de distancia, y la profecía no hace ningún intento de llenar esa brecha mencionando los otros reyes persas posteriores. Sencillamente va de una figura de importancia en el escenario profético a la siguiente. Lo mismo es cierto en 11:22, 23. Fue Jesús quien salió a relucir como el "príncipe del pacto", quien creó la iglesia que llegó a ser el poder papal referido en el versículo 23. Fue el plan de esa iglesia dirigido a recuperar mediante conquistas los lugares santos conectados con Jesús lo que llevó a las Cruzadas que se describen comenzando con el versículo 23.

Esta nueva sección del capítulo 11 (versículos 23-30) comienza con la realización de un "acuerdo" o pacto (vers. 23). No se trata del nuevo pacto en la sangre de Jesús, pues este pacto fue creado mediante engaños, según el versículo 23.

"Y subirá, y saldrá vencedor con poca gente [literalmente, 'con un pueblo pequeño']". Esto podría referirse al número de los cruzados en relación con las hordas del Islam a las que se enfrentaron en el Oriente Medio. O podría referirse, en un sentido más clásico, a las Cruzadas de los Niños de los años 1217-1221 d.C. "La provincia en paz y abundancia" (vers. 24) que es invadida por este movimiento militar se ajusta bien a la "tierra gloriosa" en el versículo 16. Por lo tanto, el versículo 24 se referiría a la tierra de Judea. Este versículo también dice que este poder "hará lo que no hicieron sus

padres, ni los padres de sus padres". Esto no sienta bien con la Roma imperial, porque cada uno de los césares (Julio, Augusto, Tiberio) podría decir que estaba haciendo lo que sus padres habían hecho antes que ellos. En el caso del papado, sin embargo, el llamado a las Cruzadas fue un llamado para algo completamente nuevo en la historia de esa institución. El mundo nunca había visto antes nada semejante.

El texto del versículo 24 señala que este poder distribuyó botín, despojos y riquezas entre sus seguidores. Si bien esto podría decirse de muchos ejércitos en muchas ocasiones, fue especialmente cierto en el caso de las Cruzadas. La motivación detrás de las Cruzadas era doble: obtener beneficios espirituales y obtener riquezas. Los caballeros que participaban en las Cruzadas comúnmente eran los que no habían recibido tierra por herencia en Europa porque no eran los de mayor edad en sus familias. Las Cruzadas eran una vía hacia el enriquecimiento de una forma que no estaba disponible para ellos de quedarse en casa.

La última frase del versículo 24 requiere una traducción diferente de la que se da en la NVI: "Hará planes para atacar las ciudades fortificadas". Los traductores comúnmente han interpretado esta frase como refiriéndose a ataques militares contra fortalezas, pero no hay verbo alguno aquí para tales ataques. Más bien, el verbo que sigue, en forma enfática doble, es el verbo que significa "pensar", "considerar", "dar atención a". En otras palabras, estas fuerzas habrían de ponerse a pensar o darían atención a las fortalezas... ¡sus propias fortalezas! Cuando uno visita Israel y Jordania hoy día, uno puede ver los resultados de ese pensamiento. Los castillos y las fortalezas de los cruzados que fueron construidos para propósitos defensivos durante el siglo duodécimo y decimotercero todavía se pueden ver. Son algunos de los restos arqueológicos más sobresalientes en la Tierra Santa. Algunos de ellos se encuentran en buen estado de preservación. ¡En el siglo pasado, los británicos usaron la fortaleza de los cruzados en Akko como una cárcel para prisioneros políticos durante los días del gobierno palestino (1918 a 1948)! El versículo 24 concluye afirmando que esta atención a las fortalezas y a su construcción duraría solo un tiempo. La ocupación de la Tierra Santa por los cruzados duró menos de dos siglos, y esas fortalezas quedaron como monumentos de una era remota.

Únicamente después de estos éxitos iniciales es que el rey del sur monta sus fuerzas y arremete contra las fuerzas del norte (11:25b). La última bata-

lla de la primera Cruzada se peleó contra las fuerzas que venían de Egipto para enfrentarse a los cruzados después que hubieron conquistado a Jerusalén. Esa batalla tuvo lugar en Ascalón, en la costa sudoccidental de Palestina (véase 11:26). La situación está bien descrita en la siguiente cita de una historia de las Cruzadas:

> El 12 de agosto de 1099 la batalla se concertó en una planicie cercana al puerto-fortaleza egipcia de Ascalón. Los egipcios fueron tomados por sorpresa mientras aún estaban en su campamento y fueron completamente derrotados. Su comandante, el visir al-Afdal (1094-1121) huyó de vuelta a Egipto. El 13 de agosto el ejército victorioso regresó en triunfo a Jerusalén. El éxito de la Cruzada estaba ahora asegurado. La reconquista de la Tierra Santa fue un logro asombroso. El regocijo dentro del cristianismo estaba completamente justificado (H. E. Mayer, 57).

El versículo 27 dice que dos reyes se sentarán en la misma mesa y se mentirán el uno al otro, sus corazones inclinados hacia el mal. A la luz de este versículo, es interesante notar el forcejeo político que ocurrió después de la caída de Jerusalén. La pregunta era: ¿Quién será el rey del nuevo Estado cruzado ahí establecido? Tanto en el ámbito secular como el sagrado, había luchas internas. En la lucha secular había dos candidatos para rey: Raymundo y Godofredo. Godofredo finalmente obtuvo la plaza de gobernante (sin el título de "rey") mediante trampas. En el ámbito sagrado hubo una disputa también por decidir quién sería el patriarca de Jerusalén. Arnulfo de Normandía recibió finalmente la ocupación, aunque no estaba calificado para ella debido a que era ilegítimo y ni siquiera era subdiácono. Sin embargo, muy pronto solidificó su posición como líder de la iglesia mediante el hallazgo de una reliquia: ¡la verdadera cruz! También estaba el asunto de la relación entre estos dos "gobernantes" en sus dobles ámbitos de Iglesia y Estado.

Daniel 11:28 dice que el rey del norte iba a regresar a su país con gran riqueza y actuaría contra el santo pacto. De los líderes cruzados de la primera Cruzada, cuatro dejaron sus hogares en Europa, y solo dos se quedaron con el mini-reino de Jerusalén. Trescientos caballeros y 3.000 soldados de infantería permanecieron en Jerusalén con Godofredo mientras la mayoría

regresaba a Europa con sus líderes y su botín. El control papal de la iglesia en Jerusalén se hizo evidente en el hecho de que en tres ocasiones el papa suspendió o depuso al patriarca del lugar.

Éste también fue un periodo en la historia cuando el papado alcanzó algunas de sus más elevadas alturas de poder. Como ejemplo, Inocente III (1198-1216), habiendo aprendido de las Cruzadas en el Oriente Medio, ahora impulsó una Cruzada contra los albigenses herejes en el sur de Francia en 1208. La lucha duró hasta 1227 cuando Raymundo de Toulouse firmó la Paz de París en la que juraba lealtad al rey y a la iglesia. Si bien los albigenses no eran cristianos ortodoxos, este episodio ilustra cómo la iglesia trató con los disidentes.

Daniel 11:29, 30 habla de otra campaña contra el sur por este poder. Según las designaciones geográficas empleadas en el capítulo 11 hasta aquí, el sur representa a Egipto, así que debemos esperar una campaña directamente contra Egipto. En la primera Cruzada, los egipcios salieron de su país para pelear con los cruzados en Palestina (11:25b), pero en la última Cruzada, la novena, la invasión ocurrió por mar directamente contra Egipto. Esa acción corresponde a la descripción de los versículos 29, 30 cuando son entendidos correctamente.

La primera parte del versículo 30 se traduce comúnmente como las "naves de Quitim" (RV60) que avanzan *contra* el rey del norte. Pero esa no es la preposición usada en el texto original hebreo. Cuando el hebreo quiere decir que un ejército va contra otro, usa la preposición *'al*. Sin embargo, aquí el texto utiliza *be* o *beth*, que significa "por", "en" "a", "con". Por lo tanto, las naves de Quitim, o las costas occidentales, no vinieron contra el rey del norte; vinieron "con" él; eran *sus* naves. Ésta es precisamente la forma en que la última Cruzada intentó invadir Egipto. Esta Cruzada fue dirigida por el devoto rey francés, Luis IX. Pasó el invierno a finales del año 1248 en la isla de Chipre, pero en la primavera de 1249 se hizo a la mar hacia Egipto, invadiéndolo por el afluente Damietta del Nilo. La mayor batalla de la campaña se peleó en Mansourah, en el delta del Nilo, en febrero de 1250. Fue la derrota más grande de las fuerzas cruzadas, y tuvieron que retirarse a Damietta, donde se rindieron a los egipcios en abril. Luis IX mismo fue llevado prisionero y retenido a cambio de dinero. Cuando finalmente salió de Egipto, apenas quedaban 1.400 de sus tropas para acompañarlo. Viajó primero a Palestina, pero finalmente regresó a Francia, donde

continuó su apoyo devoto al papado a pesar de su derrota (Dan. 11:30b).

Con este desastre, la última de las Cruzadas al Oriente Medio llegó a su fin. Los Estados cruzados en Palestina continuaron por unas pocas décadas más, pero entonces también fueron barridos, y no hubo más Cruzadas que vinieran en su ayuda. El rey francés sintió que su derrota era un juicio de Dios. En su afán de corregir sus fracasos, Luis intentó una campaña más, esta vez al norte de África, no al Oriente Medio. Invadió Túnez en 1270, pero esa campaña fue un desastre todavía mayor que la derrota anterior en Egipto. Una plaga golpeó el campamento de los cruzados, y hasta el mismo rey murió como resultado. No fue un ejército el que regresó a Francia, sino una gran procesión fúnebre.

Toda esta actividad de los cruzados ocurrió bajo el patrocinio del papado en Roma. Cada Cruzada comenzaba con una comisión del papa. Se decía que convertirse en un caballero en el ejército cruzado era "tomar la cruz". Las metas finales de estas Cruzadas eran de naturaleza religiosa y eran dirigidas por el papado. Los soldados podían obtener indulgencias en virtud de haber peleado en una de las Cruzadas. Daniel 11:23-28 da una descripción de cómo comenzó esta clase de actividad. Todo estaba bajo la dirección de la segunda fase del cuerno pequeño de Daniel 8, conocida en esta parte del capítulo 11 como "el rey del norte".

Es interesante que este pasaje se refiere tres veces a los factores de tiempo que parecen haber estado involucrados en estas actividades. Estas referencias de tiempo no son específicas como en otras profecías de Daniel, más bien son referencias de tiempo generales. El versículo 24 dice que este poder habría de dar atención a las fortalezas, pero "esto por un tiempo". El versículo 27 dice que cuando los dos reyes conspiren en una mesa, será infructuoso, pues "el plazo aún no habrá llegado". Ese tiempo finalmente llega, según el versículo 29, cuando "al tiempo señalado" el rey del norte invade al rey del sur por última vez y es derrotado. Además de estas tres referencias de tiempo, el versículo 23 involucra un elemento de tiempo cuando habla acerca de los eventos que están por venir "después del pacto con él". Ese fue el pacto, acuerdo, o decreto que echó a andar la primera de estas campañas.

Básicamente, las Cruzadas duraron siglo y medio. Las fuerzas cruzadas capturaron Jerusalén en el verano de 1099 d.C. cuando concluía la primera cruzada, y la derrota sufrida por la última Cruzada en el delta del Nilo ocurrió durante el invierno de 1249/1250 d.C. De 1099 a 1249 hay 150 años,

o cinco meses de tiempo profético. Esta actividad militar tuvo un inicio, una duración, y un final, como lo describe el lenguaje de este pasaje de Daniel 11. El paralelo con la quinta trompeta del libro de Apocalipsis (9:1-11) es digno de notarse en que las langostas (soldados) de esa profecía habrían de atormentar a los hombres por cinco meses. Si contamos cada día como un año, según la regla profética, la duración de la quinta trompeta sería de 150 años. Los eventos descritos en Apocalipsis 9:1-11 son históricamente similares a los que Daniel 11:23-30 describe.

PROFANACIÓN DEL SANTUARIO DE DIOS

La siguiente acción del rey del norte/cuerno pequeño es su actividad en relación con el santuario. "Y se levantarán de su parte tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y quitarán el continuo sacrificio" (vers. 31). El texto no da la ubicación de este templo. De hecho hay cierta evidencia de que está hablando de otro templo y no del templo de Dios, puesto que lo llama "el santuario y la fortaleza", una construcción lingüística que nunca se usa en el libro de Daniel para el templo terrenal en Jerusalén. Las palabras implican algo más grande, más majestuoso y más fuerte que el templo terrenal. ¿A qué templo se está refiriendo el versículo 31?

Según la dimensión vertical empleada por la profecía de Daniel 8:11, el templo que fue atacado por este poder fue el templo localizado en el cielo. Los paralelos del lenguaje directo entre Daniel 8:11 y Daniel 11:31 indican que "el santuario y la fortaleza" del 11:31 es el poderoso templo celestial. Este es el objetivo del ataque del cuerno pequeño/rey del norte.

La versión del Rey Jacobo (King James) usa el verbo *"desecrate"* (que significa algo así como "degradar") en este versículo para describir la acción de las fuerzas del rey del norte (Roma papal). La versión Reina-Valera usa el verbo "profanar", que es una mejor traducción del hebreo *halal.* El caso es que el verbo "profanar" no requiere la presencia física de objetos contaminados o impuros en el templo o lugar profanado. Alguien puede *profanar* un templo, o el nombre de Dios, a la distancia. No se necesita estar corporalmente presente en un templo para profanarlo.

Daniel 8:11 dice que, como resultado de las acciones del cuerno pequeño, el templo celestial fue "echado por tierra" (RV60) o "se profanó" (NVI) (del hebreo *shalak*), que significa que el ministerio de ese templo fue presentado a los habitantes de la Tierra como estando bajo el poder de un poder

terrenal. Pero el templo celestial no cayó a la Tierra literal o físicamente; así se le hizo parecer a la vista humana. Así también ocurre con la profanación del templo llevada a cabo por este mismo poder en 11:31. El poder papal no necesitaba estar presente literal y físicamente en el templo celestial para profanarlo. Por la obra del papado llevada a cabo aquí en la Tierra es que se logró la profanación. El ministerio "continuo", discutido anteriormente en nuestra discusión de Daniel 8, era la propiedad y actividad del Príncipe en el Santuario celestial. Pero ahora este poder terrenal pretende controlar ese ministerio y que sus fuerzas (un ejército espiritual conocido como sacerdocio) puede dispensar los méritos derivados de él. Así fue como un poder religioso terrenal sustituyó su actividad por la obra de Cristo.

Después de oscurecer el verdadero ministerio "continuo" de los ojos de la humanidad, este poder iba a colocar algo más en su lugar. Algo conocido como la "abominación desoladora" (11:31, RV60). ¿Qué significa esta frase?

En el Antiguo Testamento, una intrusión no autorizada en el área del templo literal era considerada como una abominación que tenía que ser limpiada con un rito. De la misma forma, el poder del Estado, bien sea local o foráneo, al entrometerse en el ámbito de lo sagrado era una abominación que resultaba en contaminación. De esta manera, la abominación que profana puede describirse como una unión de lo secular y lo religioso —el Estado y la Iglesia— en la cual el aspecto religioso se contamina por su combinación con las funciones del Estado. En la historia del cristianismo, tal unión vino como resultado del apoyo del Estado a la Iglesia, situación que llevó al desarrollo del papado medieval. Fue el uso que hizo la iglesia del poder secular del Estado lo que condujo a las Cruzadas descritas arriba. Fue también el uso de la iglesia del poder del Estado lo que estaba implicado más antes en las guerras arrianas del siglo sexto, lo que trajo como resultado que las iglesias y pueblos arrianos cayeran bajo el control de la iglesia romana. El mismo poder combinado de la Iglesia y el Estado continuó en la inquisición de años posteriores. Eso nos trae al tema de la persecución, el siguiente asunto en el que se enfoca la profecía.

PERSECUCIÓN DE LOS SANTOS

La tercera actividad del poder del rey del norte/cuerno pequeño mencionado en la profecía es la persecución. La persecución de los santos se men-

ciona en Daniel 11:32-34, el único lugar en el capítulo 11 donde se menciona tal persecución. Con base en la cantidad de texto dedicado al tema, la profecía pareciera anticipar que esta persecución será particularmente severa. Jesús señala el mismo punto en su descripción de la persecución en Mateo 24:21, 22. Esta misma persecución es puesta de relieve en Daniel 12:7, donde al profeta se le dice que durará por "tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo". Ese mismo periodo con su persecución acompañante también se menciona en Daniel 7:25. Por lo tanto, estos tres textos, Daniel 7:25; 11:32-34; y 12:7 se refieren a la misma persecución llevada a cabo por el poder papal durante la Edad Media. En nuestro estudio de Daniel 7 (véase págs. 208-210), colocamos las fechas delimitantes de esta persecución en el 538 d.C. y 1798 d.C. Ese mismo periodo de tiempo puede aplicarse a Daniel 11:32-34 y a Daniel 12:7. Desde luego, la severidad de esta persecución creció y menguó a lo largo del periodo.

AUTOEXALTACIÓN

Los versículos 36-39 constituyen el pasaje final de esta sección del capítulo 11 y la cuarta actividad del rey del norte/cuerno pequeño. En estos versículos, este poder expresa su dominio y autoridad de forma final exaltándose a sí mismo. Las frases de inicio del versículo 36 establecen el tono para este pasaje: "Y el rey hará su voluntad, y se ensoberbecerá, y se engrandecerá sobre todo dios; y contra el Dios de los dioses hablará maravillas".

Aquí encontramos dos acusaciones contra este poder: (1) La autoexaltación; y (2) la blasfemia. Estas acusaciones corresponden a las características del cuerno pequeño reveladas en Daniel 7 y 8. Daniel 8 específicamente afirma que el cuerno pequeño se exaltará a sí mismo, y Daniel 7 implica lo mismo. Daniel 7 hace referencia a la blasfemia que pronuncia el cuerno pequeño a través de sus "palabras contra el Altísimo" (vers. 25, RV60). Hablando de esta autoexaltación, el capítulo 8 declara que el cuerno pequeño "se engrandeció hasta el ejército del cielo", y "se engrandeció contra el príncipe de los ejércitos" (vers. 10, 11).

Es claro que el objeto de esta blasfemia y autoexaltación es Dios. No solo este poder se exalta a sí mismo sobre todos los otros dioses, sino que se erige como rival del verdadero Dios. La palabra para "dios" raramente se usa en Daniel 11 porque mucha de la descripción se expresa en términos políticos y militares. Ocasionalmente, hay referencias a que el rey del norte se lleva a

los dioses del sur, o viceversa, pero estas referencias no son comunes. Aquí en 11:36-39, sin embargo, la palabra o nombre para "dios" se usa nueve veces, mostrando en este punto el singular carácter religioso de este poder y enfatizando el tipo de conflicto religioso en el que se ha metido a estas alturas en el flujo de la historia. Históricamente, toda esta rivalidad contra el Dios del cielo fue manifestada por los títulos que este poder terrenal asumió y sus pretensiones personales. El poder que este cuerno pretendía sobre los potentados terrenales a veces quedó demostrado por la humildad que requería de los gobernantes terrenales y el uso de amenazas tales como la excomunión y el entredicho. Un famoso ejemplo de esta humillación de los poderes terrenales es la acción de Gregorio VII, en 1077 d.C., de forzar a Enrique IV de Alemania a hacer penitencia permaneciendo de pie en la nieve en Canossa, Italia, por tres días antes de concederle una audiencia.

Esta autoexaltación y blasfemia marcan la cuarta y última actividad perpetrada por el poder de Roma papal según se describe en este capítulo. Estas actividades pueden resumirse como sigue:

1. Versículos 23-30 Actividad militar; las Cruzadas
2. Versículo 30, 31 Intervención en el ministerio celestial de Cristo
3. Versículos 32-34 Persecución
4. Versículos 35-39 Autoexaltación y blasfemia contra Dios

La autoexaltación de este poder culmina y reúne todas las otras actividades. Todo lo que ha hecho antes es, ultimadamente, una expresión de autoexaltación. Esta actitud, expresada al final de este pasaje, abre el camino a la siguiente sección de la profecía.

EL TIEMPO DEL FIN

La penúltima sección de la profecía de Daniel 10-12 comienza con una declaración acerca de su ubicación en el tiempo. Daniel 11:40a dice que los eventos que siguen ocurrirán "al cabo del tiempo". Este punto en la profecía marca la transición de todo lo que ha ocurrido antes, comenzando en el tiempo del profeta mismo, hasta esta sección final de la historia. La distinción entre el tiempo del fin y el fin del tiempo debe destacarse cuidadosamente. El "tiempo del fin" es un periodo de tiempo, un segmento en la historia en el que ciertos eventos sucederán. Esos eventos se narran en los

siguientes cinco versículos. El "fin del tiempo" es un punto en el tiempo; es el final de la historia humana según la conocemos. Ese punto viene al final de esta sección.

EQUIVALENTES MODERNOS DEL REY DEL NORTE Y DEL SUR

La profecía declara que, en el tiempo del fin, ocurrirá otro conflicto entre el rey del norte y el rey del sur. Hemos llegado a un punto de la historia muy lejano de los seléucidas de Siria y los ptolomeos de Egipto. Así que debemos estar tratando con nuevas potencias que han tomado sus lugares. ¿Cuáles son esas nuevas potencias que aparecen aquí?

Se ha sugerido una buena cantidad de posibilidades, pero no ha surgido ninguna respuesta final a esta pregunta. La pregunta fue objeto de candentes debates tanto entre pioneros adventistas como entre maestros adventistas en tiempos más modernos. Quizás lo mejor que podemos decir es que, siendo que estos eventos aún están en el futuro, los reconoceremos cuando ocurran ante nuestros ojos.

Las últimas acciones del rey del norte/cuerno pequeño ocurrieron en 1798, cuando el poder papal fue temporalmente depuesto mediante la captura del papa por el General Berthier (véase la discusión de Daniel 7 más arriba). Por lo tanto, es razonable suponer que el tiempo del fin comenzó en ese punto. En otras palabras, estamos viviendo ahora en el tiempo del fin. Hemos visto el cumplimiento histórico de todo Daniel 11 en el levantamiento y la caída de las naciones desde los días de Daniel hasta 1798 d.C. Desde ese punto en adelante, podemos esperar el cumplimiento de los eventos profetizados en 11:40-45. Puesto que estos eventos aún no se han reconocido, deben estar en el futuro. Tenemos que esperar ese cumplimiento futuro para entender cómo estos detalles se verificarán. Por lo tanto, para el presente, debemos contentarnos con algunos cálculos de cuáles potencias están involucradas y cómo se desarrollarán sus acciones y destino.

Una pregunta de importancia para considerar es cuánta continuidad existe entre este pasaje y los anteriores. Una continuidad directa sugeriría que el rey del norte en este pasaje final es el mismo poder papal que hemos visto destacarse tan prominentemente en los versículos 23-39. Si la conexión no es tan directa, entonces alguna otra potencia pudiera estar involucrada. Este libro toma la posición de que la conexión entre este pasaje final y el resto de la profecía es muy directa. Por lo tanto, debemos identificar

al rey del norte en los versículos 40-45 con la fase papal de Roma: el mismo poder que ha sido el foco central de la sección precedente de la profecía.

El rey del sur aparece brevemente al principio de esta sección, pero entonces toma el asiento trasero como un actor de menor importancia. Anteriormente en ese capítulo, el título, "rey del sur", sirvió para referirnos a Egipto, de donde provenían los ptolomeos. Pero aquí al final del capítulo 11, la identificación parece ser más espiritual que política. Por lo tanto, tal como el rey del norte se convirtió en el papado y no es ya más un rey territorial en el sentido literal en que el capítulo 11 lo presenta al principio, así el rey del sur también es una entidad espiritual aquí en estos últimos versículos del capítulo. Si bien en el siglo XXI el papado posee un pequeño territorio, la Ciudad del Vaticano, su principal influencia es espiritual. Esa comparación nos lleva a la conclusión de que el rey del sur debe verse aquí más como una fuerza filosófica y no como un poder político o territorial.

Entonces, necesitamos preguntarnos: ¿Qué característica del antiguo Egipto reaparece aquí en el tiempo del fin? Una característica del antiguo Egipto demostrada hacia el pueblo de Dios fue el rechazo de su Dios, Yahweh. "¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel?", declaró Faraón (Éxo. 5:2). En tiempos más modernos, esta actitud "egipcia" está expresada en el racionalismo que, en el área de la religión, ha llevado al ateísmo o agnosticismo. Hubo una gran erupción de esta clase de pensamiento en la Revolución Francesa, justo en el tiempo cuando la historia llegó al "tiempo del fin" profético en 1798. El ateísmo expresado en el comunismo marxista es un descendiente directo de la filosofía desarrollada en el tiempo de la Revolución Francesa. Es interesante destacar en este contexto que también el libro de Apocalipsis pareciera hacer justamente esa conexión con sus símbolos. Apocalipsis 11 habla acerca de dos testigos de Dios —la Ley y los Profetas, o el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento— quienes profetizaron a lo largo del extenso periodo de 1.260 días-años de la Edad Media. Luego, al final de dicho periodo, un nuevo poder se levantaría para dar muerte a los testigos, y sus cuerpos asesinados yacerían en las calles de la ciudad por tres años y medio. Esto encaja muy bien con las acciones antibíblicas y los sentimientos expresados a la altura de la Revolución Francesa (1789-1793) en la que la Biblia fue rechazada por favorecer a la diosa de la razón. Sin embargo, no debemos limitar nuestro entendimiento del rey del sur en Daniel 11:40-

45 a la Francia revolucionaria. Más bien podría identificarse con el humanismo racionalista: la gran agitación filosófica que la Revolución Francesa dejó como herencia al mundo moderno. Ese espíritu ha continuado vivo en el comunismo y en muchos otros aspectos de la sociedad moderna. Y ha estado en conflicto con la iglesia. Solo véase el destino de la Iglesia Católica en los países comunistas, especialmente aquellos detrás de la ahora inexistente Cortina de Hierro. Como resultado, por cierto tiempo la Unión Soviética fue el candidato más popular para el rey del sur del tiempo final. Pero con el colapso del comunismo ha habido un apoyo menguante a esa idea.

Debemos evitar concebir al rey del sur en este pasaje literalmente como la Francia o Rusia territorial. Más bien, podemos verlo como la incorporación de algunas ideas sobre el tema de la religión presentes en la filosofía de estas potencias. El humanismo racionalista que lleva al ateísmo o agnosticismo sentaría muy bien con las acciones y actitudes del rey del sur. Apocalipsis 11:8 provee una conexión figurativa entre esas actitudes antiguas y modernas cuando afirma que los cadáveres de los testigos bíblicos yacerían en "la plaza de la grande ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado". Jesús fue crucificado nuevamente en los términos filosóficos y expresiones religiosas de esta ideología de corte egipcio que ha sido perpetrada por las revolucionarias Francia y Rusia.

En resumen, el rey del norte en el tiempo del fin probablemente debe conectarse con el poder dominante que lo precedía en la profecía: el papado del la Edad Media, ahora en su fase final. El rey del sur, modelado bajo las actitudes anti-jehovistas del antiguo Egipto, se ajusta bien al movimiento moderno del humanismo racionalista que conduce al ateísmo o agnosticismo. En el mundo moderno, la Francia revolucionaria y la ex Unión Soviética han sido los propagadores especiales de esas ideas. Aunque el poder y la posición de estas naciones ha declinado en cierto grado, el espíritu de la época que las tales fomentaron persiste en muchos lugares y continúa presentando un desafío significativo para la iglesia.

EL MODELO HISTÓRICO DE LA BATALLA DEL FIN DEL TIEMPO

Parece que Daniel 11:40-45 utiliza un incidente histórico en la historia de Persia como modelo, o tipo, de la batalla espiritual entre el bien y el mal que ocurrirá en el tiempo del fin. El ejemplo proviene de la campaña egipcia

del rey persa Cambises en el 525 a.C. Los invasores de Judá y Egipto desde el norte tenían que venir desde Siria, que estaba en el norte, y por eso, desde la perspectiva de Judá, los conquistadores provenientes de esta dirección ultimadamente venían a través de Siria. A fin de involucrar al rey del sur en Egipto, "el rey del norte se levantará contra él como una tempestad, con carros y gente de a caballo, y muchas naves" (vers. 40a). Cambises se estaba acercando a Egipto tanto por mar como por tierra, curso que está descrito en estas palabras, "Y entrará por las tierras, e inundará, y pasará" (vers. 40b). Entre estos países estaría Judá. "Entrará a la tierra gloriosa" (vers. 41a).

Continuando su curso hacia el sur en dirección a Egipto, Cambises eludió Transjordania y no la atacó al atravesar a Judá. Como lo indica Daniel 11:41b: "Muchas provincias caerán; mas éstas escaparán de su mano: Edom y Moab, y la mayoría de los hijos de Amón". Cambises no se molestó con estas naciones al viajar por el camino costero hacia el occidente.

Cambises continuó en su camino a Egipto y lo conquistó. Esta victoria es puesta de relieve en los versículos 42 y 43: "Extenderá su mano contra las tierras, y no escapará el país de Egipto. Y se apoderará de los tesoros de oro y plata, y de todas las cosas preciosas de Egipto". Pero Cambises no planificó detener allí su conquista de Egipto, pues al final del versículo 43 se dice que habría de lograr la sumisión de Libia, al occidente de Egipto, y de Etiopía, al sur de Egipto (la moderna Sudán).

Sin embargo, después de ir tan lejos, Cambises habría de recibir noticias muy graves de la retaguardia, del oriente y el norte (vers. 44). Esto significa que las noticias del oriente habían viajado al occidente y luego habían descendido a través de Siria y Palestina para llegar al rey mientras estaba en Egipto. Aunque los historiadores no saben cuáles fueron estas noticias, resulta claro que disgustaron a Cambises en gran manera. Salió hecho una furia con sus fuerzas a rectificar la situación (vers. 44). Al volver a trazar su camino rumbo al norte, cruzó nuevamente por Judá. Mientras pasaba por ese territorio, acampó en el camino. La ubicación que se da fue "entre los mares y el monte glorioso y santo" (vers. 45). No llegó al monte santo, Monte Sión, en Jerusalén; únicamente levantó sus tiendas en dirección al mismo. La ubicación real de su campamento fue la llanura costera de Sarón "entre los mares y el monte glorioso y santo". Su blanco no era Jerusalén; su intención era regresar al norte desde donde había venido y desde donde se habían originado las malas noticias. Pero le tocó enfrentar su propia muerte

mientras acampaba en Judea. Vendría sin intervención humana. No habría de llegar a él en batalla, y nadie podría ayudarle a evitar esta tragedia personal (vers. 45).

Mientras Cambises estaba acampando en la llanura de Sarón, murió como resultado de una herida autoinfligida, tras haberse clavado su espada en el muslo. Entre los historiadores modernos, las interpretaciones de este evento difieren. Algunos dicen que fue un intento de suicidio; otros dicen que fue un accidente. Cualquiera que sea la causa, Cambises murió después de veinte días, y ninguno de entre las tropas de su poderoso ejército pudo ayudarlo. Si parafraseamos las palabras de Daniel, podemos decir que Cambises llegó a su fin, pero nadie pudo ayudarle (vers. 45). Los antiguos veían esto como un castigo de Dios. Cambises fue considerado como un hombre desquiciado por la gente de su tiempo, y uno de sus actos más controversiales fue que cuando entró a Egipto le clavó un cuchillo en el muslo al toro sagrado Apis, causándole la muerte. Por lo tanto, cuando él también se hirió en el mismo lugar, bien sea por accidente o con toda la intención, se lo vio como un acto de justicia retributiva.

LA BATALLA DEL FIN DEL TIEMPO

Todos los eventos descritos en Daniel 11:40-45 ocurrieron de forma literal en la vida, experiencia y muerte de Cambises, el rey persa. Pero en este punto en el curso de la profecía, ya no estamos tratando más con tiempos antiguos. Ahora estamos tratando con el tiempo del fin ("al cabo del tiempo", 11:40). Los poderes involucrados ya no son un rey persa literal y un rey egipcio literal. Éstos se han convertido en símbolos de las potencias que actuarán en el tiempo del fin. Estas potencias son las que hemos identificado ya como el papado (el rey del norte) y el ateísmo (el rey del sur). De alguna manera, el poder religioso de la iglesia romana ganará algún tipo de victoria sobre las fuerzas del ateísmo antes del fin del tiempo (vers. 43). Pero mientras goza los frutos de esa victoria tan corta, surgirán desafíos más serios en el oriente (vers. 44), porque los reyes del oriente vendrán en marcha, según el libro de Apocalipsis (Apoc. 16:12). Apocalipsis también habla de esa última batalla espiritual en términos literales, ubicándola en Armagedón (16:16), o "el monte de Meguido". Meguido está ubicado también entre los mares y el monte glorioso y santo. El papado es uno de los poderes espirituales que estará involucrado en esa última batalla espiritual.

La llanura de Sarón está ubicada apenas al sur de Meguido, y esa planicie conduce al área montañosa del Monte Carmelo, que intersecta Meguido y la llanura de Sarón. Fue en esa llanura geográfica literal de Meguido que Cambises acampaba cuando murió. Fue en ese mismo monte donde, en tiempos bíblicos anteriores, ocurrió la competencia entre el verdadero Dios y los falsos dioses de Baal (1 Reyes 18). Esa clase de lucha espiritual se repetirá en los tiempos modernos, pero no será una batalla física literal sobre una montaña geográfica (vers. 45). La antigua competencia simboliza el conflicto final espiritual que ocurrirá a escala mundial. De esa batalla final, Cristo y su ejército celestial saldrán victoriosos. Satanás y todas sus huestes serán derrotados en esta gran batalla final en la Tierra. Esa batalla está descrita en Apocalipsis 19:11-21. Apocalipsis 16 solo describe los preparativos para la batalla de Armagedón. Apocalipsis 19 describe la batalla real del gran día del Dios Todopoderoso, ¡y Cristo triunfará! El curso de acción de esa batalla ha sido descrito aludiendo a la experiencia de Cambises en la antigüedad. Este moderno Cambises también fracasará, tal como le ocurrió al antiguo Cambises. En este punto, los poderes de la Tierra y sus reinos se convertirán en los reinos de nuestro Dios y de su Cristo. Esto nos lleva a la última escena de esta profecía, la que se encuentra en los primeros cuatro versículos de Daniel 12.

EL FIN DEL TIEMPO

Daniel 12:1-4 en realidad comprende el fin de la profecía de Daniel 11. La adición posterior de división por capítulos introdujo aquí una interrupción extraña e inapropiada. Esta sección es la respuesta de Dios a lo que el rey del norte realiza en el tiempo del fin, según fue profetizado en Daniel 11:40-45. La frase, "en aquel tiempo" (12:1) conecta el capítulo 12 al último de los eventos narrados en la profecía de Daniel 11. Cuando el rey del norte venga a su final y nadie pueda ayudarle, ese es el momento cuando se levantará Miguel.

Como se puede observar en varios lugares de Daniel 11, "levantarse" o "pararse" se refiere a asumir el reino. El verbo hebreo usado en Daniel 11:2, 3, 4, 7, 16, 20, 21 significa "levantarse", "pararse", "aparecer", y en todas estas instancias se refiere a un nuevo rey que entra en escena al momento de ascender al trono y convertirse en el nuevo gobernante (véase también Daniel 7:24; 8:23). Eso es lo que Miguel, el representante de Dios, hace ahora.

Entonces, en Daniel 12:1, Miguel entra en escena para asumir el gobierno en respuesta a lo que ha sido hecho en el nombre de todos los reyes anteriores que se han levantado en Daniel 11. Aquellos eran reyes terrenales, pero ahora el gobernante del cielo tomará el control, y constituirá una clase de reino muy diferente, un reino que actuará bajo los principios de la justicia.

Miguel es el "gran príncipe" (12:1) que gobierna sobre todo el ejército celestial y que tiene cuidado del pueblo de Dios sobre la Tierra. Como sabemos gracias a Judas 9 y Apocalipsis 12:7, Miguel es Cristo. Aparece en muchos lugares en la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento con varios títulos que expresan sus distintas funciones en el plan de salvación. El nombre Miguel es utilizado particularmente en situaciones donde hay algún conflicto sobre el pueblo de Dios. Miguel viene a pelear por ellos, protegerlos y librarlos. Esa también es la función aquí en Daniel 12:1-4. Las cosas se van a poner peor antes de que mejoren. "Y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces" (12:1). Al llegar a su conclusión la gran controversia entre Cristo y Satán, el enemigo hará todo lo posible por desviar y destruir al pueblo de Dios, pero no tendrá éxito. Miguel, quien pelea por su pueblo, se adelantará a librarlos. "En aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro" (12:1).

La referencia a este libro celestial es interesante. Cuando el juicio se instauró en Daniel 7, "el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos" (vers. 10). La referencia allí está en plural: libros. Aquí (12:1) la referencia está en singular. La revisión de los libros en el juicio de Daniel 7 lleva a la lista de los nombres presentes en el libro que es mencionado en el capítulo 12. Este libro no es otro sino el señalado en Apocalipsis 17:8 y 21:27 como el libro de la vida del Cordero. Dios conoce a su pueblo, y lo cuida con gran consideración. El Señor los va a liberar de los tiempos problemáticos que han de venir.

Dos grupos de personas son identificados en 12:2: los justos y los impíos. Los justos que duermen en el polvo serán resucitados para vida eterna. Los impíos también van a resucitar, pero para vergüenza eterna, no para vida eterna. Cuando finalmente sean destruidos en el lago de fuego descrito en Apocalipsis 20:14, 15, todos podrán ver que su sentencia y castigo fueron justos (Fil. 2:10, 11). Los adventistas del séptimo día han tomado a Daniel 12:2 como referencia a una resurrección especial que ocurrirá poco antes de que Jesús venga. Esta resurrección especial ha sido sugerida debido

a los impíos que se levantan en esa ocasión. La resurrección general de los impíos ocurre al final del milenio (Apoc. 20:5-10) y no en la segunda venida. Pero hay una clase especial de impíos identificados como aquellos que lo traspasaron (Apoc. 1:7), que se levantarán justo antes de la venida (Dan. 12:2). Este será un grupo especial que se ha opuesto a Cristo personalmente. Junto con esta clase especial de impíos hay una clase especial de justos que serán resucitados a la misma vez. Esto dará cumplimiento a la bendición especial pronunciada sobre aquellos que han muerto durante la comunicación del mensaje de los tres ángeles (Apoc. 14:13). De modo que la promesa de la resurrección de esta profecía puede considerarse tanto en un sentido especial como en un sentido general.

Los resultados también son claros. Se declaran mediante un hermoso paralelismo poético hebreo en Daniel 12:3: "Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad".

La primera línea de esta copla poética se refiere a la intensidad con la que los santos serán glorificados. La segunda línea se refiere a la duración de tal glorificación, por "perpetua eternidad". Anteriormente en la profecía, encontramos a aquellos poderes terrenales que intentaron apartar a muchos del pacto y la justicia (Dan. 11:32-35), pero ahora aquellos que obraban en la dirección contraria vendrán al primer plano, y sus oponentes se desvanecerán en la insignificancia. El libro de Daniel nunca describe el reino futuro de Dios en detalle, como lo hace el libro de Apocalipsis (capítulos 21; 22). Aquí, sin embargo, se puede obtener una noción de la gloria que sobrecogerá a los santos del Altísimo cuando entren finalmente al reino tan largamente prometido y largamente profetizado.

El monarca de este gran reino futuro se identifica como Miguel, porque él es quien se levanta para recibir el poder de ese reino (12:1). Este simbolismo puede compararse con Daniel 7:13, 14 donde la figura que toma el trono de ese reino futuro es "uno como un hijo de hombre". En nuestra discusión de ese capítulo, identificamos al Hijo del hombre como Jesucristo. El libro de Apocalipsis dice que habrá dos gobernantes en ese reino futuro, porque el Señor Dios Todopoderoso estará sentado sobre el trono junto con el Cordero (Apoc. 22:3). Dios el Padre y Dios el Hijo estarán sentados en el trono. ¿Dónde queda Miguel, quien se levanta aquí para tomar el reinado? Esto lo convierte en el mismo Hijo del hombre. El go-

bernante de ese reino futuro es el Hijo del hombre, y ese Hijo del hombre es Miguel, de acuerdo con el paralelismo del libro de Daniel.

Esto saca a relucir la comparación entre Miguel en Daniel 10:13 y Miguel en Daniel 12:1. Se trata del mismo individuo, y Miguel actúa en formas similares en estas dos narraciones. Pero los dos relatos indican tiempos muy diferentes. Daniel 10 está ubicado en el tiempo local de Persia y tiene que ver con un problema local del pueblo de Dios del tiempo del profeta. En Daniel 12, vemos una perspectiva de Miguel al fin del tiempo y del rol que jugará en esos eventos finales. Su función es similar; estaba luchando a favor y protegiendo al pueblo de Dios en el pasado, y hará la misma clase de actividad por el pueblo de Dios al final del tiempo. Con razón se le confiere el dominio sobre los santos por la eternidad, porque él ha luchado con ellos y por ellos durante su peregrinaje terrenal aquí y ahora.

Es importante destacar en este punto que 12:4 alega que el libro de Daniel sería sellado "hasta el tiempo del fin". Regresaremos a ese acto de cerrar y abrir después de nuestra discusión de los versículos 5-12.

MÁS PERIODOS DE TIEMPO PROFÉTICO Y EL SELLAMIENTO DEL LIBRO

Daniel 12:5-13 es un epílogo o apéndice de la profecía de 11:2-12:4. Lo que tenemos aquí es la calibración de tiempo para el cuerpo de la profecía que se presentó anteriormente. Esa es una forma común en que Daniel trata este asunto en otras partes del libro. Por ejemplo, el elemento de tiempo en Daniel 7 no viene sino hasta el versículo 25 aunque la descripción de la visión aparece ya completa en el versículo 14. Lo mismo ocurre en Daniel 8. La visión ya está completa en el versículo 12, pero la conversación entre los dos ángeles concerniente al elemento de tiempo de los 2.300 días viene en los versículos 13, 14. Lo mismo ocurre aquí en Daniel 11 y 12. El cuerpo de la profecía se da en Daniel 11, pero los tiempos que van con esos eventos se dan en Daniel 12. Estos tiempos también están conectados por los eventos que describen. No ponen fecha a nuevos eventos, sino que están dando fecha a eventos que ya han sido descritos en Daniel 11.

LOS TRES Y MEDIO TIEMPOS (1.260 DÍAS)

El contexto de Daniel 12 regresa al de Daniel 10. Nuevamente, se ve a Dios mismo sobre el río, y se lo describe con algunos de los mismos térmi-

nos que se usaron al describir su apariencia en Daniel 10:4, 5. Además del "varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río" en 12:7, también había dos ángeles presentes, uno a cada lado del río, según el versículo 5. Uno de ellos le preguntó al ser que estaba sobre el río: "¿Cuándo será el fin de estas maravillas?" La respuesta vino a él en la forma de un juramento solemne, pues el otro levantó sus dos manos hacia el cielo y juró por el nombre de Dios que sería "tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo. Y cuando se acabe la dispersión del poder del pueblo santo, todas estas cosas serán cumplidas". Esta ruptura del poder del pueblo santo se refiere al tiempo de persecución, y tuvo que haber sido un tiempo de persecución prolongado e intenso para haber producido este resultado. El único tiempo de persecución que se describe en cualquier detalle en el capítulo anterior es el que se da en 11:32-35. Estos tres y medio tiempos, por lo tanto, tienen que estar conectados con esa persecución. Los mismos tres y medio tiempos también son mencionados en Daniel 7:25, donde también están conectados con la persecución. Por lo tanto, tenemos una ecuación paralela:

Daniel 7:25	=	Daniel 11:32-35	=	Daniel 12:7
3 ½ tiempos de persecución	=	Tiempo de persecución intensa	=	3 ½ tiempos de persecución

Daniel 11 nos ayuda a ubicar esa persecución en su contexto histórico. En el flujo de eventos en el capítulo 11, la persecución viene durante lo que se conoce como la Edad Media de la era cristiana. Los tres y medio tiempos están usando símbolos de tiempo en los que cada "tiempo" equivale a un año (Dan. 4:16, 23, 25, 32; Apoc. 12:6, 14; 13:5). Cada año profético contiene 360 días, un número redondo basado en el año calendario lunar irregular de los judíos. Por lo tanto, el libro de Apocalipsis equipara los tres y medio tiempos (Apoc. 12:14) con 1.260 días (12:6) o cuarenta y dos meses (13:5). En las profecías apocalípticas, un día de tiempo profético simbólico equivale a un año histórico (Eze. 4:6; Núm. 14:34). Eso quiere decir que aquí en Daniel 12:7 estamos tratando con un periodo histórico de 1.260 años. En nuestra discusión anterior de Daniel 7, fechamos ese periodo del año 538 d.C., cuando la ciudad de Roma y el obispo de Roma fueron liberados de la interferencia pagana, hasta 1798 d.C., cuando el obispo de Roma fue depuesto por las fuerzas francesas. Ese periodo profético es reconfirmado aquí en este último capítulo de Daniel, así que permanece

como un hito profético tanto en este libro como también en el Apocalipsis, donde es reutilizado.

También hay una indicación en Daniel 11 respecto a cuándo, en general, este periodo de tiempo profético habría de ocurrir. En ese capítulo, el "tiempo del fin" no comienza hasta el versículo 40. Entonces, la persecución de los versículos 32-35 tiene que ocurrir antes del tiempo del fin. Eso la ubica justo en el corazón de Edad Media, que es donde ocurrió esta persecución fechada del 538 a 1798 d.C.

LOS 1.290 DÍAS

El segundo periodo de tiempo mencionado en Daniel 12 se encuentra en el versículo 11: "Y desde el tiempo que sea quitado el continuo sacrificio hasta la abominación desoladora, habrá mil doscientos noventa días". Por lo tanto, hemos progresado matemáticamente de los 1.260 días a los 1.290 días. Los eventos de este periodo de tiempo también son descritos en Daniel 11:31. Nuevamente se describe el evento en Daniel 11 pero se presenta la fecha en Daniel 12. Los eventos descritos tanto en Daniel 11:31 y Daniel 12:11 incluyen la suspensión del "continuo" (del hebreo, *tamid*) y el establecimiento de la "abominación desoladora". El mismo poder que se observa aquí estuvo presente en el episodio de persecución descrito previamente. El cuerno pequeño, el poder perseguidor de Daniel 7:25 y 8:10, reaparece en Daniel 11 bajo el título del rey del norte. En todos estos versículos, salta a la vista el mismo poder haciendo la misma obra.

¿Cómo deberían delimitarse los 1.290 días? Debido a la naturaleza de los eventos que ocurrieron en 1798 d.C. cuando el papado, el cuerno pequeño, recibió su "herida mortal" momentánea (Apoc. 13:3) y fue sacado del escenario histórico por un tiempo, esa fecha tiene que marcar el fin tanto de los 1.290 días como de los 1.260 días. Fue en ese tiempo que la sustitución medieval del ministerio celestial de Cristo recibió un serio golpe mediante la pérdida temporal de poder y prestigio del papado. Por lo tanto, tenemos que extender los 1.290 días más atrás de esa fecha, de modo que inicien 30 días-años antes del comienzo de los 1.260 días. Si al 538 d.C. le quitamos treinta años, llegamos a la fecha del 508 d.C. ¿Qué evento de importancia ocurrió en ese año para marcar el inicio de los 1.290 días-años?

En Europa, uno de los eventos más significativos que ocurrieron ese

año fue la conclusión de la guerra entre Clovis, rey de los francos (más tarde Francia), y los visigodos, a quienes derrotó y forzó a salir a España. Las otras conquistas de Clovis cubrieron las dos décadas anteriores con la derrota de los visigodos como la última de éstas. Luego, Clovis fue bautizado y, como Constantino, hizo marchar sus tropas hacia el río, y mientras lo cruzaban, hizo que el obispo los pronunciara cristianos. Estas batallas de Clovis también tenían insinuaciones religiosas, dado que algunos de los poderes derrotados, como los visigodos, eran cristianos arrianos. Los arrianos creían que Cristo era un ser creado, y esta perspectiva era anatema para el obispo de Roma. La relación se solidificó gracias al bautismo de Clovis y sus tropas. De esa forma, Clovis se convirtió, por así decirlo, en un nuevo Constantino.

Dos elementos de consideración se unieron aquí: (1) La combinación del brazo político del Estado y el brazo religioso de la Iglesia; y (2) el uso de los brazos del Estado para lograr los fines de la Iglesia. Con la derrota de los visigodos como cristianos arrianos herejes, la Iglesia hizo uso del poder militar del Estado para imponer su dogma. En esta conexión, los tres cuernos que el cuerno pequeño papal había arrancado de la cabeza de la bestia que representaba a la Roma imperial (Dan. 7:8) pueden verse como los siguientes tres poderes: los vándalos en el 534, los visigodos en el 508, y los ostrogodos en el 538. Éstas fueron victorias para los emperadores franco y romano, pero también fueron victorias teológicas para el obispo de Roma. El primero de estos cuernos fue arrancado en el 508, al comienzo de los 1.290 días; el último de los tres fue arrancado en el 538, al principio de los 1.260 días.

Por lo tanto, el establecimiento de la abominación desoladora de Daniel 12:11 puede verse como la unión de la Iglesia y el Estado y lo que la Iglesia se propuso lograr mediante el poder del Estado. Esto tuvo el efecto de eclipsar el verdadero ministerio de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote en el Santuario celestial (compárese con 11:31; 8:11-13). Los ojos de la humanidad han sido redirigidos del cielo a la Tierra para enfocarse sobre el poder religioso terrenal que ahora se levanta en lugar del gran Sumo Sacerdote en el cielo. Por esa razón, títulos como "Vicario del Hijo de Dios" que han sido asumidos por este poder terrenal, toman gran importancia teológica; han oscurecido la verdad acerca del plan de salvación llevado a cabo en el santuario celestial. De esta forma, el "continuo" [o "diario"], el ministerio celestial de Cristo, fue quitado cuando fue retirado de la vista hu-

mana por esta potencia religiosa después de su consolidación de poder en el año 508 d.C.

Pero esta desviación de la vista de la humanidad del verdadero Sacerdote celestial no habría de durar para siempre. Iba a llegar a su fin después de 1.290 años, tal como fue predicho por la profecía de tiempo en Daniel 12:11. La fecha para esa transición llegó a suceder con la deposición del papa por las tropas francesas en Roma en febrero de 1798. Es interesante ver en esta coyuntura que el mismo poder que dio inicio a este proceso de los 1.290 días, los francos, también fue el poder (Francia) que trajo ese proceso a su fin al cierre de los 1.290 días-años. Cuando Francia cayó en la revolución en 1789, el papado perdió su mayor apoyo en Europa. No mucho tiempo después, este primer sostén se volvió contra la institución que al principio había apoyado y la llevó a un fin temporal.

LOS 1.335 DÍAS

El último periodo de tiempo de Daniel 12, los 1.335 días en el versículo 12, pertenece a un ámbito diferente. Este periodo de tiempo no está relacionado con la obra del cuerno pequeño. El cuerno pequeño dio pie a la persecución y al oscurecimiento del ministerio celestial de Cristo, pero los 1.335 días tienen otro punto de referencia. Se pronuncia una bendición sobre las personas que lleguen al final de ese periodo de tiempo profético. Ésta es una obra de naturaleza diferente, la obra de Dios, porque él es quien confiere esa bendición a la humanidad. ¿Qué bendición fue ésa, y cuándo ocurrió o se inició?

Puesto que tenemos una sucesión de periodos de tiempo profético en este capítulo, los 1.260 días (tres tiempos y medio), los 1.290 días y los 1,335 días, es lógico pensar que los puntos de inicio también estén relacionados uno con el otro. Los 1.260 días comenzaron en el 538 d.C. El comienzo de los 1.290 días se remonta a 30 años antes de esa fecha, en el 508 d.C. Puesto que el siguiente periodo es el de los 1.335 días, resulta lógico correlacionar su fecha de inicio con el comienzo de la profecía de tiempo anterior, en el año 508 d.C. Si agregamos los 1.335 días-años al 508 d.C., llegamos al año 1843. En los primeros escritos adventistas, se tomaba esta fecha para representar el tiempo de la predicación millerita cuando se anunció que el fin de los 2.300 días-años de Daniel 8:14 vendría en el año 1843/1844 y finalmente se estableció el 22 de octubre de 1844 como la

fecha del cumplimiento. Aquí en Daniel 12:12 tenemos un periodo de tiempo profético que finalizó en 1843. Por lo tanto, ambos eventos estuvieron muy cerca en el tiempo.

De hecho, estos dos periodos de tiempo profético se superponen. El último año de la profecía de los 2.300 años de Daniel 8:14 se extiende del otoño de 1843 al otoño de 1844, según el calendario judío de otoño a otoño que los judíos utilizaban para sus registros cronológicos. Nosotros hemos calculado los 1.260 y los 1.290 días-años según el calendario romano porque ese era el poder que ejercía su dominio y autoridad en ese tiempo. Estos años romanos (juliano-gregorianos) comienzan en enero y se extienden hasta diciembre. Esto quiere decir que los últimos cuatro meses (septiembre a diciembre) del año 1.335 se superponen con los primeros cuatro meses del calendario judío de ese año. En otras palabras, estos dos periodos de tiempo profético finalizan muy cerca el uno del otro, dentro del mismo periodo de doce meses: los doce meses que llevan al 22 de octubre de 1844. Esta es otra forma de decir que los 1.335 días en realidad nos llevan al fin de los 2.300 días y que deberían ser vistos como superponiéndose o coincidiendo con los 2.300 días en su punto final. El gran evento que ocurría en ese momento era el juicio que comenzó en el cielo (Dan. 7:9, 10; 8:14a, véase especialmente el comentario sobre 8:14 más arriba). La bendición, entonces, recae sobre quienes llegan a ese importante evento en la historia de la salvación.

Una bendición similar se encuentra en un punto equivalente en el tiempo en el libro de Apocalipsis. "Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen" (Apoc. 14:13). El contexto de esta bendición debe hacerse notar. Está precedido inmediatamente por los mensajes de los tres ángeles. Sabemos que estos son mensajes del tiempo del fin porque resultan en la segunda venida de Cristo en Apocalipsis 14:14-18. Los primeros de estos tres mensajes del tiempo del fin anuncia el juicio de Dios (Apoc. 14:6, 7). Ese fue el juicio que comenzó al fin de los 2.300 días, según Daniel 8:14. Daniel 12:12 pronuncia una bendición sobre las personas que han podido llegar a este gran evento, y Apocalipsis 14:13 pronuncia una bendición sobre las personas que vivan y mueran por Dios durante el tiempo de ese juicio. Las dos bendiciones de estos dos libros están relacionadas

entre sí y son históricamente continuas la una con la otra. La bendición final que el pueblo de Dios recibirá ya ha sido descrita por Daniel 12:1-3; es la liberación de las tribulaciones del tiempo del fin por Miguel y una entrada abundante y gloriosa a su reino en el más allá.

COMENTARIOS A MANERA DE CONCLUSIÓN

Antes de mencionar el destino final de Daniel en el último versículo del libro, tiene que hacerse cierta mención del destino del libro mismo. Daniel 12:4 da las instrucciones finales a Daniel respecto de la profecía del capítulo 11. A Daniel se le dijo que sellara el libro hasta el tiempo del fin. Por lo tanto, había cierto sentido en que el contenido del libro no sería conocido o aclarado hasta que hubiera pasado una cantidad considerable de tiempo desde los propios días de Daniel. El estudio de L. E. Froom sobre las interpretaciones históricas de Daniel y Apocalipsis, *The Prophetic Faith of Our Fathers* [La fe profética de nuestros padres], destaca que las profecías individuales de Daniel no fueron bien entendidas sino hasta que llegó el tiempo de su cumplimiento. Así que la profecía de Daniel 9, que señalaba al Mesías, fue la primera en ser entendida. Pero no fue sino hasta la Edad Media y la Reforma que las otras profecías del libro llegaron a entenderse mejor. La fase final de este intenso estudio del libro de Daniel se dio a finales del siglo XVIII y durante la primera mitad del siglo XIX, cuando el cumplimiento de los 1.260 días se hizo evidente con la caída del papado en 1798. Este evento marcó también el comienzo del "tiempo del fin" en Daniel. Fue también en este periodo que el fin de la profecía de los 2.300 días fue descubierto por el movimiento millerita y otros estudiosos de los escritos de Daniel.

Debido a la Revolución Francesa (que para mucha gente parecía el principio del fin del mundo), la primera mitad del siglo XIX fue un tiempo de intenso estudio de las profecías. La Conferencia de Albury Park en Inglaterra, en 1826, marcó un punto elevado en ese interés. Las reuniones en los campestres milleritas en Norteamérica se enfocaron intensamente en las mismas profecías apocalípticas de Daniel y Apocalipsis. Se las veía como a punto de ser cumplidas. En ese sentido, al libro de Daniel se le quitaron los sellos en ese preciso momento, en el tiempo del fin (12:4). Diversas piezas del rompecabezas se habían juntado antes, pero ahora las profecías de Daniel se levantaban en toda su esplendente gloria como una revelación de la presciencia del verdadero Dios que se extendía hasta el tiempo del fin.

El libro cierra con la promesa a Daniel de que él estará entre los que se levanten en ese día final para recibir su parte en la herencia del pueblo de Dios (12:13). Ésta es una promesa bienaventurada que se ofrece a todos los que le ofrecen su lealtad a Miguel, el Hijo del Hombre, el Cristo de Dios.

CAPÍTULO 13

La relación de Daniel con Dios

Nuestro estudio del libro de Daniel nos ha permitido recorrer una considerable cantidad de historia y profecía, a menudo entrelazadas. Hemos analizado la historia en la que Daniel participó o que observó en el siglo sexto a.C. También hemos visto las profecías que comenzaron en su tiempo y que han llegado hasta nuestros días y más allá.

Pero existe otro aspecto del libro de Daniel y las experiencias que registra: El elemento espiritual personal. ¿Cuál fue la relación espiritual de Daniel con Dios? Sabemos que fue una relación fuerte y sólida, de otra manera Dios no lo hubiera escogido para ser profeta. Pero, ¿podemos decir algo más que eso al respecto? ¿Hay algo que podemos aprender de la relación personal de Daniel con Dios? Quisiera sugerir que sí lo hay. Cuando estudiamos la progresión de las revelaciones acerca de Dios en el libro y en la experiencia de Daniel, podemos observar un desarrollo gradual del propósito de Dios para el profeta. Esa progresión en la revelación y la experiencia espiritual provee un modelo para nuestro propio peregrinaje con Dios.

DANIEL 1

Tuvo que haber sido muy penoso recorrer más de seiscientos cuarenta kilómetros a pie de Jerusalén a Babilonia como prisioneros de las tropas de Nabucodonosor. Tuvo que haber habido muchas ocasiones durante el camino en que Daniel y sus amigos se preguntaban: "¿Dónde está Dios en todo esto?" Hubiera resultado fácil sentirse descorazonados y desmoralizados, pero ellos no cedieron a la tentación. Incluso después que llegaron a Babilonia y fueron matriculados en la escuela allí, estuvieron dispuestos a

permanecer fieles a la verdad y al verdadero Dios. Aún estaban dispuestos a hacer manifiesta su fe sin importarles las consecuencias. No obstante, en todo esto Dios se ocultó de su vista. No tuvieron ninguna visión directa o sueños que los animaran por el camino durante su cautiverio y sus estudios en Babilonia. Pero Dios estaba con ellos aunque no lo veían. Tres veces en Daniel 1 el texto dice que Daniel y sus compañeros fueron bendecidos. Dios los bendijo con favores a la vista de los funcionarios que los atendían y, por lo tanto, pudieron obtener la dieta que preferían (vers. 9). Esto produjo una apariencia y rendimiento superiores a los de sus condiscípulos. (Incidentalmente, ¿piensa usted que Daniel y sus tres amigos fueron los únicos cautivos hebreos matriculados en esa escuela?)

Dios también los bendijo con conocimiento y entendimiento de todo el material que estudiaron (vers. 17). Finalmente, Dios les dio gracia para demostrar estas cualidades cuando estuvieran delante del rey (vers. 18). Aunque Dios no les dio una revelación directa durante este periodo, todavía estaba con ellos, si bien oculto.

DANIEL 2

La primera revelación de importancia del libro llegó durante los eventos descritos en el capítulo 2. Pero esta revelación no le fue dada directamente a Daniel o a sus amigos. Le fue dada a Nabucodonosor, el rey pagano a quien servían. Esto les creó dificultades a Daniel y sus amigos. Por el momento, habían llegado a ser clasificados con los sabios de Babilonia, y puesto que dichos sabios no habían podido revelarle al rey el sueño y su interpretación, la vida de Daniel y sus amigos corría peligro con la de los otros sabios. Los cuatro hebreos fueron a Dios en oración, y ¡qué ferviente sesión de oración debió haber sido ésa! Rara vez hemos tenido que orar como si nuestras vidas dependieran de ello. Dios fue muy generoso y le dio a Daniel justo el conocimiento que el rey quería. Él y sus amigos y todos los sabios de Babilonia se salvaron. Aquí debemos notar, sin embargo, que cuando las revelaciones del libro de Daniel comenzaron, la primera de ellas fue dada directamente al rey. Daniel sirvió como el sabio inspirado que interpretó el sueño para el rey con la ayuda de Dios. En lo que a Daniel respecta, la revelación fue indirecta. Dios le dio el conocimiento para interpretar el sueño, pero en última instancia la visión fue para el rey; Daniel sirvió como el conducto para hacer llegar ese conocimiento al rey.

La relación de Daniel con Dios

DANIEL 4

Debido a que Daniel no fue parte de la experiencia descrita en el capítulo 3, no necesitamos comentar sobre el modo de revelación empleado ahí. Las revelaciones proféticas se retoman otra vez en el capítulo 4. Ahí encontramos la misma situación que en Daniel 2. El rey tuvo un sueño, y Daniel llegó para interpretarlo. El rey soñó con un árbol enorme que representaba a Nabucodonosor mismo. Fue cortado, lo que representaba el periodo de locura de Nabucodonosor. A la postre, el rey fue restaurado y reconoció que el Dios del cielo está al control de los asuntos terrenales, incluso de aquellos que concernían al reino de Nabucodonosor y su propia vida. La parte de Daniel, nuevamente, fue servir como el sabio inspirado que interpretó el sueño al rey. Fue una revelación directa para Nabucodonosor; fue indirecta para Daniel. El caso es directamente paralelo a lo que ocurrió en Daniel 2. Hasta estas alturas del libro, tenemos el capítulo 1 en que Dios se mantiene oculto aunque obviamente actúa en favor de sus hijos, y los capítulos 2 y 4 donde el rey recibió la primera revelación y Daniel sirvió como el sabio inspirado que le interpretó el sueño.

DANIEL 7

Esta profecía le vino a Daniel en el primer año de Belsasar o alrededor del año 550 a.C. Esto fue algún tiempo antes de los eventos de Daniel 5 y 6, que pueden fecharse en los años 539 a.C. y 538 a.C., respectivamente. Belsasar era el último de los reyes del Imperio Neobabilónico antes que éste cayera ante los persas. Pero, en este caso, el sueño no le vino a Belsasar. Le vino directamente a Daniel. Le vino exactamente como los sueños le habían venido a Nabucodonosor anteriormente. Nabucodonosor había tenido sueños en la noche mientras dormía acostado en su cama. A la mañana siguiente cuando despertaba, no podía recordar el sueño; Daniel tenía que proveer el sueño así como la interpretación. En este caso, sin embargo, el sueño vino directamente a Daniel mientras yacía dormido en su cama. Y él no olvidó el contenido del sueño. A la mañana siguiente despertó listo para escribir lo que había visto en el sueño. El modo de revelación fue el mismo, un sueño nocturno, pero el receptor señalado fue diferente. En los dos casos anteriores, el sueño le fue dado al rey pagano y Daniel tenía que ir a interpretárselo. Ahora el sueño venía directamente a Daniel sin intermediario alguno.

Bien se puede decir que en esta ocasión Daniel se convirtió oficialmente en profeta. Previamente había servido como sabio inspirado en la corte; ahora se erguía libre e independiente como profeta. La visión del capítulo 7 fue, en esencia, su llamado al oficio profético. Otro aspecto de este sueño profético fue que dentro del mismo, mientras se hallaba en visión, a Daniel se le envió un ángel intérprete. Anteriormente no había tenido un intérprete tal. En 7:9-14, su mirada fue elevada al tribunal celestial, y mientras el profeta observaba, dice él: "Me acerqué a uno de los que asistían, y le pregunté la verdad acerca de todo esto" (vers. 16). En visión, el ángel le habló y le dio la explicación. Esto marca un avance en la experiencia de Daniel respecto de los dos casos anteriores. Ahora la revelación fue dirigida especialmente a Daniel, y le fue dado un intérprete angelical dentro del mismo sueño nocturno para explicarle los símbolos de la visión.

DANIEL 8

La visión en este capítulo fue de naturaleza diferente. A Daniel no se le dio un sueño mientras yacía en su cama. Más bien, fue tomado de sus actividades diarias y se lo transportó en visión a la provincia de Elam, al oriente de Babilonia. Allí, el profeta observó el surgimiento de Persia mediante el símbolo del carnero, seguido del levantamiento de Grecia mediante el símbolo del macho cabrío que venía de la dirección opuesta. Luego vinieron los cuatro cuernos y el cuerno pequeño, y finalmente, la promesa de los dos ángeles que hablaban acerca de los 2.300 días. En esta visión, Daniel fue transportado al oriente hasta Elam tal como Ezequiel fue transportado hacia el occidente hasta Jerusalén. Esto no quiere decir que alguno de los dos fue transportado corporalmente; fueron transportados en visión. Después que Daniel había visto y oído la visión de Daniel 8, un ángel intérprete le fue enviado. Pero el ángel no apareció dentro de la visión misma como los dos ángeles que le hablaban acerca de los 2.300 días en la visión anterior. Más bien, Gabriel le fue enviado al profeta en forma personal, corporal y audiblemente. Mientras Daniel estaba en un sueño profundo, habiendo quedado abrumado por la majestad y los eventos de la visión, Gabriel lo tocó y le dio fuerzas para que pudiera levantarse y escuchar la explicación del ángel. En este caso, por lo tanto, el modo de presentación de la visión se torna más directo. Daniel fue el receptor directo de la visión y un ángel vino directamente a él para interpretársela. Dios se estaba

acercando más y más a Daniel a medida que el profeta continuaba su fiel andar con el Señor.

DANIEL 5

Respecto al orden del libro, necesitamos volver al capítulo 5 a fin de recoger la transición del reino babilónico al reino persa. Daniel 5 describe la noche en que Babilonia fue derrocada por los persas y nos cuenta lo que pasaba en el palacio en ese momento. Una mano sin cuerpo apareció y escribió en la pared del palacio un mensaje para el rey y la gente presente en el banquete. Solo Daniel fue capaz de interpretar la escritura. La escritura en la pared quería decir que el reino de Belsasar, el Imperio Neobabilónico, había llegado a su fin y que los persas habrían de tomar el control.

En este caso, el modo de revelación fue visible para todos los participantes que estaban presentes. Vieron la mano escribir y el mensaje escrito, pero no pudieron leerlo o entenderlo. Se trataba de un mensaje enviado directamente de Dios mediante uno de sus ángeles. Fue la presencia directa de un ángel que puso el mensaje sobre la pared. La revelación no vino mediante un sueño o visión; vino mediante la aparición personal del ángel. Esto es muy similar a la segunda mitad de Daniel 8, donde un ángel viene directamente a Daniel para interpretarle la visión. En el capítulo 5, Daniel sirvió como el intérprete de la escritura que predecía la caída del reino esa misma noche.

DANIEL 9

En el orden cronológico del libro, los eventos del capítulo 9 van después de los del capítulo 5. La oración de Daniel y la profecía de Gabriel, según están registradas en este capítulo, ocurrieron en algún momento durante el primer año de Darío el medo, o el año 538 a.C., que también fue el primer año después de la caída de Babilonia ante los persas. Lo que sucedió aquí guarda considerable similitud tanto con la última mitad de Daniel 8 como con la revelación en Daniel 5. En ambos casos hubo una aparición personal de un ángel. Lo mismo ocurrió aquí en el capítulo 9, pero existen algunas diferencias. En Daniel 8, una visión precedió la interpretación del ángel. En el capítulo 9, no hubo una visión anterior, aunque el ángel comenzó su profecía interpretativa haciendo referencia a la visión del capítulo 8. En Daniel 5, la escritura del ángel fue dirigida a toda la audiencia presente en el salón de banquetes. En el capítulo 9, la profecía fue dirigida solo a Da-

niel, para ser dada por él a su propia generación y a las siguientes. Por lo tanto, los capítulos 5, 8, y 9 contienen el mismo tipo de revelación —la aparición personal de un ángel— pero las circunstancias fueron diferentes en cada caso. En el capítulo 9, el foco se centra en Daniel más directamente; aquí tenemos un mensaje profético dado directamente a Daniel de manera oral y sin ninguna otra persona presente como audiencia.

En Daniel 1, no hubo revelación directa de Dios, él permaneció oculto, aunque activo tras bambalinas. En Daniel 2 y 4, Dios operó indirectamente mediante los sueños de un rey pagano, los cuales Daniel interpretó como un sabio inspirado. Ahora en Daniel 5, 8 y 9, hay apariciones personales de un ángel: una vez con una escritura, otra vez con una visión de día, y una vez directamente con comunicación oral. Por lo tanto, vemos una progresión en el modo de revelación de Dios al tratar con Daniel de maneras cada vez más directas y personales. Pero un ángel no es Dios, es solo un siervo de Dios. ¿Será que Daniel alguna vez verá a Dios antes que termine su ministerio profético? Ese gran clímax viene en la última profecía del libro.

DANIEL 10

Los capítulos 10, 11, y 12 forman una unidad. El capítulo 10 es la introducción a la profecía dada por el ángel Gabriel; el capítulo 11 es el cuerpo de la profecía; y el capítulo 12 es el epílogo. Daniel 10 lleva por fecha el tercer año de Ciro, o 535 a.C. Daniel ya era un anciano para entonces. Había sido llevado en cautiverio en el 605 a.C., así que había vivido los setenta años de la profecía de Jeremías (Jeremías 25:11, 12) en la cautividad babilónica. Siendo que apenas tenía entre dieciocho y veinte años de edad cuando fue llevado en cautiverio, Daniel debió haber tenido unos noventa años de edad cuando recibió esta revelación final. El cuerpo de la profecía en Daniel 11 fue entregado oralmente por Gabriel a Daniel tal como había hecho en Daniel 9. Pero la introducción a la profecía en Daniel 10 es algo nuevo que no había sido visto antes en el libro de Daniel.

En el momento en que recibe esta visión, Daniel se hallaba afuera por el río Tigris. Estaba orando, llorando y ayunando acerca de la interrupción en los esfuerzos del pueblo de Dios de reconstruir el templo. Ahora, cuando Daniel está junto al río, agonizando por esta situación, sucede algo dramático.

"Y alcé mis ojos y miré, y he aquí un varón vestido de lino, y ce-

> ñidos sus lomos de oro de Ufaz. Su cuerpo era como de berilo, y su rostro parecía un relámpago, y sus ojos como antorchas de fuego, y sus brazos y sus pies como de color de bronce bruñido, y el sonido de sus palabras como el estruendo de una multitud" (Daniel 10:5-6).

Daniel quedó sobrecogido con la majestuosa teofanía. Esta fue una visión, pero la palabra castellana "visión" no comunica el significado pleno del término original aquí utilizado. Esta fue una visión *mareh*, o una visión de aparición. Significa que este Ser se manifestó en una aparición personal ante el profeta. Daniel había quedado abrumado por las visiones anteriores, Daniel 8 en particular. Pero esta aparición fue mucho más poderosa que cualquiera que hubiera recibido antes. Esta es una teofanía: una aparición de Dios mismo.

Hay otros dos pasajes en la Biblia que presentan descripciones cercanamente alineadas con la aparición de ese ser descrita en el capítulo 10. Esas dos visiones se encuentran en Ezequiel 1 y Apocalipsis 1. En Ezequiel 1, el profeta reconoció que el Ser que vio era "la semejanza de la gloria de Jehová" (Ezequiel 1:28). En Apocalipsis 1, Juan se dio vuelta para ver quién le hablaba, y reconoció que estaba mirando directamente a su Señor, Jesucristo. Por medio de esos paralelos, por lo tanto, sabemos quién se apareció a Daniel junto al río Tigris. Con base en el paralelo con Ezequiel 1, sabemos que era Dios, y con base en el paralelo con Apocalipsis 1, sabemos que esta manifestación particular de Dios fue Jesucristo. Fue él quien se apareció a Daniel en la llanura del Tigris ese día de primavera del 536 a.C.

Este fue el mismo Dios que había estado con Daniel todos los setenta años que el profeta había estado en Babilonia. Dios había obrado a través de él, a favor de él, inspirándolo y protegiéndolo. Había caminado a su lado todo los años que Daniel sirvió allí. Poco a poco, más y más, Dios se reveló a sí mismo ante Daniel en las revelaciones que le concedió. El modo de estas revelaciones demuestra la forma en que Dios se fue acercando más y más y más a Daniel. Primero, no hubo ninguna revelación. Luego, las revelaciones vinieron mediante un rey pagano en sus sueños nocturnos; entonces vinieron mediante una visión nocturna dada a Daniel mismo. Después de eso, llegó una visión de día y un ángel, Gabriel, quien comenzó a aparecerse a Daniel y a comunicarle la palabra profética. Finalmente, cerca del fin de la vida y el ministerio profético de Daniel, Dios mismo se apareció a Daniel y

le dijo en esencia: "Heme aquí, Daniel. Hemos estado caminando juntos por estos setenta años que han transcurrido. Ahora quiero que veas a Aquel que ha estado caminando contigo". Daniel conoció a su Señor personalmente. Dios se había estado acercando y acercando hasta que, finalmente, le reveló su ser personal en toda su gloria.

Cuando Daniel descansó en su lecho de muerte, como el ángel le había dicho que pronto sucedería, pudo hacerlo con una sonrisa en su rostro, porque finalmente había visto a su Señor personalmente. Lo siguiente que Daniel experimentará será despertar en la mañana de la resurrección. Su resurrección fue algo que el ángel le prometió (12:13). Daniel verá ese mismo rostro glorioso, radiante, sonriente que brillará sobre él desde lo alto; entonces escuchará la voz del Dador de la vida: "Despertaos, despertaos, los que dormís en el polvo, y levantaos". Y Daniel se levantará para caminar nuevamente con el Señor en una jornada que lo llevará a la eternidad.

El caso de Enoc es en cierto modo similar al de Daniel en este respecto, pero Enoc fue trasladado vivo, mientras que Daniel tendrá que esperar un poco más para gozar esa experiencia. Sin embargo, la experiencia espiritual de ambos tiene paralelos. Elena G. de White describió cómo Enoc caminó con Dios en palabras muy conmovedoras que bien pueden aplicarse a Daniel:

> Durante trescientos años Enoc buscó la pureza del alma, para estar en armonía con el Cielo. Durante tres siglos anduvo con Dios. Día tras día anheló una unión más íntima; esa comunión se hizo más y más estrecha, hasta que Dios lo llevó consigo. Había llegado al umbral del mundo eterno, a un paso de la tierra de los bienaventurados; se le abrieron los portales, y continuando su andar con Dios, tanto tiempo proseguido en la tierra, entró por las puertas de la santa ciudad. Fue el primero de los hombres que llegó allí (*Patriarcas y profetas*, p. 75).

Este tipo de experiencia no solo es para Enoc, ni tampoco es solo para Daniel. Es también para nosotros hoy. Desde luego, puede que nosotros no tengamos revelaciones proféticas como las tuvo Daniel. Sin embargo, sí podemos tener una relación con Dios en la que cada vez estemos más y más cerca de él día con día. Ese debería ser el curso del progreso en nuestra vida espiritual, como ocurrió con Daniel. Al acercarnos más a Dios en esta for-

ma, entenderemos mejor su voluntad para nuestra vida. También aprenderemos más de su carácter y llegaremos a reflejarlo más plenamente. Al llegar a parecernos más y más a Dios, la gente se dará cuenta de que nosotros, como los discípulos, hemos estado con Jesús.

Daniel habría quedado complacido de ver que esto sucediera en nuestras vidas. Cuando se levante en la resurrección, Daniel se alegrará al saber que su libro, el libro que Dios le dio, nos proveyó tal esperanza, consuelo e inspiración a quienes nos encontramos en la última generación según sus profecías. En el reino eterno de Dios, podremos continuar el andar con Dios que comenzamos aquí en la tierra. Y a la cabeza de esa gran multitud estará nuestro Señor Jesucristo, nuestro líder por la eternidad.

LISTADO DE LAS OBRAS CITADAS

Blenkinsopp, Joseph. *A History of Prophecy in Israel* [Una historia de la profecía en Israel]. Philadelphia: Westminster, 1983.

Chiera, Edward. *They Wrote on Clay* [Ellos escribían en arcilla]. Edición de tapa blanda, Phoenix. Chicago: Universidad de Chicago, 1956.

Comba, Emilio. *History of the Waldenses in Italy* [Una historia de los valdenses en Italia]. Londres: Truslove y Shirley, 1889.

De Liguory, Alphonses. *Dignity and Duties of the Priest; or, Selva* [La dignidad y las responsabilidades de un sacerdote; o Selva]. Brooklyn, N.Y.: Redemptionist Fathers, 1927.

Froom, Leroy Edwin. *The Prophetic Faith of Our Fathers* [La fe profética de nuestros padres]. 4 tomos. Hagerstown, Md.: Review and Herald, 1946-1954.

Geiermann, Peter. *Convert's Catechism of Catholic Doctrine* [El catecismo del converso sobre la doctrina católica]. St. Louis: Herder, 1957.

Hasel, Gerhard F. "Interpretations of the Cronology of the Seventy Weeks." In *The Seventy Weeks, Leviticus, and the Nature of Prophecy* [Las setenta semanas, Levítico y la naturaleza de la profecía]. Editado por Frank Holbrook, Serie del comité de Daniel y Apocalipsis, tomo 3. Silver Spring, Maryland: Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día, 1986.

Herodotus. *The Histories* [Las historias]. Biblioteca Clásica de Loeb. 4 tomos. Traducido por A. D. Godley. Cambridge: Universidad de Harvard, 1920-1925.

Heschel, Abraham J. *The Prophets* [Los profetas]. 2 tomos. Nueva York: Harper, 1962.

Holbrook, Frank, ed. *The Seventy Weeks, Leviticus, and the Nature of Prophecy* [Las setenta semanas, Levítico y la naturaleza de la profecía]. Serie del comité de Daniel y Apocalipsis, tomo 3. Silver Spring, Md.: Instituto de Investigación Bíblica, Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día, 1986.

Horn, Sigfried H. *The Spade Confirms the Book* [La pala confirma el Libro]. Hagerstown, Maryland: Review and Herald, 1957.

——. "New Light on Nebuchadnezzar's Madness." *Ministry*, abril 1978, 38-40.

——., et al. *Diccionario bíblico adventista del séptimo día*, edición revisada, Editado por Raymond H. Woolsey. Hagerstown, Md.: Review and Herald, 1979.

Horn, Siegfried H., y Lynn H. Wood. *The Chronology of Ezra 7* [La cronología de Esdras 7]. Hagertstown, Md.: Review and Herald, 1953.

James, Edward. *The Franks* [Los francos]. Oxford: Basil-Blackwell, 1988.

Jerome's Commentary on Daniel [El comentario de Jerome sobre Daniel]. Traducido por Gleason L. Archer. Grand Rapids, Michigan: Baker, 1958.

Kelly, V. J. *Forbidden Sunday and Feast-Day Occupations* [Las ocupaciones prohibidas en domingo y días de fiesta]. Washington, D.C.: Universidad Católica de América, 1943.

Kenyon, Kathleen. *Royal Cities of the Old Testament* [Ciudades reales del Antiguo Testamento]. London: Barrie and Jenkins, 1971.

Kingdom, Robert M. *Myths About the St. Bartholomew's Day Massacres* [Mitos acerca de los masacres del Día de San Bartolomé], 1572-1576. Cambridge: Universidad de Harvard, 1988.

Ladurie, Emmanuel Le Roy. *Mointaillou: The Promised Land of Terror* [Mointaillou: La tierra prometida del terror]. Traducido por Barbara Bray. Nueva York: Vintage, 1979.

Lecky, W. E. H. *History of the Rise and Influence of the Spirit of Rationalism in Europe* [El ascenso y la influencia del espíritu de racionalismo en Europa]. Edición reimpresa. Nueva York: G. Braziller, 1955.

McHugh, J. A., and C. J. Callan. *Catechism of the Council of Trent for Parish Priests* [Catecismo del Concilio de Trent para sacerdotes parroquiales]. Nueva York: Wagner, 1958.

Maxwell, C. Mervyn. *God Cares* [Dios revela el futuro], tomo 1. Boise, Idaho: Pacific Press, 1981.

Mayer, Hans E. *The Crusades* [Las Cruzadas]. Segunda ed. Universidad de Oxford, 1988.

Neugebauer, Otto. *The Exact Science in Antiquity* [La ciencia exacta de la antiguedad]. Edición de tapa blanda. Nueva York: Dover, 1969.

Nichol, Francis D., ed. *Seventh-day Adventist Bible Commentary* [Comentario bíblico adventista del séptimo día]. Edición revisada, 7 tomos. Hagerstown, Maryland: Review and Herald, 1976-1980.

O'Brien, John A. *The Faith of Millions: The Credentials of the Catholic Religion* [La fe de millones: Las credenciales de la religión católica]. Huntington, Indiana: Our Sunday Visitor, 1963.

Polybius. *The Histories* [Las historias]. Biblioteca Clásica de Loeb. Cambridge: Universidad de Harvard.

Roux, Georges. *Ancient Iraq* [El antiguo Irak]. tercera edición. Nueva York: Viking Penguin, 1993.

Saggs, H. W. F. *The Greatness That Was Babylon* [La grandeza que era Babilonia]. Nueva York: Hawthorn, 1962.

Schnabel, F. H. *Prophets and Prophecy.* Philadelphia: Fortress, 1977.

Shea, William H. *Selected Studies in Prophetic Interpretation.* Segunda edición.

Daniel and Revelation Committee Series, tomo 1. Silver Spring, Maryland: Instituto de Investigación Bíblica, Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día, 1992.

——. "Daniel 3: Extra-Biblical Texts and the Convocation on the Plain of Dura." *Andrews University Seminary Studies.* tomo 20 (1982) 1:29-52.

——. "Darius the Mede: An Update." *Andrews University Seminary Studies,* tomo 20 (1982) 3:229-248.

——. "Darius the Mede in His Persian-Babylonian Setting." *Andrews University Seminary Studies,* tomo 29 (1991) 3:235-257.

Smith, Uriah. *Thoughts on Daniel* [Reflexiones sobre Daniel]. Nashville: Southern Publishing Association, 1944.

Strand, Kenneth. *Interpreting the Book of Revelation* [Interpretando el libro de Apocalipsis]. Segunda edición. Naples, Florida: Ann Arbor Publishers, 1979.

Wiseman, Donald J. *Chronicles of Chaldean Kings* [Las crónicas de los reyes caldeos]. Londres: Museo Británico, 1956.

——., et al. *Notes on Some Problems in the Book of Daniel* [Apuntes sobre algunos problemas en el libro de Daniel]. Londres: Tyndale, 1965.

Whitcomb, John C. *Darius the Mede* [Dario el Medo]. Grand Rapids, Michigan: Eerdmans, 1959.

White, Elena G. de. *El conflicto de los siglos.* Boise, Idaho: Pacific Press, 1954.

——. *Patriarcas y profetas.* Boise, Idaho: Pacific Press, 1955.

——. *Profetas y reyes.* Boise, Idaho: Pacific Press, 1957.

Xenophon. *Cyropaedia.* Biblioteca Clásica de Loeb. 2 tomos. Traducido por Walter Miller. Cambridge: Universidad de Harvard, 1914.